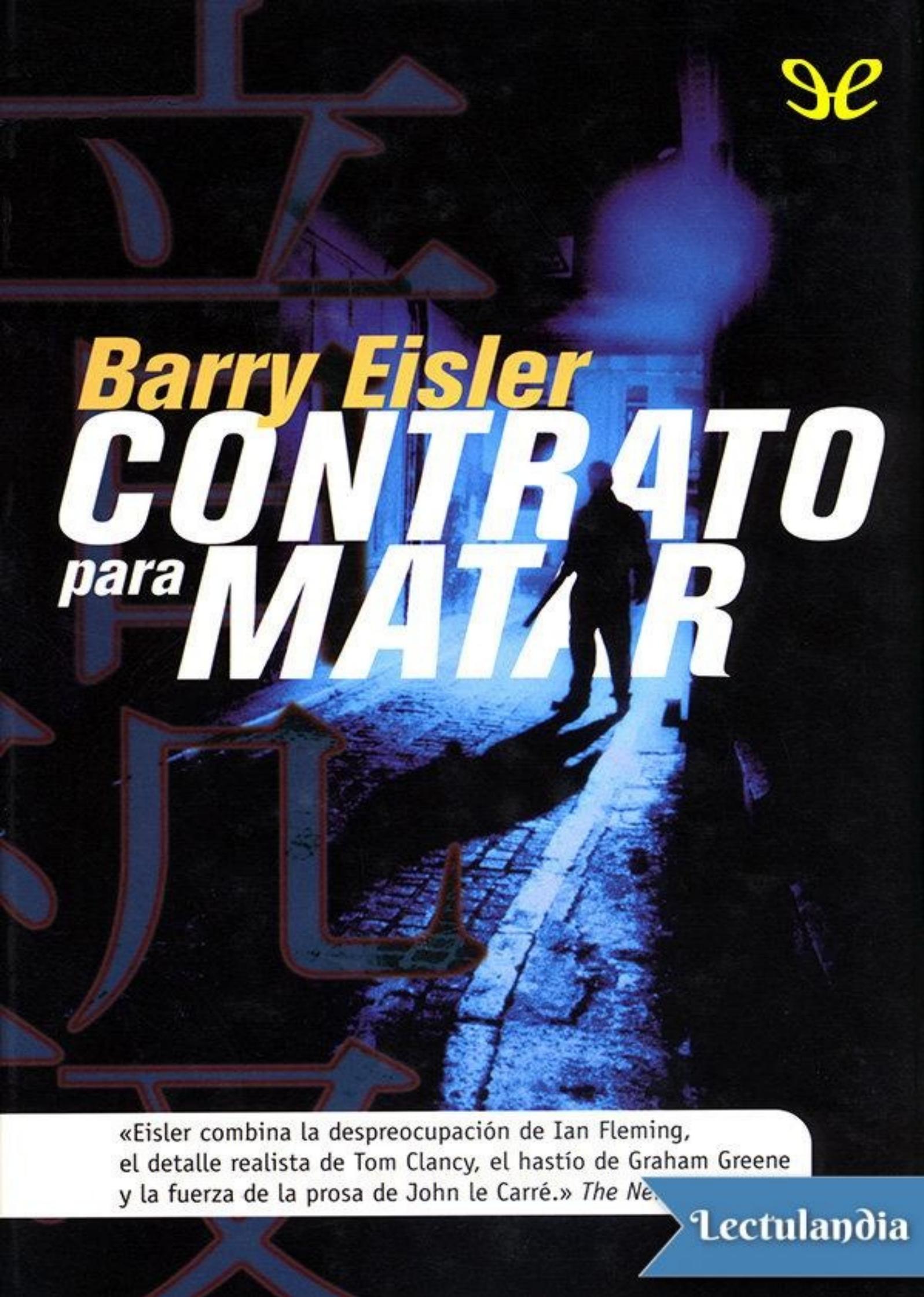




se



**Barry Eisler**  
**CONTRATO**  
*para* **MATAR**

«Eisler combina la despreocupación de Ian Fleming, el detalle realista de Tom Clancy, el hastío de Graham Greene y la fuerza de la prosa de John le Carré.» *The New York Times*

Lectulandia

John Rain, el cínico y eficiente asesino a sueldo protagonista de Sicario y Sicario: la venganza, se encuentra ahora en Brasil, donde trata de llevar una vida nueva, con una identidad diferente, para así huir de su pasado criminal y de los enemigos que han puesto precio a su cabeza. Sin embargo, ese pasado vuelve a llamar a la puerta cuando la CIA entra en contacto con él y lo persuade para que acepte un nuevo encargo: retirar del mapa a Belghazi, un traficante de armas cuyos últimos movimientos se concentran en el sudeste asiático, donde capta como clientes a grupos fundamentalistas islámicos. El incentivo económico es demasiado alto como para rechazar la oferta.

Pero, antes de nada, Rain deberá enfrentarse a una nueva e inesperada amenaza: Delilah, una agente que parece trabajar para alguna organización secreta y que se cruza en su camino hacia Belghazi. Y, a medida que Rain intenta descifrar la identidad de esta enigmática rival, surgirá la sospecha de que el encargo no sea más que una trampa que alguien le quiere tender.

Contrato para matar nos sumerge en una trepidante trama y nos transporta a exóticos escenarios.

**Lectulandia**

Barry Eisler

**Contrato para matar**

**John Rain - 3**

ePub r1.0

Titivillus 06.06.2019

Título original: *Rain Storm*  
Barry Eisler, 2004  
Traducción: Ramón González

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Contrato para matar](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[TERCERA PARTE](#)

[Capítulo 10](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

Para Ben y Sarah

Si no dejo  
rastros tras de mí  
en este mundo huidizo,  
¿qué podrías reprocharme?  
*Poema mortuario  
de UKIFUNE en el  
Charme*  
*Genji Monogatari*

## *PRIMERA PARTE*

No debemos dejar de explorar,  
y el fin de todas nuestras exploraciones  
será llegar allí donde empezamos  
y conocer el lugar por primera vez.

T. S. ELIOT,  
*Cuatro cuartetos*

## Capítulo 1

La Agencia me había contratado para «retirar» a Belghazi, no para protegerlo; de modo que si aquello no salía bien, probablemente el próximo candidato a ser retirado sería yo.

Pero a mi modo de ver, salvar a Belghazi del tipo al que ahora yo llamaba Karate sería hacerle un favor al Tío Sam. A fin de cuentas, podía ser que Karate no lograra que pareciera una muerte natural, o que lo pillaran, o que metiera la pata de algún otro modo, y entonces habría equívocos, sospechas, acusaciones. Y la Agencia me había contratado precisamente para evitar ese tipo de problemas.

Obviamente, también estaba la cuestión del dinero. Si Karate acababa con Belghazi antes que yo y no podía apuntarme el tanto, puede que no me pagaran, y eso no sería justo, ¿verdad?

Llamaba a ese tipo Karate porque había empezado a sospechar de él la primera vez que lo vi haciendo *katas* de karate —una forma de entrenamiento— en el gimnasio del hotel Macao Mandarín Oriental, lugar en el que ambos nos hospedábamos y al que Belghazi no tardaría en llegar. Ignorando el laberinto de cintas para correr y máquinas de pesas, se había puesto a dar una serie de puñetazos, bloqueos y patadas al aire que, para los no iniciados, podía parecer una especie de danza marcial. En realidad, sus movimientos eran buenos: sutiles, experimentados y fuertes. Habrían sido notables en un veinteañero, pero ese tipo parecía tener al menos cuarenta años.

Yo mismo, de vez en cuando, hago esa clase de ejercicios, pero no de un modo tan formal ni elegante. Y cuando me entreno así, no lo hago en público. Llama demasiado la atención, especialmente la de la gente que sabe qué está mirando; gente como yo.

En mi trabajo, llamar la atención es una grave violación de las leyes del sentido común, y por lo tanto de la supervivencia. Si por alguna razón alguien se percatara de tu presencia, te mirará con más atención y es posible que detecte algo. Es posible que un patrón de conducta, que de otro modo habría permanecido perfectamente inadvertido, empiece a quedar al descubierto, después de lo cual la capa que protege tu anonimato empezará a ser

metódicamente curioseada, probablemente para acabar convertida en algo parecido a una mortaja.

Karate también destacaba porque era blanco, probablemente europeo, aunque no supe decir de qué país. Llevaba el pelo negro cortado al rape, tenía la piel pálida, y cuando no estaba haciendo la postura del caballo o la patada voladora número dos en el gimnasio del Mandarín Oriental, llevaba exquisitos mocasines de suela delgada y americanas deportivas con solapas bordadas a mano. La población de Macao es de alrededor de medio millón de personas, de las cuales un noventa y cinco por ciento son chinas, y sólo cuenta con un pequeño contingente portugués para recordarle a quien quiera saberlo que el territorio, en la actualidad una Región Administrativa Especial china, como Hong Kong, era hace no mucho tiempo una colonia portuguesa. La mayoría de los millones de turistas atraídos por los juegos de azar son casi todos de Hong Kong, Taiwan y la China continental, de modo que los no asiáticos no pasan precisamente inadvertidos.

Lo cual es parte de la razón por la que la Agencia se había mostrado tan deseosa de encargarme a mí la desaparición de Belghazi. No era sólo que éste se hubiera convertido en proveedor principal de varios grupos fundamentalistas del Sudeste asiático que, después del Once de Septiembre, el Tío Sam había empezado a considerar una seria amenaza; ni por mi reconocido talento para hacer que los asesinatos parecieran muertes por «*causas naturales*», cosa que en ese caso era imprescindible porque, al parecer, Belghazi tenía protectores en ciertos gobiernos «*aliados*» a los que el Tío Sam prefería no ofender. También era porque la acción exigía una cierta invisibilidad en territorio asiático. Y a pesar de que mi madre era norteamericana, en mi rostro prevalecen los rasgos de mi padre japonés, consecuencia del azar genético aumentada hacía algunos años gracias a la cirugía plástica, lo cual me permitía pasar totalmente inadvertido en Japón.

De modo que, entre su llamativa etnia y sus *katas*, Karate había conseguido colocarse en la pantalla de mi radar, y fue entonces cuando empecé a percatarme de más cosas. En primer lugar, ese tipo tenía un modo peculiar de hospedarse en el hotel, de pasear por el gimnasio, la cafetería, la terraza, la recepción. Cualquiera que fuese su país de procedencia, ese hombre había dado muchas vueltas antes de llegar a Macao. Pero su incapacidad para pasar desapercibido y detectar a quien lo observaba no parecía tener mucho sentido, a menos que estuviera esperando a alguien.

Naturalmente, es muy posible que yo llamara la atención de un modo similar. Pero yo tenía una acompañante —una joven japonesa— que hacía

que mi comportamiento errático fuera un poco más explicable. Se llamaba Keiko, o al menos ése era el nombre con el que facturaba a la agencia japonesa de damas de compañía a través de la cual yo la había contratado. Era una veinteañera, demasiado joven para que yo me la tomara en serio, pero era hermosa y sorprendentemente lista, y su compañía me gustaba. Y lo que es más importante, su presencia me hacía parecer menos un agente de inteligencia o un asesino que estudiara la zona que un japonés cuarentón o cincuentón que se había llevado a su amante a Macao, quizá para jugar un poco, quizá para pasar mucho tiempo a solas en el hotel.

Una mañana, Keiko y yo bajamos al café Girassol del hotel para desayunar en el bufé. Mientras la camarera nos guiaba a nuestra mesa, escudriñé la zona en busca de señales de peligro, como tengo siempre por costumbre cuando entro en una sala. Empecé por los lugares peligrosos. Primera esquina del fondo: una mesa de cuatro jóvenes blancos, dos machos, dos hembras, vestidos para salir de excursión. Acento australiano. Posibilidad de amenaza: baja. Segunda esquina del fondo: Karate. Hum. Posibilidad de amenaza: media.

Mantuve los ojos en movimiento. Completé el barrido. Las mesas colocadas junto a la pared: vacías. Los asientos ubicados junto a la ventana: una vieja pareja de chinos. La mesa de al lado: tres chicas, vestidas a la moda, con posturas confiadas, probablemente chinas hongkonguenses, jóvenes profesionales en unas breves vacaciones. Siguiendo mesa: un par de tipos con aspecto de hombres de negocios y alegre acento punjabí. Nada que me hiciera despertar suspicacias.

Volví a las inmediaciones de Karate con una mirada oblicua. Tenía la espalda contra el muro y podía ver sin obstáculos de por medio la entrada del restaurante. Su ubicación era propia de un profesional; su mirada fija en la sala ofrecía todavía más pruebas. Advertí que tenía un periódico abierto ante sí, a pesar de que no se molestaba en leerlo. Habría gozado de una mejor posición de no haber tenido el periódico: podría haber oteado la sala simulando estar aburrido, observando a la gente como si no tuviera nada mejor que hacer.

O podría haber tenido una acompañante, como yo. En un momento dado, percibí que nos miraba y me alegré de la presencia de Keiko, que me miraba a los ojos con la sonrisa de una amante satisfecha. La sonrisa era convincente. Era buena en su trabajo.

¿A quién estaba esperando Karate? Podría haber pensado que se trataba de mí —«*sólo los paranoicos sobreviven*», creo que dijo un empresario de

Silicon Valley—, pero estaba convencido de que no era así. Demasiados avistamientos casuales seguidos de... nada. Ningún intento de seguirme, ningún intento de reconocer mi rostro, ninguna mirada que revelara que se percataba de quién era yo. Después de un cuarto de siglo en este negocio y tras un prolongado entrenamiento antes de eso, detecto cosas como éstas. Mi instinto me dijo que se trataba de otra persona. Cierto es que no era imposible que él sólo conociera el «cuándo» y el «dónde» y estuviera esperando información acerca de «quién», pero me pareció improbable. Pocos agentes estarían dispuestos a aceptar esa clase de trabajo sin saber antes contra quién tenían que actuar. En ese caso, no sería fácil acordar un precio de antemano.

Si aquel asunto era de naturaleza local —una disputa de la Tríada, pongamos por caso—, era improbable que se le hubiera encargado a un blanco. Las Tríadas, las «*sociedades secretas*» chinas, con profundas raíces en Macao y el continente, tienden a arreglar sus asuntos entre ellas. Encajando los datos disponibles y, en consecuencia, borrándome de la lista de posibles objetivos, llegué a la conclusión de que el más probable destinatario de las atenciones de Karate era Belghazi.

Pero ¿quién lo había contratado? Si había sido la Agencia, aquello constituía la violación de una de mis tres reglas: nada de mujeres ni niños, nada de acciones contra actores secundarios, nada de equipos de contraespionaje. Quizá mis viejos amigos del gobierno creían que, como habían logrado localizarme en Río, era vulnerable, y por lo tanto que podían considerar mis reglas mero papel mojado. Si eso era lo que creían, estaban equivocados. Había hecho respetar mis reglas antes y volvería a hacerlo.

Aquella tarde decidí pasear por el gimnasio con Keiko; como era de esperar, allí estaba mi amigo, dando patadas al aire con todo su empeño a la misma hora que el día anterior. Algunas personas necesitan la rutina y se niegan a aceptar las consecuencias que acarrea la previsibilidad de sus movimientos. A juzgar por mi experiencia, esas personas suelen acabar muertas más temprano que tarde. El mundo sigue las leyes de Darwin.

Viendo una oportunidad, eché un vistazo a la hoja de ingresos. Su nombre resultaba ilegible, pero había escrito el número de su habitación con toda claridad: 812. Hum. Un piso para fumadores. Poco sano.

Le pregunté a Keiko si le importaría ir de compras sola durante un rato. Ella sonrió y me dijo que le encantaría, lo cual probablemente era cierto. Quizá pensó que yo iba a probar el suntuoso bufé de prostitutas de la zona. Sin duda, ella había creído que yo estaba casado —lo que explicaría la paranoia de los movimientos de contravigilancia que hubiera detectado hasta

el momento—, y me pareció que no le sorprendería en exceso que yo anduviera detrás de las faldas de otras mujeres.

Al verla cruzar la entrada principal para coger un taxi que la llevara a la ciudad, sentí una repentina punzada de afecto. Cualquiera pensaría que toda mujer que se dedicara a lo que se dedicaba Keiko sería de todo menos inocente, pero en ese momento, para mí, nada la caracterizaba mejor que la inocencia.

Su trabajo consistía en darme placer —y lo estaba haciendo muy bien—, y para ella, nuestra presencia en Macao no consistía en nada más que eso. Ignoraba tan completamente la danza mortal que estaba teniendo lugar a su alrededor como una oveja que vagara por su pasto. Me dije a mí mismo que volvería a casa con esa inocencia intacta.

Llamé al 812 desde una cabina de la recepción. No obtuve respuesta. Una buena señal, aunque no determinante: podía ser que alguien estuviera en la habitación y que no respondiera al teléfono; podía ser que Karate se hubiera inscrito bajo un número de habitación falso, cosa que sin duda yo habría hecho. Sin embargo, aquello merecía un vistazo.

Pasé por mi habitación para recoger algunos artilugios que iba a necesitar, después cogí el ascensor y me dirigí a la séptima planta. Una vez allí, subí por la escalera, la ruta menos frecuentada, y en consecuencia la que tenía menos posibilidades de presentar problemas en forma de testigos. En la muñeca izquierda, oculto bajo la ancha manga de un jersey de lana, llevaba lo que parecía un abultado ordenador de mano fijado con velcro. El aparato, utilizado por primera vez en la guerra de Irak, se llama Visión de Soldado. Saca por radar la fotografía de una habitación a través de las paredes y descarga la imagen resultante en la unidad de la muñeca. No es exactamente algo que se pueda comprar en la tienda de ordenadores de la esquina, pero es sin duda una de las ventajas de volver a trabajar para los Cristianos en Acción.

Previamente, me había hecho con una tarjeta que abriera las puertas de todas las habitaciones en previsión de una ocasión como aquélla, aunque en ese momento tenía en mente a Belghazi, no a Karate. El hotel utilizaba a modo de llaves tarjetas perforadas mecánicamente, parecidas a tarjetas de crédito pero un poco más gruesas, con patrones de agujeros de dos milímetros. También disponía, como parte de su campaña para «*proteger el medio ambiente*», de un sistema gracias al cual las luces no podían encenderse hasta que la tarjeta se insertaba en una ranura ubicada junto a la puerta. Cuando te disponías a salir de la habitación y sacabas la tarjeta, las luces

tardaban un minuto en apagarse. Las limpiadoras tenían tarjetas maestras, por supuesto, y había sido fácil pasar ante una habitación que estaban limpiando, sacar del lector la tarjeta de la limpiadora, hacer una impresión en un pedazo de plastilina que había comprado en una tienda de juguetes y volver a dejar la llave, todo en apenas seis segundos. Valiéndome de la impresión como plantilla, lo único que tuve que hacer fue marcar en la tarjeta de mi habitación los agujeros adicionales, rellenar los que no se correspondían con masa de resina y, en ese mismo instante, obtuve el mismo acceso a todos los rincones del hotel que el personal que trabajaba en él.

La habitación de Karate quedaba en el lado izquierdo del pasillo. Utilicé la Visión de Soldado para confirmar que estaba vacía y después entré en ella con mi tarjeta maestra artesanal. No me preocupaba excesivamente la posibilidad de mover de sitio las cosas de la habitación y que Karate pudiera inferir que alguien había entrado en su ausencia. Eso podía atribuirse al servicio diario de habitaciones.

Entré y olisqueé. Quienquiera que fuese, estaba sacando partido a su hospedaje en la planta de fumadores. El aire de la habitación estaba cargado del mismo olor a tabaco fuerte —Gauloises o Gitanes, algo así— que se olía junto a los *bistrots* de Tokio, cuyos francófilos clientes consideraban que el humo de Marlboro o de Mild Seven podía dar al traste con la fantasía de un atardecer en una cafetería del Barrio Latino.

Me puse un par de guantes e hice una rápida búsqueda en el baño y los armarios, pero no encontré nada interesante. La pequeña caja de caudales de la habitación estaba cerrada, probablemente con su documento de identidad y otros objetos en su interior. En el escritorio había un ordenador portátil Dell, pero no tenía tiempo para esperar a que el sistema operativo Windows se pusiera en marcha. Además, si había protegido el sistema con una contraseña, se daría cuenta de que alguien había estado husmeando en su ordenador en su ausencia, y eso despertaría sospechas.

Descolgué el teléfono de la habitación y marqué la tecla del servicio de habitaciones. Sonaron dos timbrazos. Después, una voz con acento filipino dijo:

—Sí, señor Nuchi, ¿en qué puedo atenderle?

—Oh, creo que me he equivocado de tecla. Discúlpeme.

—No se preocupe, señor. Que tenga un buen día.

Colgué. Se llamaba señor Nuchi. Y le gustaban los cigarrillos franceses.

Pero no hallé más pistas. Nada que confirmara mis sospechas de que aquel tipo era un profesional, y probablemente un rival. Bueno, tenía otros recursos

para descubrir más cosas.

Me saqué de uno de los bolsillos un transmisor con la superficie adhesiva, le quité la capa protectora y lo pegué en un lugar convenientemente oculto del fondo del armario. Aquel aparato se alimentaba con una batería y se encendía al percibir sonido. Con suerte, me permitiría obtener grabaciones de calidad suficiente para comprender las conversaciones que registrara. Pero aunque no lo lograra, me ayudaría a hacerme una idea de las idas y venidas de Karate, y por lo tanto me ayudaría a descubrir más cosas cuando lo siguiera.

Regresé a la puerta, me valí de la Visión de Soldado para confirmar que el pasillo estaba desierto y salí. Sólo tardé en hacer todo aquello no más de cuatro minutos.

Belghazi llegó a primera hora de la noche. Yo estaba tomándome un cóctel con Keiko en el vestíbulo, desde donde podía vigilar el mostrador de recepción, y lo reconocí enseguida. Era un hombre de tez morena, herencia de su madre argelina, y llevaba el pelo, que en la fotografía de los archivos de la CIA era largo y liso, cortado al rape. Calculé que medía más de un metro ochenta y que pesaba unos ochenta kilos. Era de constitución prieta, musculosa. Llevaba un caro traje azul, de Brioni o Kiton a juzgar por su talle, y una camisa blanca con el cuello abierto. Sostenía con la mano izquierda lo que parecía un maletín para ordenador portátil, de piel negra, y percibí el reflejo de una cadena de oro alrededor de su muñeca. Pero a pesar de la ropa, los complementos y las joyas no tenían un aspecto recargado. Al contrario, tenían una presencia relajada, aunque poderosa. Parecía uno de esos hombres que no tienen necesidad de alzar la voz cuando se dirigen a sus subordinados, que llaman la atención de los desconocidos con sólo una mirada o un gesto; alguien que no tiene necesidad de recurrir a la violencia para obtener lo que desea, aunque sólo sea porque la amenaza de esa violencia está siempre allí, en su compostura, la mirada de sus ojos, el tono de su voz.

Aunque no hubiera visto la foto que aparecía en su archivo, la impresión que me había causado su historial habría sido suficiente para reconocerlo. Belghazi —nombre de pila: Achille— era hijo de un oficial del ejército francés, estacionado en Argelia durante los intentos de «pacificación» franceses en la zona, y de una joven argelina que el oficial se llevó a París pero con la que no se casó. Sin embargo, su condición de hijo ilegítimo no parecía haber frenado a Belghazi, que se había destacado en la escuela, tanto por sus méritos académicos como deportivos, y que se había labrado una

cierta reputación como periodista gráfico. Su dominio del árabe lo había convertido en un corresponsal habitual en los conflictos del mundo árabe: los campos de refugiados palestinos, los muyahidines en Afganistán, la primera guerra del Golfo. Valiéndose de sus contactos entre los combatientes y los tipos que se habían pasado media vida entre los servicios militares y de inteligencia extranjeros, Belghazi se había convertido en un conducto para la venta de armamento menor en varios lugares conflictivos de Oriente Próximo. Sus operaciones habían ido creciendo en tamaño al mismo tiempo que ampliaba y profundizaba sus contactos con los proveedores y los compradores. Sus últimos movimientos se concentraban en el Sudeste Asiático, donde varios grupos fundamentalistas y separatistas emergentes surgidos de la población musulmana hacían aumentar la demanda de los clientes. Era conocido su gusto por los objetos lujosos y, además, su adicción al juego.

Lo acompañaban dos hombres corpulentos, vestidos como él con trajes elegantes e igualmente morenos, que supuse serían sus guardaespaldas. Uno de ellos estaba comprobando la seguridad del lugar, escudriñando la sala, pero Belghazi no se fiaba de él y también evaluaba la sala y las personas que la ocupaban. Lo observé por el rabillo del ojo y, cuando vi que había terminado y prestaba toda su atención al mostrador de recepción, volví a mirarlo abiertamente.

Una rubia impresionante acababa de cruzar la puerta de entrada. Llevaba un traje chaqueta negro y zapatos de tacón. Práctica, pero clásica. Lo que uno hubiera visto en una viajera con un billete de primera clase. Era alta, quizá metro setenta y cinco o metro ochenta, y sus piernas resultaban muy atractivas enfundadas en aquellos pantalones; tenía un cuerpo turgente y voluptuoso. La seguía un botones que portaba un par de abultadas maletas Vuitton. El botones se detuvo junto a ella y se inclinó hacia delante para preguntarle algo. Ella alzó una mano para indicarle que esperara y después recorrió la sala con la mirada. No me esperaba aquel gesto y devolví rápidamente mi atención a Keiko hasta que la mirada de la rubia se detuvo en nosotros. Cuando volví a mirar de reojo, estaba junto a Belghazi y lo tenía cogido del brazo.

Algo en su presencia transmitía una sensación de tranquilidad y, a su modo, resultaba tan imponente como él. Todo en ella parecía natural: su cabello, su rostro, las curvas bajo su ropa.

Un minuto más tarde, ella, el botones y uno de los guardaespaldas se encaminaron hacia el ascensor. Belghazi y el otro guardaespaldas se quedaron junto al mostrador, discutiendo algo con el recepcionista.

La puerta de entrada volvió a abrirse. Levanté la mirada y vi a Karate.

«Cielos —pensé—. Toda la mafia está aquí.» Me pregunté, sin apenas darme cuenta, si le habrían transmitido la información de alguna forma.

Karate recorrió lentamente la recepción. Vi que su mirada se posaba en Belghazi, vi que sus ojos se endurecían de un modo que no significaría nada para la mayoría de gente, pero que a mí me decía muchas cosas. A juzgar por su mirada, comprendí que Karate no estaba mirando a un hombre. No. Lo que vi fue a un cazador apuntando a su presa.

Y supe, pese al entrenado dominio de mí mismo que tenía, que si alguien me hubiera visto confirmando mis sospechas acerca de la razón por la que Karate estaba allí, habría percibido que un atavismo idéntico cruzaba mi expresión.

Pasaron unos cuantos minutos. Belghazi y su hombre terminaron su conversación en la recepción y se encaminaron hacia el ascensor. Les concedí unos instantes y después le dije a Keiko que tenía que ir al baño y que volvería enseguida.

Me dirigí hacia una cabina y le pedí a la operadora que me pusiera en contacto con la *suite* Imperial. En el hotel sólo había dos *suites* —la Oriental y la Macao— y, a juzgar por su aspecto, tuve la corazonada de que Belghazi ocuparía una de las dos.

No hubo respuesta en la Oriental. Lo intenté de nuevo, esta vez pidiendo por la Macao.

—¿Hola? —respondió la voz de un hombre.

—Hola, le llamamos de recepción —dije, imitando pasablemente el acento chino local—. ¿Podemos hacer algo para que la estancia del señor Belghazi con nosotros sea más confortable?

—No, estamos bien —dijo la voz.

—Perfecto —dije—. Disfrute de su estancia.

Aquella noche, mientras Keiko estaba fuera, me quedé sentado en mi habitación del hotel escuchando a Karate por unos auriculares. Estaba en su habitación, y a juzgar por el ruido, estaba viendo la edición internacional de la CNN. Me acostaría o saldría: dependía de lo que él hiciera. Ya llevaba un par de pantalones de estambre color carbón, un jersey azul marino y unos cómodos zapatos con la suela de goma por si optábamos por la segunda opción, una noche en la ciudad.

Miré las inmensas grúas y la maquinaria que removía la tierra que Macao estaba utilizando para construir todavía más puentes hacia la provincia china de Guang-dong, cuyas colinas se erigían a pocos kilómetros de distancia. Las máquinas se alzaban en el puerto como criaturas mitológicas surgidas del lecho del mar, descomunales, deformes, irguiéndose hacia la tierra pero retenidas por el fango a sus pies.

Las grúas me recordaron a Japón, donde había vivido la mayor parte de mi vida adulta y donde invadir el lecho marino para construir puentes redundantes y edificios de oficinas innecesarios es un deporte nacional. Pero si las ubicuas obras en Japón siempre me parecían familiares, casi reconfortantes por su obviedad, allí el exceso me resultaba misterioso, incluso un tanto amenazador. ¿Quién tomaba las decisiones? ¿Quién amañaba los informes sobre el impacto ecológico para asegurarse de que los proyectos se aprobaban? ¿Quién se beneficiaba con los sobornos? No lo sabía. En muchos sentidos, Macao era un misterio.

Había pasado las tres semanas anteriores allí, moviéndome de un hotel a otro, tratando de pasar desapercibido, acostumbrándome a aquel lugar. Antes de aceptar el encargo de Belghazi, no sabía de aquel sitio mucho más que lo que había leído en la *Revista económica del Extremo Oriente*: la devolución de aquel territorio por parte de Portugal a China en 1999 había sido amistosa, como siempre son estas cosas, y el cinco por ciento de la población de etnia portuguesa del lugar estaba extraordinariamente integrada, hablaba cantonés y se mezclaba con los locales de un modo que debería haber avergonzado a los ingleses que vivían en Hong Kong; su economía de servicios se sustentaba sobre mano de obra mayoritariamente filipina y tailandesa, y pese a ser un territorio que hasta hacía poco había sido la pelota de una partida de pimpón que había durado quinientos años, tenía una identidad sorprendentemente definida.

Después de tres semanas de estancia, sabía mucho más: cómo vestir, andar y comportarme para parecer uno de los millones de visitantes procedentes de, por ejemplo, Hong Kong; la disposición y los ritmos de las tiendas y las calles, los códigos y las costumbres de los casinos. Todo lo cual me otorgaría una importante ventaja en el trabajo que tenía entre manos.

Oí que el teléfono sonaba en la habitación de Karate. La televisión se sumió en el silencio.

—*Alló*—oí que decía. Una pausa. Después—: *Bien*.

Francés, pues, como había sospechado gracias a la nicotina que llenaba su habitación. Y con un acento culto de París. Casi todo lo que yo sabía de

francés lo había aprendido en el instituto, y el sonido del receptor estaba amortiguado y oscurecido por la estática. Aquello iba a ser difícil.

—*Oui, il est arrivé ce soir.*

Aquello lo comprendí. Sí, había llegado aquella noche.

Otra pausa. Después:

—*Pas ce soir.* —No esta noche.

De nuevo, una pausa. Después:

—*Oui, la réunion est ce soir. Ensuite cela.* —Sí, la reunión es esta noche.

Después de eso, hubo otra pausa. Luego, un murmullo de palabras que no pude comprender, seguido por:

—*Tout va bien.* —Todo va bien. Otro murmullo impenetrable. Después —: *Je vous ferai savoir quand ce sera fait.* —Ya os haré saber cuándo está hecho.

*Clic.* Vuelta a la CNN.

Una media hora más tarde, el televisor se apagó de nuevo. Oí que su puerta se abría y se cerraba. Iba a salir.

Cogí una gabardina oscura y tomé las escaleras hasta la planta baja. Era de esperar que, tratándose de un profesional, utilizara la puerta trasera, que sería la alternativa menos frecuentada y menos predecible, de modo que me deslicé por la puerta de atrás convencido de que aquélla sería la ruta que seguiría Karate. Allí había tres salidas —una del hotel, otra del salón de belleza, otra del restaurante—, pero las tres daban al mismo patio, que a su vez daba a un solo caminito que se convertía en un único punto de asfixia.

Junto al hotel había un aparcamiento al aire libre. Entré en él y avancé pegado al muro, oscurecido por los arbustos que reseguían su lado exterior.

Apareció un minuto después de que yo me hubiera colocado en posición. Las farolas lo iluminaban y proyectaban sombras en el garaje en el que yo permanecía en silencio. Lo observé pasar ante mí por la pasarela de tres carriles en dirección a la Avenida da Amizade, cuyo nombre, como el de la mayor parte de las avenidas de Macao, habían puesto los portugueses hacía siglos. La suave tela de su chaqueta azul marino deportiva era demasiado elegante para aquel lugar —había descubierto que la ropa habitual en Macao era informal, tirando a dejada—, pero supuse que, como una isla blanca en un mar de asiáticos, iba a destacar de todos modos.

Tras pasar ante el taller del aparcamiento, giró a la derecha por un callejón. Miré de soslayo la salida del hotel. Todo tranquilo. Hasta entonces había parecido estar solo, sin contravigilancia tras de sí. Me deslicé para

seguirlo. Llegó a la Avenida da Amizade y esperó a que el tráfico disminuyera un poco para cruzar. Yo me encogí en las sombras y esperé.

Al otro lado de la calle, giró hacia la izquierda, mirando por encima de su hombro, como haría cualquier transeúnte para echar un vistazo al tráfico antes de cruzar. Me permití esbozar una sonrisa. Su «comprobación del tráfico» era una discreta forma de contravigilancia. La realizó con elegancia, informalmente; y a juzgar por la calidad de aquel movimiento, me di cuenta de que probablemente iba a pasar un mal rato persiguiéndolo a solas.

Descendió por el amplio bulevar en dirección al hotel Lisboa, sede del mayor casino y el más conocido centro de prostitución, y al cabo de un rato crucé la calle y lo seguí. Las farolas estaban espaciadas y dejaban amplios remansos de oscuridad entre ellas para que me escondiera. Karate no me hubiera visto aunque se hubiera vuelto para mirar.

Unos cuantos centenares de metros más adelante, descendió rápidamente por un paso de peatones subterráneo. El paso tenía forma de H, sus túneles se extendían en paralelo a la Amizade y el central la cruzaba perpendicularmente. Caminé un poco más deprisa para cubrir la distancia y llegué a la entrada a tiempo de verlo desaparecer a la mitad del túnel bajo la calle.

En ese momento tuve que enfrentarme a un dilema. Si lo seguía y él miraba a su espalda, me sorprendería. Si yo me quedaba donde estaba y él emergía al otro lado de la calle y se apresuraba para ganarme distancia, era muy probable que lo perdiera.

Pensé por un momento. Hasta entonces, su contravigilancia había sido sutil, la había disimulado bajo el comportamiento de un transeúnte normal. Pero ahora estaba dejando atrás la sutileza: a fin de cuentas, los transeúntes que salen a dar un paseo no cruzan la calle una y otra vez. Sabía lo que se hacía. La pregunta era: ¿En qué sentido actuaría? ¿Retrocedería para sorprender a su perseguidor, o correría hasta el otro lado para perderlo?

Si yo hubiera estado trabajando en equipo, o incluso con un solo compañero, no habría habido problema. Le habríamos rodeado, sabedores de que si uno de nosotros era sorprendido, el otro lo sustituiría inmediatamente después. Pero yo no contaba con ese lujo. Lo único que tenía era mi instinto y mi experiencia, y ambas cosas me decían que su descenso por el paso de peatones era una maniobra, un intento de llevar a su perseguidor hacia el túnel, hacerle salir de entre la multitud y después darse la vuelta para sorprenderle; de modo que dejé el paso subterráneo atrás y me oculté en las

sombras de una de las palmeras de la avenida, con la esperanza de haber hecho lo correcto.

Pasaron quince segundos. Treinta.

Si me había equivocado, aquélla era mi última oportunidad para tratar de cruzar la calle. Si esperaba hasta que saliera a la superficie, me vería acercándose.

«Sólo un segundo más, sólo un segundo más; venga, capullo, ¿dónde estás...?»

Allí estaba, emergiendo por el lado vertical de la H, todavía en la misma acera de la calle que yo. Solté un largo y silencioso suspiro.

Caminó un centenar de metros más por la Avenida da Amizade y después giró a la derecha. Yo hice lo mismo a tiempo de verlo girar a la izquierda por un callejón lleno de motocicletas y bordeado a ambos lados por muros de edificios de oficinas. Lo seguí. Los aparatos de aire acondicionado de las ventanas zumbaban como insectos en la oscuridad que nos rodeaba.

Tres minutos después, llegamos al Lisboa. Lo seguí hacia su interior preguntándome si contaba con utilizar sus muchas entradas y salidas como parte de una ruta de detección de espías. En caso de ser así, había cometido un error. El Lisboa estaba demasiado atestado por las noches; un perseguidor podía permanecer cerca de su perseguido sin que éste llegara a saberlo. Aunque tuviera a un equipo de hombres posicionados para la contravigilancia, la muchedumbre nocturna concedía innumerables oportunidades para mantener el anonimato. ¿Quizá había diseñado esa ruta de día, cuando había menos gente en el hotel? En ese caso, el error era de principiante. Horas del día, días de la semana, cambios de estación, cambios de temperatura... Todo puede hacer que un ambiente se convierta en algo extremadamente distinto de aquel que se ha inspeccionado originalmente.

Me acerqué a él y seguí su rastro, sabedor de que si se adentraba en el enjambre de los numerosos pisos del casino, podía perderlo fácilmente. Pero evitó la zona de juegos y trazó lentamente una circunferencia por la galería de tiendas de la primera planta, donde grupos de prostitutas de la cercana provincia de Guang-dong circulaban como peces hambrientos en un acuario esférico. Caminamos junto a ellas; junto a jugadores enfebrecidos por sus recientes ganancias que las chicas miraban con una descarada invitación, ansiosas por recuperar las migajas de la cadena alimentaria del casino; junto a hombres de mediana edad de Hong Kong y Taiwan, con la espalda combada y los ojos febriles, el ademán rígido, atrapados en un desalentador purgatorio entre la urgencia sexual y el cálculo comercial; junto a guardias de seguridad

habituados a los encantos de las piernas desnudas y el escote de las chicas, e interesados solamente en mantenerlas en movimiento, dando vueltas, nadando para siempre en el lodo de la infinita noche del Lisboa.

Karate abandonó el edificio por una salida secundaria. Todavía no estaba muy seguro de qué esperaba conseguir al entrar. La galería de tiendas, como el mismo hotel, estaba demasiado atestada como para obtener una información de vigilancia fiable. Quizá no había preparado bien esa parte de la ruta, tal como yo había especulado inicialmente. O quizá se había limitado a pasear mirando escaparates, en previsión de hacer sus compras más adelante. No era imposible: hasta los profesionales vacilan de vez en cuando o se paran a satisfacer sus necesidades humanas.

Su comportamiento subsiguiente reafirmó la hipótesis de que se estaba limitando a mirar escaparates: después del Lisboa, no lo vi haciendo nada parecido a mirar en busca de perseguidores. Debió de darse por satisfecho con el provocador fingimiento del túnel. No era un gesto estéril, en realidad, y probablemente hubiera sido suficiente para dejar en evidencia a cualquier otro. Cielos, yo mismo hubiera quedado en evidencia si mi instinto hubiera estado un poco menos afilado o si no hubiera hecho los deberes durante las tres semanas anteriores.

Siguió hacia el noroeste por la Avenida Henrique. La calle era recta, sombría, tenía un tráfico intenso, y pude seguirlo desde la distancia. Mis ojos vagaban constantemente, buscando las esquinas más recónditas, los lugares en los que yo habría colocado la contravigilancia o una emboscada. Nada apareció en mi radar.

En la plaza del Senado, la principal zona comercial para peatones, giró hacia la derecha. La plaza estaría atiborrada, incluso a esa hora de la noche, y yo aceleré mi paso para asegurarme de que no lo perdía. Allí estaba, recorriendo las ondulantes líneas de baldosas blancas y negras, a la izquierda de los iluminados surtidores verticales de la fuente que había en el centro de la plaza, a lo largo de los pórticos bajos de color pastel de las fachadas de estilo portugués, fuera de lugar entre los sonidos y perfumes asiáticos circundantes. Lo seguía a unos diez metros de distancia. Una canción de pop hongkonguense retumbaba desde una tienda. Los olores de cerdo asado y arroz empalagoso flotaban en el aire. Densos grupos de compradores avanzaban y retrocedían a nuestro alrededor, parloteando, riendo, disfrutando de la confortable cercanía de las galerías comerciales y la despreocupada camaradería de la noche.

Abandonamos la plaza del Senado y nos adentramos en calles más tranquilas. Karate se detuvo en los tenderetes callejeros —fruta, ropa interior, tradicionales vestidos tailandeses a razón de tres unidades por un dólar hongkonguense—, pero no compró nada. Parecía que se dirigía a San Pablo, sede de la que fuera gloriosa iglesia portuguesa, cuyo interior había sido destruido una y otra vez por el fuego y que, a día de hoy, se sostiene solamente como una triste fachada, una reliquia embrujada, iluminada por la noche como un esqueleto desteñido apoyado contra la cima de una larga serie de empinadas escaleras, donde rumia con una ruinoso majestad, dominando la ciudad, que ha crecido como un puñado de semillas a su alrededor.

Gradualmente, el paisaje que nos rodeaba se fue tornando el de una zona residencial. Pasamos ante amplias y despejadas entradas. Las escudriñé automáticamente, pero no presentaban ningún peligro, sino tan sólo típicas escenas domésticas: cuatro mujeres ancianas absortas en una partida de *mahjong*; un grupo de niños alrededor de un televisor; una familia cenando. Pasamos junto a un viejo santuario, cuya pintura roja se desconchaba a causa de la humedad tropical. El incienso que había dentro de un brasero invadió mis sentidos y me hizo recordar emociones de la infancia.

Karate llegó a la esquina de la calle y giró a la derecha. En aquel laberinto de oscuros rincones y callejones podía perderlo a poco que me ganara distancia, y aceleré mi paso para permanecer cerca de él. Giré por la misma esquina que él había doblado hacía un instante, y a punto estuve de chocar con él.

Había doblado la esquina y se había detenido, un clásico movimiento de contravigilancia difícil de esquivar si actúas en solitario. No me sorprendió que se lo estuviera tomando con calma: el truco del túnel había sido un falso punto final a la carrera, y yo había picado. «Mierda.»

Sentí un subidón de adrenalina. Ensordecí. Los movimientos se ralentizaron.

Nuestras miradas se engarzaron, y por un segundo permanecemos totalmente inmóviles. Vi que su entrecejo empezaba a fruncirse. «He visto antes a este tío —supe que él estaba pensando—. En el hotel.»

Volvió a disponer el peso de su cuerpo en una posición defensiva. Su mano izquierda tiró de la solapa izquierda de su chaqueta. Su mano derecha se extendió hacia el vacío que quedó.

Hacia un arma, sin duda. «Mierda.»

Di un paso hacia él, le cogí la parte baja de la manga con la mano izquierda y la aparté de su cuerpo de un tirón para evitar que desenfundara lo

que llevara debajo de la chaqueta. Le cogí la solapa izquierda con la mano derecha y tiré de ella hasta su barbilla. Su reacción fue buena: dio un paso atrás con la pierna izquierda para recobrar el equilibrio y abrir una cierta distancia entre los dos desde la que pudiera valerse de algo surgido de su arsenal de karate. Pero no iba a darle esa oportunidad. Le cogí el talón derecho con el pie derecho y lancé mi puño contra su garganta para empujarlo hacia atrás en un *kouchigari*, un ataque básico de *judo*. Perdió el equilibrio, su pie quedó atrapado y cayó de espaldas mientras agitaba el brazo izquierdo inútilmente. Yo seguí cogiéndole el brazo derecho y se lo giré en sentido contrario a las agujas del reloj mientras caía, manteniendo mi codo derecho colocado en ángulo recto sobre su diafragma, apretándolo con fuerza cuando caímos sobre el pavimento.

Me arrastré hasta su lado izquierdo, levanté la mano derecha en lo alto y le lancé un puñetazo contra la nariz. Tenía buenos reflejos a pesar de la impresión de la caída. Giró la cabeza y desvió el puñetazo con la mano izquierda.

Sin embargo, en el suelo, tenía las de perder, y cometió un error rápidamente. En lugar de enfrentarse a la amenaza inmediata —mi posición dominante y mi libertad para atacar—, volvió a tratar de coger su arma. Deslicé el brazo derecho por el interior del suyo y le di un tirón hasta doblárselo a la espalda. Percibió una cierta relajación y trató de incorporarse, pero me adelanté. Valiéndome de la sujeción de su brazo para detener su impulso hacia delante, le pasé el brazo izquierdo alrededor de la cabeza en la dirección de las agujas del reloj, de adelante atrás, y me incliné hacia atrás de tal modo que mi brazo presionara hacia abajo su cara. Aquel movimiento le dobló el cuello hasta el extremo de su flexibilidad y a punto estuvo de dislocarle el hombro, pero no presioné más. Sólo quería que me obedeciera, no matarlo. Al menos no por el momento.

—¿Para quién trabajas? —le pregunté.

A modo de respuesta, se limitó a forcejear. Le apreté un poco más el cuello, pero relajé enseguida mi presión para que no creyera que me proponía acabar con él, en cuyo caso no podía esperar que cooperara.

Comprendió el mensaje y dejó de forcejear. No era probable que hubiera practicado ninguna *kata* que partiera del supuesto de encontrarse en el suelo con el cuello torcido hacia atrás.

—*Je ne comprend pas* —oí que decía, con el cuerpo tenso a causa de mi presión.

«¿No me comprendes? Y una mierda, colega —pensé—. Te acabo de oír viendo la puta CNN.»

—*Pour... Pour qui travaillez-vous?* —traté de preguntar.

—*Je ne comprend pas* —repitió.

«Muy bien, al infierno.» Volví a apretar, más fuerte que antes, esta vez manteniendo la presión un segundo más.

—Por última vez —dije en inglés—. Dime para quién trabajas o te mato.

—Está... Está bien —oí que decía, con la voz amortiguada por mi brazo, que le cubría la cara. Me incliné hacia delante un poco para oírle mejor.

Al hacerlo, él se arqueó hacia mí y tiró con fuerza hacia arriba con el brazo derecho, tratando de soltarse de la llave con que le sostenía, para coger lo que fuera que tuviera debajo de la chaqueta. Yo cargué mi peso hacia la izquierda y le mantuve el brazo a la espalda con fuerza. Pero ese movimiento había sido solamente una finta, y mientras me giraba, me di cuenta, demasiado tarde, de que su verdadera intención había sido llevarse la otra mano al cinturón. Antes de que pudiera detenerle, con un rápido movimiento, había apretado un botón en el cinturón de piel y se había soltado la hebilla, en la que llevaba un puñal metálico de doble hoja.

«*Mierda*». Sin pensarlo, me eché salvajemente hacia atrás, apretando el antebrazo izquierdo sobre su nuca y presionando con la fuerza de ambos brazos. Durante un instante se resistió, y luego su cuello se partió y el cuerpo sufrió un espasmo entre mis brazos. El cuchillo cayó al suelo repiqueteando.

Lo tendí sobre el pavimento y lo cacheé rápidamente. Me temblaban las manos a causa de la adrenalina. De repente, cobré conciencia de mi corazón, que latía como loco en mi interior. Maldita sea, aquél había sido un buen movimiento. Casi se había salido con la suya.

Andaba ligero de equipaje: ni cartera, ni carné de identidad. Sólo la tarjeta del hotel en el bolsillo de los pantalones, y allí, en una funda de hombro, lo que se había puesto a buscar al verme: una Heckler & Koch Mark 23. Junto a ella, un silenciador Knights Armament, uno de los dos modelos compatibles con la Mark 23.

Un cuchillo de cinturón y una H&K con silenciador. Dudé de que hubiera podido pasar aquel material por los controles de seguridad del aeropuerto de camino a Macao, aunque era posible que los guardias de seguridad estuvieran demasiado preocupados con los clips y las tijeras de manicura como para percatarse de su presencia. Sin embargo, intuí que el misterioso señor Nuchi tenía contactos en la ciudad, y que las armas le habían estado esperando allí o

bien le habían sido procuradas de algún otro modo a su llegada. Archivé esa idea para pensar en ella más tarde.

No había nada más que pudiera decirme acerca de quién era o quién lo enviaba. O con quién iba a reunirse.

Me puse en pie y miré a mi alrededor, a izquierda y derecha. No había nada. La calle estaba silenciosa como un cementerio.

Me adentré en las sombras, meneando reflexivamente la cabeza de un lado a otro mientras caminaba, escudriñando el peligro. Dejé las armas, puesto que de poco me servían en aquella misión y no quería contaminarme con nada relacionado con lo que la policía pudiera encontrar en la escena del crimen. Al cabo de un rato, mi pulso empezó a ralentizarse.

¿Quién diablos era él? ¿Con quién iba a reunirse? No podía soportar la idea de saber tan pocas cosas acerca de él: un nombre —Nuchi— que podía ser un alias, y una nacionalidad probable; pero nada más.

No obstante, supuse que, a pesar de todo, las cosas no habían tenido un mal desenlace. Estaba casi seguro de que, quienquiera que lo hubiera enviado, Karate estaba allí para eliminar a Belghazi. Pero eso ya no iba a ser posible.

Y las cosas podrían haber acabado peor. Si hubiera desenfundado esa H&K cuando me vio girar la esquina en lugar de tratar de sacarla después, lo más probable es que hubiera sido yo quien ahora estuviera tendido en el suelo, en plena oscuridad.

Permanecí en las calles estrechas, en los oscuros callejones. Mi pulso se ralentizó todavía más. Mis manos dejaron de temblar. Los edificios a uno y otro lado parecieron hacerse más altos, y la débil luz, más tenue, hasta que me di cuenta de que estaba zigzagueando a lo largo del canal de un pronunciado barranco, un tenebroso desfiladero urbano cortado, entre las deslavazadas fachadas de hormigón, por un río que llevaba mucho tiempo seco. Las oxidadas chimeneas eran escarpaduras de piedra; las cuerdas de tender, confusas parras; una solitaria lámpara de sodio, una luna amarillenta y convexa.

Me encaminé hacia el hotel. Cuando estuve cerca de la entrada, el pulso de mi corazón volvía a ser normal. Empecé a pensar, a pensar en Belghazi.

Sí, Belghazi. El centro mismo de aquel espectáculo. Basta de teloneros. Me acercaría, haría lo que tenía que hacer y me largaría de allí. Después de eso, recibiría una buena cantidad de dinero; tanto que dejaría atrás toda esa mierda para siempre.

O al menos durante un periodo de tiempo razonable.

## Capítulo 2

La mañana siguiente, Keiko y yo disfrutamos de otro desayuno en el café Girassol del hotel, y después paseamos durante un rato por las tiendas del hotel, que ofrecían unas magníficas vistas de la recepción. Pero Belghazi no apareció.

Alrededor del mediodía, fui a un cibercafé para echar un vistazo al tablón de anuncios electrónico que utilizaba para comunicarme con Tomohisa Kanezaki, mi contacto en la CIA. Antes de dar un paso más, me bajé una copia de *software* de seguridad y lo instalé, como hago siempre, para confirmar que la terminal que estaba utilizando no tenía ningún virus de espionaje; un *software*, a veces comercial, a veces infiltrado por piratas informáticos, que detecta las teclas pulsadas, las transmisiones de imágenes y que puede comprometer de mil maneras diferentes la seguridad de un ordenador. A los piratas informáticos les encanta introducir ese *software* en ordenadores públicos, como los que hay en los aeropuertos, las bibliotecas, las copisterías y, por supuesto, los cibercafé, a través de los cuales se hacen con contraseñas, números de tarjeta de crédito, cuentas bancarias y, demonios, completas identidades *online*.

Aquél estaba limpio. Visité el tablón de anuncios. Había un mensaje esperándome: «*Llámame*».

Aquello era todo. Salí del sistema y me marché.

Fuera, encendí el teléfono móvil encriptado que la Agencia me había dado, marqué el número que había memorizado y empecé a caminar para dificultar mi seguimiento.

Oí un solo timbre en el otro extremo de la línea, y después la voz de Kanezaki.

—*Moshi-moshi* —dijo.

Kanezaki es un *sansei* americano, o japonés de tercera generación, y le gusta hacer gala de su talento para los idiomas. Casi nunca le doy cancha.

—Hola —dije.

—*Eh* —dijo, cediendo—. He estado tratando de llamarte.

Sonreí. Kanezaki formaba parte de la CIA, lo que, según mis principios, lo convertía automáticamente en alguien en quien no se debía confiar.

Obviamente, era muy probable que él tuviera ese mismo prejuicio hacia mí. Sin embargo, en Tokio yo había rechazado el encargo de su jefe de que me lo cargara, y se lo había dicho. Había que ser un ingrato de dimensiones colosales para no apreciar un favor como aquél, y sabía que Kanezaki se sentía en deuda. Pero no se sentía de ese modo por lo que yo había hecho, sino porque él era mucho más norteamericano que japonés, y los norteamericanos, cuya imagen de sí mismos está tan vinculada a la idea de «justicia», acaban convirtiéndose en unos mamones por culpa de eso. Su sentimiento no nos llevaría más allá de eso —a juzgar por mi experiencia, uno de los principios que deben guiar las relaciones humanas es «qué has hecho por mí últimamente»—, pero era algo, un pequeño antídoto contra el potencial veneno de esos vínculos profesionales.

—A menos que esté hablando por él —dije—, lo dejo apagado.

—¿Para ahorrar batería?

—Para proteger mi intimidad.

—Eres un paranoico perdido —dijo, y me lo imaginé negando con la cabeza al otro lado de la línea. Sonreí de nuevo. En cierto sentido, ese tipo me gustaba a pesar del jefe que había elegido. Me habían impresionado las medidas de seguridad que había tomado contra su jefe después de mi aviso, y en parte me gustaba poder observar su transformación de ingenuo idealista a agente cada vez más preparado.

—Nuestro amigo acaba de hacer entrada —dije.

—Lo sé. Lo vi anoche. Bien. Ya sabes que lo estamos siguiendo. Si dejas el teléfono móvil encendido, podremos ponernos en contacto contigo para darte información de última hora.

Aunque no estaba seguro, sospechaba que la Agencia había estado vigilando a Belghazi a través de una célula de seguridad o un teléfono vía satélite. No iba a cometer el mismo error.

—Claro —dije, con un tono neutral próximo al sarcasmo.

Se produjo una pausa.

—No vas a dejarlo encendido —dijo, con el tono mitad resignado, mitad divertido.

Me reí.

—Creo que tenemos más posibilidades de triunfar si trabajamos juntos —dijo, tan sincero como siempre.

Me volví a reír.

—Muy bien, hazlo a tu manera —dijo—. Sé que lo harás de todos modos.

—¿Algo más?

—Sí. Estaría muy bien que me justificaras algunos de esos gastos.

—Oh, venga, ya hemos hablado de eso. Necesito el dinero para entrar en las habitaciones de los peces gordos. La otra noche vi a un tipo chino que ponía un millón de dólares en una de las mesas de bacará. Ahí es donde juega nuestro amigo. Tengo que acercarme a él, y no permiten la presencia de espectadores, ni de peces pequeños.

Probablemente me estaba dando la lata para tratar de hacerme sentir como si hubiera ganado algo. Sabía que aquella misión era tan poco oficial como la Agencia podía permitirse. Lo último que Kanezaki o sus superiores querrían sería un rastro de papel que la Oficina General de Cuentas pudiera seguir.

—¿Y si ganas algo? —preguntó.

—Lo mencionaré en la declaración de renta.

Se rió y dijo:

—¿Hemos terminado?

—Sí. Oh, sólo una cosa más. Algo menor. La otra noche asesinaron a un tipo en tu vecindario.

—¿En serio?

—Sí. Cuello roto.

—Ah.

—Ya lo sabrás.

Sabía lo que Kanezaki estaba pensando. En una ocasión había visto cómo le rompía el cuello a un tipo.

—En realidad, prefiero no saberlo —dijo—. Pero me lo imagino. —Oí una risotada—. Recuerda: aunque no estemos en tu habitación, te estamos observando.

—Siempre he sospechado que sois unos *voyeurs*.

—Muy divertido.

—¿Quién está siendo divertido?

Se produjo una pausa.

—Mira, puede ser que esté en deuda contigo. Pero no todo el mundo es de ese parecer aquí. Y no estás tratando solamente conmigo. ¿De acuerdo? Tienes que andarte con cuidado.

Sonreí.

—Siempre es bueno contar con un amigo.

—Mierda —le oí murmurar.

—Si necesito algo, me pondré en contacto contigo —le dije.

—Muy bien. —Una pausa. Después—: Buena suerte.

Colgué el teléfono, borré la lista de llamadas y lo apagué. No había parecido especialmente inquieto por la muerte de Karate. Posiblemente eso significara que no tenía ninguna relación con la CIA. O quizá sí tenía alguna relación y Kanezaki-san no lo sabía.

Seguí andando. Macao respiraba a mi alrededor, profundamente, inspirando, expirando, como un animal sin resuello.

Por la noche, Keiko y yo decidimos ir a jugar un poco al Lisboa. No podía seguir esperando continuamente a Belghazi en la recepción del hotel sin llamar la atención. Y tratar de colocar micrófonos en su habitación, como había hecho en la de Karate, sería demasiado arriesgado. Si sus guardaespaldas daban con ellos, incrementarían sus defensas. Así que decidí que la mejor oportunidad de interceptarlo no consistía en seguirlo, sino en anticiparme a sus movimientos.

Eso puede ser más fácil de lo que parece. Lo único que hay que hacer es ponerse en la piel del adversario: si yo fuera él, ¿qué haría? ¿Cómo miraría el mundo, cómo me sentiría, cómo me comportaría? Las viejas preguntas del útil entrenamiento básico. Analizar el punto de vista del contrario, esa clase de cosas. Yo estoy bien, tú estás bien. Yo estoy bien, tú vas a morir.

Sin embargo, realizar ese ejercicio con alguien tan atento a su seguridad como Belghazi es complicado, porque la gente preocupada por su seguridad tiende a evitar los patrones de comportamiento fijos en beneficio de lo inesperado: horarios cambiantes, rutas cambiantes; cuando es posible, destinos cambiantes. Evitan deliberadamente las costumbres fijas — comer en un determinado restaurante, cortarse el pelo en una peluquería determinada, apostar a los caballos en un determinado hipódromo— que sus adversarios puedan detectar.

Pero la atención que Belghazi prestaba a su seguridad no era perfecta. Su comportamiento adolecía de lo que los expertos informáticos llaman «*fallas de seguridad*»; en este caso, se trataba de su adicción compulsiva al juego.

Probablemente, esa adicción al juego era lo que había permitido a la Agencia, y tal vez a Karate, seguirlo hasta Macao. Era la misma adicción de la que ahora yo me estaba valiendo para meterme en su cabeza. Porque, si eres un adicto a las apuestas elevadísimas en la mesa de bacará y recaes unos días en Macao, ningún lugar es tan atractivo como el Lisboa. Todo lo demás parece una mera broma.

Belghazi, por supuesto, ya lo sabía. Y quizá había partido de ese conocimiento para apostar por un lugar menos excitante, menos glamuroso, menos predecible. Pero no creí que así fuera. Si dispusiera de ese autocontrol, no jugaría en las mesas. No, jugaría, sin dudarlo, y se convencería de que hacía bien diciéndose que no había nada de qué preocuparse, que nadie sabía que él estaba en Macao, que, además, él siempre viajaba con sus guardaespaldas por si acaso.

Keiko y yo gozamos de la cocina de Macao —una exótica mezcla de influencias portuguesas, indias, malasias y chinas— en el O'Porto Interior, un encantador pero poco conocido restaurante. Su ubicación me permitió guardarnos las espaldas de camino hacia él, y también después, cuando cogimos un taxi y nos encaminamos hacia el Lisboa.

Yo había estado en todos los casinos de Macao, por supuesto, mientras reconocía el terreno, pero aquello había sido sólo una parte de mi preparación para la operación Belghazi. Tenía que sentirme cómodo no sólo con el mundo de las apuestas de Macao, sino con el mundo de las apuestas en general, y quería conocer de cerca los usos y costumbres de esa subcultura para absorberlos en la mayor medida posible, imitarlos; alcanzar, en definitiva, el mayor grado posible de invisibilidad. Macao era un principio, pero sabía que el personaje que yo estaba representando —un japonés adinerado aficionado al juego— carecería de verosimilitud si el personaje en cuestión no había estado nunca en Las Vegas.

Así que pasé una semana allí, hospedado en el Four Seasons, en el extremo meridional, porque me pareció el único hotel de calidad al que se podía acceder sin tener que pasar antes por un casino, y sabía que necesitaría un refugio del humo, el ruido y las muchedumbres. Jugué al bacará en el lujoso Bellagio, a la ruleta en el apartado Rio, a los dados en el decadente Riviera, cuyos intentos de imitar el bullicio y el relumbrón que le rodeaba parecían forzados, artificiales, como el maquillaje de una mujer que sabe que nunca ha sido hermosa y que ahora, además, ha perdido el color y se ha hecho vieja.

Cuando ya no podía soportarlo más, me encaminaba paseando hacia el oeste desierto y vagaba. El ruido desaparecía paulatinamente. Las luces tardaban más en difuminarse, e incluso después de varios kilómetros seguían oscureciendo a las estrellas en el cielo desierto. Pero al rato, con la distancia, todo parecía intrascendente, y yo me detenía y miraba hacia aquello que había dejado atrás. Parado en silencio en los bancos de arena del lugar, inspirando el aire pausado, seco, decidí que la improbable ciudad en la que ahora estaba era

un lugar triste y solitario; que los espectáculos, los restaurantes y el neón eran sólo un vendaje chillón que envolvía alguna irrefutable herida psíquica; que la ciudad misma era un extraño y pasajero espectáculo a ojos de los reptiles que contemplaban como yo, a lo lejos, sin parpadear, y que debían comprender en su primitiva conciencia y desde la ventaja de la distancia que pronto todo aquello volvería a ser maleza y arena, como siempre había sido en el pasado.

La pausa era inevitablemente breve. Regresaba a la ciudad y todo eran excesos: Hummers comprados con dinero fruto de la evasión de impuestos para conducir por el asfalto, sin tan siquiera un bache que los pusiera a prueba; bufes de medio kilómetro vaciados por comensales exageradamente gordos; pensionistas drogados por toda una vida de televisión y atraídos a ese lugar en busca de más espectáculo, más y más.

Yo había pensado que el Once de Septiembre cambiaría una parte de aquello, sería motivo de reflexión, de replanteamiento. Pero si el trauma del ataque había producido ese efecto, sus beneficios habían durado poco. En lugar de eso, durante mi afortunadamente breve estancia en Estados Unidos, no vi que nada hubiera cambiado realmente. El sacrificio había sido asumido por muy pocos, quienes por supuesto eran hipócritamente alabados por la muchedumbre, que apenas se detuvo en su infantil fiesta para desear a los soldados buena suerte en la guerra.

Nada de eso me importaba. Lo había visto antes, cuando regresé del Vietnam. Yo también había sido soldado. Pero ahora era el problema de otro.

Keiko y yo salimos del taxi delante del Lisboa, y sentí que mi alerta se disparaba. No me gustan los casinos, estén en Macao, en Las Vegas o en cualquier otra parte. Por un lado, las entradas y salidas suelen estar demasiado controladas. Por el otro, las cámaras y las redes de vigilancia son las mejores del mundo. Cada movimiento que haces en la sala de juegos es grabado por centenares de cámaras de vídeo y almacenado en una cinta durante un mínimo de dos semanas. Si hay algún problema —un tipo que está ganando mucho, una mesa que está perdiendo demasiado—, la dirección puede volver a ver la acción, descubrir cómo ha sido engañada y después tomar medidas para eliminar al causante.

Pero no se trata sólo de dificultades operativas. Es el ambiente, el escenario. Para mí, jugar cuando no se puede influir en las probabilidades tiene un cierto elemento de desesperación y depresión. La industria reconoce el problema y trata de compensarlo con una capa de oropeles. Supongo que funciona, en cierta medida, del mismo modo en que un desodorante puede enmascarar un olor.

Cruzamos una serie de puertas de cristal y ascendimos por una escalera metálica hasta la sala de juegos principal. Allí estaba, con todo su esplendor, una sala circular de alrededor de mil metros cuadrados, atestada de gente que corría y se deslizaba como plaquetas en sangre cuajada, de altos techos casi ocultos entre las nubes de humo de cigarrillo que los focos iluminaban, de una cacofonía de gritos de placer y gemidos de desesperación entremezclados.

Keiko quería jugar a las máquinas tragaperras, cosa que me pareció bien porque me permitía dirigirme a las mesas de bacará en busca de Belghazi. Le di un rollo de dólares hongkonguenses y le dije que volvería en unas horas. Lo más probable, si las cosas salían de acuerdo con lo planeado, era que yo volviera al hotel directamente. En cuyo caso, cuando volviéramos a encontrarnos, le diría que la había buscado pero no había logrado encontrarla, y había dado por hecho que ella se marcharía mucho antes que yo.

Me encaminé hacia las escaleras que me sacarían de aquel agujero de apuestas pequeñas y me llevarían a las salas de los peces gordos en el piso de arriba. Pasé junto a filas de jubilados, todos ellos en íntima comunión con una máquina tragaperras, y pensé en las palomas que aprenden a empujar con el pico una palanca a cambio de una recompensa cualquiera. Después, varias mesas anónimas de ruleta; la gente que se arremolinaba a su alrededor era más joven que los jugadores de las tragaperras en los que con el tiempo se convertirían, con la mandíbula tensa, los ojos refulgentes de un barato éxtasis, los labios suplicando en silencio a los mismos dioses que incluso tras esas dementes plegarias seguían atormentándoles a tenor de sus caprichos.

Compré fichas por valor de cien mil dólares hongkonguenses, el equivalente a unos sesenta mil dólares norteamericanos. Ya había exprimido a Kanezaki por aquél y un sinnúmero de «gastos» más, desembolsos por los que ya se había quejado antes. Después paseé de sala en sala, sin llegar a entrar en ninguna de ellas, hasta que encontré lo que estaba buscando.

Junto a la sala VIP más exclusiva del Lisboa, en la quinta planta, la última del casino, había dos guardaespaldas flanqueando la entrada. Belghazi debía de sentirse completamente seguro en el interior para no molestarse en discutir la prohibición de la presencia de espectadores. Y, por supuesto, los guardaespaldas podían controlar plenamente la entrada de ese modo, y enfrentarse a todo aquel que les pareciera sospechoso.

Por desgracia para ellos, yo no tengo pinta de sospechoso. Y su presencia me dijo exactamente hacia dónde debía dirigirme.

Pasé entre ellos y me introduje en la sala. Sólo se estaba jugando en una de las tres mesas de bacará. Las demás estaban vacías, con la salvedad de sus

crupiers, por supuesto, que permanecían tan tiesos como los cuellos almidonados de sus blancas camisas, dispuestos a atender a los jugadores que sin lugar a dudas se acercarían a sus mesas a medida que la noche avanzara, y de unas cuantas mujeres asiáticas muy atractivas que me parecieron anzuelos apostados para atraer con sus brillantes sonrisas y sus pronunciados escotes a los peces gordos que pasaran por allí.

Eché un vistazo a la mesa más activa. Allí estaban, Belghazi y la rubia, ambos vestidos elegantemente y con un poco más de glamur que el resto de los jugadores: Belghazi llevaba una camisa blanca, con el cuello abierto, y una americana azul marino; la rubia llevaba una blusa blanca de seda y una chaqueta negra. La mayor parte de los catorce puestos para jugadores estaban ocupados, pero Belghazi y su novia tenían sendos asientos vacíos a su lado. Eran los únicos extranjeros en la sala, y probablemente habían escogido los asientos más aislados para no ofender a nadie que pudiera considerar que la presencia de extranjeros le daría mala suerte. Yo no compartía esas supersticiones. Aquella noche, en realidad, era más bien al contrario.

Había estado en esa sala anteriormente, y había visto apuestas de hasta cien mil dólares norteamericanos en una sola partida. Sabía que algunos de los jugadores allí reunidos podían apostar durante una noche entera, incluso hasta la siguiente. Algunos miembros del séquito de Belghazi, con los ojos vidriosos y el semblante pálido a la luz de las lámparas de araña, observaban como si eso fuera lo que habían hecho.

El crupier repartió la mano y gritó: «¡Ocho!». Un excitado ser superado por un nueve. La partida se decidiría por las cartas que ya estaban en la mesa, no había nada más que hacer. Con una parsimonia casi dolorosa, el crupier procedió a girar las cartas de la banca, gritando al tiempo: «¡Nueve!». Se produjo un estallido de aplausos y maldiciones, las primeras por parte de los que habían apostado por la banca, las segundas por los que lo habían hecho por el jugador. A medida que el crupier entregaba las cartas a los otros dos crupiers, que empezaron a pagar las apuestas vencedoras, muchos de los jugadores hundieron el rostro y se dispusieron a marcar los blocs que el casino les había entregado, tratando de encontrar un patrón fijo en mitad del azar, una constante de la suerte que pudieran asimilar y finalmente dominar.

Me encaminé hacia la mesa en la que estaba Belghazi y me senté a su derecha, de tal modo que apartara instintivamente su mirada de mí para hablarle a la rubia o para atender los movimientos del jugador sentado en el primer asiento, que tenía encomendado el papel de la banca. Percibí el

maletín de ordenador portátil, apoyado en su pierna izquierda para que se diera cuenta de si alguien lo movía.

Se volvió hacia mí.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad? —dijo en un inglés con fuerte acento francés, mientras entrecerraba los oscuros ojos. El efecto era en parte un intento de hacer memoria, en parte una acusación. La rubia echó un vistazo y después apartó la mirada.

Aquello fue una pequeña infracción en la etiqueta de los peces gordos, que por lo general incide en el respeto por el anonimato de los otros jugadores.

—Quizá en las mesas del piso de abajo —respondí, ocultando mi sorpresa—. He tenido que hacerme con un poco de pasta antes de venir a la sala VIP.

Negó con la cabeza dos veces, lentamente, y sonrió, todavía mirándome a los ojos.

—No abajo. En el Oriental. Con una hermosa mujer asiática. ¿No te acompaña esta noche?

—¿Te hospedas en el Oriental? —pregunté, esquivando su pregunta como cualquier mujeriego merecedor de ese nombre al que un desconocido hubiera acabado de interrogar acerca de su amante.

—Es un buen hotel —respondió, esquivando a su vez mi pregunta.

Me impresionó. Había estado tratando de pasar desapercibido o, al menos, de no llamar la atención, pero él se había percatado de mi presencia de todos modos. Belghazi estaba en perfecta sintonía con el ambiente, con las reglas que, hasta cierto punto, dictaban si ganabas o perdías. O si vivías o morías.

El crupier nos avisó de que había llegado el momento de que hiciéramos nuestras apuestas.

—Sí —dije, colocando el mínimo de unos diez mil dólares norteamericanos en la banca—, pero éste es el mejor lugar para el bacará.

Belghazi asintió y apostó cincuenta mil dólares por el jugador, después se volvió hacia el crupier para ver cómo se jugaba la mano. Me di cuenta, gracias a ese movimiento, de que mi presencia no le preocupaba. En caso contrario, no me habría dado la espalda. No, sólo había estado sondeándome reflexivamente, disparando al azar, tratando de comprobar si había alcanzado alguna presa o si alguien había disparado en respuesta.

La banca le dio la primera carta al crupier. Mientras lo hacía, me incliné hacia delante y crucé los brazos, colocando los dedos de la mano derecha sobre el Traser P5900 que llevaba en la muñeca izquierda. En la parte inferior del reloj llevaba un detonador de la medida de un dedo pulgar que contenía un

pequeño cóctel, un cóctel que probablemente no se servía en la barra de las chicas del casino. La mezcla en cuestión consistía básicamente en *staphylococcus aureus* —un elemento patógeno de envenenamiento de alimentos de efecto rápido— e hidrato de cloro, una sustancia que provoca náuseas, desorientación e inconsciencia durante un periodo de entre una y cuatro horas. El primero haría que Belghazi corriera de vuelta a su hotel. El segundo garantizaría que se durmiera rápidamente, como un tronco, cuando llegara allí. Saqué el detonador y me lo coloqué entre los dedos índice y corazón de la mano derecha. Esperé hasta el momento adecuado —cuando Belghazi girara la mirada, se produjera una gran pérdida o ganancia de uno de los jugadores o cualquier otra distracción— y actué.

Me di cuenta de que mi plan contenía un importante beneficio colateral: los síntomas de la infección por *staphylococcus aureus* eran tan graves, y tenían un efecto tan inmediato, que era muy probable que Belghazi regresara a la habitación de su hotel sin la rubia, o al menos que lo hiciera antes que ella. E incluso en el caso de que ella regresara con él o que lo hiciera poco después que él, era muy probable que él le pidiera que se marchara para poder sufrir a solas los efectos de su revoltoso estómago.

Gané la primera mano. Mejor porque no sabía cuánto tiempo me tomaría aquello, y aunque tuviera suerte con el bacará y el ritmo de juego fuera tranquilo, el dinero de Kanezaki no me duraría eternamente.

Se acercó una hermosa camarera. Belghazi pidió una tónica. Jugándose cincuenta mil dólares en cada mano, supuse que quería evitar el alcohol. Lo imité.

La rubia se recostó en Belghazi y le dijo:

—*Je vais essayer les tables de dés. Je serai de retour bientôt.* —Voy a probar las mesas de dados. Vuelvo en un momento. Se levantó y se marchó.

«*Perfecto*». Miré de soslayo a Belghazi, rápidamente, de un modo que a éste no pudiera parecerle sorprendente ni irrespetuoso. Ella llevaba una falda negra a juego con la chaqueta. Sus piernas eran impresionantes, y caminaba con la seguridad nada pretenciosa de quien hace mucho tiempo se dio cuenta de que es hermosa y hoy en día eso no le parece nada extraordinario ni digno de ostentación.

Belghazi dobló su apuesta en la mano siguiente. Yo seguí apostando el mínimo. En esa ocasión, ganamos ambos.

La camarera llegó portando las bebidas en una bandeja de plata. Dejó la de Belghazi en una mesa que tenía a su lado y después se inclinó para hacer lo

mismo con la mía. Belghazi estaba observando al crupier; que se disponía a abrir juego. «Ahora.»

Me alcé un poco de mi asiento para tratar de coger mi copa con las dos manos como si no quisiera que se me derramara.

Cuando mi mano derecha pasó junto al vaso de Belghazi, me detuve por un instante y apreté, y el centro de la base de la cajita, más delgado que el plástico que lo envolvía, se partió en silencio y dejó caer el contenido. Me valí de mi torso para ocultar el movimiento desde arriba, donde las cámaras del techo podrían haberlo grabado. «Hecho.» Volví a sentarme en mi silla, con la tónica en la mano.

Belghazi ignoró su bebida durante la siguiente mano, y durante la posterior. El hielo se estaba deshaciendo en su vaso, y empezó a preocuparme que uno de los camareros se la cambiara. Tenía otra cápsula, por supuesto, pero no quería tener que repetir la maniobra de depositarla en su vaso.

Finalmente, no fue necesario. Al final de la quinta mano, cogió su vaso y bebió. Un trago. Una pausa, y después otro trago. Dejó el vaso.

Fue suficiente. Había llegado el momento de que me marchara. Jugué otra mano y después recogí mis fichas.

—Buena suerte —le dije, poniéndome en pie.

—¿Tan temprano? —me respondió.

Había estado allí menos de una hora, un abrir y cerrar de ojos comparado con lo acostumbrado por los fanáticos de aquella sala. Vi que todavía estaba sondeándome. Tenía un instinto de policía para las anomalías. Asentí y sonreí.

—He aprendido a retirarme cuando estoy ganando —le dije mientras sostenía mis fichas.

Me devolvió la sonrisa, con la mirada tan fría como siempre.

—Eso es lo más sensato —dijo.

De camino a la salida del casino, me detuve en los baños. La vejiga llena sería una molestia más tarde, y también quería lavarme concienzudamente las manos. El *staphylococcus aureus* es una sustancia un poco asquerosa, y no tenía la menor intención de ingerirla sin querer.

Cogí un taxi hasta el Oriental y me dirigí directamente a mi habitación. Keiko no estaba allí; seguramente seguía jugando con el dinero que le había dado. Cogí lo que necesitaba de la caja fuerte, lo puse en la pequeña mochila que había llevado por si se presentaba una ocasión como aquella y me encaminé hacia la habitación de Belghazi. Éste empezaría a encontrarse mal poco después y era de esperar que no tardara en regresar, y yo tenía que

adelantarme. Si él entraba primero, podía pasar el cerrojo —tecnología de perfil muy bajo, pero inaccesible desde el exterior— y perdería aquella oportunidad.

Utilicé mi Visión de Soldado antes de entrar. La rubia había dicho que iba a jugar a los dados, pero la gente cambia de opinión. La habitación estaba vacía. Me introduje en ella con mi llave maestra artesanal. Habría estado bien esperar en el armario o deslizarse debajo de la cama, pero éstos serían los primeros lugares en los que mirarían los guardaespaldas en caso de que llevaran a cabo siquiera un rastreo rápido. Me dirigí rápidamente al más grande de los dos baños de la *suite*. Vi dos juegos de toallas colocados sobre el caro mármol que rodeaba el lavamanos; presumiblemente, eran de Belghazi y la rubia.

Había una placa de mármol unida al extremo de la encimera que cubría aproximadamente una cuarta parte de la distancia hasta el suelo. Saqué una minilinterna E1e SureFire de la mochila —cinco centímetros, sesenta gramos, quince lúmenes de brillante luz blanca—, me agaché y me deslicé bajo la placa de mármol. Desde el grifo del lavamanos salían cañerías de agua fría y caliente que desaparecían en el muro. Vi el perfil abombado del lavamanos de cerámica y la cañería de drenaje que salía de ella serpenteando hacia abajo, después hacia arriba, con las otras cañerías, hasta el muro posterior.

Sonreí. Si Belghazi hubiera optado por una habitación más modesta, yo no me habría salido con la mía y hubiera tenido que recurrir a una estrategia menos beneficiosa. Gracias a su posición, la encimera era suficientemente grande para dejar un hueco de buen tamaño entre la parte posterior de la fachada vertical de mármol y la parte inferior de la pila del lavamanos. Tendría que encogerme un poco, pero había espacio suficiente para un hombre de mi tamaño.

Busqué en la mochila y saqué una especie de arnés de nailon especialmente diseñado, que, desplegado, parecía algo así como una incómoda hamaca negra con cuatro levas de aluminio en los extremos. Volvía a agacharme, sostuve la SureFire con la boca y busqué lugares en los que colocar las levas. Podría haber sustituido las levas por ventosas u otros mecanismos de agarre, pero no era necesario: la encimera de mármol debía de pesar al menos cien kilos, y estaba sostenida por una serie de vigas de madera, cada una de las cuales era un lugar de agarre perfecto para las levas. Coloqué las levas, tiré de las correas horizontales del arnés y después introduje mi cuerpo y la mochila. Me quedé tendido de lado, acurrucado bajo la curva del lavamanos, con la mochila bajo los brazos. Era incómodo, pero

no insoportable. Me había enfrentado a cosas peores, y no creía que tuviera que esperar demasiado.

Sabía que los guardaespaldas, si eran buenos, probablemente inspeccionarían la *suite* antes de que Belghazi entrara en ella. Pero también sabía que, en su estado actual, Belghazi querría estar solo y que probablemente les ordenaría que se marcharan —eso en caso de que les permitiera entrar— antes de que pudieran realizar una inspección a fondo. Sin embargo —siempre un buen *boy scout*—, yo llevaba la pistola diseñada por la CIA de calibre veintidós y de un único disparo, cuidadosamente escondida en el interior de una elegante pluma Mont Blanc Meisterstück, que saqué de la mochila. Si me veía obligado a ello, utilizaría la pluma para derribar a quienquiera que estuviera más cerca de mí y, en la confusión subsiguiente, improvisaría con lo demás. Por supuesto, si aquello acababa así no cobraría, de modo que la pistola era sólo en caso de emergencia.

No tuve que esperar mucho. Veinte minutos después de haberme colocado en posición, oí que la puerta de la *suite* se abría. Una luz se encendió en la sala. Después, el ruido de pies, acercándose rápidamente. La puerta del baño impactó contra el muro, seguida inmediatamente por los sonidos de violentas arcadas.

Después, otros pasos. Una voz masculina.

—*Monsieur* Belghazi...

El guardaespaldas, supuse. Hubo más arcadas; después, la voz de Belghazi, grave y débil.

—*Yallah!*

No conocía la palabra. Pero comprendí lo que estaba diciendo. Fuera de aquí. Ahora.

Oí alejarse al guardaespaldas, después el sonido de la puerta exterior que se abría y se cerraba. Belghazi siguió gruñendo y vomitando. Con las prisas, no se había molestado en encender la luz del baño, pero llegaba un poco de luz de la *suite* y podía distinguir las sombras desde debajo del lavamanos del que colgaba.

Oí un ruido metálico sobre el suelo de mármol y me pregunté qué lo había provocado. Entonces me di cuenta: la hebilla de su cinturón. El *staphylococcus* causa diarrea, y estaba tratando de soportar la oleada de síntomas. Los sonidos y olores que siguieron confirmaron mi hipótesis.

Después de unos diez minutos, oí que salía dando tumbos de la habitación. La luz del dormitorio se apagó. Di por hecho que se derrumbó sobre la cama.

Alcé el brazo ligeramente y miré el dial iluminado del Traser. Le daría otra media hora, tiempo suficiente para asegurarme de que el hidrato de cloro era absorbido por su sistema y por lo tanto pasaba a ser extremadamente difícil de detectar, pero no tanto como para que pudiera empezar a despertarse. El *staphylococcus* aparecería en el examen de un patólogo, por supuesto, pero el *staphylococcus* se produce de forma natural, en ocasiones, en la comida, de modo que su presencia *post mortem* no sería un problema. Con suerte, a falta de otra explicación plausible, puede que el *staphylococcus* fuera considerado responsable del ataque al corazón que Belghazi iba a sufrir.

De hecho, el problema del corazón sería resultado de una inyección de cloruro de potasio. Buscaría la vena axilar bajo su sobaco, o quizá la vena oftálmica en su ojo, ambos puntos de entrada difíciles de detectar, especialmente con la aguja del calibre veinticinco que iba a utilizar. Una inyección de cloruro de potasio es una forma indolora de fallecer, recomendada, al menos implícitamente, por cardiólogos suicidas de todo el mundo. El cloruro de potasio despolariza las membranas celulares del corazón, produciendo una detención cardiaca total, inconsciencia inmediata y muerte instantánea. Después del fallecimiento, otras células del cuerpo empiezan a deshacerse naturalmente, liberando potasio en el flujo sanguíneo, y por lo tanto volviendo indetectable la presencia del agente que puso en marcha todo el proceso.

Pasaron veinte minutos más sin otro sonido que los gemidos inconscientes de Belghazi. Me deslicé del arnés y bajé silenciosamente al suelo. Unos pocos minutos más y empezaría a preparar la inyección. Tenía una pequeña botella de cloroformo que utilizaría si se agitaba durante el proceso.

Oí que una tarjeta se deslizaba en la cerradura de la puerta de la *suite*. Me quedé inmóvil y escuché.

Pasó un momento. Oí que la puerta se abría. Se cerró. La luz se encendió en el dormitorio.

Cogí la mochila y saqué la pluma Mont Blanc. Oí el sonido de pasos en la habitación. Era Belghazi, que gemía suavemente. Después oí una voz de mujer:

—*Achille, tu vas bien?* —*Achille, ¿estás bien?*

Ante lo cual Belghazi, claramente inconsciente, se limitó a responder con un gruñido.

«La rubia», pensé. Me puse la pluma en la mano izquierda y me valí de la derecha para sacar el llavero y el pequeño espejo de dentista que llevaba en él.

Empujé silenciosamente el extremo de la puerta y coloqué el espejo en un ángulo que me permitiera ver el reflejo del dormitorio.

Era ella, como esperaba. Debía de tener su propia llave.

Hice una mueca. Mal momento. Diez minutos más y habría terminado con aquello.

Vi a la mujer sacudir una vez a Belghazi, después con más fuerza.

—¿Achille? —dijo una vez más. Esta vez ni siquiera respondió con un gemido.

Observé que la rubia respiraba hondo, se detenía un instante y después soltaba el aire lentamente, hundiendo la barbilla, dejando caer los hombros. Después se encaminó rápida y silenciosamente hacia un interruptor que había en la pared y apagó las luces. En ese momento, la habitación sólo estaba iluminada por la luz que proyectaban los edificios y las farolas de la calle. Vi que la mujer miraba las cortinas de gasa, que estaban corridas.

Se encaminó al escritorio que estaba al otro lado de la cama. Miré hacia allí y vi la maleta del portátil que le había visto a Belghazi en la recepción del hotel y en el casino. Interesante.

Abrió la cremallera de la maleta y sacó un delgado ordenador portátil, que luego abrió. Después se encaminó hacia la cama, cogió con cuidado una de las almohadas que estaban junto a la cabeza de Belghazi, volvió al escritorio y colocó la almohada sobre el teclado del ordenador. Tardé un instante en darme cuenta de lo que estaba haciendo: amortiguar los pitidos o la música que anunciaban que el ordenador estaba cobrando vida. Un movimiento inteligente, que demostraba cierta previsión y quizá cierta práctica. La mujer no tenía por qué saber si Belghazi había dejado activado el volumen la última vez que lo había utilizado; en caso de ser así, el tono musical de encendido del ordenador podría haber perturbado su sueño.

Al cabo de unos minutos, el logotipo de Windows apareció en la pantalla, y la melodía correspondiente apenas resultó audible bajo la presión de la almohada. La mujer se detuvo un instante, después retiró la almohada y la devolvió a su lugar en la cama. Me di cuenta de que no la tiraba al suelo ni que la dejaba a un lado, al azar. Procuraba que la habitación estuviera tal como la había encontrado, es decir, tal como Belghazi la había dejado, hasta el último detalle. Otra señal de que tenía buen instinto o de que había sido entrenada. O de ambas cosas.

La mujer regresó al escritorio y sacó un teléfono móvil de su bolso. Se dedicó durante un rato a configurarlo y después lo colocó ante el ordenador. Se puso a teclear el teléfono.

Pasaron varios minutos. La mujer introducía algunas secuencias en el teclado del teléfono, miraba el ordenador durante algunos segundos y repetía la operación. De vez en cuando, miraba de reojo a Belghazi. Logré ver la pantalla del ordenador mientras ella hacía todo eso, pero no había cambiado. Intuí que el ordenador estaba protegido mediante una contraseña, que su «teléfono móvil» era más de lo que parecía, y que estaba utilizando aquel aparato para interrogar al ordenador mediante infrarrojos o Bluetooth, muy probablemente para generar una contraseña o hallar otro modo de entrar en el sistema.

Pasaron cinco minutos, después otros cinco. Belghazi debía de haber metabolizado una cantidad suficiente de la droga para recuperar la conciencia. Cinco minutos más, diez como mucho, y tendría que abortar la misión.

Pero ¿cómo? No me preocupaba el modo de salir de la *suite*. Belghazi no estaría en condiciones de detenerme, aunque estuviera completamente concierne cuando yo me dispusiera a largarme de allí, y no creía que la mujer fuera un obstáculo insalvable. Pero si Belghazi me veía, especialmente después de habernos saludado la noche anterior en el Lisboa, o si la mujer dejaba constancia de la presencia de un intruso, tendría que enfrentarme a una pantalla de seguridad todavía más estricta. Tardaría un siglo en disponer de una segunda oportunidad.

Oí que Belghazi gemía. La mujer se quedó inmóvil y lo miró de reojo, pero él no se despertó. Sin embargo, ella llegó a la conclusión de que estaba recuperando la conciencia, porque un segundo después volvió a meter el teléfono móvil en su bolso, dejó el bolso en el suelo y apagó el ordenador portátil valiéndose de la almohada como había hecho antes para eliminar cualquier melodía inoportuna. Cuando la pantalla quedó negra, cerró el ordenador y volvió a colocarlo en su maletín, dejó de nuevo la almohada en la cama y empezó a desnudarse.

«Mierda.»

La situación estaba empeorando. No podía esperar que la rubia se durmiera enseguida, ni que se durmiera tan profundamente como para permitirme salir de allí sin que se percatara de mi presencia. Cielos, a juzgar por lo que había visto hasta el momento, ella podía tener un sueño tan ligero como el mío. Además, visto el cuidado que había mostrado hasta entonces, sabía que podía haber cerrado el cerrojo interior de la puerta, y lo más probable era que lo hubiera hecho deliberadamente, como parte de una lista de precauciones, y por lo tanto recordaría haberlo hecho. Si lo encontraba descorrido a la mañana siguiente, lo más probable es que llegara a la

conclusión de que alguien había estado en la habitación, y no que dudara de lo que recordaba haber hecho.

¿Matarlos a ambos? Imposible hacerlo de tal modo que pareciera por «*causas naturales*». Kanezaki había insistido en que el pago estaba condicionado a la inexistencia de pruebas de juego sucio, de modo que no utilizaría la violencia a menos que me viera obligado a ello. Además, a pesar de mi oficio, nunca actúo contra mujeres ni niños. Había habido una reciente excepción, pero había sido de carácter personal. Y no disponía de ese tipo de atenuantes en el caso de la acompañante de Belghazi. Al contrario, esa mujer me gustaba. No era sólo por su aspecto. Eran sus movimientos, su autocontrol, el aire de dominio, así como el instinto y la inteligencia que me había parecido presenciar en silencio.

Había una posibilidad. Era arriesgada, pero sin duda no era peor que las otras alternativas de las que disponía.

Esperé hasta que la mujer se hubo desnudado por completo, hasta ese momento en que ella se sentiría extremadamente indefensa y desconcertada. Se estaba encaminando hacia la cama, presumiblemente para acostarse, cuando yo entré en la habitación.

Ella dio un respingo al verme, pero mantuvo la compostura.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó en voz baja, en un inglés con acento europeo. Parecía más acusadora que asustada.

—¿Me conoces? —susurré, a la vez que pensaba: «¿Qué diablos?».

—Del casino. Y te he visto en el hotel. ¿Qué haces aquí?

Cielos, era tan observadora como él.

—¿Has tenido suerte con el ordenador de Belghazi? —pregunté, tratando de recuperar la iniciativa. Tenía la mirada fija en su torso, el área que siempre observaba después de confirmar que tenía las manos vacías, porque los movimientos agresivos suelen iniciarse en esa parte del cuerpo. En ese caso, sin embargo, la visión distraía: desnuda resultaba incluso más atractiva de lo que estaba con el vestido de alta costura con el que la había visto antes.

Ella se mantuvo fría.

—No sé de qué estás hablando.

Le mostré la Visión de Soldado, todavía unida a mi muñeca, y me marqué un farol.

—¿En serio? Lo tengo todo aquí, grabado en vídeo.

Eché un vistazo al dispositivo y después volvió a mirarme.

—¿En una Visión de Soldado? No sabía que grabaran en vídeo.

Maldita sea, entendía de esos cacharros. Quienquiera que fuese, era buena, y tenía que dejar de subestimarla.

—Ésta sí —improvisé—. ¿Por qué no hacemos un trato? Yo no sé para quién trabajas, y me da lo mismo. Por lo que a mí respecta, esto no ha sucedido. Tú no me has visto, y yo no te he visto. ¿Qué te parece?

Permaneció en silencio un largo rato, aparentemente indiferente ante su desnudez. Después me preguntó:

—¿Con quién estás?

Sonreí.

—No preguntes, no hables.

Volvió a quedarse en silencio. Mi mirada descendió un instante. Su cuerpo era hermoso: musculado y curvilíneo a la vez, como una patinadora artística o una gimnasta inusualmente alta, con una piel delicada y pálida que parecía brillar débilmente bajo la luz difusa que se filtraba por las cortinas.

Volví a levantar la mirada. Me estaba mirando a los ojos.

—Probablemente te estás marcando un farol con lo del vídeo —dijo con la voz acompañada—, pero no puedo arriesgarme. No puedo dejarte marchar con eso.

Su aplomo me impresionó. Señalé con la cabeza en dirección a Belghazi.

—Va a despertarse en cualquier momento. Si lo hace y me encuentra, será malo para los dos.

Ella puso los ojos en blanco de irritación y dijo:

—Voy a vestirme.

Casi me lo creí. Parecía lógico: estaba desnuda en presencia de un extraño y quería ponerse la ropa. Pero su desnudez no había parecido preocuparle hacía sólo un momento. Y la irritación no era una expresión que fingiera de un modo convincente.

—No —dije secamente. Tenía la pluma en el bolsillo y no sería capaz de sacarla a tiempo. Y aunque pudiera, apuntar a alguien con una Mont Blanc suele retener menos su atención que, digamos, hacerlo con una Glock de diez milímetros. No hubiera sido capaz de utilizar la pluma para controlarla, sino sólo para disparar, y no quería hacer eso.

Ella me ignoró. Vi que se dirigía hacia su bolso, no hacia su ropa.

Debía de tener un arma allí. Cubrí la distancia con dos largos pasos y alejé el bolso de una patada. Al hacerlo, ella se estiró y vi su codo izquierdo girando hacia mi sien derecha. Por reflejos, me acerqué para esquivar el golpe y levanté las manos. Su codo erró su objetivo. Pero ella rápidamente giró la cadera y me golpeó con el otro codo desde el lado contrario. «Bum.» Vi las

estrellas. Antes de que pudiera enlazar otra combinación, me agaché, rodeé con el brazo izquierdo uno de sus tobillos y lancé mi hombro contra su espinilla. Cayó de espaldas.

Para evitar que me diera una patada con su pierna libre o que me atacara de cualquier modo con los pies, coloqué una mano en su muslo derecho y lo empujé en dirección contraria. Me puse en pie y retrocedí observándola cuidadosamente.

—¿Estás loca? —dije en voz baja—. ¿Qué va a pensar si lo despiertas? — Eso era lo que estaba en juego en realidad. Si ella hubiera querido despertarlo, ya lo habría hecho. No quería que él supiera de mi presencia, quizá por el «vídeo», quizá por otras razones. Tratar de eliminarme había sido un riesgo calculado. Después de eso, sólo habría una versión de lo sucedido.

Sentía un apagado latido en el lugar de la cabeza en el que me había dado. Me acerqué al bolso y lo cogí para asegurarme de que no tratara de recuperarlo de nuevo. No sabía qué había dentro: barra de labios Mace, afiladas tarjetas de crédito, plumas-pistola como la mía, quién sabe.

Belghazi volvió a gemir. Necesitaba al menos unos minutos para preparar la inyección, eso contando con que pudiera hacerlo sin la intromisión de mi nueva compañera de juego, y todo parecía indicar que me quedaría sin tiempo.

—Hubiera sido más agradable conocerte en otras circunstancias —dije mientras me frotaba la sien izquierda y me encaminaba hacia la puerta.

—¿Cómo vas a eludir al guardaespaldas? —oí que decía. Eso me inquietó. Esperaba que se marcharan una vez Belghazi hubiera llegado a su habitación.

Apunté con la Visión de Soldado la pared y eché un vistazo al monitor. Sin lugar a dudas, había una figura humana justo al otro lado de la puerta. «*Oh, mierda*».

—Dame el vídeo —dijo— y le diré al guardia que se largue. Podrás irte.

Negué con la cabeza lentamente, tratando de improvisar algo que me sacara de allí.

Belghazi gimió de nuevo. Ella lo miró de soslayo y volvió a posar la mirada sobre mí.

—Mira —susurró con dureza—. No sé quién eres, pero es obvio que no eres amigo de Belghazi. Has supuesto que tampoco yo soy amiga suya. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—Quizá —dije, mirándola.

—Pero tienes que demostrarme un poco de buena voluntad. Dame el vídeo.

Volví a negar con la cabeza.

—Sabes que no puedo. Tú no lo harías si estuvieras en mi lugar.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Ni siquiera creo que ese vídeo exista. Así que cuando se despierte, será tu palabra contra la mía. Y te prometo que me creerá a mí, no a ti.

Me encogí de hombros.

—¿Y si le digo que eche un vistazo al sistema de seguridad de su ordenador? Estoy seguro de que Belghazi lo tiene activado. ¿O que mire en tu teléfono móvil?

No tuvo que responder a eso.

—Pero estoy de acuerdo en que podemos ayudarnos mutuamente —dije—. Y te diré cómo. Yo voy a volver a esconderme. Tú harás que el guardián entre, le dirás que Belghazi parece estar muy enfermo, ha estado vomitando y apenas está consciente, y tienes que llevarlo al hospital. El guardaespaldas y tú lo sacáis de aquí. Nadie va a inspeccionar la habitación una vez él haya estado en ella, y en cuanto vosotros os vayáis, lo haré yo. Entonces te daré el vídeo.

Ella permaneció en silencio un buen rato. Si Belghazi nos sorprendía en ese momento y oía hablar de ese «vídeo» o yo le contaba lo del sistema de seguridad o lo del teléfono móvil, la tapadera de la mujer, cualquiera que fuese, quedaría al descubierto. Si yo me largaba con el «vídeo», ella estaría asumiendo un riesgo, pero quedaría en buena posición. Comprendió estas posibilidades y supo que también yo las comprendía.

—¿Cómo me puedo poner en contacto contigo? —le pregunté para cerrar el trato.

Frunció los labios y después dijo:

—Puedes buscarme en el casino mañana a partir de las ocho.

—¿El Lisboa?

—No, aquí, en el Oriental.

—¿Cómo puedo llamarte?

Me dedicó una mirada llena de fría ira.

—Delilah —dijo.

Belghazi volvió a gemir. Asentí y regresé rápidamente al baño. Saqué la Meisterstück y después volví a colgarme del arnés bajo el lavamanos.

Un instante más tarde, oí que la puerta de la *suite* se abría, y luego una amortiguada conversación en francés. La voz de Delilah y la de un hombre. Les oí entrar en la *suite*, donde se pusieron a tratar de levantar a Belghazi. Reconocí algunas palabras en francés: «enfermo», «hospital», «médico».

Después, la voz de Belghazi, grave y adormilada: «*Non, non. Je vais bien*». No, no, estoy bien. La voz de Delilah, más cerca ahora, pidiéndole que fuera a ver a un médico. Más objeciones, también más cerca.

Mierda, se había levantado y se encaminaba hacia mí. Me obligué a relajarme y respiré en silencio por la nariz.

—*Je vais bien* —oí que decía una vez más desde el otro lado de la puerta del baño. Su voz parecía más tranquila ahora—. *Attendez une minute*.

Oí que sus pies golpeaban ligeramente el suelo de mármol, acercándose. Después, el sonido de un grifo que se abría, de agua que corría por las tuberías a mi alrededor. Giré la cabeza y miré hacia abajo. Un par de pies y de pantorrillas estaban ante el lavamanos. Si hubiera querido, podría haber alargado el brazo y tocarlos. Vi las dos líneas desnudas que recorrían la longitud de sus tibias, donde el vello se había ido desgastando y había aparecido una ligera ondulación en la superficie del hueso: ambas cosas eran deformaciones características de los practicantes del boxeo tailandés y otras artes marciales de gran dureza. Los huesos se agrandan en respuesta a los traumas provocados por repetidos golpes, y finalmente acaban convirtiéndose en una superficie sin nervios y brutalmente contundente al golpear. El fichero de Belghazi decía algo acerca del *savate*, una variante francesa del *kickboxing*. Al parecer, la información era correcta.

Oí que se mojaba la cara mientras gemía «*merde*». Después, el rítmico sonido de rápidos barridos de un cepillo de dientes, una necesidad perfectamente comprensible después de vomitar.

Los sonidos del cepillo se detuvieron. Volvió a abrir el grifo. Entonces, algo cayó rebotando al suelo, prácticamente debajo de mí.

Giré la cabeza y lo vi: se le había caído el cepillo de dientes. «Mierda.»

Mi pulso, que había estado razonablemente tranquilo dadas las circunstancias, se aceleró. La adrenalina rebasó mi torso hacia el cuello y las extremidades. Cogí con fuerza la Meisterstück. Respiré superficialmente, en silencio. Mi cuerpo estaba perfectamente inmóvil.

Belghazi se arrodilló y palpó en busca del cepillo de dientes. Vi la parte superior de su cuero cabelludo casi rapado; el puente de la nariz, doblado tras haber sido roto hacía mucho tiempo; el plano superior de un par de prominentes mejillas; sus hombros y espalda, fuertemente musculados, cubiertos de pelo oscuro.

Lo único que tenía que hacer era levantar la mirada, y me vería.

Pero no lo hizo. Sus dedos se cerraron alrededor del cepillo y se puso en pie. Un instante después, el agua dejó de correr y él salió lentamente del baño.

Oí voces procedentes del dormitorio, pero sólo pude comprender una parte de lo que decían. Al parecer, Belghazi se negaba categóricamente a ir a ver a un médico. Cielos, iba a tener que pasarme la noche colgado de un lavamanos, como un escalador que durmiera a mitad de camino de la cima de una montaña.

Oí la voz de Delilah. Algo acerca de «*médecine*». La puerta de la *suite* se abrió y se cerró.

Pasaron dos minutos. Silencio en la *suite*. Después, el sonido de pasos que se acercaban rápidamente. Alguien entró en el baño y abrió de golpe la puerta que separaba el lavabo. La puerta se cerró de golpe, seguida del ruido de Belghazi vomitando.

Oí los pasos más ligeros de Delilah. Se encaminó directamente hacia el lavamanos y se agachó para poder verme. Debía de haber pensado en ello y llegado a la conclusión de que aquél era el único lugar en el que era posible esconderse. Eso me dejó una vez más impresionado.

—He mandado al guardia a comprar medicamentos —susurró—. Ésta será tu última oportunidad.

Sin mediar palabra, salí del arnés y me dejé caer silenciosamente en el suelo sobre una mano y la planta de los pies. Empecé a desmontar el equipo, pero Delilah me detuvo poniéndome una mano en el hombro.

—Deja el aparato —dijo—. No hay tiempo. Yo me encargaré de eso más tarde.

Desde el otro lado de la portezuela, Belghazi exclamó «*Merde!*» y volvió a vomitar. Asentí en dirección a Delilah y me encaminé hacia la salida. Ella me siguió de cerca. Me detuve ante la puerta y, antes de salir, me valí de la Visión de Soldado para confirmar que el pasillo estaba despejado.

Me deslicé en el solitario pasillo. Sin mediar palabra, ella cerró la puerta a mi espalda.

## Capítulo 3

Llevaba casi un año viviendo en Brasil cuando dieron conmigo. Aquel día había llovido, el cielo estaba lleno de nubes bajas y opresoras que se aferraban a los pronunciados acantilados de Río como humo surgido de alguna catástrofe lejana.

Después de dejar a Tatsu en Tokio, había acabado de preparar a Yamada-san, el gélido *alter ego* que había creado como escotilla de escape que me permitiría irme a São Paulo el día en que mis enemigos lograran localizarme en Japón, como ciertamente habían hecho. En São Paulo viven seiscientos mil del millón de individuos de etnia japonesa que hay en Brasil, la mayor comunidad de estas características fuera de Japón, y era un lugar en el que la llegada de alguien como Yamada-san podía pasar perfectamente desapercibida.

Yamada encontró un piso adecuado en Aclimação, un vecindario residencial cerca de Liberdade, el distrito japonés de São Paulo, desde el que movió los hilos necesarios para establecer su nuevo negocio de exportación de uniformes brasileños de *judo* y *jiu-jitsu* de alta calidad y bajo coste a Japón, un negocio que, si las condiciones eran favorables, podría algún día expandirse hasta incluir otras mercancías exportables. Muchos de los vecinos eran de origen coreano o chino, lo cual beneficiaba a Yamada porque esos rostros le permitían pasar desapercibido. Un lugar más inequívocamente japonés, como el Liberdade mismo, le habría dado ventajas, pero también habría sido problemático, porque los vecinos japoneses se hubieran sentido más tentados a poner a prueba detalles de su pasado y a comentarlos entre ellos más tarde. En caso de que tuviera que comentar su pasado con sus vecinos japoneses, Yamada explicaría que era de Tokio, un simple *sarariiman*, un asalariado, que había sufrido la doble humillación de ser despedido por uno de los gigantes de la electrónica de Japón después de ser abandonado por la que había sido su esposa durante veinte años, a la cual ya no podía dar lo que ella esperaba de él. Era una historia triste, aunque no infrecuente en esos tiempos de dificultades económicas, y los vecinos de Yamada, con la habitual circunspección nipona, no insistirían en saber más detalles, movidos por la comprensión.

Yamada estaba obsesionado con el estudio del portugués: cintas, profesores particulares, televisión, música, películas, incluso una serie de mujeres profesionales, porque Yamada sabía que no hay camino más natural o productivo para el aprendizaje de una lengua que compartir la almohada. Cada ciertas semanas, abandonaba la ciudad para viajar, familiarizarse de primera mano con su tierra de adopción: el vasto *cerrado*, las llanuras centrales, con sus ciudades fronterizas, las tribus nativas en proceso de desaparición y la extraña y planificada ciudad de Brasilia, encajada en mitad de la jungla como por obra de extraterrestres que imitaran las metrópolis terrestres; la prehistórica enormidad del Amazonas, donde la escala de todo —árboles, nenúfares y, por supuesto, el propio río— primero disminuía y después acababa con la percepción que el viajero tenía de la importancia del hombre; el arte y la arquitectura barrocas de Minas Gerais, abandonadas como una conflictiva disculpa por los mineros que siglos antes habían expoliado las tierras de la región en busca de sus diamantes y su oro.

Yamada evitaba Bahía y especialmente su capital, Salvador. Rain conocía a una mujer allí, una hermosa mujer mitad brasileña y mitad japonesa llamada Naomi, con la que Rain había mantenido una relación en Tokio y a la que había hecho una promesa cuando ella se vio obligada a huir a Brasil. Yamada quería ir allí con ella, pero al mismo tiempo dudaba a la hora de hacerlo, sin saber, en cierta medida, si estaba intentando impedir lo inevitable o simplemente tenía la esperanza de disfrutar la espera de su llegada. De vez en cuando, Yamada se sentía poseído por esos pensamientos, pero su nuevo hábitat, exótico después de tantos años en el familiar Japón, sus viajes y su constante estudio del idioma le distraían totalmente.

Los progresos lingüísticos de Yamada eran excelentes, como era de esperar en un hombre que ya hablaba el inglés y el japonés como lenguas nativas, y después de seis meses se sintió capaz de instalarse en Río; más específicamente, en Barra da Tijuca, conocido en Río simplemente como Barra, un enclave de clase media y media alta que se extendía a lo largo de unos diecinueve kilómetros a lo largo de la costa sur de Río. Optó por un cómodo apartamento en la esquina de la Avenida Belisário Leite de Andrade Neto y la Avenida General Guedes da Fontoura. Era un buen edificio, con entradas en cada una de las calles a las que daba, y nada más que otros bloques de pisos alrededor, razón por la cual ofrecía, si Yamada se hubiera parado a pensar en esas cuestiones, múltiples puntos de fuga y ninguna área desde la cual una tercera persona pudiera establecer vigilancia o una emboscada.

En Barra, la identidad de Yamada empezó a sentirse verdaderamente cómoda. En parte era debido a que había vivido como Yamada durante bastante tiempo; en parte era que la parada en São Paulo había sido una salida en falso de Japón, y por lo tanto de esos enemigos que estaban tratando de encontrarme allí; en parte era por la dificultad de sentirse durante mucho tiempo un extraño en Río, ajeno a sus ritmos, a su vida, caracterizadas como estaban ambas cosas por la cultura de sus playas.

En mi nuevo medio ambiente, me convertí en un *nisei* japonés, una de las decenas de miles de personas de etnia japonesa de segunda generación que hay en Brasil, que había decidido abandonar São Paulo e instalarse en Río. Mi dominio del portugués era suficiente para dar crédito a mi historial; tenía algo de acento, por supuesto, pero eso se explicaba porque había crecido en un ambiente familiar japonés y había pasado buena parte de mi infancia en Japón.

Me intrigaba lo diferente que podía ser la idea de Japón para mis primos *nisei*. Parecía que, cuando se miraban en el espejo, sólo veían a un brasileño. Si se paraban a pensar en ello, reflexionaba yo, Japón debía de ser como un simple azar, una cultura y un lugar lejanos no mucho más importantes que esos lugares sobre los que uno lee en los libros o ve en la televisión; algo realmente importante para sus padres o abuelos, pero nada especialmente relevante para ellos. Sentía una cierta envidia ante la idea de olvidar el lugar del que provenías y preocuparte sólo por quién eres, y me gustaba Brasil porque me ofrecía una cultura que alimentaba esa posibilidad.

Y Barra me ofrecía esa cultura triplemente destilada. Mi historia como *nisei* era débil, y lo sabía, pero en realidad no importaba. Barra, la parte que crecía más rápidamente de la ciudad, con el horizonte cada vez más poblado de nuevos rascacielos, sus vecindarios constantemente cambiantes con llegadas y salidas, se interesa mucho más por el futuro de cualquier individuo que por su pasado. Es uno de esos lugares en los que, un mes después de tu llegada, eres considerado un veterano, y a mí no me costó lo más mínimo encajar.

Río, hogar de una población chiflada por el deporte y el ejercicio, contaba con inmensas tiendas de comida sana, y me resultaba fácil conseguir mis queridos batidos proteínicos y chucherías de fruta *açaí*. Eso, junto a los antioxidantes, el aceite de pescado y otros suplementos dietéticos, aceleró mi periodo de recuperación y me permitió seguir mi dieta diaria de quinientas flexiones de brazos, trescientas abdominales, trescientas flexiones de piernas

y otros esotéricos ejercicios de gimnasia que me permitían mantener la fuerza y la flexibilidad.

Alternaba las mañanas y las tardes entrenando en Gracie Barra, la Meca moderna del *jiu-jitsu*, donde la fecunda familia Gracie había adquirido las enseñanzas de un diplomático japonés de visita y las había adaptado a un sistema de combate tan sofisticado que, a día de hoy, ese arte está más firmemente establecido en Brasil de lo que jamás lo estuvo en Japón. Entrenaba con frecuencia e intensidad después de no haber tenido la oportunidad de hacerlo durante el año que había pasado clandestinamente en Osaka y más tarde en Sao Paulo. A los jóvenes cinturones negros del gimnasio les sorprendían mis habilidades, pero en realidad su combate cuerpo a cuerpo era más diestro que el mío —aunque sin duda menos despiadado si hubiera sido desplegado en el mundo real—, y a mí me entusiasmaba tener de nuevo la posibilidad de pulir y aumentar mi arsenal personal.

Por las tardes, me subía a una vieja bicicleta y me dirigía a alguna de las playas más solitarias de la ciudad —a veces Grumarí, a veces franjas de arena todavía menos accesibles—, a las que llegaba a pie y a las que sólo llegaban los surfistas más valientes y quizá algunos nudistas. Al cabo de un mes, mi piel se había vuelto oscura, como la de un verdadero *carioca*, un nativo de Río, y el cabello, castaño como el de mi madre ahora que no me lo teñía para parecer japonés, me crecía con vetas más claras, como a los surfistas.

A veces nadaba hasta una de las islas cercanas. Me sentaba en uno de esos afloramientos desiertos grises y verdes y contemplaba el ritmo de las olas contra la roca, el ocasional suspiro del viento, y mi mente vagaba. Pensaba en Midori, la pianista de *jazz* a la que había conocido por casualidad y a la que posteriormente había perdonado la vida después de matar a su padre, un hombre cuyos deseos póstumos había tratado de llevar a cabo más tarde, un esfuerzo que tal vez pareciera ambivalente, pero que nunca me daría el perdón de la hija. Recordaba que la última noche ella estaba sentada a horcajadas sobre mí y se inclinó para decirme «Te odio» mientras se corría; la recién adquirida seguridad de lo que le había hecho a su padre maldecía la pasión que por otro lado no podía reprimir, y me preguntaba como un estúpido si ella tocaba en alguna ocasión en los clubes de *jazz* de Río. Y giraba la vista hacia mi nueva ciudad y la veía como una isla, no muy diferente de la isla desde la que yo la veía, un lugar hermoso, sin duda, pero a pesar de todo un exilio, un exilio que a veces lamentaba, pero siempre un exilio solitario.

Mantuve el apartamento en São Paulo. Tomaba la precaución de viajar allí de vez en cuando para mantener las apariencias, y gestionaba la nueva

empresa de exportación de Yamada desde la distancia, casi siempre por medio del correo electrónico. Un simple *software* comercial encendía y apagaba las luces a intervalos irregulares a las horas seleccionadas para que pareciera que allí vivía alguien, y por lo tanto las facturas de la luz se correspondían con las de un piso habitado. Un grifo abierto del que manaba un poco de agua me permitió conseguir el mismo fin con las facturas del agua. Además, me hospedaba de vez en cuando en varios apartahoteles para estancias cortas de Río, con lo que añadía una cierta dinámica subversiva al resto de retos a los que tuviera que enfrentarse un perseguidor que tratara de dar conmigo.

Pero todas esas medidas de seguridad costaban dinero, y a pesar de que había ahorrado bastante en el transcurso de los años, mis recursos no eran ilimitados, y el dinero del que disponía estaba depositado en diversas cuentas del extranjero que no rendían intereses. Las acciones que daban dividendos, la jubilación y las libretas de ahorro no eran parte del plan. Me decía que después de un par de años, o algunos más, cuando el rastro que alguien pudiera tratar de seguir se hubiera difuminado y sus potenciales motivaciones fueran remotas, podría recortar algunas de las precauciones que suponían una inmensa carga para mis finanzas.

El tiempo pasó. Y por mucho que disfrutara de mi estancia, Río acabó pareciéndome una estación de paso, no un destino; un descanso, no el final del viaje. Mis días allí carecían de sentido; una carencia que mi fijación por el *jiu-jitsu* aliviaba, pero no disipaba. De vez en cuando, recordaba a Tatsu diciéndome que no podía retirarme, con confianza y tristeza por igual, y esas palabras, que al principio me habían parecido una amenaza y después había comprendido que eran una mera predicción, me venían a la memoria para adquirir la forma de algo distinto, algo parecido a una profecía.

Me volví impaciente, y mi impaciencia resultó ser un caldo de cultivo para los recuerdos de Naomi. El modo en que me había susurrado al oído «*Penétrame*» aquella primera y larga noche que habíamos pasado juntos. El modo en que me hablaba en portugués cuando hacíamos el amor. El modo en que se había ofrecido para tratar de ayudar a Harry, que no sólo había sido un recurso mío, sino un amigo infrecuente; un ofrecimiento que había sido tan sincero como, en última instancia, inútil. Y el modo en que le prometí la última vez que la vi que la encontraría en Brasil, que no la dejaría esperando y preguntándose qué me había sucedido.

«*Como hiciste con Midori.*»

«*Ya he pagado por eso, gracias.*»

Había estado bien con Naomi. Cálida, amable y nada complicada emocionalmente. No era lo que había tenido con Midori, o casi tenido, pero nunca iba a verla de nuevo y prefería pasar tan poco tiempo como pudiera flagelándome por ello. Acudir a ella sería egoísta, lo sabía, porque en Tokio nuestra relación casi la había llevado a la muerte y, a pesar de mi mudanza y todas mis nuevas precauciones, era imposible que volviera a suceder algo semejante. Pero yo pensaba en ella todo el tiempo, preguntándome si podía funcionar de algún modo. Japón estaba muy lejos. Ahora yo era Yamada. Y Naomi era quienquiera que fuese en Brasil. Podíamos empezar de nuevo, partiendo de cero.

Debería haberme dado cuenta de que no era así. Pero todos tenemos momentos de estupidez, excusas, incluso ceguera, surgidos de la debilidad y la necesidad humanas.

La madre japonesa de Naomi había muerto hacía muchos años, pero me había dicho el nombre de su padre, David Leonardo Nascimento, y me había hecho saber que podría encontrarlo en Salvador. Nascimento es un apellido muy común en Brasil, pero no había ningún David Leonardo en las páginas blancas de Salvador, a las que había tenido acceso gracias a la biblioteca pública de Río. Una búsqueda en internet resultó ser más productiva: David Leonardo Nascimento era, al parecer, el presidente de una empresa con sede en Salvador dedicada a los intereses inmobiliarios, la construcción y la manufactura.

Podría haber llamado y preguntado cómo me podía poner en contacto con Naomi, pero no quería que pasara demasiado tiempo entre el momento en que contactara con ella y el momento en que pudiéramos reunirnos. Me dije que ese deseo era lógico, consecuencia de mis habituales preocupaciones en materia de seguridad, pero sabía que aquello tenía también motivaciones personales. No quería tener que ponerme al día con ella por teléfono, responder preguntas acerca de dónde estaba y qué hacía, explicar lo mucho que había esperado antes de tratar de localizarla. Era mejor enfrentarse a todo eso en persona.

Salvador estaba a dos horas de avión de Río, y al aterrizar en aquella nueva ciudad, me impresionaron, como siempre cuando me desplazaba por el inmenso Brasil, los contrastes entre las diversas regiones. Salvador, más cerca del ecuador, era más calurosa que Río; el aire era más rico, más húmedo. Los ubicuos acantilados de granito de Río parecían ofrecer vislumbres del poderoso esqueleto de la tierra; en Salvador, había en todas partes tierra roja, más parecida a la suave cobertura de la piel. Y la gente era más oscura, reflejo

del pasado africano de la zona, que se revelaba también en los barrocos tallados de las iglesias coloniales de la ciudad; en el ritmo de su música *candomblé*, parecido al latir de la sangre; en los fluidos movimientos de danza de sus *capoeiristas*, con su hipnotizadora mezcla de danza, lucha y gimnasia, todo al servicio de las cuerdas del *berimbau* y el cautivador ritmo de la *conga*.

Nascimento estaba bien protegido por un regimiento de secretarias, y tuve que dar muchos pasos adelante y atrás para lograr finalmente hablar con él. Cuando lo hice, me dijo que Naomi le había hablado de un amigo de Japón, alguien llamado John, pero que de aquello hacía ya algún tiempo. Reconocí mi retraso y esperé, y al cabo de un momento me dijo que su hija estaba viviendo en Río, trabajando en un bar llamado Scenarium, en la Rúa do Lavradio. Me dio un número de teléfono. Le di las gracias y me dirigí directamente al aeropuerto, sonriendo ante aquella ironía. Todos esos meses evitando Salvador para acabar descubriendo que Naomi y yo éramos prácticamente vecinos.

Aquella noche, después de tomar una serie de medidas para asegurarme de que no me seguían, cogí un taxi hacia Lapa, el barrio en el que estaba el Scenarium, uno de los más viejos de la ciudad. Me detuve a unas cuantas manzanas de distancia motivado por mis precauciones habituales y esperé hasta que el taxi se hubiera marchado antes de encaminarme en dirección al bar.

Caminé por una serie de calles antiguas que se componían de hileras de adoquines deformados a lo largo de los siglos en forma de valles y montículos por el incesante movimiento de la tierra. Unas cuantas farolas muy espaciadas ofrecían escaso alivio contra la oscuridad circundante, y las figuras que pasaban por allí parecían todas iguales, insustanciales, como fantasmas del pasado colonial de la zona, moviéndose confusamente entre las fachadas y los maltrechos balcones, almas perdidas que trataban de localizar direcciones antes prósperas que ahora sólo existían como monumentos a la decadencia y la falta de uso. Aquí y allá había signos de nueva vida —una balastrada reparada, un ventanal con cristales nuevos—, y de alguna manera esos pequeños portentos hacían de las ruinosas reliquias en las que florecían un primer plano extrañamente vibrante para los modernos rascacielos que se alzaban tras ellos, tenaces, más resueltos; las cavidades saqueadas de sus puertas y sus ventanas vacías casi parecían sonreír ante la perspectiva de sobrevivir a sus colegas más nuevos y más altos, que envejecerían sin inspirar la devoción que prometía devolver a esos ancianos el vigor de su juventud.

Giré por la Rúa do Lavradio y vi el Scenarium. El bar ocupaba las tres plantas de dos edificios adyacentes, cuyas fachadas sufrían, como tantas de sus hermanas en la zona, de una vejez y desatención considerables. La luz y la música que emanaban del interior resultaban sorprendentemente vibrantes por contraste. Una larga cola de coches esperaba en la calle, delante, como sobrecogidos o en muestra de reconocimiento. Me quedé un momento ante la amplia entrada abierta, recordando los intensos días que había pasado con Naomi en Tokio, y el mucho tiempo transcurrido desde que le había prometido que me pondría en contacto con ella.

Entré y miré de soslayo a mi alrededor. Primero los lugares peligrosos, por instinto y costumbre: butacas encaradas hacia la entrada, rincones parcialmente escondidos, posiciones de emboscada. No detecté ningún problema.

Me introduje en el local. El interior era inmenso y estaba decorado como un almacén de decorados de Hollywood. En todas partes había antigüedades y cosas curiosas: cajas registradoras de metal, una cabina telefónica inglesa de color rojo, un puñado de parasoles, bustos y estatuas, estanterías con botellas y jarras de colores. Incluso las mesas y las sillas parecían antiguas. De haber sido más pequeño, habría parecido excesivamente recargado.

Los techos eran altos y de madera; las paredes, de piedra y alabastro. En el centro de la sala, a unos diez metros de la entrada, el techo desaparecía y la sala se comunicaba con el segundo y el tercer piso. Debajo de ese espacio, un grupo formado por tres músicos estaba tocando *De mais ninguém*, «De nadie más», el clásico moderno de María Monte de *choro*, un estilo que podría considerarse una especie de *jazz* brasileño, puesto que tanto el *choro* como el *jazz* se basan en la improvisación y la mezcla de elementos musicales africanos y europeos. Pero el *choro*, aunque menos conocido, es en realidad más antiguo que el *jazz*, y tiene un sonido distintivo y en ocasiones melancólico. La muchedumbre, dispuesta alrededor de un laberinto de mesas y sentada en los sofás que había junto a las paredes, cantaba al unísono apasionadamente.

Me encaminé hacia la escalera que había en la parte trasera, por la que subí hasta el segundo piso. Éste también estaba lleno de gente cenando y no menos repleto de cachivaches antiguos, pero era menos bullicioso que el piso de abajo.

El tercero era todavía más tranquilo. Por un momento, me incliné hacia la barandilla que rodeaba el centro abierto del suelo y eché un vistazo al grupo, a los clientes que estaban en las mesas que había delante del escenario y las

camareras que cruzaban entre ellas, y sentí que una rara tristeza se posaba sobre mí, remota y pesada a la vez, como si estuviera viendo aquella animada escena no desde la altura, sino desde una distancia imposiblemente alejada y ajena.

Un camarero se acercó y me preguntó en portugués si quería tomar algo.

—Estoy buscando a Naomi —le dije.

—Está en el piso de abajo, en la oficina —dijo—. ¿Quién le digo que la está buscando?

Me detuve y después dije:

—Su amigo de Japón.

Él asintió y se marchó.

Fui hasta el extremo de la sala y salí a uno de los balcones que daban a la Rúa do Lavradio. Me incliné contra la barandilla, descascarada y raída como la madera que queda después de un naufragio, y sentí que la vieja e incomprensible calma recorría mi cuerpo, esa calma que siempre sentía antes de los momentos finales de un trabajo, como un francotirador que se relaja al disparar. Ahora no había nada que pudiera hacer. La cosa saldría como tuviera que salir.

Pasaron varios minutos. Oí que los tablones de madera crujían tras de mí porque alguien se aproximaba rápidamente. Me giré y vi a Naomi, con el cabello más largo que en Tokio, su piel de caramelo más oscura. Cuando se dio cuenta de que era yo, su cara se iluminó con una enorme sonrisa e hizo un sonido de placer casi infantil; después se lanzó a mis brazos, tirando de mí y apretándome contra ella.

Olía tal como recordaba, dulce, pero también salvaje. Siempre había asociado su aroma con el calor, la humedad y el ardor tropical. Su cuerpo también era agradable, menudo pero turgente en los lugares adecuados, y su forma, de repente en mis brazos, junto a su olor, inundó mi mente de una mezcla de recuerdos en conflicto.

Se apartó después de un largo momento y echó una mirada hacia abajo, a lo que ya sentía que estaba allí, después me dio un fuerte puñetazo en el hombro. Su cara fingía estar enfadada, pero vi también cierta preocupación real en sus ojos.

—¿Cuántas veces me he prometido que no haría esto? —preguntó en su portugués con acento inglés.

—¿Cuántas?

—Muchas. La más reciente, mientras subía las escaleras hacia aquí.

—Me alegro de que no te hayas hecho caso.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué has esperado tanto? Pensé que quizá no estabas interesado. O que, después de todo lo que había sucedido, te había pasado algo.

—Te equivocabas respecto a la primera posibilidad, pero casi aciertas con la segunda.

—¿Qué pasó?

Sus ojos verdes eran sinceros. Me hizo sonreír.

—Tuve que arreglar algunas cosas en Tokio —dije—. Tardé un tiempo.

—¿Viniste aquí desde Tokio?

—He estado viajando mucho.

—¿Vamos a guardarnos secretos después de todo lo que sucedió entre nosotros?

—Sobre todo después de eso —dije. Era la verdad. Pero ella pareció herida, así que añadí—: Pasemos antes un poco de tiempo juntos, ¿de acuerdo? Hace un siglo que no nos vemos.

Se produjo una pausa. Ella asintió con la cabeza y dijo:

—¿Quieres una copa?

Yo también asentí.

—Me encantaría.

—¿*Whisky* de malta? —preguntó, recordando.

Sonreí.

—¿Qué tal una *caipirinha*? —La *caipirinha* es el cóctel nacional de Brasil. Se hace con *cachaça*, un licor brasileño de jugo destilado de caña de azúcar, lima, azúcar y hielo, y yo me había aficionado a esa bebida durante el tiempo que llevaba en el país.

—Sabes mucho de Brasil —dijo, mirándome.

Me di cuenta de que habría sido más seguro beber *whisky* de malta, que era lo que ella estaba esperando.

—*Go ni Itte, go ni shitagae* —dije encogiéndome de hombros y pasando al japonés. Allí donde fueres, haz lo que vieres.

Ella sonrió.

—Es una buena elección —dijo—. Preparamos una muy buena *caipirinha*.

Alcé las cejas.

—¿Preparamos?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Soy una de las propietarias.

—Impresionante —dije, mirando alrededor y después de nuevo a ella—. ¿Qué sucedió?

Ella sonrió y dijo:

—Primero, la *caipirinha*.

Se sentó cerca de las ventanas, abiertas al aire exterior, en la semipenumbra de la tercera planta. Un camarero nos trajo una jarra de *caipirinha* y dos vasos; tal como Naomi había prometido, la bebida había sido preparada por una mano experta: era astringente a la vez que dulce, fría y fuerte, con la fragancia de los trópicos. A diferencia del *whisky*, con sus décadas de asociaciones, el sabor de la *caipirinha* no me despertaba ningún recuerdo.

Le pregunté cómo había acabado siendo propietaria de un lugar como el Scenarium, y me explicó que había sido en parte debido al azar, pero también a las conexiones de su padre. El gobierno estaba invirtiendo en la restauración del distrito de Lapa —lo que explicaba algunas de las remodelaciones que había advertido— y ofrecía descuentos fiscales a los nuevos negocios en la zona. Ella tenía un poco de dinero ahorrado y cierta experiencia en la industria del ocio gracias a su estancia en Tokio, de modo que su padre la puso en contacto con un grupo de inversores que querían abrir un bar restaurante.

—¿Qué hay de ti? —me preguntó—. ¿Qué has estado haciendo?

Di un sorbo de *caipirinha*.

—Tratar de arreglar algunas cosas. Poner en marcha un nuevo negocio.

—¿Algo más seguro que el último?

Ella no conocía los detalles. Sólo que yo tenía tendencia a relacionarme con personajes sombríos y eso casi nos había costado la vida a ambos en Tokio.

—Si tengo suerte —le dije.

—Parece que sigues en forma —observó.

Sonreí.

—Pilates.

—Y estás moreno. ¿Tanto da el sol en Tokio?

Estaba apuntándome directamente. Debería haberlo esperado.

«Quizá te lo esperabas. Quizá querías esto.»

Pero no estaba dispuesto a decírselo.

—Ya sabes lo que sucede con todas esas luces fluorescentes —dije.

No se rió.

—Tengo la sensación de que has pasado un tiempo en Río. No dije nada.

—¿Por qué has esperado tanto para buscarme? —prosiguió al cabo de un momento—. No estoy enfadada. Sólo un poco herida. Quiero saber por qué.

Bebí un poco más y pensé.

—Puedo ser un peligro para la gente que está a mi alrededor —dije al cabo de un momento—. Quizá te percataste de ello en Tokio.

—De eso hace mucho tiempo. Era otro lugar.

Asentí pensando en Holtzer, el último jefe de la CIA en la delegación de Tokio, y en cómo había vuelto a aparecer en mi vida como una enfermedad recurrente y casi conseguido que me mataran; en cómo la Agencia había vigilado pacientemente a Midori con la esperanza de que les llevara hasta mí.

—Nunca hace demasiado tiempo —dije.

Nos quedamos en silencio un rato. Finalmente, me preguntó:

—¿Cuánto tiempo estarás en Río?

Miré a mi alrededor.

—No quiero complicarte la vida —dije.

—¿Viniste hasta aquí para decirme esto? Podrías haberme mandado una maldita postal.

Había tratado de resistirme a sus encantos en Tokio porque sabía que todo acabaría mal. Nada de eso había cambiado.

Pero allí estaba.

—Me gustaría quedarme un tiempo —le dije—. Si te parece bien.

Ella me ofreció una pequeña sonrisa.

—Ya veremos —dijo.

Aquella noche hicimos el amor, y también las noches siguientes. Tenía un pequeño apartamento en un rascacielos cerca de Lagoa Rodrigo de Freitas, a poca distancia de las atestadas playas y las *boutiques* de moda de Ipanema. Desde una de sus ventanas se veía el cercano Corcovado, la montaña jorobada, coronada por la inmensa e iluminada estatua del *Christo Redentor*, con la cabeza gacha y los brazos estirados para bendecir la ciudad a sus pies, y algunas noches me lo quedaba mirando mientras Naomi dormía. Contemplaba la figura distante de la estatua, quizá retándola a hacer algo —a fulminarme si quería, o a mostrar algún otro signo de vida— y, transcurrido un rato sin que nada sucediera, me daba la vuelta, siempre sin hallar respuesta. La estatua parecía burlarse de mí con su silencio y su inmovilidad, como si me ofreciera la promesa, acaso, no de redención, sino más bien de cierta consideración, y en el momento que ella exigiera, no yo.

Una lluviosa mañana, alrededor de un mes después de mi visita a Naomi al Scenarium y de que empezáramos a vernos, salí de su apartamento para ir a

entrenar al Gracie Barra. Era viernes, e iba a entrenar con pantalones cortos y camiseta, sin el pesado *yudogi* de algodón. Subí las escaleras hasta el tercer piso, me quité las sandalias y salté a colchoneta.

En el otro extremo de la sala, un hombre blanco muy musculado colgaba de la barra delante de un dibujo del Diablo de Tasmania, que era el logo y la mascota del gimnasio. Iba descalzo y con el torso desnudo; sólo llevaba unos pantalones cortos azul marino, y su pecho resplandecía bajo una capa de sudor aceitoso. Me vio entrar y se dejó caer al suelo, un movimiento suave y silencioso a pesar de su corpulencia.

Ahora llevaba el cabello rubio rojizo largo, más incluso que en el pasado, y también llevaba perilla en lugar de barba completa, pero lo reconocí inmediatamente. Era un ex marine, uno de los francotiradores de elite que, como yo, había sido reclutado por la CIA durante la era Reagan para entrenar a los muyahidines afganos, que por aquel entonces se enfrentaban al ejército invasor soviético. Habíamos pasado dos años con lo que por aquel entonces el Tío Sam llamaba los *muj*, más recientemente tildados con menos amabilidad de talibanes y miembros de Al Qaeda, y no lo había visto, ni lo había echado de menos, desde entonces.

Se acercó al tiempo que una gran sonrisa se formaba en su cara.

—¿Quieres que entrenemos un poco? —me preguntó con el acento de palurdo que yo recordaba.

Me di cuenta de que no tenía ningún lugar en el que esconder un arma o un transmisor. Me pregunté si había escogido su atuendo deliberadamente, para tranquilizarme. A Dox le gustaba hacerse el paleta, y mucha gente le creía, pero yo sabía que podía ser sutil si se lo proponía.

Aquello, obviamente, no era una invitación a hacer vida social, pero mi seguridad inmediata no me preocupaba. Si Dox se llevaba algo entre manos, el tercer piso de Gracia Barra iba a ser un mal lugar en el que llevarlo a cabo. Él era obviamente un extranjero, debía de haberse inscrito en la recepción y tendría que enfrentarse a docenas de testigos.

—Déjame calentar antes —dije, sin devolverle la sonrisa.

—Mierda, tío, yo siempre estoy a punto. Pronto voy a empezar a hacer estiramientos para terminar. Llevo aquí casi una hora, esperando a que llegue alguien con quien entrenar. —Saltó unas cuantas veces sobre las puntas de los dedos de sus pies y flexionó sus considerables brazos adelante y atrás.

Miré alrededor. Aunque las clases matinales del Barra eran menos concurridas que las de la tarde, había unas veinte personas practicando en la

colchoneta, algunas de ellas a pocos pasos. Decidí aplazar las preguntas que quería hacerle.

—¿Por qué no vas con uno de esos tipos? —le pregunté, dirigiendo la mirada hacia algunos hombres que estaban entrenando.

Negó con la cabeza.

—Ya se lo he preguntado a varios. —Sonrió, y después añadió—: Creo que no les gusto. Me consideran... heterodoxo.

«Heterodoxo» era en realidad el origen de su mote de guerra. Había sido uno de los más jóvenes en nuestro grupo de escogidos, y había abandonado su querido Cuerpo bajo circunstancias poco claras no mucho antes. Corría el rumor de que había dado una paliza a un oficial superior, a pesar de que Dox nunca dijo nada al respecto. Fuera lo que fuese, parecía haber llevado a ese joven —que, a diferencia de la mayor parte de sus colegas en Afganistán, había sido demasiado joven para servir en Vietnam— a intentar probarse a sí mismo. Le gustaba acompañar a los *muj* en las emboscadas a pesar de su mandato de «sólo entrenar», y era respetado gracias a ello. Se abrió camino a su modo, labrándose una reputación por sus tácticas inusuales, incluso raras, que normalmente algo tenían que ver con artilugios explosivos improvisados que hacían que los soviéticos dispararan a un enemigo que ya hacía mucho que había regresado a sus inalcanzables cuevas en las montañas. Tampoco se limitaba a entrenar a nuevos francotiradores: él mismo salía de caza.

Sus métodos de mantenimiento corporal, recordé, tampoco eran los convencionales: levantaba pesos con bidones de petróleo y a veces se quedaba haciendo la vertical, sosteniéndose con la cabeza y con las manos entrelazadas en la nuca, durante media hora o más. Mucha gente lo subestimaba por sus raras costumbres, sus rutinas de chico de campo. Pero yo no iba a cometer ese error.

—Te aviso cuando esté listo —le dije, mientras movía la cabeza y relajaba el cuello.

Me dedicó otra sonrisa.

—Aquí estaré.

Se encaminó hacia el muro y se puso a hacer la vertical. Cielos, todavía hacía esa mierda.

Estiré e hice una serie de sentadillas, giros de cuello y otros ejercicios hasta que me sentí flexible. Tras ello me puse en pie y le hice una señal a Dox, que había estado observando cabeza abajo. Dejó caer sus piernas al suelo, se puso en pie y se acercó a buen paso.

—Eres bueno, tío, salta a la vista. Muy buenos esos ejercicios de cuello. Estás en forma.

Aunque era terriblemente efectivo en el campo de batalla, en otros contextos Dox siempre había hablado demasiado para mi gusto. Todavía tenía ese vicio.

—¿Quieres que empecemos de pie o en el suelo? —pregunté.

—Como tú quieras, tío —dijo—. Es tu casa.

Si tenía la intención de que el comentario me pusiera nervioso, no lo consiguió. Pero sí sentí una cierta irritación, leve por el momento. Pensé que no sería capaz de responder con la rapidez que el decoro exigía cuando él golpeara la colchoneta para rendirse.

Asentí y empecé a dar vueltas. Él comprendió lo que quería decir y me siguió.

Nos acercamos y yo le cogí la nuca con la mano derecha, con el codo bajado, apretado contra su clavícula y su pecho, controlando su embestida. Él me cogió de un modo similar con la derecha y tiró de mi cabeza hacia la suya con tal rapidez que casi me dio un cabezazo. Bajé la mirada a tiempo para impactar con la parte superior del cráneo, donde no me provocó nada más que un poco de dolor. Mi irritación creció hasta el límite. Pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, empezó a apretarme en el cuello, tirándome hacia la izquierda, hacia la derecha, adelante y atrás. Estaba utilizando la mano y el codo con seguridad, lo cual demostraba cierto entrenamiento, y además era muy fuerte.

Había llegado el momento de cambiar de táctica. Tiré de su cuello hacia mí, y después, cuando él lo tiró hacia atrás, me valí del impulso para lanzarme debajo de él. Doblé las piernas alrededor de su cintura y tiré de él hasta la colchoneta. Esperaba que él tratara de liberarse de mi «guardia», que es como se conoce esa posición en el *jiu-jitsu*, pero en lugar de eso se impulsó en dirección contraria, cogiendo y girando mi cabeza entre sus dos manos, que parecían garras, y atacando la parte inferior de mi mandíbula con la parte superior de su cabeza. Era como si alguien estuviera intentando recorrer mi cráneo con un martinete. Para liberarme de la presión, solté mis tobillos de alrededor de su espada, me llevé las rodillas hasta su pecho y empecé a empujarle.

Una vez más, su reacción delató su entrenamiento: pasó la mano derecha alrededor de mi tobillo izquierdo y se dejó caer sobre la colchoneta, intentando lo que identifiqué como una llave de pie del sambo. El *sambo* es una variedad de la lucha rusa que se distingue, entre otras cosas, por su

énfasis en las llaves con los pies, las rodillas y los tobillos, algunas de las cuales pueden ser aplicadas tan rápidamente y causar un dolor tan intenso que han sido prohibidas en diversas competiciones de lucha libre.

Lancé mi pie derecho contra su cuello y tiré la otra pierna hacia atrás, apenas liberándola de entre sus bíceps y sus costillas. Él trató de defenderse, y mientras forcejeábamos, logré lanzar mi pierna derecha sobre su costado izquierdo y sujetar los dedos de su pie izquierdo bajo mi axila derecha. Antes de que pudiera lanzar una patada para liberarse, atrapé su talón en el interior de mi muñeca izquierda; uní las manos y apreté con los hombros hacia fuera, me arqueé hacia atrás y giré a la izquierda, haciendo una pequeña demostración de habilidad con el *sambo*, una clásica llave de talón.

A pesar del nombre de la técnica, el ataque se dirige contra la rodilla, no contra el talón. El talón sirve sólo como palanca, y yo se lo tenía bien cogido a Dox. Trató de patear con la pierna derecha, pero desde esa posición las patadas eran débiles. Giré un poco más y él abandonó esa estrategia. Golpeó dos veces la colchoneta.

—Me has ganado.

—¿Quién te ha mandado aquí?

—¡Eh, he golpeado la colchoneta! ¡Venga, tío!

Giré un poco más y él gritó.

—¿Quién te ha mandado? —repetí.

—Ya sabes quién me ha mandado —dijo, haciendo una mueca de dolor—. El mismo equipo que la última vez.

—¿Sí? ¿Y cómo sabían dónde encontrarme?

—¡No lo sé!

Trató de apartar mi pierna. Yo apreté las rodillas con fuerza y giré su talón otro milímetro.

—¡Joder! —dijo, tan fuerte que le oyeron algunos de los hombres que estaban allí—. Venga, tío, ¡en serio que no lo sé!

Su respiración era cada vez más trabajosa, debido tanto a su dolor como a su cansancio. Lo miré a los ojos.

—Mira, Dox —dije, con la voz tranquila, casi un suspiro—. Voy a contar hasta tres. Si entonces no me has dicho lo que quiero saber, voy a apretar tan fuerte como pueda. ¿Listo? Uno. Dos. Tr...

—¡La chica! ¡La chica! Le pagaron, o algo parecido. No conozco los detalles.

Estuve a punto de apretar de todos modos.

—¿Qué chica?

—Ya lo sabes. La tía brasileña. Naomi no sé qué.

Me sorprendió menos de lo que podría haber imaginado. Más tarde tendría que pensar en eso.

—¿Quién es tu jefe?

—Cielos, tío, te diré lo que quieres saber. No tienes por qué... ¡Joder! ¡Kanezaki! Un tipo japonés, de unos treinta años, con gafas de alambre, dice que te conoce.

Kanezaki. Debería haberlo imaginado. Le había perdonado la vida cuando lo había descubierto tratando de seguirme los pasos. Me pregunté brevemente si había sido un error.

Me di cuenta de que varias personas nos estaban mirando, incluido Carlinhos, el fundador del gimnasio y su principal instructor. Nadie había tratado de interferir, al darse cuenta, como suele ser habitual entre los brasileños, de que aquel problema era *homem homem* —de hombre a hombre— y que no era de su incumbencia. Sin embargo, no quería llamar más la atención. Le solté la pierna y lo dejé.

La tensión salió de su cuerpo y cayó de espaldas, cogiéndose la rodilla herida con ambas manos.

—Tío, no me puedo creer que me hayas hecho esto —dijo—. Era totalmente innecesario.

No respondí.

—¿Y si no lo hubiera sabido, eh? ¿Qué hubiera pasado entonces?

Me encogí de hombros.

—Cirugía para reconstruir los ligamentos cruzados anteriores y posteriores y el menisco, después quizá recuperación entre seis y doce meses. Muchos tranquilizantes que no hubieran funcionado tan bien como habrías deseado.

—Mierda —gruñó. Pasó un minuto más o menos. Después se sentó y me miró. Flexionó la pierna y esbozó su infatigable sonrisa—. Casi te tenía, tío. Lo sabes.

—Sí —dije—. Casi. —Me puse en pie—. ¿Dónde aprendiste *sambo*?

La sonrisa se amplió.

—Desde que el maldito Telón de Acero se levantó, he estado trabajando con algunos rusos.

—¿Te aceptaron después de toda la mierda que les metiste en Afganistán? Se encogió de hombros.

—Es un mundo completamente nuevo, compañero, con nuevos enemigos. Ahora les estoy ayudando con el problema checheno, así que somos como

viejos amigos.

Asentí con la cabeza.

—Vayamos a algún sitio donde podamos hablar.

Cogimos nuestras bolsas y nos fuimos sin cambiarnos. Todavía tenía el detector de transmisores y micrófonos que Harry me había preparado hacía mucho tiempo. Estaban tranquilamente en mi bolsa, con la batería al máximo gracias a la recarga diaria, y sabía que ni Dox ni sus pertenencias estaban conectados. Pero eso no significaba que estuviera solo.

Lo guié por una serie de laberínticas calles de tranquilos barrios. En dos ocasiones nos subimos y nos bajamos de sendos taxis. Me limité a las técnicas habituales de contravigilancia; no quería aprovecharme de las ventajas específicas de la zona para que no llegara a la conclusión de que mi conocimiento del terreno se debía a que vivía allí. Él sabía lo que yo estaba haciendo y no protestó.

Cuando llegamos a la playa de São Conrado, supe que nadie nos seguía. La lluvia se había detenido, y paseamos junto al agua. La marea estaba descendiendo, y dejaba a la vista la arena mojada como un ejército que abandona un terreno que no puede seguir controlando.

Pasó un buen rato. Ninguno de los dos habló.

La pelota con la que unos chicos jugaban a fútbol en la arena rebotó hasta nosotros. Dox la cogió y se la devolvió al muchacho de piel oscura que corría tras ella. El chico hizo una señal para darnos las gracias y regresó al partido. Lo observé un instante, preguntándome cómo sería crecer así, en una ciudad marítima en la que lo peor que uno podía hacer era jugar a fútbol en la arena.

—¿Hemos acabado con todo este rollo de espías? —me preguntó Dox.

Asentí, y al cabo de un rato él prosiguió:

—Lo tienes bien montado aquí —dijo—. Buen clima, el mar... Y tío, ¡las mujeres! Me he enamorado al menos tres veces al día. La primera mañana, llegué al hotel; la recepcionista era una chica, tío, prácticamente tuvieron que resucitarme de lo guapa que era.

—Podrías ser escritor de guías de viaje —le dije.

—Lo tendré en cuenta. Es duro para los hombres como nosotros. Tienes un currículum determinado, sólo te contratan para determinados trabajos.

—Pero parece que te va bien —dije.

Le dio una patada a la arena y se quedó mirando el mar.

—Aquí se está bien. ¿Cuánto tiempo llevas en Brasil?

El acento de palurdo se estaba acentuando. No iba a dejarme atrapar por ello, pero no tenía sentido dárselo a entender. Era mejor que creyera que lo

estaba subestimando, como le sucedía normalmente.

—Un par de meses —le dije—. Viajo mucho. Para que la gente como tú no pueda localizarme.

Frunció el ceño.

—Venga, ¿qué iba a hacer si no? Los tipos con suerte encuentran un trabajo como guardaespaldas de capullos ricos, valorando las amenazas, viviendo como reyes en las casas de invitados de una mansión en Brentwood, haciendo invulnerables a los tíos más blandos, que deberían haber sido sacrificados hace tiempo para mejorar los genes de la humanidad. Los que tienen más suerte enseñan a los tipos de Hollywood a comportarse como soldados, o acaban apartando a empujones a las cámaras. ¿Los que no tienen tanta suerte? Guardias de seguridad en centros comerciales y policías de alquiler. Lo primero no me interesaba lo más mínimo, y lo segundo es una mierda. De modo que aquí estoy.

—¿Por qué no te fuiste a Blackwater, una de esas empresas?

Se encogió de hombros.

—Lo intenté, pero descubrí que el mundo empresarial no me daba las oportunidades económicas que yo buscaba. Y ya sabes lo que dicen de las oportunidades, colega. Sólo llaman a la puerta una vez.

De nuevo permanecemos en silencio un rato. Le pregunté:

—¿Por qué te mandaron a ti?

Estiró el brazo y se frotó la rodilla.

—Ya sabes por qué. Nos conocemos, creen que confías en mí. —Sonrió—. ¿No es así?

—Claro —le dije—. Totalmente.

—Bueno, de eso se trata —prosiguió, simulando ser demasiado corto de entendederas para comprender el sarcasmo—. Además, intuyo que quieren que comprendas a través de mí que lo que tienen en mente va en serio, interesarte de esa manera. Yo soy como una referencia comercial, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Claro —repetí.

—Muy bien, aquí está la cuestión. He estado haciendo algunos trabajos para el Tío Sam, mierda que seguro que desmentirían, nada oficial. De alto riesgo, cosas de las que te dicen «acabarán jodiéndote», pero lucrativas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pensaron que tal vez te interesara. Pero establecer contacto contigo no fue idea mía, por cierto. Ni siquiera sabía que seguías trabajando, tío. Muchos de los hombres que conocimos en Afganistán la han palmado.

—¿De quién fue la idea, pues?

—Mira, hay un programa. Algo nuevo, grande. Están contratando a gente como tú y yo, y pagan bien, eso es lo que te estoy diciendo.

—Dox, ¿sabes lo que es un nombre?

Fruunció el ceño. Después su cara se iluminó.

—Ah, sí, ya sé a qué te refieres. No paro de hablar, pero no te digo a quién me refiero.

Lo miré y esperé.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Venga, tío, ya sabes quiénes son ellos: Cristianos en Acción. —Tembló simulando con mofa su excitación—. La Compañía.

—De acuerdo.

—Tienen una nueva misión. Deberías escucharles.

—Preferiría escucharte a ti antes.

—Eh, yo no conozco los detalles. Y no puedo contarte en detalle lo que he estado haciendo últimamente. Sólo te digo que me están pagando mucha pasta por hacer que determinadas personas que están causando problemas dejen de causar problemas. Quieren hacerte la misma oferta a ti.

—¿A través de tu jefe?

Asintió.

—Tengo un número al que puedes llamar.

Anoté el número en código y después le dejé allí y me encaminé hacia el apartamento de Naomi. Aquel movimiento era predecible, y tomé toda clase de precauciones. Sin embargo, mi cautela era casi un reflejo. Si hubieran querido matarme, no habrían mandado a alguien a quien conociera para establecer contacto conmigo, pues sabrían que, al hacerlo, me pondrían en alerta, que posiblemente echaría a correr.

No, tenía la sensación de que la historia de Dox era cierta. Pero no tenía sentido mostrarme descuidado, inconsciente.

Mientras me dirigía a casa de Naomi, pensé en lo que Dox me había dicho. La Agencia debía de haber establecido una relación entre los cadáveres de sus agentes encontrados junto al apartamento de Naomi en Tokio y la muerte de Yukiko, el cabrón que había ordenado la eliminación de Harry después de que la *yakuza* lo hubiera utilizado para encontrarme. Sabían, a pesar de la ausencia de pruebas reales, que yo había estado implicado en todos esos asesinatos. Sabían que Naomi y Yukiko habían sido bailarinas en el mismo club de Nogizaka. No era muy difícil establecer, a partir de la información que tenían, una relación entre Naomi y yo.

Pulsé el interfono de la entrada principal. A Naomi le sorprendió mi regreso, pero me abrió la puerta. Subí por las escaleras. Ella me estaba esperando con la puerta abierta.

Entré. La habitación olía a café recién hecho. El pelo de Naomi caía húmedo sobre los hombros de una bata de cama de franela. Parecía haber acabado de levantarse y de ducharse.

—Alguien me ha estado siguiendo esta mañana —le dije.

—¿Siguiéndote? —preguntó.

—Sí. Con malas intenciones.

—¿Un atracador?

—No, no un atracador. Un profesional. Alguien que sabía dónde buscar. Ella me miró, con los ojos más asustados que confundidos.

—Dime qué está pasando, Naomi.

Se produjo una larga pausa. Después, ella dijo:

—No les he dicho nada.

—¿A quién?

—No lo sé exactamente. Lllaman cada mes, más o menos. Todo empezó cuando volví a Brasil desde Tokio. Un tipo vino al Scenarium y empezó a hacer preguntas sobre ti.

—Descríbemelo.

—Se hacía llamar Kanematsu. Era norteamericano, pero de etnia japonesa. Tenía el pelo brillante y llevaba gafas de alambre. Unos treinta años, diría, pero de aspecto más joven. Me dijo que trabajaba para el gobierno de Estados Unidos y que era amigo tuyo, pero nada más.

Kanezaki de nuevo, actuando con seudónimo.

—¿Qué le dijiste? —pregunté.

Ella me miró; su expresión era una rara mezcla de vulnerabilidad y desafío.

—Le dije que te conocía, sí, pero que no sabía dónde estabas ni cómo encontrarte.

Si aquello era cierto, también era inteligente. Si ella hubiera negado incluso conocerme, habrían sabido que mentía. Habrían dado por hecho que también el resto era mentira, y tal vez habrían empezado a presionarla.

—¿Y después de eso?

Se encogió de hombros.

—Recibía una llamada una vez al mes o así. Siempre del mismo hombre. Y siempre le decía lo mismo.

Asentí pensativo.

—¿Qué te ofrecían? —le pregunté.

Ella bajó la mirada y después volvió a alzarla hacia mí.

—Veinticinco mil dólares.

—¿Sólo por ponerlos en contacto conmigo?

Asintió.

—Bueno, está bien sentirse valorado —dije—. ¿El hombre que conociste te dejó algún modo de ponerte en contacto con él?

Ella se levantó y se dirigió hacia su dormitorio. Oí que se abría un cajón y después se cerraba. Regresó y, sin mediar palabra, me dio una tarjeta. En ella había una dirección de correo electrónico y un número de teléfono. El segundo tenía prefijo de Tokio. Era el mismo número que Dox me había dado.

—Veinticinco mil dólares es mucho dinero —dije, girando la tarjeta entre los dedos.

Se me quedó mirando.

—¿Nunca estuviste tentada a aceptarlo? —pregunté.

Entrecerró los ojos.

—No.

—¿Ni siquiera con todo lo que habías invertido en el restaurante? Esa pasta te habría sido de mucha ayuda.

—¿Crees que soy capaz de delatarte? —preguntó, alzando la voz—. ¿Por dinero?

Me encogí de hombros.

—Nunca me habías dicho nada de esto hasta que te he presionado.

—Tenía miedo de decírtelo.

—Y conservaste la tarjeta. ¿Un recuerdo?

Se produjo una pausa. Después, ella dijo:

—Vete a la mierda.

Me dije que debería haberlo previsto.

Me dije que estaba bien, no me había decepcionado, era mejor así.

Me pregunté con cierto desapego si aquello era parte de un castigo cósmico por Crazy Jake, el hermano de sangre que había matado en Vietnam; o quizá por las otras cosas que había hecho: ser tentado periódicamente por la esperanza de algo real, algo bueno, sabiendo siempre al mismo tiempo que todo iba a convertirse en un puñado de polvo.

«Quizá no dijo nada. Quizá te han encontrado de otra forma.»

«Entonces ¿por qué no te dijo nada? ¿Y por qué conservó la tarjeta?»

Me había convencido a mí mismo de que, en Río, gozaba ya de suficiente seguridad para verla. Entonces me di cuenta de que estaba equivocado. La enfermedad de la que era portador todavía era contagiosa.

Y todavía potencialmente mortal. Porque, aun en caso de que pudiera confiar en que permanecería en silencio, la Agencia la estaba vigilando. Se había convertido en un punto de unión, un nexo, como Harry. Y Harry había acabado muerto. No quería que eso le sucediera a ella.

Y ahora venía la parte difícil. «No tiene por qué gustarte —me había dicho un instructor en el campamento de entrenamiento de reclutas de la Marina—. Sólo tienes que hacerlo.»

La miré durante un largo momento. Vi enfado en sus ojos, pero también esperanza. La esperanza de que la rodeara con mis brazos y la acercara, me disculpara, dijera que sólo me había asustado, que me había pasado de la raya.

Me levanté y miré sus hermosos ojos verdes, ahora abriéndose de sorpresa, de dolor. Me pregunté si podía ver la tristeza en los míos.

—Adiós, Naomi —dije.

Me fui. Me dije de nuevo que no estaba decepcionado, que no estaba demasiado sorprendido. Hacía mucho tiempo que había aprendido a no confiar, que la fe es a la vida lo que mostrar la barbilla al boxeo. Me dije que era bueno confirmar una vez más la exactitud de mi visión del mundo.

Tomé precauciones extra para asegurarme de que no me seguían. Después fui a una tranquila playa cerca de Grumarí y me senté a solas a contemplar el agua.

*«No culpes a Naomi —pensé—. Cualquiera te habría delatado.»*

«No Midori —fue la respuesta. Y después pensé—: No, sólo estás tratando de convertirla en algo demasiado bueno para ser verdad, en algo imposible.»

Pero quizá ella sí era tan buena como eso y yo estaba tratando de rebajarlo, de degradarlo, de minusvalorar el valor de lo que había perdido.

*«Supongo que uno nunca sabe —pensé—. Pero, entonces, ¿cómo se toman las decisiones?»*

*«No importa cómo se tomen las decisiones. Sólo importa tomarlas.»*

Negué con la cabeza, asombrado. Midori todavía estaba confundiéndome, después de tantos meses y a medio mundo de distancia. Me hacía dudar de mí mismo, de mis juicios.

*«¿Qué significa eso?»*

Esa pregunta no la respondí. Ya conocía la respuesta.

Me quedé sentado pensando mucho tiempo: sobre mi vida en Río; sobre cómo Naomi había entrado en ella, y cómo ahora de repente se había ido; sobre qué tenía que hacer ahora.

La brisa sopló sobre la arena. Me sentí vacío. La brisa podría haber soplado a través de mí.

Supuse que podía dejar todo aquello atrás; ponerme a correr hacia la salida de nuevo, ir a algún sitio nuevo, inventar otro Yamada.

Negué con la cabeza, sabedor de que no estaba preparado para eso; había pasado muy poco tiempo desde la última vez. La idea de pasar por todo aquello una vez más no me despertaba más que temor.

Eso hizo que la conclusión a la que llegué fuera un tanto sospechosa, una especie de excusa. La conclusión decía algo así: «De todos modos, sería mejor saber qué quieren. Tomar la iniciativa en lugar de esperar pasivamente lo que quiera que tengan en mente».

Muy bien. Me fui de la playa y llamé a Kanezaki desde una cabina. Había bastantes posibilidades de que localizaran la llamada en Río, pero estaba claro que ya sabían que me encontraba allí.

El teléfono sonó dos veces.

—Sí —oí que decía. Parecía adormilado.

Era primera hora de la tarde en Río, y había una diferencia de doce horas con Tokio.

—Espero no haberte despertado —dije.

—No te preocupes —dijo, reconociendo mi voz—. De todos modos tenía que levantarme para responder el teléfono.

Me sorprendió oírme reír.

—Dime qué quieres.

—¿Podemos vernos?

—Estaré en Río unos cuantos días más —le dije—. Después, será imposible localizarme.

—Muy bien, nos veremos en Río.

—Me alegro de darte una excusa para viajar hasta aquí.

Se produjo una pausa.

—¿Dónde y cuándo?

—¿Tienes un teléfono GSM, algo que te sirva para cuando viajas? —A diferencia de los teléfonos móviles japoneses, los GSM funcionan en Brasil y la mayor parte del mundo.

—Sí.

—Muy bien. Dame el número.

Me lo dio. Lo anoté y después dije:

—Te llamaré al número GSM pasado mañana, cuando estés aquí.

—Muy bien.

Colgué.

Dos días más tarde, le llamé. Se hospedaba en el Arpoador Inn de la Rúa Francisco Otaviano, un hotel barato situado a la derecha de la famosa playa de Ipanema.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó.

—Coge un taxi y ve al *Cristo Redentor* —le dije—. Desde allí, encáminate a pie hacia el sudoeste por la carretera que cruza el Parque Nacional da Tijuca. Te veré allí. Parte de la estatua dentro de una hora.

—De acuerdo.

Una hora más tarde yo estaba cómodamente instalado en un sendero que dominaba la carretera que cruzaba el parque nacional, a un kilómetro de distancia de la estatua. Kanezaki hizo acto de aparición puntualmente. Lo observé pasar por delante de mi posición y esperé para asegurarme de que estaba solo, después bajé a la carretera y lo atrapé por detrás.

—Kanezaki —dije.

Él dio un respingo, al sorprenderse de oír mi voz tan cerca.

—Mierda —dijo, quizá un poco avergonzado.

Sonreí. Parecía un poco más viejo que la última vez que lo había visto, más delgado, más enjuto. Las gafas con montura de alambre ya no le hacían parecer un ratón de biblioteca. Le daban a su cara un aire de... concentración. De precisión.

El detector de micrófonos seguía en silencio. Le di una palmada, le cogí el teléfono móvil para guardarlo a buen resguardo y le señalé con la cabeza el sendero por el que acababa de descender.

—Por aquí —le dije.

Lo guié hasta la carretera secundaria del parque, por donde caminamos hasta que encontramos un taxi. Unas cuantas maniobras de contravigilancia más tarde, estábamos cómodamente instalados en la Confeitaria Colombo, una cafetería fundada en 1894 que, pese a la atmósfera tropical y los sonidos de animado portugués, puede crear la ilusión de una tarde en Viena. Pedí en inglés un café solo porque no quería que Kanezaki advirtiera mi familiaridad con aquel lugar, y él me imitó.

—Necesitamos tu ayuda de nuevo —me dijo en cuanto los cafés llegaron y la camarera se alejó. Iba al grano, como Tatsu. Sabía que había una cierta correspondencia allí, que ambos creían que el otro era una fuente, pero la

perspectiva de Tatsu era más precisa. Me pregunté si Kanezaki estaba imitando a aquel hombre mayor y más experimentado.

—¿Como la última vez? —pregunté, con las cejas ligeramente arqueadas en una expresión de desdén.

Se encogió de hombros.

—Sabes que yo sabía de aquello tan poco como tú. Esta vez está claro. Y ha sido sancionado.

—¿Sancionado por quién?

Me miró.

—Por las autoridades competentes.

—Muy bien —dije, tomando un sorbo de mi taza de porcelana—. Cuéntame.

Se inclinó hacia delante y apoyó el codo en la mesa.

—Después del Once de Septiembre, el Congreso cortó las ataduras a la Agencia. Allí reina un nuevo espíritu. Ahora están llevando las cosas más lejos, persiguen a los tipos malos...

—Unos pocos, los orgullosos... —le interrumpí.

Él frunció el ceño.

—Mira, ahora las cosas son distintas...

—Todo lo que tú puedes ser... —empecé a cantar.

Tenía la mandíbula tensa.

—¿Te gusta reírte de mí? —preguntó.

—Un poco, sí.

—Es cruel.

Le di otro sorbo a mi café.

—¿Qué me tienes que decir?

—Me gustaría que me escucharas.

—Hasta ahora he oído cinco tópicos, incluyendo eso de que le han cortado las ataduras a la Agencia. En realidad, estoy esperando que me digas algo.

Se sonrojó, pero después asintió e incluso logró soltar una risotada. Su capacidad para mantener la compostura me hizo sonreír. Había madurado desde la última vez que lo había visto.

—Muy bien —dijo—. ¿Recuerdas el avión sin pasajeros Predator que eliminó a Abu Ali y otros cinco miembros de Al Qaeda con un misil Hellfire en Yemen en noviembre de 2002? Eso fue cosa nuestra.

—Eso dijeron los periódicos —dije yo.

—Bien, lo que no salió en los periódicos es el alcance de esta clase de actividad clandestina. La Agencia ha ganado un tira y afloja con el Pentágono

sobre quién es el responsable de esas cosas. El Pentágono lo intentó, pero no tienen la capacidad de responder con rapidez a los descubrimientos de espionaje que nosotros llevamos a cabo. De modo que también nos han encargado la acción. Y la estamos llevando a cabo.

Esperé a que continuara.

—De modo que ahora tenemos una nueva orden: que no se repita el Once de Septiembre. Que no haya más ataques sorpresa. Nos han pedido que hagamos lo que haga falta, y estoy diciendo lo que haga falta, para deteriorar la infraestructura del terrorismo internacional: los financiadores, los vendedores de armas, los intermediarios.

Asentí con la cabeza.

—Me quieres para la parte de «*lo que haga falta*».

—Por supuesto —dijo, casi con impaciencia, y esta vez estuve seguro de que había adquirido esa costumbre de Tatsu, que tenía una forma de decir esas dos palabras como si a duras penas pudiera reprimirlas. «*¿Siempre eres tan obtuso?*»

Le dio un sorbo a su taza.

—Mira, algunos de los individuos en cuestión gozan de protección política. Algunos de ellos, en realidad, son técnicamente ciudadanos de Estados Unidos.

—¿Técnicamente?

Se encogió de hombros.

—Podrían ser considerados combatientes enemigos.

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó.

Sonreí.

—Sólo estaba pensando en cómo el fin justifica los medios.

—A veces es así.

—¿Su fin, o sólo el vuestro?

—Ahorrémonos la discusión filosófica —dijo—. Lo importante es que, incluso después del Once de Septiembre y en el actual clima de preocupación por la seguridad, no serviría de nada limitarse a eliminar a algunas de esas personas. Sin duda, no con un misil Hellfire. Sería mejor que su desaparición pareciera..., ya sabes, natural.

—En caso de que estuviera interesado, que no lo estoy, ¿qué tendríais para mí?

—¿No estás interesado? Te has tomado demasiadas molestias en reunirte conmigo para no estar interesado.

Un año antes, mi protesta lo habría puesto nervioso. Ahora contraatacaba. Había mejorado.

—No es molestia. Estaba aquí por una mujer. Cuando descubrí que trabajaba para ti, tuve que romper con ella. Así que aquí estoy, matando el tiempo antes de volver a casa.

Si le sorprendió descubrir que yo conocía su conexión con Naomi, no lo mostró. Me miró y dijo:

—Hay quien piensa que Río es tu casa.

Le devolví la mirada, y algo en mis ojos le hizo apartar la suya.

—Si quieres jugar conmigo, Kanezaki —le dije—, estás perdiendo el tiempo. Pero si crees que tus técnicas de manipulación verbal aprendidas en un curso por correspondencia contienen una amenaza, acabaré contigo antes de que tengas oportunidad de rogarme que no lo haga.

Sentí que el miedo afloraba en él con un gélido murmullo. Supe lo que acababa de ver en su imaginación: el modo en que le había roto el cuello a su guardaespaldas, un acto que a Kanezaki le pareció tan intrascendente como bajarse la bragueta para mear. Era exactamente el modo en que quería que lo viera. Y lo recordara.

—El dinero podría dejarte en buena situación —dijo, al cabo de un momento.

—Ya estoy en buena situación —respondí, lo cual por desgracia era mentira.

Ambos nos quedamos en silencio un rato. Entonces, él dijo:

—Mira, no estoy haciendo ninguna manipulación verbal. O al menos no más de lo que te esperabas. Y sin duda no te estoy amenazando. Sólo te estoy diciendo que nos vendrías bien para ayudarnos a hacer una cosa importante, y que podrías ganar mucho dinero con ello.

Reprimí una sonrisa. Hice bien.

—Dime quién y cuánto —dije—. Y veremos si vale la pena seguir conversando después de eso.

El objetivo era Belghazi, por supuesto. El primero de muchos, me dijo Kanezaki, si me interesaba. Doscientos mil por cabeza, entregados como yo quisiera, cincuenta mil al principio, el resto tras la finalización con éxito. Los gastos estaban incluidos en esa suma, lo que minimizaba el papeleo —y los rastros documentales— para la gente de contabilidad, una regla que acabamos cambiando un poco, dadas las sumas que necesitaría para moverme por las salas VIP del Lisboa. La única condición era que tenía que parecer una muerte totalmente natural.

Era poco más o menos lo que había intuido: suficiente para estimularme, pero no lo suficiente para volver a hacerlo después. Para ellos, en realidad, no era un mal trato, alrededor del coste de un Hellfire o dos, y mucho menos que un misil de crucero. Y más fácil de negar que ambos.

—Me lo pensaré —dije—. Y mientras me lo pienso, págale a Naomi lo que le debes.

—No cumplió con su objetivo —dijo, negando con la cabeza, sin molestarse en ocultar su relación—. No ha tenido suerte.

—¿Cuál era su objetivo?

—Tenía que ponerse en contacto con nosotros si tú lo hacías con ella.

Lo miré.

—Si ella no se puso en contacto con vosotros, ¿cómo...?

—Análisis de voz. Como un detector de mentiras. Lo utilizábamos cada vez que la llamábamos. Cada vez que le preguntaba si te habías presentado allí, decía que no. La última vez, la máquina detectó significativos rastros de nerviosismo.

—Así que supisteis que estaba mintiendo.

—Sí. Mandamos a algunos tipos a vigilarla. Ya conoces el resto.

Aparté la mirada y pensé en ello. De modo que me había estado diciendo la verdad, no me había vendido. Maldita sea.

O quizá lo había hecho y Kanezaki sólo la estaba protegiendo. No había modo de saberlo, y supuse que nunca lo sabría.

—Págale de todos modos —dije.

Empezó a protestar, pero le interrumpí.

—Ella te llevó hasta mí aunque lo hiciera sin darse cuenta. Págale la maldita recompensa de soplona.

—Veré qué puedo hacer —dijo al cabo de un momento.

Me pregunté brevemente si aquello también era una mentira diseñada para hacerme creer que había ganado algo. De nuevo, no lo sabría.

—Me pondré en contacto contigo —dije—. Si le has pagado, hablaremos más. De lo contrario, no.

Asintió.

Pensé en la posibilidad de añadir algo, que la dejaran en paz o quizá alguna amenaza. Pero lo único que una advertencia conseguiría sería revelar, más de lo que lo había hecho ya, que Naomi me importaba, y por lo tanto la haría más interesante a sus ojos. Mejor no decir nada y olvidarse de ella.

«Después de todo, quizá podrías haber confiado en ella.» Aquella idea era hipnotizante.

Y triste.

No importaba. Aunque hubiera habido alguna posibilidad de confiar en ella, mis suposiciones y mis acusaciones habrían terminado con esa confianza.

Pensé en una disculpa. Pero hay cosas que no se pueden arreglar con un «lo siento», o un «por favor, perdóname», o un «no debería haberlo hecho». «Déjalo», pensé. Los veinticinco mil dólares iban a tener que ser suficiente.

—Ahora háblame de Dox —dije.

Se encogió de hombros.

—Necesitaba a alguien a quien conocieras, para que vieras que el programa, y los beneficios del programa, eran de verdad. Si no hubiera sido por eso, aparte de por tu pasado, nunca habrías sabido de él.

—¿Hay otros?

Me miró por encima de sus gafas. La mirada decía: «Ya sabes que no tienes que hacer preguntas como ésa».

Le devolví la mirada.

Al cabo de un instante, volvió a encogerse de hombros y dijo:

—Sólo te diré que los hombres como Dox y tú sois infrecuentes. Y ni siquiera él puede moverse por los lugares en que tú sí. Asia, por ejemplo. Además, él suele ser un poco menos sutil en sus métodos y no está tan preparado para determinados trabajos. ¿De acuerdo?

Lo dejamos ahí. Me dio la URL de un tablón de anuncios seguro. Le llamé unos cuantos días después a su móvil japonés. Estaba de vuelta en Tokio. Me dijo que Naomi había recibido el dinero.

La llamé desde una cabina al Scenarium. El local era muy ruidoso al fondo. Me dijo:

—No quería el maldito dinero. Podría haberlo obtenido, pero no lo quería.

—Naomi... —empecé a decir. No supe qué añadir. Pero no importaba. Ya había colgado.

Me quedé mirando al teléfono un buen rato, como si el aparato me hubiera traicionado. Volví a dejarlo en la horquilla. Lo froté automáticamente. Me marché.

Fui a un cibercafé y escribí un mensaje. Un mensaje breve. El «asunto» era una cuenta en un paraíso fiscal a la que podían transferir el pago de los cincuenta mil dólares.

Oí risas y levanté la mirada: unos chicos en el ordenador que estaba junto al mío, jugando a algún juego.

Me pregunté por un momento cómo había llegado allí.

Y me pregunté si eso era lo que Tatsu había querido decir al decirme que nunca podría retirarme: que inevitablemente echaría a perder cualquier otra posibilidad.

«No debemos dejar de explorar —escribió un poeta—. Y el fin de todas nuestras exploraciones será llegar allí donde empezamos, y conocer el lugar por primera vez.»

Qué deprimente.

## Capítulo 4

**D**espués de abandonar la *suite* de Belghazi, di un largo y solitario paseo por el frente marítimo. Quería pensar en lo que acababa de ocurrir, en lo que iba a ocurrir.

Delilah. ¿Quién era ella? ¿Cómo afectaría su presencia a mi operación? Las mismas preguntas, por supuesto, que ella se estaría haciendo sobre mí.

Supe gracias a su comportamiento que había recibido formación. Por lo tanto, era probable que trabajara con una organización y no en alguna clase de misión privada. Y que, a pesar de las apariciones en público, no fuera amiga de Belghazi. Estaba con él porque quería algo de él, algo que él tenía, o que ella creía que tenía, en su ordenador, pero que todavía no había conseguido.

Pensé. Al conspirar conmigo para que lograra salir de la *suite*, se había puesto, al menos momentáneamente, de mi lado. Compartíamos un secreto. El secreto se podía convertir en la base para la cooperación si nuestros intereses tenían suficiente en común.

Pero ella también tenía razones para considerarme una amenaza. Había pruebas concluyentes de su operación contra Belghazi, en forma de su teléfono móvil de doble uso y el sistema de seguridad del ordenador de Belghazi, que la gente equivocada podía encontrar si sabía dónde mirar; si alguien como yo les señalaba dónde, por ejemplo.

Me di cuenta de que mi conocimiento de esa prueba potencialmente inculpatoria le daba razones a Delilah para querer sacarme de en medio. «*Sacarme de en medio*» podía significar muchas cosas distintas, por supuesto, pero ninguna de ellas sería especialmente atractiva para mí.

Sin embargo, no sería lógico que ella hiciera algún movimiento excesivamente agresivo antes de tratar de descubrir algo más. Si me hubiera parecido estúpida o inexperta, yo habría llegado a una conclusión diferente. Pero ella, obviamente, hacía tiempo que estaba en este negocio, y era lista. Pensé que era lógico esperar que actuara de acuerdo con estas premisas.

Sonreí. «*Quieres decir que actúe como tú lo harías.*» Sí, probablemente eso era así.

De nuevo, ella estaría llegando a conclusiones similares, *mutatis mutandis*, como dicen los abogados, acerca de mí.

De modo que el riesgo de un encuentro parecía asumible. Además, evitarla y perder la oportunidad de adquirir más información me haría más difícil —y probablemente más peligroso— proceder contra Belghazi. No me resultó fácil, pero al final decidí ir a verla al casino del Mandarín.

Llamé a Kanezaki por el móvil. Era tarde, pero respondió después de un timbrazo.

—Soy yo —dije.

—¿Es una coincidencia, o te gusta llamarme a media noche?

—En este caso son las dos cosas.

—¿Qué quieres?

—Información —dije—. Lo que tengas sobre una mujer con la que me topé, aunque no tengo muchas pistas que ofrecerte. Utiliza el nombre de Delilah, probablemente entre otros. Creo que es europea, pero no estoy seguro de qué nacionalidad. Es alta, rubia, atractiva.

—¿Necesitas esta información para la operación, o estás intentando tener una cita con ella?

Quizá creía que bromeando alentaría la camaradería, o que nos colocaría en una situación de igual a igual. Cualquiera que fuese el caso, no me importaba.

—Además, se está enrollando con nuestro amigo —dije.

—No es una pista muy indicativa.

—¿Esta línea tiene eco? —pregunté con la voz una octava más baja. Parecía que Kanezaki hubiera aprendido hacía poco la utilidad de exagerar la tarea que le habían encomendado para hacerse el héroe cuando finalmente lograra llevarla a cabo. Estaba utilizando demasiado una técnica, como un niño que utiliza en exceso una palabra que acaba de aprender.

Se produjo una pausa que me satisfizo y después dijo:

—Lo que quiero decir es que tal vez me resulte difícil encontrar algo útil con los detalles que me das.

—No me interesa tu opinión sobre la dificultad que entraña. Lo que necesito es información. ¿Puedes conseguirla, o no?

Se produjo otra pausa, y lo imaginé sonrojándose al otro lado de la línea. Bien. Kanezaki parecía creer que yo trabajaba para él. Aunque estaba convencido de que esta clase de malentendidos eran del todo comunes entre los agentes secretos mundiales de nuevo cuño, no me gustaba ser objeto de ellos. Puede que le resultara útil que le recordara que yo trabajaba por mi cuenta; que él era un tramoyista, no uno de los actores.

Oí una voz al fondo, amortiguada pero audible.

—Es John, ¿verdad? —dijo la voz—. ¡Déjame hablar con él!

Cielos, conocía esa voz gangosa. Era Dox.

Se produjo una conversación que no logré comprender, seguida por un zumbido de estática y un estallido. Inmediatamente después, Dox se puso al teléfono, con la voz estruendosa y divertida.

—¡Eh, colega, parece que lo estás pasando en grande allí! ¿Es rubia, o morena? ¿O asiática? Me encantan esas mujeres asiáticas.

Debía haberle arrancado el teléfono a Kanezaki ante sus protestas. Los agentes secretos no se hacen respetar.

—¿Qué estás haciendo allí? —pregunté, sonriendo a mi pesar.

—Bueno, ya sabes, sólo una reunión con mi jefe para repasar los temas. ¿Qué hay de ti? Supongo que has decidido aprovechar la magnanimidad del Tío Sam. Me alegro por ti, pero no por los malos.

—¿Te importaría volver a pasarle el teléfono?

—De acuerdo, de acuerdo, conmigo no es necesario ponerse brusco. Sólo quería decirte hola y darte la bienvenida a bordo.

—Eres muy amable.

Se produjo una pausa, y luego volví a oír la voz de Kanezaki.

—*Eh.*

—Parece ser que tienes compañía, ¿eh? —dije, incapaz de resistirme.

—Yo no lo llamaría así. —Parecía apesadumbrado.

Solté una carcajada.

—A no ser que hayas estado pasando un mal rato por culpa de tu compañero de celda llamado Bubba.

Se rió, lo cual era buena señal. Necesitaba que Kanezaki supiera quién estaba al mando, pero no quería darle demasiado duro. Su buena voluntad y su ingenua percepción de la justicia eran una baza potencial y no algo que desperdiciar innecesariamente.

—Consultaré el tablón de anuncios —le dije—. Si descubres algo acerca de la mujer, cuélgalo allí.

—De acuerdo.

Hice una pausa y después añadí:

—Gracias.

—De nada —dijo, e intuí que estaba sonriendo.

Alrededor de las seis de la tarde del día siguiente, me presenté en el casino del Mandarín. Delilah me había citado a las ocho, pero me gusta presentarme

temprano a las citas. Ayuda a prevenir sorpresas.

Entré por la puerta de la calle; preferí evitar el hotel por el momento. Keiko había salido, pero quería minimizar las posibilidades de coincidir con ella mientras entraba o salía del hotel. Me encaminé hacia la escalera mecánica, asentí amablemente a los guardias y entré.

La sala era inmensa y estaba casi vacía. Alcanzaría su punto álgido más tarde, por la noche. Por el momento, la acción era llevada a cabo por un puñado de almas solitarias. Parecían perdidas en la vastedad de la sala, jugaban sin alegría, con desgana, como si hubieran buscado una fiesta más animada y hubieran acabado sin querer en aquélla.

Vi a Delilah de inmediato. Era una de las pocas personas que atendían en silencio la solitaria mesa de bacará de la sala, y la única persona no asiática a la vista. Vestía discretamente, con unos pantalones negros y una blusa también negra sin hombros. Llevaba el pelo recogido, y no vi señales de maquillaje ni joyas. Pero si trataba de hacer pasar desapercibido su aspecto, no lo había conseguido.

Comprobé los lugares peligrosos habituales y no vi nada que encendiera mi alarma. Por el momento, mi intuición de que no iba a hacer ningún movimiento precipitado parecía correcta. Pero era demasiado temprano. A fin de cuentas, el casino, con sus cámaras, sus guardias y otras medidas de seguridad, era un lugar poco proclive para emboscadas. El ataque, si tenía que producirse, tendría lugar más tarde.

Compré un puñado de fichas y me senté a su lado.

—Es temprano para el bacará —dije, insinuando que era temprano para nuestra cita, pero tratando de no ser muy claro por si alguna de las personas cercanas hablaba inglés.

—Para los dos, parece —respondió, mientras colocaba sus fichas en el tablero de juego y me miraba de lado.

Sonreí y aposté por la banca.

—No soporto llegar tarde. Llegas, la mesa ya está llena y las apuestas no son tan buenas.

Me devolvió la sonrisa y la miré a los ojos por primera vez. Eran azul oscuro, casi cobalto, y parecían no sólo observar, sino también evaluar, con inteligencia e incluso humor.

—Sí, es mejor llegar temprano —dijo—. Pero es bueno que no todo el mundo opine lo mismo. De lo contrario, no podríamos adelantarnos a las muchedumbres.

Me di cuenta de que, aunque tenía un poco de acento, dominaba el inglés. Puede que lo hubiera aprendido de joven y que lo hubiera interiorizado, pero no de tan niña como para erradicar el acento.

La banca repartió las cartas.

—Parece ser que somos los únicos conscientes de las ventajas de llegar temprano —dije.

Ella siguió mi mirada y después me miró a mí.

—Esperemos que así sea.

El crupier giró las cartas. Delilah ganó; yo perdí. Recogió sus fichas sin mirarme, pero no trató de ocultar su sonrisa.

Quería llevármela a algún lugar en el que pudiéramos hablar. El casino era un buen punto de partida porque nos ofrecía un escenario relativamente seguro, neutral. También nos ofrecía una cobertura para la acción; si Belghazi, por ejemplo, nos veía allí, nuestra presencia juntos parecería una coincidencia, puesto que presumiblemente ambos habríamos llegado por separado para jugar a las cartas o los dados. Una mesa esquinera en el bar, el banco de un parque en las sombras o un paseo por el puerto no nos habrían ofrecido ninguna de esas ventajas. Pero no íbamos a llegar a ninguna parte en la mesa de bacará. Además, yo estaba perdiendo dinero.

—Estaba pensando en ir a tomar una copa a alguna parte —dije—. ¿Quieres venir conmigo?

Ella se me quedó mirando un momento.

—Claro —dijo.

Salimos por la puerta principal. En cuanto nos hubimos alejado de los escasos clientes del casino, ella dijo:

—No vayamos al bar del hotel. Allí me conocen. Cogemos un taxi en el hotel e iremos a alguna otra parte. No hay muchas posibilidades de que alguien que me conozca se presente aquí ahora, pero por si acaso, nos encontramos en el casino del Mandarín. Estaba muerto. Mencioné que iba a probar suerte en el Lisboa. Tú me preguntaste si me importaría compartir el taxi contigo. ¿De acuerdo?

Me gustó, pero no me sorprendió. Obviamente, estaba acostumbrada a pensar en términos operacionales, y estaba convencida de que era efectiva. Yo ya había llegado a la conclusión de que había sido entrenada. Visto su análisis de la situación, añadí también unos cuantos años de experiencia en trabajos de campo.

—De acuerdo —dije.

Sugerí el café Oparium, un lugar que había descubierto cerca del nuevo Centro Cultural Macao, en la Avenida Baia Nova, mientras esperaba a Belghazi y me familiarizaba con la ciudad. En el piso de abajo estaba tocando un grupo asfixiante y ruidoso, algo así como *acid-funk*, y un puñado de adolescentes ensordecidos bailaba al ritmo. No era un lugar en el que se pudiera esperar a alguien que no conociera la zona, especialmente alguien entre cuyos gustos estaban cosas como la *suite* Macao y el Mandarín Oriental.

Subimos al piso de arriba, más oscuro y silencioso, y nos sentamos en la mesa de un rincón, en un par de inmensos sillones rellenos de bolitas. Los otros asientos eran sobre todo sofás; algunos de ellos estaban ocupados por parejas, algunas de las cuales estaban engarzadas en íntimos abrazos que las sombras sólo oscurecían parcialmente. Una bonita camarera portuguesa nos trajo la carta. Estaba escrita en chino y portugués. Delilah sonrió y dijo:

—Tomaré lo mismo que tú.

En la débil luz sus ojos parecían más grises que azules. Me gustó el modo en que aquella iluminación suavizaba sus rasgos, cómo hacía que sus ojos, incluso su sonrisa, parecieran seductoramente ambiguos.

Eché un vistazo a la carta y vi que no tenían ningún *whisky* de malta que mereciera la pena. De modo que pedí un par de *caipirinhas*, una bebida que sabía, gracias a mi reciente experiencia, que resultaba deliciosa en el calor tropical.

La camarera se marchó. Nos quedamos en silencio un momento. Después, Delilah se inclinó hacia mí y, mirándome a los ojos, me preguntó:

—¿Y bien? ¿Tienes algo que quieras darme?

La miré. ¿Por qué su pregunta parecía tener un doble sentido? Era atractiva, por supuesto, más que atractiva, pero eso no tenía nada que ver. Me miraba con una especie de reconocimiento sexual, eso era. Era como si me estuviera viendo exactamente como quiero que me vea una mujer deseable.

Y hacía que pareciera totalmente natural, normal. Iba a tener que andarme con cuidado.

—¿Como qué? —pregunté, curioso por ver su reacción, si contraatacaba.

—¿Tengo que ser más explícita? —replicó, quizá insinuándose de nuevo.

Me pregunté qué respuesta estaba esperando. Sabía que mi información sobre su teléfono móvil y el sistema de seguridad del ordenador la llevarían a considerarme una amenaza potencial. Y probablemente esperaría que yo tratara de sacarle el máximo jugo posible al vídeo, a hacerla depender de su existencia para protegerme. Decidí sorprenderla.

—Lo del vídeo era un farol —le dije—. Creo que ya lo sabes. Me temía que, sin él, decidieras despertar a Belghazi.

Ella hizo una pausa y después dijo:

—¿Y no temes ahora que, sin él, decida algo peor?

Me encogí de hombros.

—Por supuesto que sí.

—Entonces, ¿por qué me lo estás diciendo?

La miré.

—No soy una amenaza para ti.

Ella alzó una ceja.

—¿Estás tratando de mostrar tu patita de cordero?

Sonreí.

—Bueno, ya he visto las tuyas.

Me devolvió la sonrisa.

—Cierto.

La sonrisa perduró también en sus ojos, y sentí que algo se tensaba en mi entrepierna. Pero pensé: «No seas idiota. Ésa es su estrategia, así es como consigue que los hombres bajen la guardia».

—De modo que no tienes un vídeo para mí —dijo, al cabo de un momento. Todavía me estaba mirando a los ojos—. ¿Y ahora qué hacemos?

La tensión empeoró. Decidí que hubiera hecho bien en dejar esa maldita cosa en un cajón antes de salir del hotel.

Pero vi una forma menos extrema de defenderme.

Pensé por un momento que había seducido a otros hombres antes que a mí; que, a sus ojos, yo sólo era un idiota más, otro títere que pensaba con la polla y podía ser manipulado gracias a ella. Esa idea me irritó, que era lo que necesitaba. Produjo un cortocircuito en mi inevitable reacción mecánica y me devolvió la energía que quería proyectar.

—Mira, Delilah —dije suavemente, dejándole que advirtiera una cierta frialdad en mi mirada—, ya vale de rollos. No estoy aquí para ligar contigo. Podemos ayudarnos mutuamente. Pero no si sigues tratando de jugar conmigo como si fuera un quinceañero cargado de testosterona en el baile de graduación. ¿Estamos de acuerdo?

Ella sonrió y ladeó la cabeza, y obviamente esa pose no hizo sino incrementar sus encantos.

—¿Por qué iba yo a querer jugar contigo? —preguntó.

Quise hacerle abandonar esa actitud de golpe, obligarle a abandonar la táctica con la que se sentía cómoda. Hasta el momento, no lo había

conseguido.

—Porque sabes cómo hacerlo —dije, todavía mirándola— y a la gente le gusta hacer las cosas que sabe hacer. Dios, si dieran Oscars por lo que tú haces, obtendrías el de mejor actriz.

Sus ojos se entrecerraron, pero mantuvo una actitud fría. Sin embargo, me pareció que estaba apuntando en la dirección correcta.

—Pareces tener muy mala opinión de ti mismo —dijo.

Sonreí, en parte porque me esperaba algo así. La mayoría de hombres no hacían nada que pudiera menoscabar lo que percibían como una posibilidad de llevarse a una mujer atractiva a la cama. Incluso les horrorizaba la idea de que algo pudiera debilitar accidentalmente la momentánea excitación provocada por la adulación sexual de una mujer atractiva, y mucho más que esas miradas lujuriosas fueran una mera farsa para desmontar la siempre frágil fachada de un hombre necesitado. Delilah sabía cómo actuar en casos así. Lo había demostrado explícitamente, casi había hecho gala de ello.

—En realidad, tengo muy buena opinión de mí mismo —dije—. Pero he visto cómo te trabajabas a Belghazi, y él es más listo que la mayoría. Sé lo que eres capaz de hacer, y quiero que dejes de hacerlo conmigo. En caso de que puedas, por supuesto. ¿O acaso llevas tanto tiempo desplegando esta táctica que no puedes evitarlo?

Por primera vez, vi que perdía su aplomo. Su cabeza se alejó en un movimiento que no era exactamente un sobresalto, y sus ojos se dilataron de tal modo que me dieron a entender que habían recibido un poco de ayuda de la adrenalina.

—Entonces, ¿qué quieres? —me preguntó al cabo de un momento. Su expresión era neutral, pero tenía los ojos llenos de ira y la postura más rígida que un momento antes. La suma hacía que pareciera muy peligrosa. Me di cuenta de que aquella era mi primera mirada a la verdadera persona que se ocultaba tras sus artificios, la primera oportunidad que tenía de ver en ella algo distinto de lo que ella quería que viera.

Pero era una locura, porque eso hizo que tuviera un aspecto más atractivo que nunca. Era como ver la belleza real de una mujer después de que se haya limpiado un maquillaje que sólo servía para ocultarla, la visión de una *geisha* más hermosa todavía al despojarse de su ritual disfraz blanco.

—Lo mismo que tú —le dije—. Quiero estar seguro de que no nos perjudicamos mutuamente al tratar de hacer nuestro trabajo. Y que ninguno de los dos acabe muerto.

—¿Y en qué consisten nuestros trabajos?

Sonreí.

—Esto va a ser complicado, ¿no crees? —dije.

—Mucho —dijo. Su expresión ya no era de «estoy cabreada y voy a intentar que no se note», sino reservada e ilegible. Sabía que lo que yo había dicho la había irritado, pero no estaba seguro de por qué le había dolido; en todo caso, me impresionó su rápida recuperación.

—¿Por qué no empezamos con lo que sabemos? —dije—. Tú quieres algo que está en el ordenador de Belghazi.

Alzó las cejas, pero no dijo nada. Ese vislumbre de buen humor había regresado a sus ojos.

—Pero todavía no lo has conseguido —proseguí—. Belghazi nunca se aleja de su ordenador. Cuando finalmente lograste acceder a él, no lograste franquear la protección de la contraseña.

—También podríamos hablar de otras cosas que sabemos —dijo.

—¿Sí?

—Como lo que tú quieres de Belghazi.

Me encogí de hombros.

—Me interesan otras cosas de Belghazi. Lo que tenga en su ordenador no me importa.

—Es cierto, no pareció interesarte su ordenador. Parecías más interesado en él.

Permanecí en silencio. De nada me hubiera servido confirmar sus intuiciones.

—Y allí estaba él, inconsciente e indefenso. Me pregunté: ¿por qué este hombre se ha ido sin terminar lo que vino a hacer?

—No sabes qué fui a hacer —dije, aunque era obvio que sí lo sabía.

—Podrías haber acabado conmigo, era obvio que no iba armada —dijo, mirándome—. No podría haber hecho nada para impedírtelo. Y tú lo sabías. Pero no seguiste con tus planes.

Me encogí de hombros, buscando todavía el modo de zafarme de ella.

—Quizá no quería hacerle daño a una mujer desnuda —dije. Negó con la cabeza.

—He conocido a unos cuantos tipos duros, hombres que pueden actuar sin escrúpulos. Te reconocí como uno de ellos.

—No te esperaba allí. Me asusté.

Ella sonrió, y supe que no iba a cambiar su primera impresión.

—Quizá. O quizá lo que te interesa de Belghazi tenía que llevarse a cabo de un modo... discreto. Para que nadie supiera que se había llevado a cabo. Y

eso no podías hacerlo con otra persona en la habitación.

No había esperado que llegara a esa conclusión. Normalmente, sé colocarme en el lugar de la otra persona, anticipar su siguiente movimiento. Pero en este caso se me había adelantado. Había llegado el momento de tratar de recuperar la iniciativa, de darme un segundo para pensar.

—Es curioso, yo me estoy haciendo las mismas preguntas sobre ti —dije—. Por ejemplo: ¿por qué ella o su gente no se han limitado a coger el ordenador y salir corriendo?

Ella sonrió un poco, quizá concediéndome que tenía razón.

—Déjame ver —proseguí—. Si Belghazi se da cuenta de que la información que hay en su ordenador ha sido capturada, tomará medidas. No, perdona. Porque si Belghazi fuera el único que te preocupa, lo habrías sedado tú misma y habrías cogido el maletín con toda tranquilidad. De modo que él no es el único que puede tomar esas medidas si se descubre que alguien ha accedido al ordenador. Hay otros, personas u organizaciones, que podrían verse afectados por la información que estás tratando de obtener. Y cuando la obtengas, es muy importante que ellos no lo sepan. ¿Es más o menos así? Quizá yo no soy el único cuyos movimientos tienen que ser «discretos».

Ladeó la cabeza como si finalmente yo hubiera empezado a decir algo interesante.

—Sí —dijo—. Sí, robar es fácil. Pero robar sin que la víctima se dé cuenta del robo es un poco más difícil.

La camarera trajo las *caipirinhas* en sendos vasos helados y se fue. Delilah cogió el suyo y le dio un largo trago.

—Como tú —dijo—. Matar es fácil. Pero matar haciendo que parezca otra cosa... Para eso hace falta un poco más de... maestría.

Por su modo de hablar, se advertía que había aprendido el inglés tarde. Lo interpreté como una pequeña señal de que mis conclusiones acerca de lo que estaba buscando eran correctas.

Permanecimos en silencio un rato, asimilando lo que había dicho el otro, analizando la situación. Después, ella dijo:

—Parece que nuestras posiciones son como el reflejo de un espejo. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—No estoy seguro de comprenderte —le dije, aunque creía comprenderla. Se encogió de hombros.

—Tu presencia me dificulta hacer mi trabajo; mi presencia también te lo complica un poco a ti: reflejos en un espejo.

—Tu espejo parece un poco distorsionado —dije, dándole un trago a la *caipirinha*—. Si te sucediera algo, Belghazi se alarmaría. O su fallecimiento no parecería «discreto». Pero si a mí me sucede algo...

Su sonrisa se ensanchó de un modo que me recordó a Tatsu, a cómo expresaba él su satisfacción cuando yo establecía una relación que él creía que no llegaría a comprender. Sabía que ella era perfectamente concierne de ese defecto en su teoría del «reflejo del espejo».

—Sí —dijo—, eso es cierto. Mi gente dijo exactamente lo mismo cuando comentamos la situación. Uno de ellos quería mandar a un equipo para eliminarte.

—¿Les dijiste que tendrían que ponerse en la cola?

Se rió.

—Les dije que creía que esa clase de acción hostil sería un error. Vi el modo en que escudriñaste la sala cuando entraste en el casino. Aun ahora no paras de vigilar a tu espalda. Además, has elegido esta mesa porque está en una esquina, para poder sentarte con la espalda contra la pared.

—También tú.

—Sabías que no te permitiría que subieras las escaleras detrás de mí, especialmente porque tú has elegido el lugar. Eso ha sido una especie de acuerdo.

—Es cierto.

—De todos modos, tienes ese aire de seguridad, transmites experiencia y talento, a pesar de que creo que te gusta ocultarlo. Le dije a mi gente que eliminarte no sería fácil y que probablemente provocaría revuelo; un revuelo que podría hacer que Belghazi se diera cuenta de que algo no iba bien. Tiene mucha intuición, como supongo que ya sabes. Dudo que nadie se haya acercado tanto a él como tú.

—Sólo tú.

Sonrió y vi de nuevo los ojos del dormitorio.

—Tengo recursos de los que tú careces. —Dio un sorbo de *caipirinha*—. Así que creo que mi descripción de nuestras respectivas posiciones como «reflejos en un espejo» es válida.

—Muy bien. ¿Qué propones?

Ella se encogió de hombros.

—Le he dicho a mi gente que actuar contra ti no era una buena opción, a pesar de que no podríamos ignorarte si insistías en portarte mal, si no nos dejabas otra posibilidad.

La miré dejando traslucir de nuevo una cierta frialdad.

—Dudo de que tu gente fuera capaz de darte pistas sobre mis antecedentes —le dije—. Pero si lo han hecho, te habrán dicho que reacciono mal a las amenazas, e incluso de forma irracional.

—No te estoy amenazando.

—Convénceme de eso.

—Mira, ya sabes lo que queremos de Belghazi. Y nosotros sabemos lo que tú quieres. Permanece alejado unos días. Déjame conseguir lo que quiero. Una vez lo tenga, puedo ayudarte a acceder a él.

—Ya puedo acceder a él.

Ella negó con la cabeza.

—Esa ocasión fue una entre un millón. Tú o alguien debió de ponerle algo en lo que estaba comiendo o bebiendo. Si le sucede de nuevo, va a saber que algo pasa. Reaccionará en consecuencia y fortalecerá sus defensas. Y se mueve mucho. Lo seguiste hasta aquí, muy bien, pero ¿estás seguro de que podrías seguir su próximo movimiento?

Volvió a beber.

—Pero si trabajas conmigo, tendrás a alguien dentro. Una vez tengamos lo que queremos, me da igual lo que le pase.

Pensé un instante. Allí había algo evidente que ella estaba evitando. Decidí probarlo.

—Tengo una idea mejor —dije—. Ayúdame a acercarme, y yo haré lo que he venido a hacer. Puedes llevarte su ordenador cuando yo haya terminado.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no funcionará.

—¿Por qué no?

Volvió a negar con la cabeza.

—No funcionará. No puedo decirte por qué. Tenemos que hacerlo a mi manera. Dame un poco de tiempo, y después te ayudaré.

Era lo que creía. La información que había en el ordenador de Belghazi perdería su valor si Belghazi moría antes de que Delilah accediera a ella.

La miré y dije:

—Aunque necesitara tu ayuda, y no la necesito, ¿por qué iba a confiar en ti? Una vez hayas obtenido lo que quieres del ordenador, te largarás.

Se encogió de hombros.

—Pero ése sería tu peor escenario, ¿no es así? Esperas unos cuantos días, y yo me quito de en medio. Tu mejor escenario, sin embargo, es que yo me quedo aquí para ayudarte. Y te diré por qué puedes creerme. Porque a

nosotros nos interesaría mucho que, después de obtener lo que queremos de su ordenador, Belghazi muriera por causas naturales, y no... violentamente.

—Tendrías que confiar mucho en mi capacidad para hacerlo.

Volvió a encogerse de hombros.

—Tu actitud en la *suite* me dice que pretendías que así fuera. Y si eres quien creemos que eres, también estamos seguros de que eres capaz.

Alcé las cejas.

—Tenías razón, le pedí a mi gente que me buscara tus antecedentes —prosiguió—. No tenía mucho que ofrecerles: varón asiático, unos cincuenta años, inglés con acento norteamericano, aficionado a los combates en lugares cerrados, hábil con el allanamiento furtivo, muy tranquilo en situaciones de presión.

—Suenas como si hubieras leído mis datos personales —dije. Ella me ignoró.

—Y probablemente con la intención de poner a dormir a Belghazi de modo que pareciera natural.

—¿Encontrasteis algo? —pregunté con el tono tranquilo.

—No teníamos nada específico en nuestros archivos —dijo—, pero dimos con una información interesante en varias fuentes públicas, principalmente la revista *Forbes*: una serie de artículos escritos por un periodista llamado Franklin Bulfinch, que murió hace poco en Tokio. Sus artículos sugerían que hay un sicario trabajando en Japón, un sicario experto en hacer que los asesinatos no lo parezcan. —Se detuvo y se me quedó mirando—. Creo que podemos estar tratando con ese hombre.

Quienesquiera que fueran, eran buenos, de eso no había ninguna duda. Me gustaba cómo utilizaban las fuentes públicas. Normalmente, los servicios de inteligencia tienden a creer que si no lleva el sello de «*Top Secret*» y no está en los propios archivos de la agencia, no vale la pena echarle un vistazo. Pero a mí me gusta tanto el material reservado como el trabajo de periodistas como Bulfinch. Sé que los agentes secretos aprenderían más leyendo *Forbes* y *The Economist* de lo que las revistas descubrirían examinando «informes secretos».

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —pregunté.

—No mucho. Dos días, quizá tres.

—¿Cómo lo sabes?

—No puedo decírtelo. Pero lo sabemos. —Dio un sorbo de *caipirinha*—. Confía en mí.

Me reí.

Ella alzó la cabeza fingiendo indignación.

—Yo confié en ti. Te saqué de esa *suite*, ¿no?

—Porque creías que tenía un vídeo. Eso no es confianza, sino coacción.

Sonrió con los ojos iluminados de humor.

—Me necesitas para llegar hasta él y no puedes llegar hasta él mientras yo esté en medio. Eso significa que vas a tener que confiar en mí. ¿Por qué utilizar una palabra tan fea como «coacción»?

Me reí de nuevo. Lo que decía era cierto. No tenía muchas alternativas atractivas. Iba a tener que intentar «confiar» en ella.

Dado que mantener el contacto directo sería inaceptablemente peligroso, acordamos que si necesitaba verla, colocaría un pequeño adhesivo de color debajo de los botones de los cuatro ascensores del Oriental. Había visto los adhesivos en una papelería. La ubicación de los ascensores me permitiría dejar la señal sin ser visto y le daría a Delilah la oportunidad de comprobarlo varias veces al día sin necesidad de alterar su camino habitual o de comportarse de forma anómala, y sería tan pequeño y estaría colocado en un lugar tan discreto que nadie que no supiera qué estaba buscando se daría cuenta. Ella haría lo mismo si necesitaba verme. El lugar de encuentro sería el casino del Mandarín Oriental; el momento, la noche, instante en que a Belghazi le gustaba jugar en el Lisboa.

—No creo que Belghazi se entere de que salimos juntos del casino esta noche —dijo—. Pero, por si acaso, utilizaremos la historia original, que te dije que iba al Lisboa y que tú me preguntaste si podíamos compartir el taxi. Hay una fila de taxis delante del Oriental durante toda la noche, de modo que por mucho que lo intentara, no tendría manera de comprobar la veracidad de la historia.

—Hay cámaras por todo el casino del Lisboa —dije, queriendo darle a entender cuántos movimientos por delante le llevaba—. No habrá una grabación de ti entrando esta noche.

—Lo sé. Pero no tiene acceso a esas cintas de seguridad. Y aunque lo tuviera, le diría que quería deshacerme de ti porque me parecías demasiado interesado, de modo que fui a comprar al centro comercial del hotel. Allí no hay cámaras.

—¿Qué hay de mí? —pregunté sabiendo ya la respuesta, pero disfrutando con su meticulosidad.

Se encogió de hombros.

—Eres asiático, mucho más difícil de distinguir entre la masa, de modo que le resultaría más difícil asegurarse de que no estabas allí esta noche. Y

aunque pudiera estar seguro, ¿cómo iba a saber yo por qué habías decidido no entrar? Quizá no habías querido ir al Lisboa, sólo estabas tratando de ligar conmigo. Quizá te quedaste desalentado cuando yo me deshice de ti y te fuiste.

Di un largo trago de mi copa.

—Lo cual también explicaría que no nos saludáramos si por azar coincidíamos, por ejemplo, en la recepción del Mandarin. Normalmente, la gente que ha compartido mesa de bacará y un taxi no se comporta después como si no se conociera.

Sonrió, al parecer complacida de que le siguiera el paso.

—¿Quizá te decepcionó nuestro encuentro y estás un poco enfurruñado?

—Quizá. Pero no puedes contar con nada de eso. Aunque haya una explicación razonable para algo, la gente puede ignorarla y dar por hecho directamente lo peor.

—Por supuesto. Pero, con mucho, lo más probable es que nadie se diera cuenta de nuestra presencia y que a nadie le importara. El resto es sólo una cobertura.

Asentí impresionado. Sabía que sus explicaciones podrían ser todavía más profundas, situándola en situaciones cada vez más remotas. Belghazi descubre que la vieron en el bar conmigo, ella le dice que se aburría porque él siempre pasa mucho tiempo fuera. Cuando yo la invité, ella aceptó, pero después se lo pensó mejor. Le había mentado porque no quería que se pusiera celoso o pensara mal de ella. Confesaba un agravio menor para ocultar un verdadero crimen.

Sí, era buena. La mejor con que me había topado en mucho tiempo.

—Yo me iré primera —dijo, levantándose. No tenía que explicármelo. No quería que nos vieran juntos. Empezó a abrir su bolso.

—Vete —dije—. Yo me encargo de esto.

Ella inclinó una ceja.

—¿Nuestra primera cita? —Lo dijo con esa ironía suya tan atractiva, no haciéndose la coqueta.

Le sonreí.

—Aunque quizá sea mejor que pagues tú. No quiero que me malinterpretes.

Se me quedó mirando un instante, como si estuviera pensando qué decir. Pero al final sólo sonrió, se dio la vuelta y se marchó. La imaginé escudriñando la calle por las ventanas del piso de abajo antes de encaminarse hacia la puerta.

Me terminé mi *caipirinha*. Las parejas en los sofás siguieron abrazadas; sus débiles carcajadas apenas me llegaban entre el ruido de la música del piso de abajo.

Pagué la cuenta y me fui. Me pregunté si Keiko estaría esperándome en la habitación.

Por raro que pudiera parecer, esperaba que la respuesta fuera negativa.

## Capítulo 5

**K**eiko y yo pasamos los dos días siguientes haciendo cosas propias de turistas: visitamos la aldea Coloane y Taipo, fuimos a la cima de la Torre Macao, visitamos iglesias portuguesas y museos nacionales, jugamos en el Casino Flotante. Keiko parecía estarlo pasando bien, aunque era una profesional y yo no podía estar seguro. Para mí, todo aquello parecía una espera.

Me sorprendí deseando no necesitar la cobertura que Keiko me proporcionaba. Era una chica amable, pero por mucho que me gustara su cuerpo, me había cansado de su compañía. Y lo que era más importante, no me gustaba que Belghazi y Delilah supieran que me hospedaba en el Mandarín. El riesgo era asumible, por supuesto: Belghazi no tenía cómo saber que yo representaba una amenaza, y Delilah tenía buenas razones para no actuar contra mí, al menos por el momento. El riesgo era además necesario: si Belghazi llegaba a saber de alguna forma que me había marchado del hotel pero volvía a verme en Macao, le parecería extraño, sospechoso. Sabía que él estaba acostumbrado a esas incoherencias. De modo que tenía que seguir allí y simplemente permanecer un poco más alerta a lo que sucedía a mi alrededor.

Cogimos en dos ocasiones el transbordador Turbojet a Hong Kong. Le di dinero a Keiko para que fuera de compras por las muchas tiendas de la isla, un pequeño bálamo para lo que percibía como mi reciente distanciamiento. Mientras ella compraba, yo paseé, observando, imitando, practicando el personaje de Hong Kong que me ayudaba a mezclarme allí y en Macao: la forma de caminar, la postura, la ropa, la expresión. Compré un par de gafas con un diseño esbelto y sin montura que en Hong Kong se ve en todas partes, pero sólo raramente en Japón. Escogí uno de los útiles maletines que tantos hombres de Hong Kong llevan consigo a todas horas; una parte de la cultura local, percibí, consiste en la constante disposición a hacer negocios. Me compré ropa en tiendas locales. Estaba convencido de que, mientras no abriera la boca, nadie me consideraría otra cosa que parte de la población indígena.

En la salida de la segunda de esas excursiones a Hong Kong, advertí la presencia de un árabe en la recepción del Macao Mandarin Oriental en el mismo momento en que entramos en ella. Era nuevo, no uno de los guardaespaldas de Belghazi. Percibí su presencia y su postura, pero por supuesto no emití ningún signo que él pudiera registrar. Él, sin embargo, no era tan discreto. En el instante en que mi mirada se posó sobre su rostro, vi que estaba mirándome fijamente, casi concentrado. Como un chico, en un escenario más inocente, que mira a alguien que le parece un famoso, pero que no está del todo seguro y no quiere parecer un idiota al pedirle un autógrafo a la persona equivocada. En mi mundo, esa mirada se veía más frecuentemente en el rostro de un «civil» que mira por el parabrisas de un coche mientras cruza un puesto de control conocido, con la frente fruncida, la mirada dura, asintiendo con la cabeza y reflejando sin saberlo el placer de ser reconocido, y que después ordena por radio a sus compatriotas que están a cincuenta metros de distancia que ha llegado el momento de cometer el secuestro, o de sacar sus AK, o de hacer explotar la bomba que han colocado en la carretera.

*«Seguridad para Belghazi, quizá. Observando las idas y venidas del hotel; buscando a alguien fuera de lugar, alguien sospechoso.»*

Pero mi instinto no lo creyó. Y no confío en nada más que en mi instinto.

«Delilah», pensé. Sentí una cálida ira surgiendo de mi estómago. No me embaucan con frecuencia, pero ella me había embaucado. Me había hecho creer que nuestros intereses podían aliarse.

Pero ya estaban aliados, ésa era la realidad. Lo que me había dicho tenía sentido. Actuar contra mí en lugar de confiar en que yo esperaba como lo había asegurado era un riesgo innecesario. Y aunque ella hubiera decidido asumir el riesgo, no lo habría hecho de un modo tan evidente. ¿Un no asiático en la recepción del hotel, mirando con los ojos entrecerrados y rojo de entusiasmo al verme aparecer? No era propio de su equipo. Ella era buena, y sabía que yo era bueno. No habría utilizado una aproximación al objetivo tan frágil como aquélla.

Pero se me podía haber pasado algo por alto. No podía estar seguro.

*«Déjalo. Enfréntate al problema que tienes a mano.»*

De acuerdo. Keiko y yo seguimos caminando, sonriendo y hablando como una pareja de felices turistas en las nubes. Podría haber dado la vuelta y entrado por la puerta trasera. Pero eso habría acabado con la sensación del observador de que yo no me había percatado de su presencia, y esa sensación podía ofrecerme alguna ventaja más tarde. Además, no me pareció que fuera a atacarme en un lugar público, si es que de atacarme se trataba. Macao es, a fin

de cuentas, una península, y ellos querrían un escenario que les permitiera huir. Así que seguimos por la puerta de entrada, donde cogimos un taxi que nos llevaría a la terminal del transbordador de Macao.

Llegamos y salimos del taxi. No vi delante del edificio nada que pusiera en marcha mi radar, y tampoco en la recepción de la primera planta; pero el lugar en el que sorprender a alguien allí sería el segundo piso, donde los pasajeros embarcaban. Si querías saber si alguien estaba viajando a Hong Kong, el vestíbulo de salidas era el único embudo de todo el complejo.

Y ahí fue exactamente donde vi al segundo tipo, un árabe, esta vez un gigante barbudo con el físico de un defensa de fútbol americano. Llevaba una chaqueta que parecía cara y gafas de sol, y estaba junto a uno de los cajeros automáticos de la recepción, que le daba tanto cobertura para la acción como una clara visión del área de salidas. Una vez más, no mostré señal alguna de haber percibido algo fuera de lo normal.

Los árabes destacaban tanto que por un momento me pregunté si no habían sido distracciones deliberadas, señuelos para enmascarar a otros espías, en este caso asiáticos. Era posible, decidí, aunque no probable. Nadie más apareció en mi radar. Y hacer volar a esos tipos desde dondequiera que vinieran era una forma cara y lenta de conseguir la minúscula ventaja que pudieran representar. No, percibí que el problema momentáneo al que me enfrentaba era probablemente poco más de lo que parecía. Sí, esos tipos sabían que destacaban. Sin embargo, me tenían en tan poco que creían que su visibilidad no me parecería nada relevante y que por lo tanto no actuaría apropiadamente. No comprendían cómo iba a interpretar su excesiva visibilidad. Peor para ellos.

El viaje en transbordador hasta Hong Kong duraba una hora. No había tipos de Oriente Medio a bordo, ni nadie que me diera mala espina.

Mostramos nuestros pasaportes a las autoridades aduaneras en la terminal Shun Tak de Hong Kong y después entramos en el vestíbulo que quedaba al otro lado de las puertas de llegada.

Vi al tercero inmediatamente: otro árabe con el pelo largo, bigote, traje azul marino, camisa blanca abierta en el cuello, gafas de sol a la moda. A diferencia de la mayor parte de gente que esperaba allí para recibir a pasajeros procedentes de Macao, que estaban justo delante de la puerta de llegadas, él estaba apoyado con indiferencia en la barandilla de la parte posterior del centro descubierto del vestíbulo. Al parecer, a mi nuevo amigo le daba miedo acercarse demasiado, le daba miedo que lo descubriera. Al tratar de encontrar

una ubicación menos sospechosa, sin embargo, no había logrado sino destacar todavía más.

Bajamos por las escaleras mecánicas hacia la parte frontal del vestíbulo. En el piso de abajo, tuvimos que caminar por el lado contrario y después girar ciento ochenta grados para coger la siguiente escalera que bajaba.

Me coloqué de tal modo que Keiko quedara delante de mí y de espaldas al ventanal.

—Keiko —dije en japonés—. Hazme un favor. Mira un momento detrás de mí. Sólo un momento, ¿de acuerdo? Que tu mirada no se pose en ninguna persona. Dime qué ves.

Ella miró por encima de mi cuerpo y se encogió de hombros.

—No lo sé, mucha gente. ¿Qué se supone que debo buscar?

—¿Ves algún extranjero? ¿Algún tipo con pinta de árabe? No te lo quedes mirando, sólo míralo un instante y después fíjate en otra gente y en las tiendas. Sólo estás aburrida esperando a que yo acabe de mirar escaparates y estás echando un vistazo, ¿de acuerdo?

—¿Qué está pasando? —preguntó, y detecté un poco de preocupación en su voz.

Negué con la cabeza y sonreí.

—Nada que deba preocuparte. —Entré en su campo visual para que dejara de escudriñar el vestíbulo, después le puse la mano en la parte baja de la espalda y la moví con la presión de la palma de mi mano—. Muy bien, no me devuelvas la mirada. Dime lo que ves.

—Hay un árabe vestido con traje.

—¿Qué hace?

—Habla por el móvil. Creo que nos estaba mirando, pero ha apartado la mirada cuando ha visto que yo miraba. ¿Lo conoces?

—Más o menos. Es un poco difícil de explicar.

¿Qué decía Ian Fleming? Una vez es casualidad, dos es coincidencia, tres es una acción enemiga. Y yo ni siquiera considero necesario esperar a que se produzcan tantas evidencias. Ya hacía rato que debía haber pasado a la acción.

Cogimos un taxi en la planta baja. Sostuve la puerta para que Keiko entrara. En un extremo de mi campo visual, vi a nuestro amigo holgazaneando delante de un 7-Eleven a pocos metros de la parada de taxis. Supe que, en cuanto yo estuviera dentro y la puerta se hubiera cerrado, él también cogería un taxi.

Utilicé mi espejo dental mientras nos poníamos en marcha y vi que había estado en lo cierto. Keiko me observó, pero no dijo nada. Me pregunté qué estaría pensando. El taxista no pareció darse cuenta. Estaba absorto en el programa de variedades que sonaba en la radio, cuyo locutor tenía la voz cargada de una falsa hilaridad.

Pedí al taxista que nos llevara al Citibank que había junto a la estación de metro Central MTR. Uno de mis *alter ego* tiene una cuenta corriente en el Citi. Llevo su tarjeta de crédito adondequiera que vaya.

Entramos en el banco, y Keiko esperó mientras yo retiraba cincuenta mil dólares hongkonguenses, equivalentes a unos siete mil dólares norteamericanos. La cantidad superaba el límite del cajero, y tuve que sacar el dinero en la ventanilla. El oficinista lo metió en un sobre. Le di las gracias y me encaminé hacia donde me esperaba Keiko.

—¿Qué te parece si vamos de compras? —le pregunté, mostrándole el abultado sobre. Estábamos rodeados de Hermés, Prada, Tiffany, Vuitton, y otras cosas que yo sabía que a ella le gustaban—. Me gustaría comprarte algunas cosas, si tú quieres.

Ella sonrió y sus ojos se iluminaron.

—*Houtou?* —dijo. ¿En serio? Probablemente estaba contenta porque el altercado con el árabe, fuera lo que fuese, parecía haber terminado.

Nos encaminamos hacia un Marks & Spencer que estaba calle arriba, un destino que me interesaba menos por los artículos de sus tiendas que por su ubicación. La fachada era toda de cristal y ofrecía una clara visión de la calle. Keiko y yo buscamos entre las prendas de seda y cachemira; observé a Gafas de Sol y a dos compañeros recién llegados haciendo guardia en el exterior, dos delante del banco HSBC, el tercero ante una joyería Folli Follie.

Por el modo en que se habían desplegado, me pareció que ya no se limitaban a seguirnos. En caso de ser así, no se habrían colocado tan cerca, una disposición que suele ser contraproducente para la observación, pero que tiene muchas ventajas para el ataque. Se estaban preparando para actuar, y querían tener sus fuerzas juntas, concentradas, preparadas para cuando llegara el momento.

Muy bien. Había llegado el momento de que saliera de allí. Solo.

—Keiko, escúchame con cuidado. Está sucediendo algo malo. Te diré lo que necesitas saber para salir de aquí.

Ella negó con la cabeza ligeramente como si quisiera aclarar sus pensamientos.

—¿Disculpa?

—Hay unos hombres que me siguen. El árabe con el teléfono móvil es uno de ellos. Quieren hacerme daño. Si tú estás conmigo, también te harán daño a ti.

Me dedicó una sonrisa dubitativa, como si esperara que se la devolviera y le dijera que todo aquello no era más que una broma.

—Lo siento —dijo—. No... No te entiendo. —La sonrisa se ensanchó un segundo y después se desdibujó.

—Ya sé que no lo entiendes y no tengo tiempo para explicártelo. —Le di el sobre—. Aquí hay dinero suficiente para que vuelvas a Japón, y un poco más. Tienes tu pasaporte. Ve al aeropuerto y lárgate de aquí.

—¿No estás... contento conmigo? —me preguntó, todavía pensando como una profesional. Pero era su profesión, no la mía.

—Estoy muy contento contigo. Mírame. Lo que te estoy diciendo es verdad. Tienes que irte de aquí si no quieres que te hagan daño. Es a mí a quien persiguen. Tú no les importas. —Antes de que pudiera hacerme más preguntas, añadí—: Esto es lo que tienes que hacer. Quédate aquí diez minutos. Yo voy a salir, y esos hombres me seguirán. Después de diez minutos, sal. Entra en una de las tiendas de mujeres que hay aquí cerca. Diles que un hombre te ha acosado y que quieres perderlo de vista. Te está siguiendo, te espera fuera. Te dejarán salir por la puerta de atrás, donde ese hombre no te espera. Si no te funciona a la primera, inténtalo de nuevo.

—No...

—Escúchame. Coge taxis. Eso hará más difícil que te sigan, porque no creo que esos hombres se ocupen de las mujeres. Entra por la puerta principal y sal por la trasera. Coge muchos ascensores. Es difícil estar con alguien en un ascensor sin que te vean. Quédate en lugares públicos.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué...? No...

—No creo que nadie te siga. No les interesas. Pero quiero estar seguro, ¿de acuerdo? No quiero correr riesgos. Cuando sepas que estás sola, vete al aeropuerto y sal de Hong Kong en el primer vuelo que puedas. Después vete a Japón, a casa. Allí estarás segura.

Volvió a negar con la cabeza.

—Tengo... Tengo mis cosas en el hotel. No puedo irme.

—Si vuelves al hotel, te seguirán con la esperanza de que les lleves de nuevo hasta mí.

—Pero...

—Tus cosas no se echan a perder, Keiko, ¿verdad?

Abrió los ojos como platos.

—¿Verdad?

Ella negó con la cabeza. No supe si para mostrarse de acuerdo o por pura incredulidad.

Quería irme, pero ella tenía que oír una cosa más.

—Keiko —le dije, mirándola de cerca—, dentro de unos minutos, sin duda dentro de una hora, esta conversación empezará a parecerte irreal. Te convencerás a ti misma de que me lo he inventado todo para tratar de deshacerme de ti, o algo así. Tendrás la tentación de volver al Mandarín para tratar de encontrarme. No estaré allí. No puedo volver, y tampoco tú. Eres una chica inteligente y tienes todo un mundo ante ti. No seas tonta hoy. Esto no es un juego.

Me di la vuelta y me marché. Había hecho todo lo que podía. Ella obraría tácticamente o no.

Me dirigí hacia la estación central de metro MTR. No sabía si iban armados, y a juzgar por el modo en que se habían dispuesto a mi alrededor, no podía confiar en despistarlos a los tres y salir indemne. Además, en aquella zona había muchos policías de paisano. La presencia policial, probablemente, inhibiría a mis amigos por el momento, al menos tanto como me estaba inhibiendo a mí. Decidí llevármelos de turismo a algún lugar anodino en el que todos pudiéramos soltarnos el pelo.

Eso tenía sus peligros. A juzgar por el modo en que me habían estado siguiendo, mi instinto me decía que estaban esperando hasta llegar al lugar adecuado para actuar: algún lugar muy poco frecuentado o algún lugar muy atestado; algún lugar que les diera la ocasión de actuar y desaparecer sin que nadie los detuviera y sin que hubiera testigos que recordaran lo sucedido. Hasta que encontraran ese lugar, podía esperar que siguieran conteniéndose. Si consideraban que me estaban perdiendo, sin embargo, o si tenían la sensación de que estaba jugando con ellos, podían decidir mandarlo todo al cuerno y actuar precipitadamente.

Tuve la esperanza de estar en lo cierto con ellos. Era difícil estar seguro. Yo estaba acostumbrado a tratar con servicios de inteligencia occidentales y *yakuza*, no con potenciales fanáticos producto de la cultura que en el pasado había inventado la aritmética, pero cuya más notable aportación a la civilización mundial eran los asesinos suicidas.

Cogí la escalera mecánica para bajar a la estación MTR, manteniendo un paso acelerado para dificultar su seguimiento en caso de que me hubiera equivocado acerca del lugar en el que pasarían a la acción. La estación estaba

llena de cámaras de vigilancia, y por una vez me alegré de su presencia. A menos que Larry, Moe y Achmed quisieran que lo que se traían entre manos fuera grabado en vídeo, tendrían que esperar un poco más. Y un poco más era justamente lo que yo necesitaba.

Eso, por supuesto, en caso de que se hubieran percatado de las cámaras. Dar por hecho que tu enemigo es inteligente puede ser tan peligroso como dar por hecho que es estúpido.

Entró un tren en dirección Tsuen Wan y me subí a él. Mis amigos entraron en el mismo vagón por el otro extremo. Estaba en lo cierto, al menos por el momento. Estaban esperando, no querían acercarse demasiado, y todavía no se habían dado cuenta de que ya los había visto.

Decidí llevarlos a Sham Shui Po, un colorido barrio en Kowloon Oeste, una de las muchas zonas en las que había pasado un tiempo familiarizándome mientras me preparaba para cazar a Belghazi, planeando eventualidades para circunstancias como en la que me encontraba entonces. En una ocasión más propicia, podríamos haber visitado la tumba de Lei Cheng Uk Han, de dos mil años de antigüedad, o el templo de Tin Hau, de hace siglos; o comprar baratijas en Cheung Sha Wan, la calle de la moda del barrio, donde los fabricantes de prendas las venden directamente al público; o buscar aparatos electrónicos de segunda mano y CDs y DVDs pirateados en los mercadillos al aire libre de la zona. Sin embargo, aquel día quería ofrecerles algo más especial.

Me bajé del tren en la estación de Sham Shui Po, pasé por el torniquete y salí a la calle por la salida C1. La atestada calle que quedaba delante de la estación hacía que en comparación Tokio pareciera desierto. La calle, que se extendía ante mí entre hileras de pisos bajos que se desmoronaban y maltrechos edificios de oficinas, parecía un río de gente manando a raudales por un barranco. Los coches se movían bruscamente por las congestionadas intersecciones, y los peatones fluían a su alrededor como células T atacando a un virus. En las ventanas manchadas de hollín colgaban ropa tendida y aparatos de aire acondicionado; cables de alta tensión se combaban sobre las cabezas de los transeúntes. Rótulos en caracteres chinos miraban con malicia como líquenes ascendiendo por los árboles; la pintura se había convertido en óxido, los colores se habían tornado grisáceos. A un lado, había un hombre demacrado y sin camisa, dormido o inconsciente en una silla; al otro, un individuo gordo, apoyado en una lámpara, se cortaba las uñas con una total indiferencia. Una borrosa cacofonía cubría la zona como si fuera niebla: gente que gritaba por teléfono móvil, dueños de tenderetes que exhortaban a sus

clientes potenciales; coches, bocinas y martillos neumáticos. Un par de palomas saltaron de un tejado a otro, batiendo las alas con algo parecido a la diversión hacia la bulliciosa multitud que tenían debajo.

Mis amigos estarían tratando de asumir todo aquello, de procesarlo, de decidir lo que significaba para ellos y para sus posibilidades de conseguir lo que habían ido buscando hasta allí. Tardaría unos pocos minutos en llevar a cabo lo que tenía planeado. Ellos no sabían que nos les quedaban más que unos cuantos minutos.

Me entretuve en algunos tenderetes al aire libre y entré y salí de varias tiendas de aparatos electrónicos al tiempo que observaba para asegurarme de que mis amigos no se estaban acercando demasiado, de que todavía no se habían decidido. Para ellos, parecía que hubiera dejado a Keiko comprando ropa mientras yo me dedicaba a buscar complementos informáticos y programas pirateados. Hice un par de compras durante mis entradas y salidas: unos calcetines de deporte gruesos, altos hasta la rodilla, de color gris claro, una gorra azul marino y doce pilas semejantes a las Duracell; todo por veinte dólares hongkonguenses. Sonreí al pensar en la suerte que había tenido de que esas cosas se pudieran comprar en Sham Shui Po.

Mientras caminábamos, me metí la gorra en el bolsillo trasero del pantalón. Después, ante mi cintura y guiándome sobre todo por el tacto para que mis perseguidores no lo vieran, metí la mano izquierda en uno de los calcetines y puse el otro sobre él, doblándolo. Me metí ocho pilas dentro, tiré el resto en una papelería y até el calcetín que quedaba encima de las pilas para asegurarme de que no se apelotonaran. Me pasé el extremo abierto del calcetín dos veces sobre la mano derecha, como si fuera una venda, valiéndome de tres dedos para sostenerlo y aguantando el extremo en el que estaba el peso entre el pulgar y el índice. Al doblar una esquina, solté el extremo con el peso. Cayó unos veinte centímetros y se detuvo con un fuerte tirón cuando las pilas cayeron hasta el límite de la extensión del calcetín. Hice girar la tela sobre mi mano derecha hasta que el extremo con el peso me quedó en la palma, y después metí los pulgares en los bolsillos delanteros del pantalón para ocultar la improvisada honda a los hombres que me seguían.

Les hice trazar un arco en sentido contrario a las agujas del reloj que terminó en un mercado de alimentos de tres pisos, situado a medio kilómetro de la salida de la estación. Entré, comprobando al mismo tiempo que seguían a la distancia apropiada tras de mí. No me costó distinguirlos entre la multitud: eran los únicos no asiáticos.

Aquello era un problema para ellos, pero no insuperable. El mercado estaba tan absolutamente atestado y era tan ruidoso que, si lograban acercarse, podrían clavarme un puñal en un riñón o dispararme una bala silenciada en la espina dorsal sin que nadie se diera cuenta ni lo recordara después. Si yo hubiera estado en su lugar, eso es lo que habría hecho.

Recorrí uno de los callejones con tenderetes de comida en dirección a las escaleras mecánicas que sabía que había al otro lado. La carne colgaba de ganchos a mi alrededor, y el aire estaba cargado del olor de sangre fresca. Anguilas desventradas se contorsionaban sobre bandejas de bambú, con las mitades abiertas moviéndose independientemente. Bocas de cabezas de pescado separadas del cuerpo se abrían y se cerraban lentamente, con las agallas en tensión, tratando todavía de respirar. Los vendedores hacían gestos, gritaban y sonreían. Masas de gambas, cangrejos y ranas se retorcían en canastas de alambre. La cabeza cortada de una cabra pendía de un gancho con los dientes apretados en un último rictus y los ojos muertos mirando, por encima de la muchedumbre, algún desolado y último horizonte.

Conseguí dejar atrás la densa masa de gente poco antes de llegar a las escaleras mecánicas. Subí los escalones de dos en dos, dejando atrás a los que ascendían al ritmo de las escaleras, sabedor de que los hombres que me seguían interpretarían mi repentina aceleración como señal de que los había detectado y estaba tratando de escapar. En cuanto dejaran atrás a la masa como había hecho yo, se lanzarían a la persecución. Y si me alcanzaban, no tendrían otra oportunidad. Actuarían.

En la cima de las escaleras, volví la vista atrás. Estaban allí, en la base, tratando de abrirse camino entre la gente. Perfecto.

Había unas puertas dobles de color verde ante mí, a la izquierda. Estaban abiertas; tras ellas estaba la zona de carga, ante el ascensor de mercancías. En la cima de las escaleras, salí disparado, fuera del campo visual de los hombres que me seguían, y me dirigí agachado hacia la izquierda, hacia la zona de carga. Volví a avanzar hacia la izquierda y me recosté contra el muro, parcialmente oculto tras una de las puertas abiertas, mirando por la rendija hacia el exterior. Desde allí los vería pasar de largo. Probé la puerta y me pareció convenientemente móvil y pesada. Si me veían y trataban de entrar, les cerraría la puerta y atacaría con mi improvisada arma como pudiera. Pero lo mejor sería que entraran por completo.

Lo hicieron. Los observé avanzar por la rendija de la puerta. Cuando el último hubo pasado, respiré hondo tres veces, dándoles otro par de segundos.

Salí. La adrenalina fluyó por mi estómago y mis extremidades. Allí estaban, detenidos donde el pasillo terminaba en forma de T, mirando a izquierda y derecha, tratando de intuir qué camino había seguido yo entre las densas masas de compradores que había a ambos lados. Estaban apiñados, con el tipo de en medio ligeramente más avanzado que los otros dos. Probablemente creían que la proximidad les daría seguridad gracias a su superioridad numérica. En realidad, se estaban convirtiendo en un único blanco.

Cuando estuve a seis metros de distancia, el que estaba en el centro y un poco por delante de los otros dos empezó a volverse. Quizá para consultar algo; quizá, si tenía dos dedos de frente, para mirar a su espalda. Aceleré mi paso, ahora corriendo, con la necesidad de cubrir la distancia antes de que se diera la vuelta y comprendiera que su idea de quién era el cazador y quién la presa se había vuelto repentina y fatalmente equivocada.

El tipo acabó de girarse cuando yo estaba a cuatro metros de distancia. Empezó a decirle algo a uno de sus colegas. Entonces su mirada se dirigió hacia mí. Su cabeza se quedó inmóvil. Puso los ojos como platos. Empezó a abrírsele la boca.

Tres metros. Tenía un nuevo subidón de adrenalina en el torso, en las piernas.

Sus compañeros debieron de ver su cara. Sus hombros se tensaron, sus cabezas empezaron a girarse.

Dos metros. El tipo que tenía a mi derecha estaba más cerca. Se estaba girando hacia la izquierda, hacia lo que había provocado que su colega se inquietara. Vi el lado izquierdo de su rostro al volverse, lentamente. Todo se movía lentamente ante mis ojos inyectados de adrenalina.

Un metro. Avancé con el pie izquierdo, cruzando el brazo izquierdo sobre mi cuerpo, en parte como defensa, en parte como forma de mantener el equilibrio. Eché atrás la mano derecha, la honda se desenrolló, y después hice un movimiento circular con el brazo, con la palma de la mano cerrada, el codo por delante, las caderas pivotando como si estuviera calentando con un bate de béisbol cogido con un solo brazo. El extremo con el peso viró e impactó en la parte posterior de su cráneo con una hermosa nota grave. Por un instante, su cuerpo se relajó completamente, aunque permaneció erguido; se quedó inmóvil sobre sus pies. Después cayó al suelo.

La honda se agitó por encima de él; mi cuerpo giró en sentido inverso a las agujas del reloj con el continuado impulso del ataque, y la honda se enrolló en mi muslo. El tipo que tenía a la izquierda había acabado de darse la

vuelta. Vi que me miraba con la universal expresión de «¡oh, mierda!» en la cara y que se metía la mano derecha en el interior de la chaqueta. Demasiado tarde. Lancé mis caderas a la derecha e impulsé la honda a su alrededor. Se percató de que el golpe se acercaba, pero estaba demasiado concentrado en sacar su arma y no logró apartarse. El golpe le dio en el cuello; no fue un impacto tan directo como el que había recibido su compinche, pero me sirvió. Vi que sus ojos perdían de vista el mundo y supe que tenía un par de segundos antes de que recobrarla la compostura.

El tercer tipo era más listo, y tenía más tiempo y espacio para actuar. Mientras yo me enfrentaba a los otros dos, había dado un paso atrás y se había colocado fuera de mi alcance. Ahora estaba buscando en el interior de su chaqueta, con los ojos abiertos de pavor y moviéndose frenéticamente. La honda pasaba entre los dos, de vuelta a mi costado derecho. Vi que sacaba algo de la chaqueta con la mano derecha. Dejé que el impulso de la honda rebotara en mi cuerpo, la solté en el último instante y se la lancé contra él como un lanzador de béisbol contra el bateador. La vio acercándose y pudo esquivarla parcialmente, aunque le impactó en el hombro. Retrocedió dando tumbos, pero logró desenfundar una pistola con silenciador, grande, mientras trataba a la vez recuperar el equilibrio. Pero sus facultades motoras adolecían de una inmensa y probablemente inédita inyección de adrenalina, y el largo silenciador hizo que tardara un siglo en desenvainar la pistola. Alzó el arma, pero en ese mismo instante yo estaba sobre él.

Cogí la pistola con la mano izquierda y con el pie derecho le barrí las piernas con un *deashi-barai*, un barrido que había entrenado decenas de miles de veces en mi confinamiento en el Kodokan. Caí con él, dejando caer mi peso sobre su pecho, aumentando el impacto que recibió al caer al suelo. Sentí que soltaba el arma cuando impactamos contra el suelo, oí el «pufff» del disparo del silenciador y un estallido cuando la bala impactó contra el muro que quedaba a mi espalda. Manteniendo un ojo en la pistola, asegurándome de que apuntara a cualquier parte excepto mi cuerpo, me levanté para dejar un cierto espacio entre nosotros, lancé mi pierna izquierda contra su cabeza y me eché hacia atrás en un *juji-gatame*, una llave de lucha cuerpo a cuerpo. Le cogí la pistola y le rompí el codo con un solo y repentino tirón.

El segundo tipo se había recuperado lo suficiente para desenfundar una pistola. Pero, como su compañero, tenía un subidón de adrenalina y problemas de motricidad. Le temblaba la mano y dudaba, quizá dándose cuenta de que si apretaba el gatillo, podía darle a su compañero, sobre cuyo

torso tenía cruzadas las piernas y cuyo destrozado brazo derecho tenía extendido con fuerza sobre mi pecho.

Alargué el brazo derecho, me concentré en la visión que tenía ante mí, y me lancé sobre el abultado torso del segundo tipo. La pistola era una Glock 21 del calibre cuarenta y cinco. Un buen trasto.

El tipo que tenía debajo de mí dio un tirón y yo me balanceé. «*Mierda.*» Cerré las piernas con más fuerza y me incliné hacia el suelo, tratando de ofrecerle al segundo tipo un perfil reducido. Sabía por experiencia que las balas, en la mayoría de casos, pasan rozando el suelo en lugar de salir rebotadas contra él. El tipo que tenía debajo de mí sería un saco de arena humano para cualquier disparo que se quedara corto y no alcanzara nuestra posición.

El segundo tipo movió la pistola, tratando de seguirme, con ademanes exagerados y temblorosos. Después, quizá porque vio que lo tenía en mi punto de mira, sus nervios se vinieron abajo. Empezó a disparar al azar, con los ojos cerrados y el cuerpo doblado hacia delante involuntariamente. *Pufff. Pufff. Pufff.* Pequeñas nubes de polvo se alzaron sobre el suelo de hormigón a mi alrededor, estallando lentamente en mi lenta visión llena de adrenalina. Oí el sonido de rebotes. Alguien gritó.

«*Lento. Apuntar. Respirar...*»

Apreté dos veces el gatillo. El primer disparo le dio en el hombro y le hizo retorcerse. El segundo falló e impactó en la pared, cerca del techo. Me equilibré y volví a disparar. Esta vez le di en la espalda, cerca de la columna vertebral, y cayó al suelo.

Me puse en pie tambaleándome y corrí hacia él. A nuestro alrededor, la gente huía de allí corriendo, gritando algo incomprensible. Le disparé en la nuca.

El primero al que había derribado con la honda estaba tumbado de espaldas, con las piernas cruzadas debajo de su cuerpo, al parecer inconsciente. Le disparé en la frente.

Me volví hacia el último. Estaba sentado de culo, alejándose de mí a rastras con los pies y el brazo bueno. Tenía el rostro verde de dolor y miedo. Le disparé en el pecho y cayó al suelo todavía pateando. Di tres largos pasos hacia delante y volví a dispararle, esta vez en la frente. La cabeza le cayó hacia atrás y se quedó inmóvil.

Miré a mi alrededor. Aquello era un caos: gritos y chillidos y pánico.

Tenía que largarme de allí. Pero también necesitaba información. En otras circunstancias, habría dejado a uno con vida para interrogarle, pero en un

lugar como aquél habría resultado imposible.

Recogí la honda y me la metí en el bolsillo exterior de la americana azul marino que llevaba. Me alegré de haber pensado en atarla; de no haberlo hecho, las pilas podrían haberse esparcido por el suelo con mis huellas dactilares.

Me dirigí hacia el último tipo al que había disparado y le abrí la chaqueta. Era de cachemir. La etiqueta bajo el bolsillo del pecho decía que era de Brioni. El tipo llevaba tres o cuatro mil dólares sobre el cuerpo. La camisa, que ciertamente no presentaba su mejor aspecto empapada de sangre, parecía igualmente cara. Llevaba en el cuello una buena cadena de oro. Sin embargo, tenía los bolsillos vacíos. Nada excepto un puñado de dólares hongkonguenses y un paquete de chicles de menta. No llevar carné de identidad era inteligente por su parte. Si los detenían, no abrían la boca, llamaban a la embajada y quizá los dejarían libres bajo fianza. Pero ¿qué embajada? ¿De quién?

Me dirigí hacia el siguiente tipo, sabedor de que me estaba entreteniéndome demasiado, maldiciendo el riesgo. Otra chaqueta Brioni y un reloj Jaeger-LeCoultre de oro. Pero eso era todo.

El tercer tipo llevaba un teléfono móvil sujeto al cinturón. Sí, era él, el que Keiko y yo habíamos visto en la terminal de Shun Tak: Gafas de Sol. Saqué el teléfono y le abrí la chaqueta. Otra Brioni. Más bolsillos vacíos, con la excepción de las gafas de sol que le habían valido por poco tiempo su apodo. También llevaba vacíos los bolsillos de los pantalones.

Levanté la mirada, después miré a mi espalda. Los pasillos estaban llenos de gente que huía. El pánico tiende a alimentarse a sí mismo hasta mucho después de que haya terminado su causa originaria. Probablemente la mayoría de esas personas ni siquiera sabían de qué estaban huyendo, no habían visto ni oído nada. Mis vías de escape no iban a abrirse enseguida.

«*El ascensor*», pensé. Entré agachado en la zona de carga y apreté el botón con un nudillo. Me quedé allí durante un agónico largo rato, sintiéndome expuesto, hasta que la maldita cosa finalmente llegó. Las puertas se abrieron. Entré y le di el botón de la planta baja y el de «cerrar puertas». La puerta se cerró y el ascensor inició su descenso.

Me saqué la gorra del bolsillo y me la puse. Me guardé el teléfono móvil, metí la pistola en la cintura del pantalón y me quité la americana, dejando a la vista una camisa blanca. En la confusión inmediatamente posterior a esta clase de acontecimientos, los testigos sólo recuerdan detalles genéricos: el color de la ropa, la presencia de una corbata, cosas así. La nueva gorra y la

chaqueta desaparecida serían suficientes para sacarme de allí. Me saqué los faldones de la camisa y cubrí con ellos la pistola.

Las puertas del ascensor se abrieron. Allí abajo todo estaba más tranquilo, pero había una inusual agitación entre el gentío y estaba claro que algo había sucedido. Descendí por uno de los pasillos, dejando atrás los compradores que miraban en dirección contraria, tratando de ver qué estaba sucediendo allí. Caminaba a buen ritmo, pero no tan rápido como para llamar la atención. Mantuve la cabeza gacha y no miré a nadie a los ojos.

Para el momento en que llegué a la puerta por la que habíamos entrado, el ritmo colectivo de la gente que me rodeaba era normal: sólo se trataba de gente que compraba comida concentrada y estaba inmersa en la importante tarea de escoger el pescado más fresco o el más sabroso pedazo de carne. Pasé entre ellos y salí a la calle.

Doblé la chaqueta y metí la pistola en su interior; la limpié mientras caminaba, y me aseguré de repasar todas las superficies. Lo hice guiándome por el tacto: cañón, seguro del gatillo, gatillo, culata.

Las huellas dactilares eran sólo una parte del problema, por supuesto. Cuando estás nervioso, sudas. El sudor contiene ADN. Lo mismo sucede con las microscópicas células de la piel muerta, que, como el sudor, pueden adherirse al metal. Si tienes la mala suerte de ser considerado sospechoso, es complicado tener que explicar por qué tu ADN está en el arma del crimen. La ropa de los cadáveres, que había tocado mientras los registraba, no era un problema semejante. No registraban las huellas, y probablemente no las había tocado lo suficiente para dejar gran cantidad de sudor o células muertas en ella.

Giré por un callejón ocupado por contenedores de basura de plástico repletos hasta los topes. Un tubo de aluminio recorría el lateral de una de las paredes del callejón hasta un desagüe descubierto. Aparté el tubo y tiré la pistola por el desagüe. Vi una satisfactoria salpicadura al hacerlo. Miré a mi espalda: estaba despejado. Lancé las pilas al mismo lugar de reposo eterno, frotándolas con el calcetín; después coloqué el tubo de nuevo en su posición y seguí caminando. Era improbable que la pistola y las pilas se descubrieran jamás. Pero aunque las encontraran, el agua probablemente habría diluido cualquier rastro de ADN. Y aunque hubiera ADN, tendrían que detenerme como sospechoso para hacer la comprobación. Una buena defensa escalonada.

Por supuesto, todavía tenía un problema potencial con los testigos. Yo no sobresalía allí tanto como los árabes, pero tampoco pasaba desapercibido. Es difícil explicar de qué se trataba, pero era suficiente para que a la gente de

Sham Shui Po le llamara la atención y quizá lo recordara. Para empezar, mi ropa no era la adecuada. Me había vestido pensando en pasar el día comiendo y comprando en el centro, no en los callejones como colmenas del lugar en el que me encontraba. La gente vestía allí más informalmente. Y la ropa que llevaban les sentaba de otra manera, normalmente no muy bien. Como la zona misma, los colores de la ropa estaban ligeramente apagados. Esa gente no podía llevar sus prendas de vestir a que se las lavaran en seco, se las almidonaran y se las devolvieran colgadas de una percha. No lavaban sus cosas con agentes limpiadores antimanchas de doble intensidad y superblanqueadores, ni las secaban en el programa suave de una secadora controlada por un microprocesador. Colgaban sus cosas en cuerdas de tender, donde el agua se evaporaba en el aire contaminado. Ésas y otras diferencias saltaban a la vista. No sabía si los testigos serían capaces de explicarlas. De modo que tenía que tomar todas las medidas que estuvieran en mi mano para asegurarme de que, en caso de que pudieran, no importara.

Giré una esquina, hice una pelota con la chaqueta y la metí hasta el fondo en el interior de un contenedor metálico repleto de basura. Me desabotoné la camisa e hice lo mismo con ella. Ahora llevaba sólo pantalones y una camiseta, y tenía aspecto de estar un poco más en casa.

Hice algunos movimientos agresivos para asegurarme de que no me seguían; después cogí el MTR hasta Mong Kog, donde encontré una farmacia. Compré jabón, alcohol, gel para el pelo y un peine. Próxima parada: un lavabo público que apestaba a lo que debía ser orina de hacía décadas, donde me deshice de la gorra y cambié mi aspecto un poco más peinándome el pelo hacia atrás. Utilicé el alcohol para hacer desaparecer cualquier rastro de pólvora que mis manos pudieran mostrar bajo una luz ultravioleta. Cuando salí del lavabo, empecé a sentir que lo tenía todo razonablemente cubierto.

Me compré una camisa barata y después me metí en una cafetería, en la que estuve unos minutos para recuperarme. Pedí té de tapioca y me senté en una mesa vacía.

Mi primera reacción, como siempre, fue una euforia acompañada de un ligero mareo. Podría haber muerto, pero no lo había hecho, todavía estaba allí. Aunque hayas pasado por muchas situaciones con riesgo de muerte, siempre, tras ellas, quieres reírte a carcajadas, o ponerte a dar saltos, gritar, hacer algo para proclamar a los cuatro vientos que estás vivo. Con un poco de esfuerzo, mantuve una apariencia plácida y esperé a que esos habituales impulsos se apagaran. Cuando lo hubieron hecho, rememoré los pasos que había dado

para borrar toda relación entre los árabes muertos y yo, y me parecieron los adecuados. Y empecé a pensar en el futuro.

Tres muertos. Eso estaba bien. Quienquiera que fuera a por mí, había visto sus fuerzas considerablemente mermadas, al igual que su capacidad y quizá también su disposición a luchar. Quienquiera que hubiera hecho el encargo, no debía de haber tenido acceso fácil a recursos locales. En caso de tenerlo, no habrían mandado a tres tipos con un aspecto tan evidente de extranjeros. Cuando se corriera la voz de que los últimos tres tipos que habían asumido aquella misión habían acabado muertos, quizá tuvieran problemas para reclutar a nuevos voluntarios.

Mi satisfacción no era solamente profesional, por supuesto. Los cabrones habían intentado matarme.

Saqué el teléfono móvil. Cielos, me había olvidado de apagarlo mientras me movía. Error. Me estaba volviendo descuidado. Muy bien, veamos si me acababa de crear un problema.

Era un Ericsson, el T230. Tenía una tarjeta SIM, lo que significaba que era un modelo GSM, utilizable casi en cualquier parte excepto Japón y Corea, que utilizan un modelo de teléfono móvil propio. Lo examiné en busca de transmisores, pero no encontré ninguno. Pensé un instante. ¿Incorporaba el T230 tecnología para la localización de emergencia? Yo leía compulsivamente para estar al día de todos esos adelantos, pero a pesar de ello siempre se me escapaba algún detalle. No, el T230 no era un modelo tan reciente. En ese sentido, también podía estar tranquilo.

Sin embargo, sabía que algunos servicios de inteligencia habían perfeccionado su tecnología de seguimiento de teléfonos móviles hasta el punto de que podían ubicar cualquier teléfono móvil con un margen de error máximo de seis metros. ¿Tenía que preocuparme por eso? Probablemente no. Quienquiera que me estuviera siguiendo tenía recursos locales limitados. Dudé que tuvieran los contactos o los conocimientos que eran necesarios para localizar un móvil.

Dadas las circunstancias, decidí que valdría la pena quedarme con aquel trasto y dejarlo encendido. Podía ser interesante ver quién llamaba.

Eché un vistazo a los números memorizados. Los menús estaban en árabe, pero las funciones eran las habituales y pude navegar por ellos sin problemas.

La lista de llamadas estaba llena; el tipo no había pensado en borrarlas, o no había tenido tiempo para ello. No reconocí ningún número. Pero el tipo a quien se lo había cogido había estado hablando con alguien cuando lo vi en la estación de Shun Tak. A menos que hubiera hecho o recibido diez llamadas

en el ínterin, en el teléfono habría quedado constancia de los números que había marcado y los que le habían llamado. Tenía la sensación de que algunos de esos números serían importantes.

Me bebí el té y salí. Saqué el teléfono móvil de Kanezaki y le llamé mientras seguía caminando.

—*Moshi-moshi* —oí que decía.

—Soy yo.

—¿Qué pasa?

—Hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—Tres tipos acaban de intentar matarme en Hong Kong. —¿Qué?

—Tres tipos acaban de intentar matarme en Hong Kong. —Lo he oído. ¿Hablas en serio?

No detecté nada en su voz, pero era difícil saberlo por teléfono. Y ahora era más sutil que cuando lo conocí.

—¿Crees que me lo he inventado para divertirme? —dije. Se produjo una pausa, y después preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí. Sólo preocupado.

—¿Estás en peligro ahora?

—No por los tres tipos que me seguían.

—Quieres decir que...

—Ahora son inofensivos.

Otra pausa. Después dijo:

—Estás preocupado por cómo te encontraron.

—Enhorabuena.

—No he sido yo.

Yo ya me imaginaba eso, más o menos. De otro modo, no lo habría avisado con una llamada; o habría concebido la llamada simplemente como un modo de adormecerlo, de tenderle una trampa. No imaginaba por qué iba a volverse contra mí, pero uno nunca tiene todos los datos acerca de cosas como ésa. Las circunstancias cambian. La gente acaba teniendo razones que antes no tenía.

—¿Quién más sabía que yo estaba en Macao? —pregunté—. Me han seguido desde allí. Uno estaba esperándome para recogerme cuando llegara a Shun Tak en Hong Kong.

—No lo... Mira, no tengo absolutamente ninguna razón para tratar de joderte. Ninguna. No sé quiénes eran ni cómo han llegado hasta ti. Pero puedo

tratar de descubrirlo.

—Convénceme —dije.

—Dime lo que tienes. Veré qué puedo hacer.

Decidí darle una oportunidad. No veía ningún inconveniente. Tampoco veía ninguna alternativa.

—Me han parecido árabes —dije—. Quizá saudís. Vestían como si tuvieran mucha pasta. Uno de ellos llevaba un teléfono móvil con los menús en árabe y lo estaba utilizando para hacer o recibir llamadas mientras me seguían. Colgaré todos los números de la lista de llamadas en el tablón de anuncios. Puedes comprobarlos. Tenían al menos un colega en Macao, probablemente más, y probablemente todos ellos habían llegado hacía poco a Hong Kong. Han sido descuidados, quizá todos llegaron al mismo tiempo, quizá incluso en el mismo avión.

—Eso es mucho. Puedo trabajar a partir de esos datos. ¿Crees que tienen alguna relación con nuestro amigo?

Belghazi. Sólo había unos pocos árabes en mi vida, y eran todos amistades recientes. A pesar de que lo que yo pensaba no era acorde con la mayoría estadounidense contraria a la creación de archivos con datos personales, era difícil no sospechar que todos estaban conectados.

Pero no me pareció que especular en voz alta me fuera a servir de algo.

—Tú dirás —dije.

—Lo intentaré.

—Tienes que convencerme —repetí.

Hacía tiempo suficiente que nos conocíamos para que comprendiera lo que quería decir.

—¿Cómo me pongo en contacto contigo? —preguntó.

—Echaré un vistazo al tablón.

—Sería más efectivo que dejaras encendido el teléfono móvil.

—Echaré un vistazo al tablón.

Suspiró.

—De acuerdo. Y siempre puedes llamarme a este número. Dame doce horas. ¿Algo más?

—¿La rubia? —pregunté.

—Nada. Sigo trabajando en ello.

Colgué.

Encontré un cibercafé en el que subí la información al tablón de anuncios. Después me quedé sentado un rato, pensando.

Los tres tipos que me habían seguido a Hong Kong estaban obviamente en contacto con alguien en Macao. De hecho, estaba completamente seguro de que el que tenía el teléfono móvil, Gafas de Sol, había llamado a su contacto en Macao para confirmar mi llegada. El tipo de Macao estaría ahora esperando noticias de la operación. Los cadáveres de sus colegas sólo llevaban una hora enfriándose. Era probable que todavía no hubiera recibido noticias de su trágica desaparición. Sin duda no esperaría verme de vuelta en Macao sin antes saber algo de Hong Kong, y sin duda no estaría preparado para esa posibilidad. E incluso en caso de que supiera cómo se habían desarrollado los acontecimientos aquí, la última cosa que esperaría que yo hiciera sería regresar directamente al lugar en el que se había iniciado la emboscada: el Macao Mandarín Oriental.

En cualquier caso, me di cuenta de que tenía una oportunidad para sorprender a alguien; lo cual siempre es agradable.

Me dirigí de vuelta a Shun Tak para coger el siguiente transbordador a Macao. Intenté no pensar demasiado en lo que iba a hacer. Atacar una emboscada es algo contrario al instinto: cuando tu cerebro de lagarto identifica la dirección de la que proviene la amenaza, quiere que corras en dirección contraria.

Pero tu cerebro de lagarto no siempre toma la mejor decisión. Suele centrarse en consideraciones a corto plazo, y no siempre tiene en cuenta adecuadamente el valor de lo impredecible, lo engañoso, lo sorprendente: asumir riesgos a corto plazo para conseguir beneficios a largo plazo.

El viaje de una hora en el transbordador se me hizo largo. Mantener una alerta total es extenuante, y, una vez ha terminado el momento más álgido, el cuerpo necesita ansiosamente descansar y recuperarse. Traté de dejar mi mente en blanco, de bajar unos cuantos niveles, lo suficiente para recuperarme, pero no hasta el punto de no estar preparado para cualquier cosa que pudiera encontrarme en Macao.

Con unos veinte minutos de viaje por delante, el teléfono sonó. Lo miré y vi que el número desde el que llamaban era el último que había sido marcado; casi sin duda, el contacto de Macao, que llamaba para preguntar, deseoso de conocer lo sucedido. Ignoré la llamada.

Llegamos a la terminal del transbordador de Macao y salí por el vestíbulo de llegadas. El vestíbulo estaba demasiado atestado para que advirtiera si me habían organizado un comité de bienvenida. Sin embargo, no importaba. Una de las ventajas de Macao es que puedes acceder a la ciudad desde el primer piso de la terminal del transbordador —sea a pie por la acera o en taxi—, o

bien puedes subir al segundo piso y utilizar una amplia serie de pasos elevados. Si esperas a alguien en la terminal del transbordador, por lo tanto, tienes que estar justo al otro lado de la zona de llegadas, preparado para salir o ascender, dependiendo de la ruta que tome tu presa. Así que aunque en aquel momento no pude identificar a un perseguidor, me resultaría fácil hacerle salir si estaba allí.

Cogí la escalera mecánica hasta el segundo piso, donde me detuve frente a uno de los cajeros automáticos como si estuviera sacando dinero, una maniobra habitual entre los visitantes que se dirigían hacia los casinos. Eché un vistazo a las escaleras que acababa de utilizar y vi a un árabe que subía. El muy cabrón era el gigante barbudo que había visto por la mañana. Las gafas de sol y la chaqueta cara ya me resultaban familiares a esas alturas. Cielos; ya puestos, podrían haber vestido de uniforme. Hola, me llamo Abdul y voy a ser tu asesino.

Debieron de ponerse nerviosos cuando el equipo de Hong Kong no respondió a sus llamadas y lo mandaron de regreso a su posición, por si las moscas. O puede que tal vez hubiera estado esperando allí todo el día. No importaba. No me vio. Su siguiente movimiento sería el teléfono de sus colegas de Macao, si no lo había hecho ya, lo cual sería el fin de la sorpresa que quería compartir con todos ellos. Tendría que improvisar.

Si le sorprendió verme, y supongo que lo hizo, no lo mostró. Miró a su alrededor con ademanes informales, como un simple turista recién llegado a Macao que echara un vistazo a la maravilla de la terminal del transbordador.

*«¿Por qué no me han llamado antes? —estaría preguntándose—. Se suponía que me tenían que llamar cuando volviera, como les llamé yo para alertarles de que iba para allá.»*

*«Porque la gente muerta no llama por teléfono, colega. Lo verás en un minuto.»*

Salí a la plaza que había delante de la entrada del segundo piso y caminé unos metros hacia los pasos elevados. Entonces me detuve y me di la vuelta.

Acababa de salir por las puertas que había en el lado derecho de la plaza y estaba levantando el móvil cuando me volví. Cuando me vio, bajó el móvil y se detuvo como si de repente le interesara una vista inexistente.

Negué con la cabeza y lo saludé con la mano, un gesto que comunicaba: *«Ah, ahí estás, por fin»*. Empecé a caminar hacia él.

Por una fracción de segundo, su cabeza osciló y su cuerpo se tensó en la reacción internacionalmente aprobada ante el hecho de ser descubierto en una misión de vigilancia. Es difícil de describir, pero se parece a lo que hace un

paciente en pijama cuando un médico coge un inmenso instrumento y le dice: «*Esto te va a doler un poco*». Miró a su alrededor, después otra vez a mí, haciendo una imitación bastante lograda de alguien que se pregunta: «¿Eh? ¿Me estás saludando a mí? ¿Nos conocemos?».

Me dirigí directamente hacia él y dije en voz baja:

—Me alegro de que estés aquí. Me dijeron que me estarías esperando en el primer piso, en «Llegadas», pero no te he visto.

Negó con la cabeza. Sus labios se torcieron, pero no salió ningún sonido de ellos.

—Se ha cometido un error —dije—. No soy el tipo al que buscáis.

Sus labios se torcieron un poco más.

«Mierda —pensé—. No te entiende. No contaba con eso.»

—Hablas inglés, ¿verdad? —pregunté—. Me dijeron que podía dirigirme a ti en inglés.

—Sí, sí —dijo tartamudeando—. Hablo inglés.

Miré rápidamente a izquierda y derecha como si de repente estuviera nervioso, y después volví a mirarlo a él con los ojos entrecerrados de súbita preocupación.

—¿Eres tú, verdad? Me dijeron que habría alguien esperándome.

—Sí, sí —dijo de nuevo—. Soy yo.

Cuántos «síes» seguidos. Habíamos establecido el impulso adecuado.

Un grupo de tres chinos hongkonguenses emergió de la terminal. Los observé caminando a nuestro lado como si me preocupara que pudieran oírnos y después dije:

—Vamos a hablar allí.

Le señalé el muro externo de la terminal, donde podríamos estar sin que nos vieran desde el interior del edificio. Di unos cuantos pasos y esperé. Un instante después, me siguió.

Joder, si podía confundirlo un poco más, llevármelo a un lugar un poco más tranquilo, quizá incluso lograra interrogarle. Eso sería ideal, pero también mucho más arriesgado que el acercamiento relativamente directo que tenía en mente. Lo pensé un momento y decidí que no valía la pena.

—A juzgar por tu expresión —dije—, diría que no lo has oído.

—¿Que no he oído qué? Lo siento, pero no te entiendo.

El grupo de hongkonguenses estaba ahora lejos y seguía caminando. La plaza estaba momentáneamente vacía.

—Ya lo veo —dije—. No importa, volvamos al hotel. Lo arreglaremos todo desde allí.

Aquello parecía inofensivo. Sus compatriotas estarían posicionados en el hotel. Podrían explicarle qué diablos estaba pasando. Además, era media cabeza más alto que yo, y probablemente pesaba veinte o veinticinco kilos más. ¿Qué tenía que temer?

Asintió.

—Muy bien, vamos —dije. Me moví como si fuera a encaminarme hacia el paso elevado y después me volví hacia él—. Cielos, ¿es una mierda de pájaro eso que tienes en el hombro? —le pregunté, mirándolo fijamente con incredulidad.

—¿Eh? —dijo. Su mirada se dirigió automáticamente al lugar que le había indicado.

Es el problema de llevar chaquetas de cachemira de cuatro mil dólares: te pones histérico a la mínima.

Cuando volvió de nuevo la cara hacia mí, le lancé la mano izquierda tras el cuello y tiré de su cabeza adelante y abajo. Al mismo tiempo, pasé mi brazo derecho por su cuello, se lo rodeé y lo giré en la dirección de las agujas del reloj, poniéndole el antebrazo derecho bajo la barbilla y cogiéndole ésta con la mano izquierda. Ahora tenía la parte trasera de la cabeza atrapada contra mi pecho. Traté de arquearle la espalda, pero el cabrón era tan grande y fuerte que no logré ejercer la fuerza necesaria.

Sentí sus manos en mi cadera, toqueteándome, tratando frenéticamente de apartarme de un empujón. Todos sus músculos se habían tensado y convertido en un férreo relieve parecido al de un grupo de cables. Seguí forcejeando así un par de segundos más. En dos ocasiones traté de golpearlo con mis caderas, pero ése era exactamente el movimiento al que él en ese momento le tenía un miedo mortal, y no pude atravesar sus inmensos brazos.

«*Muy bien, cambio de planes.*» Di un largo paso atrás, tirando de él hacia delante y abajo. Perdió contacto táctil con mis caderas y agitó los brazos, tratando desesperadamente de alcanzarme. Demasiado tarde. Me dejé caer sobre la espalda debajo de él y me arqueé dando un tirón. Se produjo un instante de resistencia estructural, y pareció que la musculatura de su cuello se había hinchado todavía más. Después oí que se le partía el cuello y su cuerpo aflojaba su peso sobre mí, de repente flácido y sin vida.

Me volví hacia la derecha, y él impactó en el hormigón junto a mí con un golpe seco que pareció un pequeño terremoto. Lo solté y me puse en pie trabajosamente. Estaba tumbado de espaldas, con la cabeza doblada a un lado, agitando los miembros a causa de alguna última y azarosa oleada de señales eléctricas a sus músculos.

Esta vez no perdí el tiempo registrando sus bolsillos. Tenía la sensación de que no encontraría nada más útil que lo que ya tenía, y no quería arriesgarme a que me vieran con el cadáver, o siquiera cerca de él.

Me marché, crucé la plaza y bajé por un paso elevado; mi corazón lanzaba notas graves por mi torso, hasta las manos y los pies. Respiré profundamente por la nariz, tratando de impedir que mi agitación interna aflorara a la superficie, donde sería advertida y llamaría la atención.

Alguien se inclinaba sobre una barandilla más arriba y fumaba un cigarrillo. Cuando me acerqué, me di cuenta de quién era: el tipo que me había estado vigilando en el vestíbulo del Mandarin Oriental, el que me había mirado con los ojos entrecerrados aquella mañana. Estaba mirando más allá de donde yo estaba, quizá tratando de imaginar qué le había sucedido a su colega, que debería haber estado siguiéndome. A medida que me fui acercando, giró la cabeza hacia el frente, como un hombre normal y corriente que se entretuviera en un paso elevado, disfrutando de su cigarrillo, contemplando las vistas, observando el tráfico que subía y bajaba por la calle de cuatro carriles que quedaba a sus pies. Pensando que su mayor problema en ese momento era evitar que lo reconociera.

Equivocándose.

Mantuve la cabeza gacha mientras me acercaba a él, moviéndome distraídamente, ajeno a su existencia. Había estado caminando rápidamente y no hice nada para alterar mi paso. El corazón todavía me martilleaba y sentí un nuevo subidón de adrenalina que estallaba como un trueno.

Cuando estaba aproximadamente a un metro de distancia de él, fuera de su campo visual, di un largo paso adelante, me agaché detrás de él y rodeé con mis brazos sus piernas justo por encima de sus rodillas, a modo de torniquete. Sentí que su cuerpo se ponía rígido, oí que sorbía el aire. En mi visión a cámara lenta, llena de adrenalina, percibí todos los detalles: la altura de la barandilla, marcas de óxido en el metal; chicles ennegrecidos en las baldosas de cemento de las que sus pies iban a separarse fatalmente.

Di un tirón hacia arriba y lo lancé al aire por encima de la baranda. Sacudió los brazos y lanzó un grito mientras caía por los aires, un sonido agudo, atávico, de puro pánico animal, y sentí que un espasmo de terror recorría su cuerpo cuando lo solté. El cigarrillo le cayó de la boca. Sus extremidades se retorcieron enloquecidas, inútilmente, contra el aire que las rodeaba. Y de repente, había desaparecido por debajo de mi campo visual. El grito prosiguió y fue interrumpido un segundo más tarde por un sonido retumbante, grave, diez metros por debajo de donde yo me encontraba. Los

neumáticos chirriaron. Otro golpe sordo. Crujidos. Más neumáticos chirriando. Después silencio.

Proseguí mi camino hacia los grandes almacenes New Yaohan. A medida que la pasarela elevada giraba a la derecha, la escena del accidente se me hizo visible. El tráfico estaba detenido, y un buen número de personas se apiñaban alrededor de algo que estaba en el suelo. Tendrían que hacer las barandas más altas. Son peligrosas.

Dos personas, civiles chinos, se dirigían hacia mí. Mierda. Aparté la mirada y cambié de postura; dejé caer los hombros y adopté un modo de andar más bamboleante, ofreciéndoles un personaje que recordar, un personaje que no era yo. Percibí que me miraban atentamente al pasar. Puede que hubieran visto lo sucedido; en ese caso, lo negarían débilmente y tratarían de encontrar una explicación para lo que sus sentidos habían percibido, algo que los psicólogos llaman «disonancia cognitiva» y «desafío a la realidad».

Pensé brevemente en la posibilidad de volver a la terminal y regresar a Hong Kong. Dos cadáveres, dos testigos potenciales... La policía puede que no estuviera contenta. Pero decidí arriesgarme. Los cadáveres eran de extranjeros y, por lo tanto, era improbable que provocaran una excesiva alarma doméstica. Y Macao no era ajena a los asesinatos mafiosos, que las autoridades trataban de minusvalorar para no perjudicar el lucrativo turismo del juego. Si podían clasificar rápidamente esas muertes como «accidentales» o minimizar las secuelas, lo harían.

Seguí andando. Desde allí podía tomar diversas rutas, y si alguien más me estaba siguiendo, tenía que estar cerca. No vi a nadie. Seguí mirando a mi espalda, hice los movimientos evasivos correspondientes para asegurarme; pero, durante algunos minutos preciosos, estuve razonablemente seguro de que no me estaban siguiendo. Si quedaba alguien a quien pudiera tender una emboscada, lo más probable es que estuviera en el hotel.

Siguiendo con la cabeza gacha y un paso rápido que, con todo, no llamaba la atención, llegué al New Yaohan, bajé de la pasarela a la calle y caminé diez minutos en dirección al Mandarin Oriental. Cuando llegué a la entrada trasera, sonó el teléfono móvil. Miré la pantalla y vi uno de los números que había visto en la lista de llamadas. Mierda, habían caído cinco, pero quedaba alguien, que llamaba para ver cómo andaban las cosas, que quería que lo pusieran al día, o que esperaba instrucciones, o sólo el sonido de una voz conocida en un país desconocido.

Entré. Si tenían a alguien más posicionado, sería allí, el otro lugar en el que podían esperar dar conmigo. Quizá otro tipo árabe, sentado en el

espacioso vestíbulo, llamando por el móvil, esperando que apareciera un amigo.

Utilicé la puerta de atrás al tiempo que rastreaba los lugares comprometidos. Por el momento, todo iba bien.

Crucé la puerta de la cafetería. Como no había visto a nadie en la parte trasera, sabía que no estaban cubriendo las entradas. Eso significaba que el siguiente punto de asfixia serían los ascensores. Y sólo había un lugar en el que se podía esperar sin llamar la atención y vigilar los ascensores: el extremo de la cafetería más cercano al vestíbulo. Cuando entré, ése fue el primer lugar que comprobé.

Delilah estaba sentada allí, vistiendo una falda negra y una blusa de seda de color crema. Tenía un libro y una tetera en la mesa ante sí.

«Hija de puta —pensé—. Tenía razón.» Mi primera reacción, cuando vi por la mañana al árabe que me vigilaba, había sido sospechar de ella. Había intentado convencerme de lo contrario. En ese momento me di cuenta de que debería haber hecho caso a esa reacción. No hay que darle a la gente el beneficio de la duda. No en este trabajo.

Me observaba mientras me acercaba a ella.

—Maldita sea, te he estado esperando todo el día —dijo.

Aquello me dejó de una pieza.

—Ya —dije, mirando alrededor.

—Pues sí. Para decirte que no vayas a tu habitación. Hay alguien allí.

La miré fijamente.

—¿De veras?

Delilah me devolvió la mirada.

—¿No me crees?

De nuevo me sentí inseguro, lo cual me irritó. Normalmente, sé qué debo hacer y lo hago.

—Quizá sí —dije—. Déjame ver tu móvil.

Sus ojos se entrecerraron. Después se encogió de hombros. Buscó en su bolso y sacó un Nokia 8910, el modelo extraplano de titanio.

Abrí el teclado deslizante y la pantalla se iluminó. El proveedor de su servicio de telefonía móvil era Orange, una empresa francesa, y el menú estaba en francés. Miré la lista de llamadas; no había entradas, las había borrado. No me sorprendió. Era inteligente. Apagué el teléfono y volví a encenderlo. Cuando volvió a iluminarse, apareció un número de teléfono en la pantalla. No lo reconocí. No era ninguno de los que había visto en el teléfono que le había cogido al tipo en Sham Shui Po.

Aquello, sin embargo, no demostraba nada. Podía tener otro teléfono. Podía pedirle el bolso, buscar en él. Pero si no encontraba nada, me preguntaría si no habría dejado el otro teléfono en su habitación, o escondido en alguna parte, cualquier cosa. Sabía que ella acostumbraba a pensar varios movimientos por delante.

Le devolví el teléfono.

—¿Quién está en mi habitación?

—No estoy segura. Creo que tiene algo que ver con la razón por la que estás en Macao.

—Si no estás segura...

—Le oí en el vestíbulo del hotel esta mañana. Hablaba en árabe, de modo que supuso que nadie le entendía.

Alcé las cejas.

—¿Hablas árabe?

A modo de respuesta, me dijo algo incomprensible. Me pareció árabe.

—Muy bien —dije—. Dime qué oíste.

—Dijo que te esperaría en tu habitación por si inesperadamente volvías de Hong Kong. No mencionó ningún nombre, pero no sé de nadie más de quien pudiera estar hablando.

Pensé. No es tan difícil introducirse en una habitación de hotel si tienes un poco de imaginación y sabes lo que estás haciendo. Habría sabido que estaba allí dentro antes de entrar, por supuesto. Aquella mañana, mientras Keiko me esperaba en el vestíbulo, había pegado un pelo en la parte posterior de la jamba, como hago siempre que me es posible antes de salir del lugar en el que me hospedo. Colgaba el cartel de No molestar en la puerta para asegurarme de que las limpiadoras no echaban a perder mi montaje. Si el pelo estaba roto cuando regresaba, sabía que alguien había estado en la habitación y que podía seguir allí.

—Entonces, ¿por qué me estás advirtiendo? —pregunté.

Apartó la mirada un largo instante y después volvió a mirarme.

—Creo que tu tapadera ha sido desvelada —dijo—. Olvídate de este trabajo. Vete de Macao.

¿Era una artimaña, una manera de sacarme de en medio? Quizá. Pero si en realidad tenía un cómplice allí, avisarme podría suponer su muerte, lo cual no suelen apreciar demasiado los cómplices. Y si la habitación estaba vacía, lo sabría cuando la registrara, y entonces no habría duda de que todo aquello había sido una artimaña.

—A ti te conviene que yo me largue de aquí —dije—. Así que tendrás que disculparme por dudar de tus motivos.

—No me importa lo que pienses de mis motivos. Podría haberte dejado subir a tu habitación. Y entonces no te largarías, sino que acabarían contigo. Mis intereses se verían cumplidos en ambos casos. Así que haz lo que quieras. Tengo que irme.

Se puso en pie y empezó a caminar hacia los ascensores.

—Espera un momento —dije, caminando a su lado.

Ella me ignoró y después se detuvo ante los ascensores.

—No quiero que me vean contigo —dijo—. Vete.

—Mira —empecé a decir. Oí el timbre que anunciaba la llegada del ascensor, y ambos levantamos la mirada. Las puertas se abrieron.

Otro árabe se dispuso a salir. Nos vio. Me miró a la cara, después a Delilah. Se quedó inmóvil y boquiabierto.

Estaba claro que me había reconocido. También se dio cuenta de que yo estaba con Delilah. Por el modo en que me miró a mí y después a ella, era obvio que estaba estableciendo una conexión entre nosotros.

Empezó a retroceder hacia el interior del ascensor. Alzó la mano hacia los botones.

Sucedió rápidamente. No pensé en ello, no pensé en el riesgo. Me colé en el ascensor y lo empujé contra la pared. Su cabeza golpeó contra el panel de madera y rebotó. Alzó las manos con el impulso del rebote y me cogió. Le devolví el favor al cogerlo por los hombros haciendo tenaza y con un rodillazo en las pelotas. Él se dobló con un fuerte grito. Me deslicé tras él y le pasé el brazo izquierdo por el cuello con un *hadaka-jime*, presionándole la tráquea con el interior del codo y la carótida con los bíceps. Puse la mano izquierda sobre mi bíceps derecho y la mano derecha en la parte de atrás de su cabeza. Apreté con fuerza. Él forcejeó salvajemente durante menos de tres segundos y después quedó flácido. El suministro de sangre al cerebro había quedado interrumpido.

Delilah había entrado en el ascensor con nosotros. Las puertas se estaban cerrando. Debía de haber apretado el botón.

—Cinco —dije—. Dale al cinco.

Delilah obedeció. No obstante, ¿había entrado en el ascensor para ayudar a ese tipo y dudó cuando se dio cuenta de que era imposible? No estaba seguro.

En cuanto las puertas se cerraron, solté al tipo y me lo cargué al hombro. Si alguien nos veía y nosotros hacíamos lo que debíamos, pensaría que sólo

estábamos cargando a un amigo que se había pasado con la bebida. No era un escenario ideal, pero menos problemático que ver cómo alguien arrastraba al tipo por los tobillos con la cara azul y retorcida.

—Es él —dijo ella—. Al que oí en el vestíbulo.

Asentí con la cabeza. Quizá fuera cierto. Quizá se había inquietado al comprobar que nadie le llamaba ni respondía sus llamadas y había decidido moverse.

Segundo piso. Tercero. Cuarto. Ninguna parada.

Las puertas se abrieron en el quinto, nos colocamos en posición y empezamos a enfilear el pasillo. Todo despejado.

Me di cuenta de que las extremidades del tipo se movían en lo que reconocí como una serie de convulsiones miotónicas. A veces sucede cuando alguien abandona la inconsciencia inducida por la interrupción del flujo sanguíneo. Lo había visto muchas veces al practicar *judo* en el Kodokan y reconocí las señales. Se estaba despertando. «*Mierda.*»

Me eché hacia delante y lo dejé caer al suelo. Ahora estaba agitando los brazos y las piernas y empezaba a parpadear.

Me quedé tras él y lo senté. Después me incliné sobre su costado izquierdo hasta que quedamos prácticamente pecho contra pecho, pasé el brazo derecho alrededor de su cuello de adelante hacia atrás, me cogí la muñeca derecha con la otra mano y arqueé hacia arriba y hacia atrás. Sus brazos se alzaron, después sufrieron un espasmo y cayeron a los lados al tiempo que su vértebra cervical se separaba y su cuello se rompía.

Lo cogí por las solapas de su chaqueta y me coloqué delante de él. Alzando y tirando de las solapas, me puse de rodillas, metí la cabeza bajo su axila y después me puse en pie, abrazándolo poco a poco hasta que lo tuve postrado sobre el hombro. Me metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué la llave de mi habitación.

—Toma —dije, dándosela a Delilah—. Quinientos cuatro. Abre la puerta.

Ella la cogió suavemente y se puso a andar por el pasillo.

Seguí con ella. Quería ver si el cabello había sido manipulado. La detuve ante la puerta y miré con atención.

El pelo estaba roto. Lo cual no demostraba nada más que lo que había probado su teléfono móvil; en cualquier caso, no demostraba que ella hubiera mentido acerca de la presencia de alguien en mi habitación.

Lo siguiente que pensé, por supuesto, fue en una bomba. El tipo entra, la coloca y se larga. Sin temporizador, porque no sabían cuándo iba a regresar.

Estaría instalada en la puerta, en un cajón, o algo así. Una última precaución por si la emboscada en Hong Kong fallaba.

Delilah debía de estar pensando lo mismo. O quizá estaba haciendo una buena interpretación. Pasaba los dedos suavemente por la jamba, siguiéndolos atentamente con la mirada. No creí que el dispositivo, si lo había, estuviera instalado en la puerta. Primero, necesitas cierta sofisticación para activarlo: interruptores de mercurio, interruptores de vibración, una manera de controlar electrónicamente el dispositivo después. Los medios más sencillos requieren pasar un cierto tiempo ante la puerta, donde el técnico puede ser visto. En todo caso, la opción de la puerta ofrecía menos tiempo y privacidad que muchas otras posibilidades en el interior.

Sin embargo, valía la pena asegurarse. Colocar un dispositivo en la puerta normalmente dejaba ciertas evidencias en la jamba, donde el colocador de la bomba habría tenido que instalar algo que cerrara un circuito cuando la puerta se abriera.

Delilah se detuvo, aparentemente satisfecha, y metió la llave en la cerradura. Abrió la puerta lo suficiente para entrar; no más, por ejemplo, de lo que lo hubiera hecho para salir alguien que hubiera pegado tras la puerta un interruptor de mercurio. Se detuvo un momento y después la abrió más. Entramos e inspeccionamos en busca de cables trampa.

La puerta se cerró tras nosotros. Dejé el cadáver junto a ella, y ambos examinamos rápidamente la habitación. Interruptores de mercurio, interruptores de presión, interruptores de célula fotoeléctrica... Hay muchas formas de hacer una emboscada en una habitación. Lo principal es buscar algo inusual, algo fuera de lugar. Inspeccionamos la silla del escritorio, los cantos de todos los cajones, las puertas del armario, el minibar, debajo de la cama, las cortinas, el televisor. Ninguno de los dos hablamos. El registro duró unos diez minutos.

Me detuve un instante. Ella estaba inclinada hacia delante, dándome la espalda, pasando los dedos por la mesilla de noche. La falda negra se le había subido culo arriba, y el blanco de sus muslos contrastaba deliciosamente.

Se puso en pie y me miró. Tenía la frente cubierta de una delgada película de sudor. La seda de su blusa brillaba y se pegaba en los lugares adecuados.

—Esto ha estado demasiado cerca —dijo, y negó con la cabeza—. Esto tiene que acabar.

Asentí mirándola. No supe si los latidos que sentía en el pecho eran provocados por el cansancio de matar, levantar y cargar al ascensorista, o por otra cosa. Mi percepción de su figura, de su piel, me hizo pensar que se

trataba en realidad de la segunda opción. La excitación sexual es una reacción habitual de la psique poscombate: Eros imponiéndose a Thanatos. Si no cambiaba pronto de forma de vida, puede que no viviera demasiado. Pero en ese caso no tendría que preocuparme por el Viagra.

—Nadie nos ha visto —dije, caminando en dirección contraria a la deseada por mi cuerpo y la parte reptil de mi cerebro, concentrándome en la situación—. Y no hay cámaras en los ascensores ni en los pasillos.

—Ya lo sé —dijo.

—Muy bien. Dime todo lo que sepas de esto.

—Nada más que lo que ya te he contado. —Inclinó la cabeza hacia la figura espatarrada en el suelo junto a la puerta—. Saudí. Lo he sabido por su acento.

—¿Dominas tanto el árabe como para reconocer acentos regionales?

Negó con la cabeza.

—Podemos hablar de eso en otro momento. Lo único de lo que tenemos que hablar ahora es de cómo sacarte de Macao. Estoy harta de que andes por aquí jodiendo mi operación.

Sentí que la sangre me abandonaba el rostro.

—¿Yo te estoy jodiendo la operación? —dije en voz baja—. No me costaría nada...

—Casi me ha visto contigo alguien —dijo con las manos en las caderas y los ojos cálidos e iracundos— que, hasta que me convenzan de lo contrario, diría que trabaja para Belghazi. ¿Entiendes lo que me sucederá si acaba sospechando de mí?

—Mira, no te pedí que...

—Sí, tienes razón, debería haber dejado que te metieras en la emboscada que te había preparado este tipo. Sí, debería haberlo hecho. Ahora estarías muerto, y eso es lo que necesito.

—Entonces, ¿por qué? —dije, pensando que quizá tendría más suerte a la hora de acabar las frases si éstas eran más cortas.

Ella me miró y permaneció en silencio.

—¿Por qué me has avisado?

Se le abrieron los orificios nasales y se sonrojó.

—No es cosa tuya por qué hago algo o dejo de hacerlo. He cometido un error, ¿de acuerdo? ¡Debería haberme quedado al margen! ¡Si pudiera volver atrás, te juro que es lo que haría!

Se detuvo, probablemente al darse cuenta de que estaba alzando la voz.

—Quiero que te vayas de Macao —dijo más tranquila.

Por un momento, me pregunté si su arrebató había sido fruto de la frustración de que no hubiese funcionado lo que se había ingeniado para deshacerse de mí.

—Sé cómo te sientes —dije—. Porque yo quiero lo mismo que tú.

Negó con la cabeza una vez, rápidamente, e hizo una mueca, como si lo que yo estaba diciendo fuera ridículo.

—Ambos comprendemos la situación. Ya lo hemos discutido. Pero si nuestras posiciones eran simétricas en el pasado, ahora no lo son. Va a por ti. Incluso en caso de que yo me marchara, y no voy a hacerlo, no puedes acabar lo que viniste a hacer.

—Eso no lo sé.

—Dios mío, ¿qué más pruebas necesitas?

Me detuve por un momento y pensé. Por supuesto, probablemente tenía razón. Pero todavía no había oído nada de boca de Kanezaki. Puede que descubriera algo gracias a él, y quizá también por medio de ella si lograba encontrar el modo de hacerla hablar.

Quería que me largara. Tanto, que lo sucedido en el ascensor podía haber sido un intento fallido de hacer que sucediera. Por otro lado, hacía un instante eso había hecho que perdiera parte de su considerable autocontrol.

Lo cual abrió una puerta a la negociación. Decidí intentarlo.

—Veámonos luego —dije—. Voy a comprobar unas cuantas cosas, y después intercambiaremos información. Si en ese momento me convences de que no tengo ninguna posibilidad de terminar mi misión satisfactoriamente, me largaré.

—No voy a verme contigo otra vez. Es demasiado peligroso.

—No si lo hacemos bien.

Se produjo una pausa, y después dijo:

—Cuéntame lo que tienes en mente.

—¿Dónde está Belghazi ahora?

—Ha salido de Macao.

—¿Dónde ha ido?

—Tiene reuniones en la región. En teoría, no lo sé.

No saber algo en teoría y no saberlo son cosas bien distintas. Tenía miedo de que, si me lo decía, pudiera estar tentado a seguirlo. No era una preocupación irracional.

—¿Cuándo volverá? —pregunté.

—No estaba seguro. Un día, quizá dos.

—Muy bien. Ve a Hong Kong. Esta noche. Hay muchos blancos y es más grande que este lugar. Te será más fácil mezclarte con la gente. Si te pregunta, dile que Macao ha empezado a parecerle pequeño, que te has aburrido, que querías ir de compras y ver el paisaje.

Se produjo una larga pausa. Después dijo:

—¿Dónde te encontraré?

—Todavía no lo he decidido. Dame tu número de móvil y te llamaré desde una cabina. A las diez, esta noche. Entonces te diré dónde.

Ella me miró un instante y después asintió. Cogí un lápiz y un trozo de papel que había junto al teléfono y anoté el número que me dio, en código, como siempre, para que no se viera comprometida si yo era hallado con el papel.

Se encaminó hacia la puerta y vi que miraba de soslayo el cadáver al pasar sobre él. Observó por la mirilla, abrió la puerta una rendija, miró por ella y salió al pasillo. La puerta se cerró en silencio tras ella.

Ahora debía andarme con cuidado. Sabía que sólo había dos posibles razones por las que había aceptado reunirse conmigo. La primera: porque tenía miedo de que, si no lo hacía, yo fuera a por Belghazi de nuevo y le jodiera la operación. En ese sentido, la estaba coaccionando, y era consciente de que la coacción es una forma peligrosa de ganarse la cooperación de otra persona.

La segunda: ella quería volver a coaccionarme.

Me di cuenta de que ni siquiera me había preguntado qué iba a hacer con el tipo muerto. Decidí tomármelo como un halago: ella sabía que me las arreglaría y no se había sentido obligada a preguntarme cómo.

Al final, hacer desaparecer al ascensorista como era debido me tomó toda la tarde. Podría haberle dejado en la habitación, pero en ese caso habría neutralizado todos mis esfuerzos para borrar toda relación entre los otros árabes muertos y yo. Hum, diría la policía, ¿tres saudís muertos en Hong Kong, otros dos cerca de la terminal del transbordador de Macao, y ahora éste en una habitación de hotel? Tirarlo por una de las escaleras del Oriental habría sido un poco mejor, pero haría que la policía se centrara en el hotel en el que me hospedaba. Y no quería llamar la atención. Sí, me había registrado con un seudónimo y podría haber desaparecido con la seguridad de que éste borraría la conexión existente entre el autor y los crímenes, pero decidí que el riesgo de esperar tanto del seudónimo era mayor que el riesgo de hacer desaparecer el cadáver y evitar todo peligro.

Por supuesto, la opción «*hacer desaparecer el cadáver*» implicaba un poco más que salir a tirar la basura. Tendría que comprar el equipaje adecuado; en este caso, una maleta guardarropa Tumi de metro y medio — apodada «*El Goliat de las maletas*»—, plástico para evitar la contaminación del interior de la bolsa durante el transporte y varias toallas para evitar el goteo. Por lo que respectaba al contenido en sí, baste decir que el ascensorista, pese a no ser un hombre especialmente corpulento, no era tampoco como un par de americanas, y tendría que hacer algunos desagradables ajustes para que adoptara la forma deseable. El Goliat era tan bueno como decían los anuncios, y pude sacarlo a él y a su inusualmente pesada carga del hotel rechazando las ofertas de ayuda de dos botones. En un paso elevado, a un kilómetro más o menos del hotel, me agaché bajo un pilar y descargué el contenido del Goliat, después seguí mi camino, arrastrando la maleta a mi espalda con un esfuerzo considerablemente inferior que antes. La dejé lejos del cadáver y del hotel, en el otro lado del paso elevado, donde sabía que alguien la «robaría» rápidamente, maravillándose de su buena suerte al encontrar esa maleta carísima y de calidad, y no le hablaría a nadie de las circunstancias en las que la había encontrado.

De vuelta en la habitación, me di una ducha extraordinariamente larga y caliente. Me cambié, recogí mis cosas y me dirigí hacia el vestíbulo. En recepción, les dije que había cambiado de planes repentinamente y que tenía que irme antes de lo anunciado. Me dijeron que, con todo, tendría que abonar aquella noche. Les dije que, por supuesto, comprendía sus normas.

Cogí un taxi hasta la terminal del transbordador. No vi barricadas policiales, técnicos en busca de pruebas u otras evidencias de interés oficial en lo que había sucedido allí un poco antes. Más bien al contrario, en realidad: parecía que las cosas se habían limpiado rápidamente y se había regresado a la normalidad. Había estado en lo cierto por lo que respectaba a las prioridades del imperio de la ley en Macao.

Fui al mostrador de Turbojet para comprar un billete. El empleado me informó de que para el siguiente transbordador sólo quedaban billetes de primera clase. Le dije que la primera clase sería maravillosa.

Una vez a bordo, me instalé en mi asiento de primera clase y observé las luces de Macao desvanecerse en la distancia. Sentí que empezaba a relajarme.

Sí, había problemas. Se había producido una brecha en la seguridad de la que dependía para llevar a cabo mi trabajo y después salir con vida. Y, a pesar de que las evidencias eran por el momento solamente circunstanciales, parecía

que Belghazi iba a por mí, lo cual haría infinitamente más difícil acercarme a él y acabar lo que había empezado.

Había salido bien del encuentro del ascensor por los pelos. Pero todo se había resuelto. Quizá fuera un augurio. Nada como un poco de suerte para sentir un maravilloso bienestar. Eso, y haber matado a alguien que trataba de hacer lo mismo contigo.

Sonreí. Quizá escribiera un libro de autoayuda y viviera de los derechos de autor.

Ya me preocuparía por los problemas más tarde. No había nada que yo pudiera hacer para resolverlos en aquel transbordador. Mi relajación aumentó e incluso me permití echar una cabezadita durante el viaje. Me desperté revitalizado. El perfil de Hong Kong ya se alzaba ante mí, con sus orgullosas torres eclipsando las silueteadas colinas que había tras ellas, densos cristales de luz que parecían haber emergido de la tierra para abrazar el cielo y dominar el puerto.

La Ciudad de la Vida, decía el consorcio turístico local. Me parecía una descripción ajustada. Al menos por el momento.

## *SEGUNDA PARTE*

Este mundo...  
¿a qué podría compararlo?  
A los campos de otoño,  
débilmente iluminados en la oscuridad,  
por los rayos.

MINAMOTO-NO-SHITAGO  
(noble, erudito y poeta)

## Capítulo 6

Llamé al Hong Kong Península desde una cabina y reservé una habitación de lujo con vistas al puerto. Me gusta el Península porque ocupa una manzana entera de la ciudad en el distrito Tsim Sha Tsui de Kowloon, tiene cinco entradas distintas, muchos ascensores, e incontables escaleras interiores. No es un lugar en el que se pueda preparar una emboscada fácilmente.

Además, es uno de los mejores hoteles de Hong Kong. Y, qué diablos, había sido un día muy duro. Un poco de lujo junto a la acostumbrada dosis de seguridad no estaba de más.

Imaginé lo que habría dicho Harry: «¿Tratas de impresionarla?».

«No. Es sólo por seguridad», habría dicho yo.

Me conocía lo suficiente para no habérselo creído. Eso me hizo echarlo de menos, y por un momento me sentí triste.

Llegué al hotel tras dar una serie de rodeos y me registré. Pagué la habitación con una tarjeta de crédito a nombre de Toshio Okabe, una identidad que utilizaba de vez en cuando en transacciones como aquella. Un portero me acompañó a la habitación 2311, que estaba en el lado sur de la nueva torre y, como me habían prometido, tenía una impresionante vista del puerto de Hong Kong.

Me afeité en la ducha y después me quedé veinte minutos en la inmensa bañera. Desde mi salida de Tokio dos años antes, me había visto obligado a hospedarme en hoteles más anónimos y modestos para protegerme, y maldita sea, la habitación de lujo con vistas al puerto en el Península era todo un resarcimiento.

Me puse unos pantalones de gabardina color carbón, un bonito jersey de cuello alto de algodón del mismo color, un par de zapatos marrón oscuro de gamuza y un cinturón a juego. Después me pasé media hora volviéndome a familiarizar con la estructura del hotel: la ubicación de las escaleras interiores y a cuáles se tenía acceso sin la llave del personal, las posiciones de numerosas cámaras de seguridad, los movimientos del personal de seguridad. Cuando hube decidido cómo me encontraría con Delilah, sin por ello poner en entredicho mi seguridad, salí.

Me detuve en un cibercafé. Había un mensaje de Kanazaki esperándome en el tablón de anuncios. Seis tipos que se ajustaban a la descripción de los que yo había eliminado habían salido de Riyad hacia Hong Kong dos días antes. Además, la embajada saudí en Hong Kong estaba implicada en la investigación de sus recientes muertes en Hong Kong y Macao. Y Delilah había mencionado que el tipo al que había oído tenía acento saudí. Al parecer, me había dicho la verdad, al menos por lo que a eso respectaba. Parecía que mis viejos amigos eran efectivamente saudíes. Una conexión con Belghazi, que era medio argelino y hablaba árabe, parecía probable dadas las circunstancias. Lo que yo no sabía era por qué, ni cómo.

La última parte del mensaje decía: «*Comprobando los números de teléfono y la mujer. Nada todavía. Estaré en contacto*».

Escribí: «*Sigue la conexión saudí de nuestro amigo. Monitorea el tráfico aéreo de Riyad a Hong Kong en busca de equipos similares*». No era probable que hubieran podido organizar otra unidad tan rápido, pero estar preparado no haría ningún mal.

Subí el mensaje, me desconecté y me marché.

Pensé en Delilah. Europea, había pensado, aunque no había sido capaz de ubicar su ligero acento. Había dado por hecho, a falta de más información, que era francesa. En parte era su aspecto, su forma de vestir, sus modales. En parte era su relación con Belghazi, que, cuando no viajaba, se decía que vivía en París. Incluso su dominio del árabe podía encajar en esa teoría: Francia tiene una importante población argelina, y hay una larga y violenta historia entre ambos países. Los servicios de inteligencia franceses, domésticos e internacionales, deben de tener programas bien financiados en árabe. Delilah podía ser uno de los graduados.

Pero había otra posibilidad, por supuesto, una posibilidad que cada vez me parecía más probable. Decidí buscar el modo de comprobarlo.

Compré un teléfono con tarjeta prepago en una tienda de aparatos electrónicos para utilizarlo más tarde. Me lo metí en el bolsillo y llamé a Delilah desde una cabina.

—El Península —le dije—. Habitación quinientos cuarenta y cinco.

No estaba dispuesto a decirle el número de habitación real, ni siquiera el piso de verdad; no con todas las razones que tenía para verme muerto. Haríamos aquello con cuidado.

—Treinta minutos —dijo, y colgó.

Cerca de la cabina había una tienda de licores. Entré. Encontré una botella de Laphroaig por dos mil quinientos dólares hongkonguenses, unos

trescientos dólares norteamericanos. Un robo. Pero qué diablos. Me paré en una tienda de discos HMV y compré unos cuantos CDs: Lynne Arríale, *Live at Montreux*; Eva Cassidy, *Live at Blues Alley*; Bill Evans Trio, *Sunday at the Village Vanguard*. Lo más parecido a estar allí.

Regresé a mi habitación en el Península y cogí dos vasos y cubitos de hielo del minibar. Los dejé en la mesilla de café con el Laphroaig y una botella de agua mineral. Metí los CDs en el reproductor de varios discos y pulsé «aleatoria» y «repetir». Un instante después, la música empezó a salir por un par de altavoces situados a ambos lados del televisor. Me detuve un instante y escuché a Eva Cassidy interpretando «*Autumn Leaves*». La letra y la melodía resultaban más conmovedoras si cabe debido a la reciente muerte de la cantante. Las melancólicas notas de la canción parecían aclarar, y de alguna manera enmarcar, mis sentimientos por Delilah: en parte, agradable impaciencia por verla de nuevo; en parte, terrible preocupación por su posible papel en lo que me había sucedido recientemente en Hong Kong y Macao.

Utilicé el teléfono de la habitación para llamar al teléfono prepago que acababa de comprar, cogí la llamada y me fui dejando la puerta cerrada tras de mí. Conecté el auricular al teléfono móvil y escuché. La música era remota pero audible. Mientras pudiera oírla en el trasfondo, sabría que la conexión era buena.

Bajé por las escaleras hasta la quinta planta. La habitación 544 estaba al final del pasillo, con la entrada a una escalera interior enfrente, a unos tres metros de distancia. Esperé en el interior de las puertas que daban a la escalera, desde donde podía ver la habitación a través de un panel de cristal. Si alguien hubiera logrado oír mi llamada a Delilah, lo cual era improbable, o si ella había decidido informar a su gente de dónde me hospedaba, lo que me pareció menos improbable, los vería acercarse desde allí. Si trataban de utilizar la escalera como había hecho yo, les oiría. Y si, por alguna razón que a mí se me había pasado completamente por alto, alguien intentaba entrar en mi habitación mientras yo estaba fuera, lo sabría gracias al teléfono móvil. Posibilidades. Siempre posibilidades.

Delilah llegó quince minutos después. Al pasar junto a mi posición, comprobé la dirección de la que procedía para asegurarme de que estaba sola. Cuando vi que así era, abrí la puerta y dije:

—Delilah. Por aquí.

Ella se volvió y me miró. No pareció especialmente sorprendida, y a mí eso tampoco me sorprendió. Conocía mis costumbres y no debía contar con que yo la esperara en el lugar de encuentro a la hora del encuentro.

Sostuve la puerta abierta mientras ella pasaba junto a mí. El detector de Harry estaba en mi bolsillo, durmiendo en paz, con la batería llena tras la carga realizada hacía unos días. No llevaba micrófonos.

La llevé por varias escaleras y pasillos anteriores a la habitación, escuchando por el auricular mientras tanto. Lo único que oí en mi habitación fueron las quedas notas de Lynne Arríale y los demás. Ninguno de los dos habló durante el trayecto. No encontramos sorpresas.

Abrí la puerta de la habitación y entramos.

—Disculpa por el procedimiento —dije, quitándome el auricular. Apagué el teléfono móvil y lo dejé junto a la puerta.

La disculpa era protocolaria, al igual que el encogimiento de hombros que ella me ofreció a cambio. Cerré la puerta con el seguro.

Sintiéndome a salvo por el momento, me fijé en algunos detalles. Ella llevaba un vestido azul, algo con una textura peculiar, quizá seda salvaje. Le llegaba justo por encima de las rodillas, con mangas tres cuartos, un escote hasta los hombros y una profunda V en la espalda y el pecho. Llevaba zapatos de tacón de aguja de piel con la puntera afilada. Llevaba un bolso a juego con los zapatos y un reloj Cartier de oro con una correa también de oro en la muñeca izquierda. Era un reloj de hombre, grande y pesado, y su incongruente peso servía para realzar su feminidad. Llevaba el pelo recogido de un modo que acentuaba su perfil. En términos generales, su aspecto era controlado y esbelto, sofisticado y sexi. Nada de todo eso, especialmente los zapatos, le sería muy útil para huir, si es que de eso se trataba, así que me di cuenta de que debía de haberlo elegido por algún otro imperativo de la operación. Hay muchas clases distintas de armas en el mundo, y me recordé que cuando esa mujer se vestía para trabajar, iba de cualquier cosa menos desarmada.

Buscó en su bolso y sacó el teléfono móvil para demostrarme que estaba apagado y no conectado con alguien que pudiera escucharnos. Después abrió el bolso para que viera que no había nada que pudiera ser problemático. Asentí para mostrar mi satisfacción.

Alzó los brazos a los lados y me miró. Sonrió de ese modo malicioso y subversivo tan habitual en ella: bromeando, pero también divertida, e invitando al destinatario de la sonrisa a unirse a su diversión.

—¿No vas a registrarme?

No me pareció que fuera necesario. Y sin duda, no sería sensato. Si ponía mis manos en su cuerpo, mi reacción previa, cuando la había visto inclinada

sobre la mesilla de mi habitación del hotel en Macao, parecería tímida y retraída en comparación. Ella lo sabía, y me estaba mostrando que lo sabía.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —dije, consciente de que mi corazón había empezado a dar saltos ante la perspectiva—. Nos tenemos mutua confianza, ¿verdad?

Ella bajó los brazos y dejó que su sonrisa se prolongara un momento, quizá reconociendo que había respondido a su sugerencia del mejor modo posible dadas las circunstancias.

—¿Quieres que me quite los zapatos?

—¿Por qué? —pregunté, pensando en ese idiota que llevaba una bomba escondida en el zapato y que pretendía volar un vuelo procedente de París.

Delilah se encogió de hombros.

—¿No es la costumbre en Japón?

Qué simpática. Una forma de confirmar un detalle biográfico, o de incrementar o disminuir las probabilidades de que el tipo sobre el que su gente había leído en *Forbes* fuera yo. Iba a tener que ser más lista.

—Creo que lo hacen en las casas, pero no tanto en los hoteles —dije—. Como prefieras.

Se inclinó, alzó la pierna derecha por detrás y se soltó una hebilla en la parte posterior del tobillo. No tuvo necesidad de apoyarse en la pared para realizar esa maniobra. Tenía buen equilibrio. Pero ya había visto eso, en la *suite* de Belghazi, cuando había estado a punto de derribarme con un codazo.

Repitió el procedimiento con el otro zapato. En la media luz a la que estábamos junto a la puerta, tuve una seductora visión de su piel y sus curvas cuando el vestido se deslizó momentáneamente sobre su cuerpo. La visión no fue accidental, lo sabía, pero sí innegablemente agradable.

Me quité los zapatos y la seguí a la sala. Había dejado las luces bajas para que su reflejo contra el ventanal de cristal, que iba del suelo al techo, no oscureciera la vista del puerto y las luces del perfil de Hong Kong más allá, pero de todos modos la vi tomando nota de los detalles de la habitación antes de ponerse a mirar el panorama. No pude evitar sonreír. Un civil nunca se hubiera detenido antes de contemplar aquel espectacular escenario.

Miró de soslayo la mesilla de café.

—¿Laphroaig? —preguntó.

—El de treinta años —dije, asintiendo—. ¿Lo conoces?

Ella también asintió.

—Es mi preferido. Me gusta incluso más que el de cuarenta. Ese final como de jerez... Es maravilloso.

«No está mal», pensé. Me pregunté de qué más sabría. Era evidentemente buena con los idiomas, la ropa, el espionaje. Y ahora el *whisky*. ¿La comida? ¿El vino? ¿La poesía? ¿Las técnicas sexuales tántricas? Preferí no especular demasiado con la última posibilidad.

—¿Puedo servirte un vaso?

—Me encantaría. Con una gota de agua.

Nos serví una buena medida en los vasos de cristal y añadí un poco de agua en el suyo, como me había pedido. Le di el vaso y alcé el mío.

—*L'Chain* —dije, sonriendo y mirándola a los ojos.

Delilah se detuvo y me miró.

Sonreí inocentemente.

—«*Por la vida.*» ¿No es eso lo tradicional en Israel?

Por un segundo, pareció enfadada, y después sonrió.

—*Kanpai* —dijo, y ambos reímos.

Una buena respuesta. Pero la pausa y la momentánea reacción que la siguió parecieron reveladoras.

Nos sentamos a la mesita de café. Delilah se sentó en el sofá con la espalda hacia el muro, con el lado derecho junto a la ventana. Yo me senté en el sillón que estaba junto al sofá. Tenía la espalda contra el ventanal, así que no podía disfrutar de las vistas. Pero de todos modos prefería mirarla a ella.

Bebimos un instante en silencio. Ella tenía razón, el de treinta años, acabado en barricas de jerez, mezcla la acidez del mar con la dulzura del jerez como ningún otro *whisky*, ofreciendo una nariz y un paladar sin igual ni siquiera entre los notables embotellados de Laphroaig.

Al cabo de un minuto o dos, Delilah preguntó:

—¿Qué sabes de mí?

—No mucho. Especulaciones, sobre todo. Probablemente lo mismo que tú sabes de mí.

—¿Crees que soy israelí?

—¿No lo eres?

Sonrió. La sonrisa decía: «*Venga ya. Puedes hacerlo mucho mejor.*».

Me encogí de hombros.

—Sí, tienes razón. Mujer guapa que habla árabe, sabe cuidarse a sí misma y además está tratando de jugársela a un tipo que apoya a varios grupos fundamentalistas islámicos... No sé en qué estaba pensando.

—¿En serio que es eso lo que estás pensando?

—¿Qué podría ser si no?

Bebió un trago de Laphroaig y se detuvo como si se parara a pensar. Después dijo:

—Nadie trabaja completamente en solitario. Aunque sólo sea la gente que te paga, siempre hay alguien que puede proveerte de información. Si compartes tus teorías acerca de quién soy con quienquiera que sea el tipo para el que trabajas, podría ponerme en peligro.

No había pensado en eso. Tiendo a concentrarme únicamente en si una acción dada puede ponerme en peligro a mí. Egoísta, supongo. Pero gracias a eso estoy vivo.

—Ambos somos profesionales —prosiguió—. Hacemos lo que tenemos que hacer. Si necesitas información, la buscas. Pero lo que descubras puede servirte de poco. Y costarme mucho a mí.

—Entonces, ¿por qué no eres sincera conmigo? —dije—. Dime lo que necesito saber.

—¿Qué más necesitas? —preguntó, mirándome—. Ya hemos descubierto demasiado del otro por accidente. Comprendemos los objetivos del otro, y comprendemos en qué situación nos encontramos. Cuanto más insistas, más comprometes mi capacidad para llevar a cabo mi misión. Y más peligrosa la haces para mí personalmente. La gente para la que trabajo se dará cuenta de esto. En algún momento decidirán ignorarme cuando les diga que no te eliminen.

Dejé mi vaso y me puse en pie.

—Delilah —dije, con la voz una octava más baja, como siempre que me encuentro a escasos segundos de tener que pasar a la acción—, estamos aquí para tratar de encontrar un modo de coexistir. No me hagas llegar a la conclusión de que eres una amenaza.

—¿O qué? —dijo, alzando la mirada hacia mí.

No respondí. Ella dejó su vaso, se puso en pie y me encaró.

—¿Me romperás el cuello? La mayoría de hombres no podrían... No soy tan delicada, ya lo sabes, pero sé que tú podrías.

Dio un paso hacia mí. Sentí un subidón de adrenalina y no pude ponerlo donde era necesario. Hacía un segundo había reaccionado reflexivamente, como siempre cuando de repente algo se revela peligroso, pero ahora... No estaba seguro. Mi respiración quería acelerarse y la controlé, porque no quería que ella lo viera.

—Quizá soy una amenaza para ti —dijo, con la voz tranquila—. Pero no porque así lo quiera yo, sino por la situación. ¿Y? Eres un profesional. Haz lo que tengas que hacer. Elimina la amenaza.

Se acercó un paso más, suficiente para que pudiera olería, sentir algo que salía de su cuerpo, calor o algo eléctrico. Sentí otra inyección de adrenalina que se expandía por mi pecho y mi estómago.

—¿No? —preguntó Delilah, mirándome a los ojos—. ¿Por qué? Ya sabes cómo. Aquí. —Me cogió las manos y se las puso en el cuello. Tenía la piel cálida y fina. Sentía su pulso contra mis dedos. Latía con una fuerza sorprendente. La oí respirar por la nariz.

No había querido marcarme un farol, pero lo había hecho. Ahora ella llevaba la iniciativa. «*Mierda.*»

Pero no estaba completamente segura de sí misma. Tenía el pulso rápido, y oí el ruido de su respiración.

Y de la mía, según me percaté. Busqué algún modo de recuperar la iniciativa, de hacerme con el control de la situación. Pero mirando esos ojos azules, esa cara enmarcada por mis manos que rodeaban su cuello, su expresión temerosa y desafiante a la vez, me estaba costando.

Ella bajó los brazos e inclinó la barbilla un poco, una postura extremadamente sumisa y, sin embargo, también burlona, insolente. Bajé la mirada a los huecos en sombras de sus clavículas, de un lado, después del otro, y casi me venció la idea de lo fácil que sería pasar las manos por sus hombros, coger el vestido de camino y deslizarle la ropa y el sujetador hasta las muñecas y el vientre con un suave movimiento, dejando al aire sus pechos, su piel, su cuerpo.

Estaba allí si lo quería. Lo sabía, y sabía que así estaba planeado, que nuestros movimientos estaban coreografiados de acuerdo con sus designios, que ella me ofrecería lo que quería como un amable vecino que ofrece leche a un gatito muerto de hambre, quizá acariciando al pequeño animal en la cabeza mientras éste se bebe a lametazos los restos.

De repente, me enfadé. El felino imaginario ayudó. Le quité las manos del cuello y, cuidadosamente, me alejé de ella. Tenía la boca seca. Cogí mi Laphroaig. Di un trago. Me senté con tanta indiferencia como pude.

—Tenía razón contigo —dije, dejándola allí de pie—. No puedes evitarlo. Es lo único que tienes.

Sus ojos se entrecerraron un poco, y supe que tenía razón. Había competido contra tipos igual en el *judo*. Tenían un excelente movimiento, una técnica que siempre les funcionaba; pero si lograbas superarla, si sobrevivías a ella, entonces ellos estaban condenados y no podían recuperarse.

—¿Cómo es? —proseguí, sintiéndome más al mando ahora—. ¿Puedes siquiera hablar con un hombre sin intentar que tenga una erección? ¿Qué vas

a hacer dentro de unos años, cuando tus feromonas empiecen a secarse? Porque no hay nada más para ti. Quizá lo hubo, hace mucho tiempo, pero ahora no te queda nada.

Sus ojos se entrecerraron todavía más, y sus orejas se tensaron en una salvaje actitud airada. «Bien —pensé—. Es lo que necesitaba.»

—¿Vas a sentarte? —pregunté, y señalé el sofá—. No voy a follar contigo. Y no voy a matarte. No aquí, ni ahora. Me he pasado toda la tarde para deshacerme del tipo del ascensor y no voy a repetir todo eso esta noche.

Delilah sonrió de un modo que me hizo preguntarme si se acababa de imaginar a sí misma matándome, e inclinó la cabeza como para decir que sí. «Perfecto. *Touché*.»

Volvió al sofá y se terminó lo que quedaba en su vaso. Cogí la botella para servirle otra copa. Delilah levantó el vaso, y yo me di cuenta de que le temblaban las manos. Supe que también ella lo veía.

—¿Por qué no empezamos de cero? —le ofrecí.

Sonrió y le dio un trago a lo que le había servido.

—Creo que estás siendo generoso —dijo.

—Estoy siendo honesto.

Volvió a sonreír, esta vez con un poco más de brillo.

—Eres bueno, ¿lo sabes? Excepcional.

—Sí, tú también.

Dio otro trago y me miró.

—Habría sido interesante ver qué hubiera sucedido si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

—¿Quieres que sea más interesante de lo que ya es? —pregunté. Ambos nos reímos, y la tensión desapareció.

Después nos quedamos en silencio un rato, quizá recuperando la compostura, ajustándonos a la nueva dinámica. Decidí intentar mantener las cosas cómodas un rato, creyendo que sería útil hacer que se sintiera bien después de una brusca conversación. Yo era concierne de que sólo quería que la conversación fuera amable, que no quería discutir con ella y sin duda no quería pelear, y me pregunté por un momento de dónde procedía mi decisión.

—Casi me tumbaste en la *suite* de Belghazi —dije.

Se encogió de hombros.

—Tenía el factor sorpresa de mi lado. No creo que esperaras demasiado de una mujer desnuda.

—Quizá no. Pero usaste lo que tenías a tu disposición, y lo usaste bien. ¿Quién te entrenó?

La pregunta era directa, y supe que ella no lo tomaría como otro intento de sonsacarle información reveladora.

Me miró un largo rato y dijo:

—El Krav Maga.

Krav Maga es el sistema de autodefensa desarrollado por las Fuerzas de Defensa israelíes. En esta época se enseña en todo el mundo, así que el dominio del sistema no significa que quien lo utiliza sea israelí. Pero Delilah ya sabía que yo sospechaba cuál era su nacionalidad y su filiación. En este contexto, su conocimiento también servía como una tácita admisión.

Me pregunté cómo seguir adelante por la pequeña abertura que ella parecía haber creado deliberadamente. Dije:

—Me gusta el Krav Maga. Es práctico.

—Todo depende de cómo te lo enseñen —dijo, asintiendo—. Y de cómo entrenes. La mayoría de artes marciales se enseñan como religiones. Se basan en la fe, no en los hechos.

Sonreí.

—La gente necesita creer en algo, aunque tenga que inventárselo.

Ella volvió a asentir.

—Aunque sea mentira. Pero nosotros no podemos permitirnos ese lujo. Nosotros necesitamos algo que funcione.

«Nosotros.» Estaba dispuesta a decirme algo.

«Pero no insistas. Que vaya a su propio ritmo.»

—¿Cómo te lo enseñaron a ti? —pregunté.

—Te lo puedes imaginar. Mucho condicionamiento basado en distintos escenarios. Mucho contacto. Me rompí la nariz durante el entrenamiento, ¿lo ves? Me la arreglaron, pero todavía se ven las cicatrices si miras de cerca.

Miré, y vi una marca en el puente, los restos de una rotura complicada reparada por un buen cirujano plástico. No habría significado nada si no hubiera sabido qué buscaba.

—Parece duro —dije.

—Lo fue. Me apretaron más que a los demás porque mis misiones son especiales. Estoy sola en el campo de batalla mucho tiempo, normalmente sin acceso a un arma, o al menos no a un arma tradicional.

Nos sumimos de nuevo en el silencio. Delilah le dio un sorbo al Laphroaig y preguntó:

—¿Y tú?

—Judo, sobre todo —dije—. El Kodokan. —Si ella había sido entrenada en el Krav Maga, conocería ambas cosas.

Me miró.

—Creía que las roturas de cuello eran ilegales en el *judo*.

—Lo son —dije, viendo que había estado en lo cierto en lo respectivo a sus conocimientos—. He aprendido más cosas en otras partes: libros y vídeos. Practicaba con un par de compañeros que compartían mis intereses.

—¿Qué más? —preguntó—. La manera en que vi que te movías no se aprende haciendo *judo* como deporte. Ni siquiera con la ayuda de libros y vídeos.

—No. Es cierto. Ayuda haber pasado una década en combate. Desarrollas cierta actitud.

De nuevo se produjo un silencio, tras el cual dijo Delilah:

—De modo que eres quien creo que eres.

Me encogí de hombros.

—Creo que sabes parte de ello, sí.

—Bueno, tú también sabes parte de mí.

«*Eso es, finalmente.*»

—Eres israelí —dije—. Del Mossad.

Ella apartó la mirada e inclinó la cabeza ligeramente como si pensara en lo que yo había dicho, dándole vueltas. Después dijo:

—¿Qué importa quién sea yo, con quién esté? Desde tu punto de vista, nada.

No iba a decírmelo, había estado equivocado. O quizá ya me lo había dicho, de un modo oblicuo, y a mí se me había escapado. No estaba seguro.

Le dio un sorbo al Laphroaig y siguió.

—Pero desde mi punto de vista, tu filiación importa muchísimo. La información que pudimos recopilar sobre ti sugería que trabajabas para el Partido Liberal Demócrata japonés. Pero no veo qué interés puede tener el P LD en Belghazi. Así que, al menos esta vez, te pagan los norteamericanos. Y eso me preocupa.

—¿Por qué?

Agitó las manos hacia fuera, con las palmas hacia el techo, como si dijera: «¿Acaso no está claro?».

—Son grandes y están divididos en facciones —dijo—, así que no son discretos. Tienes que andarte con cuidado con ellos. Nunca sabes con quién te las estás viendo en realidad.

—¿Qué quieres decir?

Ahora se llevó las manos a las caderas, se echó hacia atrás en el sofá y dejó caer los hombros. El gesto parecía querer decir: «¿*Se está haciendo el*

tonto, o es que realmente lo es?»». Empezó a hablar un instante después, así que decidí que era la segunda opción. No debería haberme molestado —en realidad, al contrario—, pero lo hizo, un poco. Resarcí mi orgullo recordándome que, normalmente, es bueno que te subestimen.

—¿Te explicaron por qué querían eliminar a Belghazi? —preguntó.

—Sí.

—¿Les creíste?

Me encogí de hombros.

—Apenas les escuché.

Ella se rió.

—Debieron hablarte de sus redes de armas, terroristas, relaciones con grupos fundamentalistas, blablablá.

El lenguaje desdeñoso, en su inglés con un ligero acento, me sorprendió, y me reí.

—¿Qué, se lo están inventando? —pregunté.

Delilah negó con la cabeza.

—No. Todo es verdad. Y estoy segura de que algunas partes del gobierno de Estados Unidos están preocupadas por él, y puede que incluso estén intentando hacer algo al respecto. Algunas partes.

—¿Lo que significa?

Sonrió y dijo:

—¿Sabes que ni siquiera me has dicho tu nombre?

La miré y dije:

—Llámame John.

—John, pues —dijo, como si probara cómo sonaba.

—Estabas hablando de algunas partes.

Se encogió de hombros.

—Digamos que Estados Unidos es un lugar muy grande. Hay muchos intereses enfrentados. No todos ellos consideran que Belghazi sea un tipo tan malo.

—¿Lo que significa? —repetí.

—¿Has pensado por qué quieren que lleves a cabo esta misión de un modo «discreto»?

—Tengo una idea general.

—Bueno, piénsalo. —Se inclinó hacia delante y alzó las manos, con los dedos ligeramente separados y las palmas adelantadas, como si quisiera enmarcar una fotografía—. Sea cual sea la fracción que te haya contratado, no

están siendo sinceros contigo. Necesitan poder desmentirlo. ¿Ante quién necesitan poder desmentirlo? ¿Y has pensado en qué posición te deja esto?

El lenguaje corporal relativamente expresivo era nuevo. Estaba viendo una parte distinta de su personalidad, quizá una parte que ella normalmente ocultaba. «Interesante.»

Pensé por un momento.

—La misma posición en la que estoy siempre, diría.

—Cualitativamente, quizá —dijo, y agitó una mano con la palma para abajo, quizá desdeñando inconscientemente mi aseveración—. Cuantitativamente, la situación puede ser peor. ¿Quién crees que mandó al hombre del ascensor?

Me detuve y pensé: «En parte, creí que fuiste tú». Pero dije:

—No lo sé.

La mano se detuvo y golpeó el aire con el dedo índice.

—Correcto. Un buen número de facciones podrían estar yendo a por ti. Cualquiera que se beneficie de lo que Belghazi hace.

«O quien quiere mantenerlo con vida el tiempo suficiente para acceder a su ordenador», pensé. Me pregunté si me estaba diciendo todo aquello para convencerme de que dejara de seguir su rastro. O quizá estaba tratando de enfatizar lo desesperado de mi situación para animarme a abandonar. Quizá.

—Siempre he sabido que dedicarte a esto no es el mejor modo de ganar un concurso de popularidad —dije.

Delilah se rió. Cogió la botella y se sirvió primero su vaso, después el mío.

Me gustaba su risa. Era una extraña mezcla de incongruencias: ronca pero también dulce; femenina por la sofisticación que transmitía, pero también juvenil por su timbre alegre; salpimentada con un poco de ironía, pero una ironía que parecía deberse más a su comprensión del absurdo que al sarcasmo o la crueldad. Sonreí, sintiéndome bien, y me di cuenta de que estaba un poco mareado por el *whisky*.

Delilah se echó hacia atrás y dio un sorbo, deteniendo el vaso bajo su nariz, como si apreciara el aroma. Hice lo mismo.

—La única cosa que sabes —dijo— es que alguien va a por ti. ¿Comprendes lo que eso significa para mí? Alguien podría establecer la relación. Yo no opero como tú. No puedo permitirme el lujo de esconderme. Para hacer lo que tengo que hacer, necesito estar cerca, y permanecer cerca.

De modo que ahora apelaba a los sentimientos. Una aproximación por dos flancos: la lógica, en el sentido de que la situación había cambiado y yo no

podría cumplir mi misión; la emoción, en el sentido de que si seguía intentándolo, ella pagaría el precio.

—Entiendo lo que dices —le dije—. Pero también entiendo de dónde vienes. Lo segundo es lo que me hace ser escéptico con lo primero.

Decir aquello me hizo sentir un poco triste. La conversación era muy relajada desde hacía un rato. Cielos, el *whisky* me estaba afectando. Normalmente no soy tan sentimental.

—Es justo —dijo, asintiendo—. En cualquier caso, lo que te he dicho es cierto. Escarba un poco, dejándome a mí al margen, si puede ser, y lo verás.

Asentí con la cabeza.

—Ya se está escarbando. Con discreción, tú no tienes nada que ver. —No era del todo cierto, pero cómo podría afectarle mi petición a Kanezaki era algo en lo que pensaría más tarde.

Di un sorbo de Laphroaig.

—De todos modos, tengo que descubrir de dónde viene esa filtración para poder cerrarla.

—¿Crees que el problema está entre los tuyos?

Me encogí de hombros.

—No sería la primera vez. Hace tiempo que aprendí que es peligroso trabajar con democracias. Están obstaculizadas por todas esas molestas leyes, por la imagen de los gobiernos, la entrometida opinión pública; de modo que inevitablemente tienen que encontrar el modo de hacer las cosas extraoficialmente. A veces es un poco difícil saber con quién te las estás viendo.

Delilah sonrió.

—¿Quieres que se carguen a Castro? Contrata a la Mafia.

Le devolví la sonrisa.

—Claro. O, si el Congreso no suelta la pasta, financia a la Contra a través del sultán de Brunei.

—O financia casi cualquier cosa haciendo que la paguen los saudís.

—Sí, no te preocupes, ya veo qué quieres decir.

Alzó y bajó las manos como un peatón que trata de frenar un coche que se acerca, un gesto impaciente y suplicante al mismo tiempo.

—Perdona que te fustigue. Pero tienes que entenderlo, desde el Once de Septiembre Estados Unidos sufre un caso clínico de esquizofrenia. El país se lanza a una «guerra contra el terrorismo», pero sigue pagando billones de petrodólares a los saudís a sabiendas de que esos dólares financian a todos los grupos con los que en teoría Estados Unidos está en guerra. Quince de los

diecinueve secuestradores del Once de Septiembre eran saudís, pero nadie quiere hablar de eso. ¿Te imaginas la reacción si los secuestradores hubieran sido iraníes o norcoreanos? Creo que si Estados Unidos fuera una persona, un psiquiatra le diagnosticaría una profunda negación psicológica. No sé cómo puedes confiar en un jefe como ése.

—¿Acaso tú confías en el tuyo? —pregunté.

Ella bajó la mirada. Sus manos se posaron suavemente sobre su regazo. Al cabo de un momento, dijo:

—Es complicado.

—Eso no es exactamente una adhesión inquebrantable.

Delilah suspiró.

—Confío en sus intenciones. Algunas de las políticas son estúpidas y anticuadas. Pero no tengo que estar de acuerdo con todas las decisiones para saber que estoy haciendo lo correcto.

A juzgar por su lenguaje corporal y su voz, supe que mi pregunta le había inquietado. Pero no por las razones que acababa de enumerar. Había algo más.

—¿Confían ellos en ti? —pregunté.

Sonrió y empezó a decir algo, pero después se detuvo. Volvió a bajar la mirada.

—Eso también es... complicado —dijo.

—¿En qué sentido?

Miró a izquierda y derecha, como si buscara una respuesta.

—Me entrenaron y me investigaron —dijo al cabo de un instante—. Y soy buena en lo que hago. Tengo recursos y un largo historial.

Dio un trago al Laphroaig y esperó a que siguiera.

—Pero, reconozcámoslo, mi trabajo consiste en acostarme con el enemigo. Literalmente. A la gente le resulta difícil perdonar eso. Se preguntan qué siento, si eso puede... infectarme o algo así.

—¿Qué sientes? —pregunté, incapaz de reprimirme.

Apartó la mirada.

—No quiero hablar de eso.

Asentí y nos quedamos en silencio un momento. Después dije:

—Estás asumiendo muchos riesgos con esta operación. Quizá más de lo habitual. Hay quien podría decir que, conmigo aquí, con el tipo del hotel, las cosas se han complicado más allá de lo aceptable para ti, que deberías haberte largado. Pero no lo has hecho.

Sonrió, pero la sonrisa no duró mucho.

—¿Tratas de probar algo? —pregunté—. ¿Tratas de ganarte el respeto de alguien poniendo tu vida en juego?

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó. Su tono era un poco incisivo, pero sospeché que había dado en el clavo.

Sonreí amablemente.

—Hice la guerra con Estados Unidos en Vietnam, contra «*amarillos*» y «*chinos*». Mira mi cara, Delilah.

Lo hizo.

—¿Ves lo que quiero decir? —dije—. Tardé años en darme cuenta de por qué estaba dispuesto a hacer todo lo que hice allí.

Ella asintió y se terminó lo que le quedaba en el vaso.

—Te entiendo. Sí, es probable que me comprendas.

—Pero ¿vale la pena? Te mandaron a esta misión, un gran riesgo para ti, tú cumples con tu cometido y a pesar de ello no confían en ti. ¿Por qué molestarse?

—¿Por qué molestarse? —preguntó ella, inclinando la cabeza a un lado como si tratara de ver algo en mí que antes se le había pasado por alto—. ¿Has visto alguna vez a un niño con las piernas arrancadas por una bomba? ¿Has visto a su madre abrazándolo, loca de pena y horror?

Una pregunta retórica para la mayor parte de la gente. No para mí.

—Sí —dije con la voz queda—. Lo he visto.

Delilah se detuvo, mirándome, y dijo:

—Bueno, trabajo para evitar alguna de esas pesadillas. Cuando hago bien mi trabajo, cuando interrumpimos el flujo de dinero y material hacia los monstruos que se ponen chalecos llenos de explosivos, matarratas y tornillos, un niño que habría muerto vive, o una familia que habría llorado para siempre no tiene que hacerlo, o los cerebros que habrían sido destrozados por el trauma siguen intactos.

Se detuvo de nuevo, y después añadió:

—¿Debería dejarlo porque mis superiores, que en principio saben lo que hacen, no confían en mí? Sí, entonces puedo explicar a los huérfanos, los amputados y los permanentemente traumatizados que podría haber hecho algo para salvarlos, pero que no lo hice porque no era tratada con el debido respeto en la oficina.

Se me quedó mirando, con las mejillas sonrojadas, los hombros ascendiendo y descendiendo al ritmo de su respiración.

Yo le devolví la mirada, sintiendo una rara combinación de admiración, atracción y vergüenza. Le di un largo trago al Laphroaig y me lo terminé.

Llené su vaso y después el mío.

—Tienes suerte —dije al cabo de un momento.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

Cerré los ojos y me froté las sienes un instante.

—Tienes suerte de creer en lo que haces... —Abrí los ojos—. Cielos, no puedo siquiera imaginármelo.

Se produjo una larga pausa. Después dijo:

—No me parece que tenga suerte.

—No, estoy seguro de eso. No he utilizado la palabra adecuada. Debería haber dicho que eres afortunada. No es lo mismo.

Me froté las sienes de nuevo.

—Siento lo que he dicho, no quería molestarte. Con el transcurso de los años, he desarrollado la costumbre de... adelantarme a la traición, de pensar que la posibilidad de la traición, y la defensa contra ella, es primordial. Y quizá sea cierto para mí. Pero no debería serlo para todo el mundo. No debería ser cierto para alguien como tú.

Durante un rato, ninguno de los dos habló. Después ella me preguntó:

—¿Qué piensas?

Esperé un segundo, tras el cual dije:

—Que me gusta cómo mueves las manos cuando hablas.

Era sólo una parte de lo que había.

Delilah bajó la mirada hacia sus manos un instante, como si quisiera comprobar si en ese momento estaba haciendo algo, y después se rió en silencio.

—Normalmente no lo hago. Me has irritado.

—No sólo lo has hecho cuando estabas irritada.

—De acuerdo. Lo hago cuando pierdo la compostura.

—¿Cuándo sucede eso?

—Raramente.

—Deberías hacerlo con más frecuencia.

—Es peligroso.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes. Tienes que protegerte.

Su expresión era tan neutral que supe que tenía que estar controlándose conscientemente. Bebió un sorbo de Laphroaig y me preguntó:

—¿Y tú? ¿Tú qué haces?

—Yo no me acerco.

—Ya te lo dije, yo no puedo permitirme ese lujo.

La miré y dije:

—Nunca había pensado que fuera un lujo.

Me devolvió la mirada. Fue una mirada notablemente larga, sin duda sincera; posiblemente una invitación.

Me levanté y me senté junto a ella en el sofá. Alzó una de sus cejas y dijo:

—Creía que acababas de decir que no te acercas.

Sonreía un poco, con esas cálidas notas de ironía y humor en los ojos.

—Ése es el problema cuando tú marcas tus propias reglas —dije—. No hay nadie alrededor para reprenderte cuando las rompes.

—Creía que habías dicho que no ibas a follar conmigo.

—No voy a hacerlo.

La miré otro rato, luego me incliné lentamente hacia delante.

Ella me miró a los ojos, después brevemente a los labios, y después de vuelta a los ojos.

Me detuve. Nuestras caras estaban a pocos centímetros de distancia. Se olía el rastro de un raro perfume, quizá algo exclusivo que había pedido en una cara tienda de París y Milán y guardado en una cara botellita de cristal tallado. El aroma estaba allí, pero no podías acabar de hacerte con él, como el resto de un sueño al despertar, o una imagen que se desvanece en la retina después de un intenso estallido de luz, o el recuerdo de una cara que conociste y amaste hace un millón de años; algo con la entidad suficiente para atraerte, para querer que esté más cerca, para hacerte con ello antes de que vuelva a desaparecer y esté irremediabilmente perdido.

Me incliné un poco más y la besé. Ella aceptó el beso, pero no me lo devolvió exactamente, y después de un momento me aparté y la miré.

—Hay quien llamaría a lo que estás haciendo «*señales contradictorias*» —dijo. Sonreía un poco, pero su tono era bastante serio.

—Tengo una naturaleza conflictiva. Todos los psiquiatras del ejército me lo decían.

—Hace unos minutos me estabas rechazando, ¿te acuerdas?

Negué con la cabeza.

—Ésa no eras tú. Era tu *alter ego*. Ella no me interesa.

—¿Cómo sabes que te interesa la que se esconde detrás de ella?

—Me gusta lo que he visto hasta ahora.

Ella me miró.

—Quizá tengas razón. Quizá sólo soy una actriz, una farsante.

—Si es así, sería muy triste.

—Tú has sido quien lo ha dicho.

—Trataba de ponerte nerviosa.

—Lo has conseguido.

—Demuéstrame que me equivocaba.

—No sé si te equivocabas.

Le miré las piernas y los pechos con una parodia de lujuria y después dije:

—Vale, acepto el *alter ego*.

Ella se rió, después se detuvo y me miró largamente. Se inclinó hacia delante y nos besamos de nuevo.

El beso fue mejor esta vez. Tuvo un cierto elemento de incerteza, la indecisión de un alto el fuego, la sensación de algo que se mueve lentamente pero con un gran impulso tras de sí.

Abrió la boca un poco más y nuestras lenguas se tocaron. Una vez más, la sensación fue tentativa: una exploración, no una carga apresurada; probar el agua, no un chapuzón precipitado.

Pasó un minuto, quizá dos, y el beso se tornó menos prudente, más apasionado; menos deliberado, más una cosa en sí misma. Crecía y decrecía como si obedeciera a alguna fuerza que se escapaba de nuestro control. Asimilé todos los aspectos de su boca, cada uno de los cuales viraba en mi conciencia como una imagen iluminada por una luz estroboscópica: su lengua, sus labios, sus dientes; de nuevo su lengua, el delicioso tacto del todo, ese nuevo umbral a tanto de quienquiera que fuese.

Me cogió el labio inferior entre sus dientes y sus labios y lo sostuvo allí un instante, después lo soltó y fue alejándose gradualmente. Nos miramos. Sonrió.

—Me gusta cómo sabes —dijo.

—Yo estaba pensando lo mismo. Debe de ser el Laphroaig.

Delilah hizo un sonido de asentimiento que pareció un ronroneo.

—Eso por un lado. El resto eres tú.

Le sonreí.

—¿El exótico sabor de oriente?

Se rió.

—Sólo tú.

Hicimos el amor en la cama. En el transcurso de los procedimientos, entablamos un jocoso debate acerca de quién se debía poner encima, un debate que resolvimos aceptando ambas posibilidades alternativamente, junto a muchas otras más. Su cuerpo era tan cautivador como la visión en la *suite* de Belghazi prometía, y se movía con una experiencia y un entusiasmo

naturales que me hicieron pensar en la confianza que había percibido por primera vez en el vestíbulo del Mandarin Oriental.

Utilizamos condón. Di por hecho que era uno de los muchos objetos prácticos que normalmente llevaría en el bolso. Era inteligente. En mis desgraciadamente raros encuentros con la verdadera pasión, casi nunca soy tan cuidadoso como debería. La excusa dice algo así: «Con todas las balas y ráfagas de mortero a las que he sobrevivido, debo de ser inmune a las enfermedades de transmisión sexual». Es una estupidez, lo sé. Lo más probable es que el destino se venga matándome de sida o alguna otra alternativa desagradable.

Después, nos quedamos tendidos de lado, mirándonos, con las cabezas apoyadas lánguidamente en las almohadas dobladas. Ella alzó el brazo y resiguió mis labios con la punta del dedo.

—Estás sonriendo —dijo.

Alcé una ceja.

—¿Qué creías, que iba a poner mala cara?

Se rió. Sus palabras, su actitud, todo parecía auténtico. Pero ella era una profesional. Si se estaba soltando el pelo, yo tenía que dar por sentado que se trataba de una táctica, un medio para conseguir un fin. Y sin embargo, no podía estar seguro de sus motivos, de lo que había intentado en el Mandarin Oriental. Era una pena tener ese conocimiento tendido fríamente en la cama entre los dos, pero ahí estaba.

—¿Cómo llegaste a hacer este trabajo? —le pregunté.

Delilah se encogió de hombros.

—A veces yo me hago la misma pregunta.

—Cuéntame.

—Contesté un anuncio en el periódico, igual que tú.

Esperé. No tenía sentido decir nada más. Si no quería hablar de ello, no lo haría.

Permanecemos de nuevo en silencio. Después ella dijo:

—Yo era una niña delgada, pero cuando tenía catorce años, mi cuerpo empezó a desarrollarse. Los niños y los hombres empezaron a mirarme. No sabía por qué me miraban exactamente, pero me gustaba. Me gustaba tener algo que ellos querían. Me daba cuenta de que eso me daba cierto poder.

—Debías de volverlos locos —dije, recordando cómo era tener esa edad, cargado de testosterona y con un solo pensamiento, como un misil guiado por el calor.

Asintió.

—Pero no me interesaban los niños de mi edad. No sé por qué, me parecían demasiado jóvenes. Mis fantasías eran siempre con hombres mayores.

Se recostó un poco más arriba en la almohada.

—Cuando tenía dieciséis años, un amigo de mi padre del ejército se mudó a nuestra ciudad por una oferta de trabajo. Se quedó con nosotros un par de meses mientras buscaba un apartamento. Se llamaba... Lo llamaré Dov. Tenía cuarenta años, un héroe de guerra, moreno, atractivo y con los ojos más amables y hermosos. Cada vez que lo miraba notaba una extraña sensación en mi interior y tenía que apartar la mirada. Siempre fue correcto conmigo, pero a veces lo sorprendía mirándome como lo hacían los hombres, a pesar de que parecía estar intentando no hacerlo.

»Cuando me di cuenta de que me estaba mirando de ese modo, fue... excitante. Allí estaba ese hombre, ese héroe de guerra, guapo e inteligente y mucho mayor y más sofisticado que yo, y sin embargo yo tenía ese poder sobre él. Empecé... a experimentar con el poder. A ponerlo a prueba, en cierto sentido, a tratar de descubrir qué era. Me reía de algo que él había dicho y lo miraba a los ojos un momento de más. O me frotaba contra él al pasar a su lado. No quería llegar a ninguna parte, ni siquiera sabía que aquello podía llegar a ninguna parte con un hombre como Dov, o qué podía ser esa parte.

»Un día, cuando él estaba en casa y mis padres habían salido, me puse lo que me pareció mi ropa más sexi: el sujetador de un bikini blanco y un *sarong* a juego. Llamé a su puerta. El corazón me latía con fuerza, como siempre que estaba cerca de él o pensaba en él. Oí que decía: "Pasa", y así lo hice. Estaba sentado en el pequeño escritorio de su habitación y, cuando me vio, se puso en pie; después se sonrojó y apartó la mirada. El corazón empezó a latirme todavía más fuerte. Le dije que iba a la playa, vivíamos cerca de la playa, y le pregunté si quería venir a darse un baño. No dijo nada, sólo me miró un segundo y después volvió a apartar la mirada. Me percaté de que oía su respiración. Yo era demasiado joven en ese momento, ni siquiera sabía lo que eso podía significar, pero me excitó. Y me sentí incómoda porque no me había contestado. No sabía qué decir, así que me abaniqué un poco la cara y dije: "¡Qué calor hace aquí!", lo cual era cierto. Él siguió sin decir nada, sólo me miró con una expresión rara, sonriendo, pero casi un poco enfermizo también, como si le doliera algo y tratara de mostrarse valiente, y vi que le temblaban las manos. Me había puesto nerviosa que no me contestara, así que traté de pensar algo que decir, y finalmente dije: "No pasa nada si no te apetece nadar", y me di cuenta de que mi voz temblaba como sus manos.

»Sus labios se movieron, pero no salió de ellos ninguna palabra. Después alzó el brazo y me tocó la mejilla con el dorso de los dedos. Me sorprendió y di un paso atrás. Él retiró la mano y me dijo rápidamente que lo sentía. No supe qué quería decir con aquello ni por qué yo me había alejado; lo único que sabía era que quería que me tocara, que lo quería más que nada, y sin otro pensamiento le cogí las manos y le dije: "¡No, no, está bien!". Después él me miró con sus preciosos ojos oscuros, me cogió la cara con las manos y me dio un beso. Fue mi primer beso de verdad, y me pareció que iba a desmayarme de placer. Me oí gimiendo en su boca; también él gemía. Y ¿sabes qué? Cuando puso sus manos en mi cuerpo, en mis caderas y en mis pechos, me corrí. También fue la primera vez, ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo, no podía respirar, estaba esa explosión de placer y después me estaba acurrucando contra él, llorando. Él me abrazó y me acarició el pelo y me dijo una y otra vez que lo sentía, y yo no podía hablar, así que seguí negando con la cabeza y llorando porque aquello era maravilloso, él era maravilloso.

Sonreí, queriendo creer que la historia era cierta, que ella quería mostrarme algo más de la persona que había tras lo que había llamado una «farsante». Quizá lo era. Aunque fuera un pseudónimo, Dov era un nombre israelí. Por lo que pude intuir en la cronología, la guerra de los Seis Días israelí podría haber sido el conflicto en el que el hombre podía haberse distinguido. ¿Su ciudad junto al mar? ¿Tel Aviv? ¿Eliat?

O quizá era una historia que había contado tantas veces y por tantas razones distintas que había acabado creyéndosela. Quizá era parte de una campaña para conseguir cariño de mi parte, para deformar mi objetividad, para nublar mi criterio.

Sin embargo, recordaría esas ingratas posibilidades más tarde. No le veía sentido a darles más vueltas en ese momento.

—¿Hicisteis el amor? —pregunté.

—No. No en esa ocasión. Aunque podría haberlo hecho. Podría haber hecho conmigo lo que quisiera.

—¿Qué sucedió después?

Sonrió.

—Nos prometimos que nunca volvería a suceder, que estaba mal porque él era mucho mayor y, si mis padres lo descubrían, sería un desastre. Pero no podíamos alejarnos el uno del otro. Mi hermano estaba en el ejército entonces, y ese año lo mataron. No creo que lo hubiera superado sin Dov. Comprendía la guerra y había vivido muchas pérdidas. Era el único que podía reconfortarme.

—Debió de ser un infierno para tus padres.

—Estaban destrozados. Mucha gente no creía que debiéramos estar luchando donde lo hacíamos, así que lo que sentían era: «Nuestro precioso hijo ha muerto... ¿para qué?». No era como perder a alguien en las otras guerras, que todo el mundo sabía que nos habían sido impuestas. Era más como... más como un derroche. ¿Sabes lo que quiero decir?

Sólo podía estar hablando de Líbano. Si se lo estaba inventando todo, era una fabulación impresionante.

Aparté la mirada, pensando en mi primer viaje a Vietnam, cuando lo mejor que podías esperar de cualquier conocido norteamericano cuando sabía que habías estado en la guerra era una educada vergüenza, un deseo de cambiar de tema. Con frecuencia podías esperar algo mucho peor.

—Una de las cosas más crueles que puede hacer una sociedad es mandar a sus jóvenes con licencia para matar y después, cuando vuelven a casa, decirles que esa licencia no era válida. Nosotros hicimos lo mismo en Vietnam —dije.

Delilah me miró y asintió. Permanecimos en silencio un momento.

—¿Cómo acabaron las cosas con Dov? —le pregunté.

Ella sonrió.

—Él se marchó. Yo fui a la universidad. Ahora tiene mujer y dos hijos.

—¿Todavía os veis?

Se encogió de hombros.

—No con frecuencia. Él tiene familia, y está mi trabajo. Pero a veces.

—¿Tus padres nunca lo supieron?

Negó con la cabeza.

—No. Y nunca se lo dijo a su mujer. Es un buen hombre, pero no podemos evitarlo. Hay algo demasiado fuerte.

Asentí y dije:

—La mayoría de gente sólo sueña con una relación así.

Ella alzó las cejas.

—¿Qué hay de ti?

Aparté la mirada un instante y pensé en Midori.

—Quizá una vez.

—¿Qué pasó?

«En realidad, nada —podría haber dicho—. Ella supo que había matado a su padre.»

—Era una civil —dije, resumiendo—. Fue suficientemente lista para comprender a qué me dedicaba yo, y suficientemente lista para saber que

nuestros mundos tenían que permanecer separados.

—¿Nunca pensaste en la posibilidad de abandonar este mundo?

—Constantemente.

—Es duro, ¿verdad?

«*No hay hogar para nosotros, John. No después de lo que hemos hecho.*»

Como diría ese filósofo, mi hermano de sangre Crazy Jake.

Asentí y dije, como si fuera su espectro:

—Hay cosas que haces de las que no puedes deshacerte después.

—¿Qué había entre vosotros?

—La cagué. Le hice daño.

—No eso. La parte buena.

—No lo sé —dije, imaginando su cara por un instante, cómo me miraría—. Tenía esa... franqueza, en todo lo que hacía. Siempre sabía cómo se sentía. Tenía experiencia y era sofisticada, incluso tenía fama en su profesión; pero de algún modo, cuando estaba con ella, siempre sentía que estaba con la persona que ella era antes de eso: su ser verdadero, el núcleo que nadie más podía ver. La hacía feliz, ¿sabes? De un modo que no tenía sentido y que me sorprendió con la guardia baja cuando empezó a suceder. No creo que haya tenido nunca antes algo semejante. No creo que vuelva a tenerlo. Hacerla feliz... —me detuve, pensando que sonaría cursi, aunque después lo dije de todos modos— era lo que me hacía feliz.

—¿No eres feliz ahora?

—¿En este momento? Estoy muy bien.

Se rió.

—En general.

Me encogí de hombros.

—No estoy deprimido.

—Eso es una manera muy minimalista de definir la felicidad.

—Disfruto con el placer de las cosas: un buen *whisky* de malta, el buen *jazz*, la sensación cuando el *judo* realmente fluye (y una ducha caliente después), el cambio de las estaciones, el olor del café cuando ha sido tostado adecuadamente.

—Todas las cosas, en realidad.

Permanecí en silencio un instante, pensando.

—Sí. Casi todas, supongo. Es verdad.

—En una ocasión, alguien me dijo: «*Si vives sólo para ti, morir es una posibilidad especialmente aterradora*».

La miré, pero no dije nada. Quizá el comentario era perfecto para mí.

—No confías —dijo.

—No. —Hice una pausa—. ¿Y tú?

—No fácilmente. Pero creo en algunas cosas. No podría vivir sin eso.

Nos quedamos en silencio un rato, pensando en nuestras cosas.

—No podrás hacer esto siempre. ¿Qué harás después? —dije. Se rió.

—¿Quieres decir cuando mis «feromonas se sequen»? No lo sé. ¿Qué hay de ti?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Quizá me retiraré a alguna parte, a algún lugar soleado, quizá junto al mar, como el lugar donde tú creciste; a un lugar sin recuerdos.

—Suenan bien.

—Sí. Pero no sé cuándo me iré allí.

—Bueno, en tu trabajo, tienes una vida activa más larga que yo, supongo.

Me reí.

—¿Qué hay de una familia? Eres joven.

—No lo sé. No creo que pudiera dejar a Dov, así que necesito a un marido bastante comprensivo.

—No se lo digas.

—Tampoco tendría que decirle lo que he estado haciendo los últimos doce años. Si un hombre descubre que puedes ser una actriz en la cama, siempre se preguntará después si estás actuando con él. Los hombres suelen ser inseguros con esas cosas.

Me di cuenta de que el comentario podía estar dirigido a mí. Quizá era una sonda, para ver si reconocería lo que había dicho. Era mejor cambiar de tema.

—Debe de ser difícil estar tan cerca de alguien como Belghazi sabiendo a qué se dedica —dije.

Ella asintió.

—Tienes que ser capaz de compartimentar. Pero con él no es tan malo. No es uno de los asesinos. Está mucho más arriba en la cadena alimentaria. Además, es inteligente, y no es grosero. Es atractivo. Recuerda, me gustan los hombres. Es parte de lo que hace que sea buena en esto.

—Pero una vez hayas conseguido lo que quieras de él...

Su expresión se cerró un tanto.

—Alguien se encargará de eso. Quizá tú, si sabes llevar esta relación como es necesario.

—¿Cómo te sentirás entonces?

—Como siempre. Pero no dejas de hacer lo correcto porque no sea cómodo.

La miré impresionado. La mayoría de gente no se da cuenta, pero el noventa por ciento de la moral se basa en la comodidad. Incinera a centenares de personas desde nueve mil metros de altura y después dormirás como un bebé. Mata a un hombre con una bayoneta y tus sueños nunca volverán a ser dulces.

¿Qué es más cómodo?

¿Qué es peor?

Quizá no importe. Al final, acabas acostumbrándote a todo. Somos criaturas acomodaticias.

Estar en la cama con ella era extraño. La habitación era como un refugio. Me di cuenta de que mi tranquilidad mental se debía tanto a las precauciones que había tomado como a la confianza de que ella se habría encargado de que no la siguieran. Pero también, quizá, una parte de mí quería sentirse de ese modo, por sus propios motivos, independientemente de la existencia del mundo exterior. No era una buena señal, lo sabía. Y posiblemente era una indicación de que me estaba adaptando peor al juego, y que sería menos capaz de sobrevivir a él.

Delilah se levantó y se duchó. Se llevó el bolso con ella al baño, sabedora de que lo hubiera registrado en caso de no hacerlo. No habría encontrado nada útil. Ella era demasiado cuidadosa.

Me quedé en la cama y escuché el agua corriente. Sabía que al menos había una posibilidad teórica de que ella utilizara el teléfono móvil desde el baño, para alertar a su gente del lugar en el que me encontraba. El instinto me decía que la posibilidad era remota, pero mi instinto podría estar sufriendo los efectos del *whisky* y el sexo. El hecho era que ella seguiría preocupada por el peligro que yo suponía para su operación. Tenía que permanecer alerta.

Cuando salió, ya estaba vestida. Tenía un aspecto relajado y fresco. Yo me había puesto uno de los albornoces del Península y estaba sentado en la cama, como si estuviera listo para acostarme.

Delilah se sentó a mi lado.

—¿Qué hacemos ahora?

Le puse la mano en el muslo.

—Yo estoy preparado para el segundo asalto. ¿Y tú?

Se rió.

—Acerca de la situación.

—Oh, sí. ¿Puedes mandar mensajes de texto con tu móvil?

—Claro que sí.

Le di la dirección de uno de mis tablones de anuncios encriptados.

—La contraseña es «Península» —le dije—. El nombre de este hotel. Avísame cuando hayas obtenido de Belghazi lo que necesitas y me dices dónde puedo encontrarlo.

—¿Harás eso?

Me encogí de hombros.

—Todavía estoy esperando las noticias de mis contactos, que deberían poder arrojar un poco de luz sobre quién me siguió y por qué. Y cómo. Por el momento, de todos modos, no tengo acceso a Belghazi. Me parece lógico mantener un perfil bajo.

—Lo es. Quienquiera que fuera a por ti en Macao no tiene recursos ilimitados. Tardarán tiempo en colocar nuevas fuerzas en posición.

—Lo sé —dije.

—Pero tienes que andarte con cuidado. Ya sé que lo sabes, ya sé que eres un profesional. Pero Belghazi es un hombre peligroso. ¿Recuerdas cuando te dije que he conocido a hombres que pueden actuar sin escrúpulos? Bien, ninguno más que él.

—¿Qué quieres decir?

—En Montecarlo lo vi matar a un hombre. Con los pies y las manos.

—Sí, tiene conocimientos de *savate*, lo sé.

Negó con la cabeza.

—Más que conocimientos. Tiene un guante de plata en *savate* y es campeón de *boxe-française*. Entrena con costados de buey. Puede romper una costilla de una patada.

—Debería ponerlo a la venta: «*Ablandador de carne Belghazi*».

No se rió.

—Y lleva una navaja.

—Me alegro por él —dije.

Me miró.

—Yo no me lo tomaría a la ligera.

—¿Sabes qué les enseñan a los vendedores? —le pregunté, mirándola—. No vendas un trato una vez esté cerrado. Ya te he dicho que me mantendré alejado por el momento. No tienes que seguir tratando de persuadirme.

Sonrió, y por un instante me pareció que la sonrisa era extrañamente triste.

—Muy bien —dijo.

Nos quedamos en silencio un instante. Después ella dijo:

—Dime, ¿crees que me he acostado contigo... por táctica, para manipularte?

La miré.

—¿Así ha sido?

Ella bajó la mirada.

—Eso es algo que tendrás que decidir tú.

Nos dimos un beso, extrañamente tentativo después de nuestro reciente estallido de pasión, y después se marchó. Esperé quince segundos, después me quité el albornoz y me vestí. El resto de cosas todavía estaban en mi bolsa. Esperé un minuto mientras miraba por la mirilla y me valía de la Visión de Soldado para confirmar que el pasillo situado al otro lado de la puerta estaba vacío. Lo estaba. Salí, tomé varias escaleras y pasillos interiores hasta llegar a la planta baja. Utilicé una de las puertas traseras y salí a Hankow Road, crucé Nathan y cogí el ascensor para bajar al MTR. Hice algunos movimientos agresivos para asegurarme de que no me seguían. No lo hacían. Estaba solo.

## Capítulo 7

**D**ormí en el Ritz Carlton, al otro lado del puerto. Fue una pena tener que abandonar el Península, pero Delilah sabía que estaba allí, y podía compartir ese conocimiento con alguien. Era mejor cortar cualquier potencial conexión.

La mañana siguiente me desperté renovado. Pensé en Delilah. Ella apenas quería dos días de gracia, durante el tiempo que Belghazi tenía reuniones en la región. Di por hecho que lo que estaba haciendo en ese viaje era lo que Delilah y su gente habían estado esperando. Debían de creer que algo surgido durante el viaje acabaría en su ordenador, algo importante, y que entonces era cuando actuarían.

Pero, entonces, ¿por qué había intentado entrar en él aquella noche en la *suite*? Por oportunismo, quizá. Un calentamiento. Sí, podía ser eso. Pero no había modo de estar seguro. Al menos no todavía.

Y toda mi hipótesis partía del hecho de que ella estaba diciendo la verdad, por supuesto. No podía saberlo. Necesitaba más información, algo que pudiera utilizar para atar cabos. Esperaba obtenerla de Kanezaki.

Me afeité y me duché, y me di un último baño en la preciosa bañera de la habitación antes de bajar a la recepción para marcharme. La hermosa recepcionista me miró un instante y después se excusó educadamente. Antes de que tuviera oportunidad de pensar de qué iba todo aquello, regresó con el director, un individuo delgado con fino bigote.

—Ah, señor Watanabe —dijo, dirigiéndose a mí con el alias que había utilizado para registrarme—, creemos que un hombre puede estar buscándolo. Un asunto policial, parece. Dice que es importante que contacte con él. Dejó este número de teléfono. —Me dio un pedazo de papel.

Asentí sin hacer nada para ocultar mi consternación y cogí el papel.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me han llamado?

—Lo siento, señor. Pero el hombre ni siquiera conocía su nombre. Dejó una fotografía en recepción. Ha sido ahora, cuando la recepcionista lo ha visto y se ha dado cuenta de que usted podía ser el caballero en cuestión.

—¿Es esto todo? ¿No había nada más? ¿Dejó un nombre?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Puedo ver la fotografía?

—Por supuesto. —Se agachó y sacó lo que reconocí como una excelente falsificación, la imagen digitalizada de mi semblante. La cara de la fotografía no era un retrato exacto, pero se acercaba bastante.

Les di las gracias, pagué la factura y me marché, escudriñando el vestíbulo con mayor atención que cuando había entrado en él. Nada parecía fuera de lo normal.

Hice unos meticulosos movimientos de detección de seguimiento, preguntándome cómo diablos me había seguido alguien, y quién podía ser. Tener a alguien pisándote los talones cuando crees que lo has dejado atrás es una sensación muy desagradable.

Cuando estuve convencido de estar solo, encontré una cabina. Marqué el número que me habían dado en el hotel.

El timbre del teléfono sonó dos veces. Después oí una voz atronadora:

—*Moshi-moshi*. —«Hola» en japonés, con un fuerte acento sureño.

—Jesucristo —dije. Dox.

—Bueno, alguna gente lo cree, pero no, soy yo —dijo, con un irritante buen humor—. ¿He pillado bien el acento japonés?

—Sí, perfecto.

—Creo que no lo dices sinceramente. Pero gracias de todos modos.

—¿Qué quieres?

—¿No vas a preguntarme cómo te he encontrado?

—No hasta que te vuelva a hacer una llave en la pierna. Se rió.

—Te lo dije, no es necesario que hagas eso. Te diré lo que quieres saber.

En persona.

Me detuve y después dije:

—Muy bien.

—¿Dónde estás? ¿Sigues en el hotel?

Ahí le pillé. Supe cómo lo había hecho.

—Sí —dije, poniendo a prueba mi teoría.

—Muy bien. Ya voy. Pero no conozco Hong Kong tan bien como tú; dime, ¿cuál es el mejor modo de llegar hasta allí?

Sonreí.

—En taxi.

—Claro, es lógico. Pero dame algunas señas. Me gustaría saber adónde voy.

Sí, eso era. Había estado en lo cierto.

—Dile al conductor el nombre del hotel —dije—. Estoy seguro de que lo encontrará.

Se produjo una pausa, durante la cual lo imaginé totalmente desconcertado.

—Maldita sea, ¿cómo se llamaba el hotel? —preguntó, intentándolo como un valiente.

Me reí y no dije nada. Al cabo de un momento, él dijo:

—Muy bien, muy bien. Me reuniré contigo donde tú quieras.

—¿Por qué iba yo a querer reunirme contigo?

—Está bien, está bien, sólo estaba marcándome un farol. Sólo quería ver si podía embaucarte, pero eres demasiado ingenioso. Sin embargo, creo que te gustará oír lo que tengo que decirte. Créeme.

Pensé por un momento. Claro que quería reunirme con él. Necesitaba saber de qué iba todo aquello. Pero tendría que tomar precauciones; las cuales demostrarían ser fatales para Dox si las cosas no salían como yo quería que salieran.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En una cafetería, comiéndome con los ojos una mesa de chicas chinas. Creo que les gusto.

—No deben de conocer tu afición a las cabras —dije.

Se rió.

—No, colega, a menos que se lo hayas dicho.

—Quédate ahí un rato. Te llamo.

—¿Adónde vas?

—Te llamo —repetí, y colgué.

Si aquello hubiera sido Tokio, podría haberle dicho al instante dónde podíamos encontrarnos y cómo. Había estudiado la ciudad durante los veinticinco años que había vivido allí, y conocía docenas de lugares que habrían funcionado. Pero Hong Kong me resultaba menos familiar. Necesitaba hacer un mapa.

Caminé hacia los pasos elevados, después me dirigí hacia el oeste, hacia Sheung Wan, en busca del local adecuado. Era domingo, y el área estaba animada con el parloteo de las miles de criadas filipinas que había en la isla, que estaban disfrutando de su día semanal de descanso. Se sentaban sobre cartones aplanados a la sombra de los grandes techos de los pasos elevados, comían *pancit palabok*, *sotanghon*, *kilawing tanguige* y otros platos caseros y se sentían, por unos breves instantes, de vuelta en su casa. Me gustaba cómo mantenían contacto físico: cómo se trenzaban el pelo entre ellas, se cogían de

la mano y se sentaban muy juntas; como niños que encuentran solaz, un talismán contra algo terrible, mediante el mero contacto humano. A pesar de sus vidas trasplantadas y la pérdida de lo que habían dejado atrás, había algo infantil en ellas, y pensé que es probablemente esa aparente inocencia, unida de un modo incoherente con una sexualidad adulta, lo que hace que tantos hombres occidentales se vuelvan locos por las mujeres del Sudeste Asiático. Ese encanto no me era ajeno, pero en ese momento, lo que sentía por ellas no era deseo. Lo que sentía, absurda y sorprendentemente, era algo más parecido a la envidia.

Seguí por el paso elevado, después gire hacia el sur, por el Distrito Occidental, así llamado por su posición respecto al Central, no por su cultura o su ambiente. En realidad, caracterizado como está por las curtidas caras de viejos herbolarios que preparan aceite de serpiente, polvo de lagarto y otra farmacopea antigua, por el aroma de incienso de sus templos y la cocina de restaurantes de serpientes y panaderías de *dim-sum*, y por los gritos de pescaderos y de barrenderos y vendedores, el Occidental parece significativamente más «*oriental*» que el resto de Hong Kong.

Me detuve en una de las innumerables tiendas de baratijas de Cat Street y compré varios cacharros de segunda mano, todos los cuales tenían por fin distraer al tendero. No tardaría en tirarlos todos menos uno: un cuchillo de carnicero con una hoja de diez centímetros y mango de cuerno. El cuchillo iba metido en una funda de cuero, y la hoja estaba convenientemente afilada.

Tenía en la cartera una vieja tarjeta de crédito que llevaba envuelta en varios palmos de cinta aislante. Mil y un usos, dicen, uno de los cuales era pegar un cuchillo de carnicero en la parte inferior de la baranda de un paso elevado. Si veía a alguien siguiéndonos o detectaba algún otro signo de duplicidad, llevaría a Dox a la barandilla, sacaría el cuchillo y acabaría con él.

Hubiera preferido llevar el cuchillo conmigo, pero Dox no era estúpido a pesar de la apariencia de que gustaba hacer gala, y sabía que buscaría señales de que llevaba un arma. Era posible esconderla en mi cuerpo, por supuesto, pero sería un recurso que me haría perder demasiado tiempo. Mejor tener un elemento de sorpresa. Además, es muy probable que hubiera implicado llevar alguna prenda de ropa más, un chándal o algo similar entre la ropa de calle y la interior, que pudiera apartar después si la cosa se complicaba; pero sabía que eso era también algo que Dox percibiría. De todas maneras, me curé en salud. Compré también una chaqueta de nailon oscuro y un paquete de toallitas infantiles, que escondí bajo una papelera en un lavabo público situado no lejos de donde había dejado el cuchillo. Si tenía que enfrentarme a

Dox y mancharme de sangre, podía esconderme en los lavabos y recuperar una pinta presentable en un momento.

Seguí hacia el este por el paso elevado, después me introduje en el Centro Financiero Internacional, que alberga un inmenso centro comercial. Paseé hasta que encontré un escenario adecuado: un lugar ventajoso en el tercer piso que daba a una librería del segundo piso llamada Dymock's. Desde el tercer piso podía vigilar no sólo la entrada de la librería, sino también la cercana entrada al centro comercial del segundo piso y las vías que llevaban a mi posición. Si veía algo que no me gustaba, podía desaparecer por un gran número de direcciones.

Llamé a Dox desde una cabina.

—*Moshi-moshi* —dijo, con su marcado acento.

Me pregunté por un instante si no estaba sobrevalorando a Dox al pensar que su comportamiento de palurdo era sólo una simulación.

—¿Todavía te estás comiendo con los ojos a esas chicas? —le pregunté.

—A ellas y a algunas nuevas —dijo, con la voz estruendosa de buen humor—. Tengo suficiente para todas.

—Veámonos en la librería Dymock's del centro comercial del CFI.

—¿Dónde? No...

—Guárdate tu rollo de cateto para otro —le interrumpí—. El Centro Financiero Internacional. Segunda planta. En la estación de Hong Kong del MTR. No deberías tardar más de quince minutos en llegar allí. Si tardas más que eso, me largo.

—De acuerdo, de acuerdo, no es necesario ponerse antipático. Voy para allá.

—Te estaré vigilando, Dox. Si no vienes solo, me lo tomaré personalmente.

—Lo sé.

Lo sabía. Habíamos trabajado juntos. Había visto lo que yo era capaz de hacer.

Colgué, volví a mi posición y esperé.

No conocía los detalles, por supuesto, pero en realidad no me eran necesarios. Dox sabía que yo estaba en Hong Kong porque yo había llamado a Kanazaki desde allí. De alguna manera, había creado una fotografía mía. Me conocía desde hacía tiempo y me había visto hace poco; quizá había trabajado con un técnico como los testigos con los dibujantes de la policía. O quizá tenían una fotografía de mi época de militar y la habían digitalizado para manipularla de acuerdo con los efectos de la cirugía plástica y el paso de

décadas. En cualquier caso, Dox habría hecho circular la fotografía por hoteles de Hong Kong y Kowloon. Me conocía, de modo que debió de empezar por el mejor y de ahí para abajo. Ésa es la razón por la que sabía que yo estaba en un hotel, pero no sabía en cuál.

Me percaté de que probablemente también había estado en el Península, pero me había largado de allí con demasiadas prisas para hacer las comprobaciones de una salida formal. Quizá había mostrado alguna identificación del Gobierno, del Servicio de Aduanas de Estados Unidos pidiendo un favor, algo así. O quizá tenía algún contacto local. Sí, el director del Ritz había mencionado algo acerca de un «asunto policial». Quizá la Agencia le había pedido ayuda a la delegación local. Genial.

Negué levemente con la cabeza en un gesto de tristeza. Hospedarme en hoteles caros cuando estoy en viaje de trabajo es uno de los pocos lujos que me permito. Me di cuenta de que esa costumbre era una desventaja. Tendría que abandonarla.

Intenté no tomármelo personalmente. Dox, Kanezaki, todos ellos tenían sus motivos. Sólo estaban haciendo su trabajo.

Pues bien, llegados a ese punto, yo haría el mío. Nada de rencores, colegas. Ya sabéis cómo van las cosas.

Diez minutos más tarde vi a Dox entrar en el centro comercial por la entrada del segundo piso, que quedaba a mi derecha. Si iba acompañado, lo estaban esperando ante la entrada.

Cuando fue a entrar en la librería, lo llamé.

—Dox. Aquí.

Él levantó la mirada y sonrió.

—¿Qué tal?

—Coge las escaleras mecánicas que tienes a la derecha —le dije—. Corre. Lo hizo. Mientras ascendía, esperé para ver si alguien entraba por la entrada que quedaba a su espalda, tratando de seguir su paso. Nadie lo hizo.

Cuando llegó a la cima de las escaleras mecánicas, me puse en marcha.

—Gira a la izquierda —le dije—. Dirígete hacia el centro. Estaré tras de ti. Te diré qué debes hacer.

—¿No te cansas de todo esto? —preguntó, dedicándome una mirada de perro apaleado.

Escudriñé las escaleras mecánicas tras él.

—Ven —dije—. Ahora.

Lo hizo. Observé las escaleras y las entradas durante un rato. Todo estaba despejado. Después lo abordé por la espalda, a su derecha. El detector de

Harry seguía en silencio.

Llegamos a un pasillo de mantenimiento.

—Aquí —dije—. Gira a la derecha.

Lo hizo. Caminamos algunos metros.

—Detente —dije—. De cara a la pared.

Me dedicó un sufrido suspiro, pero hizo lo que le pedía. Lo cacheé. No llevaba armas. Cogí su teléfono móvil, lo apagué y me lo metí en el bolsillo.

—¿Me lo devolverás cuando acaben las clases? —me preguntó.

—Claro —le dije—. Si te portas bien. Ahora vamos afuera.

Miré en la dirección por la que había venido. Nada encendió mi radar. Por el momento, todo iba bien.

Lo guié por una serie de provocadoras maniobras que habrían obligado a nuestros perseguidores a delatarse. Si hubiera visto algo, lo habría pasado por el cuchillo y habría terminado aquello de una vez por todas. Pero iba solo.

Lo llevé a un restaurante de poca monta, el Pok Fu Lam, situado a suficiente distancia de los turistas de la isla para atraer sólo a los más intrépidos visitantes. La zona era en realidad una barriada, pero me gustaba. En cierto modo, sus edificios de cuatro pisos en ruinas, su pintura descolorida y descascarillada por décadas de humedad subtropical, sus balcones adornados y sus balaustradas, todo ello extrañamente orgulloso por contraste, incluso desafiante, me parecía más agradable que la riqueza de marca y el poder de los distritos orientales. Dox, enorme, barbudo y, sobre todo, blanco, parecía decididamente fuera de lugar entre los otros comensales, aunque no parecía importarle. La carta estaba enteramente en chino, pero yo conocía los ideogramas y logré señalar lo que quería.

—¿Qué es esto? —preguntó Dox, una vez hubo llegado la sopa y hubimos empezado a comer—. Está bueno.

—Me alegro —dije—. Un entrenador olímpico de atletismo chino se lo daba a sus atletas estrella.

—¿Sí? ¿Qué lleva?

—Lo de costumbre: agua de fuente, verduras de montaña, sangre de tortuga y hongos de oruga.

Se detuvo con la cuchara a medio camino de sus labios.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, es lo que decía en la carta.

Negó con la cabeza como si estuviera pensándoselo.

—Esos atletas chinos son rápidos. Si es bueno para ellos, supongo que a mí no me sentará mal. —Sorbió el resto con una sonrisa.

No me sorprendió. Había visto a Dox comer cosas igualmente raras en el campo de batalla de Afganistán, y siempre con placer.

Cuando hubimos terminado con la sopa, le pregunté qué estaba pasando.

—Bueno —dijo, recostándose en su silla—. No creerías las cosas para las que me han entrenado: falsificar carnés de identidad, penetrar redes informáticas, cerraduras y cerrojos, tapas y sellos... Y no sólo el entrenamiento, ¡también me dieron los juguetes! Me dieron una fotocopiadora a color láser de veinticinco mil dólares, papel especial, tintas, hologramas, codificadores magnéticos; joder, tío, ¡puedo hacer carnés de identidad falsos que te dejarían de piedra!

—No has venido aquí sólo para venderme falsos carnés de identidad, ¿verdad? —pregunté.

Pareció alegrarse al oírlo, y me pregunté si Dox había llegado a la conclusión de que mis ocasionales comentarios mordaces eran en realidad muestras de simpatía. Eso sería perverso.

—Tuve un raro encuentro con un tipo el otro día —dijo, sonriendo—. Vino a verme a Bangkok, donde en ese momento estaba relajándome y recuperándome. Me dijo que se llamaba Johnson. Pero en realidad se llama Crawley. Charles Crawley. El Tercero. Imagina, una familia que quiera perpetuar un nombre estúpido como ése cuando le podrían haber puesto algo imaginativo como Dox.

—¿Cómo conseguiste su nombre real?

La sonrisa se ensanchó.

—Mierda, las mentiras de ese tío se olían a distancia. Así que simulé recibir una llamada del móvil mientras hablábamos. Le hice una foto con el teléfono.

Debía de tener una de esas terminales con cámara digital incorporada. En el pasado, uno sólo tenía que preocuparse por algún que otro aficionado que llevaba una videocámara, como Zapruder o aquel tipo que sorprendió a la policía zurrando a Rodney King. Ahora, era cualquiera con un maldito teléfono móvil.

Saqué el teléfono que le había confiscado.

—¿Éste? —pregunté.

Asintió.

—Echa un vistazo.

Le di al botón de encendido y esperé un momento mientras el teléfono se ponía en marcha. Sí, era un Ericsson P900, nuevo y delgado, con una cámara y muchas cosas más. Se lo di a Dox. Le dio a algunas teclas durante un rato y

después me lo devolvió. Vi una imagen sorprendentemente precisa de un tipo esbelto, de treinta y pocos años, blanco, con el pelo rizado y claro como el maíz, los ojos azules, la nariz delgada y labios finos. La fotografía había sido tomada en un ángulo raro y aparentemente furtivo.

—Un cabrón con pinta de rata. Le saqué algunas más, si quieres echar un vistazo. Dale a la tecla de avance.

Hice lo que me indicaba y fui viendo las fotos de Crawley para hacerme una idea de su aspecto. Las fotografías no siempre respetan el parecido. Si ves más de una, aumentas las posibilidades de reconocer al individuo en persona. Estaba empezando a pensar que podría hacerlo.

Cuando hube terminado, apagué el teléfono y se lo devolví a Dox. Todavía estaba sonriendo.

—Si quieres, puedo mandarte las fotos directamente a tu móvil —dijo—, a una cuenta de correo electrónico. Cielos, si quieres pasártelo bien, ¡puedo ponerte la cara de Crawley en todos los tabloneros de anuncios que quieras! El muy capullo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Que se joda por no mantenerse al día con el imparable progreso de la tecnología.

—¿Quién es? —pregunté.

—Bueno, su currículum dice que trabaja para los Asuntos Consulares del Departamento de Estado.

No pude evitar sonreír.

—Al parecer, Asuntos Consulares tiene competencias muy amplias.

Me devolvió la sonrisa.

—Sin duda.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunté.

—Venga ya, tío, no puedo decirte mis fuentes y mis métodos. Ya sabes que a los magos no les gusta mostrar cómo hacen sus trucos.

Lo miré y no dije nada.

—Está bien, sólo me estaba riendo de ti. No es necesario ponerse serio con esa mirada terrible. Contrasté las fotos con una nueva base de datos de la Agencia. La base de datos recopila imágenes de medios electrónicos: las ediciones digitales de los periódicos y las revistas, vídeos, todo eso. Metes la foto y el sistema trata de encontrar su correspondiente utilizando algo llamado XML, lenguaje de comparación extensible, algo así. Es como Google, pero con imágenes en lugar de palabras. Creo que se lo robaron a alguna pequeña empresa informática.

—¿Funcionó? —pregunté, pensando: «Cielos, ¿qué es lo próximo que van a sacar?».

—Sí, claro que funcionó. Me dio un par de miles de falsos positivos. La Agencia todavía tiene trabajo que hacer antes de que Google tenga motivos para ponerse nervioso. Pero ya me conoces, me va la marcha, pero también soy paciente. Repasé los resultados hasta que me topé con la inolvidable cara del señor Crawley. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó un trozo de papel y lo desplegó—. ¿Lo ves? Es él, junto al embajador en Jordania en una rueda de prensa que el embajador dio en Amman. Parece importante, ¿verdad?

—Mucho. ¿Qué quería?

Se echó hacia delante.

—Aquí es donde la cosa se pone fea. Me dijo que representaba intereses muy, muy elevados del Gobierno de Estados Unidos. Pero que, por razones de seguridad nacional, esos intereses tenían que disponer de «pruebas plausibles para desmentir» ciertas acciones y por lo tanto no podían reunirse conmigo, aunque les hubiera encantado poder hacerlo, por supuesto. Sí, «ciertas acciones», creo que así es como lo dijo. Creo que le gustaba oírse hablar. En cualquier caso, me habló de un viejo agente encubierto que se había vuelto loco y había matado a un puñado de amigos en Hong Kong y Macao, y que debía ser «retirado», eso es lo que dijo. «¿Retirado?», le pregunté. Me estaba riendo de él. Y él asintió y dijo, con su voz seria, como supongo que él cree que deberían hablar los representantes del Gobierno verdaderamente importantes sobre estas cosas: «Queremos que sus acciones sean interrumpidas». Por el amor de Dios, no pude evitarlo, le dije con los ojos abiertos como platos: «¿Con extrema inminencia?». Y él va y asiente una sola vez, como si tuviera miedo de que si movía un poco más la cabeza, fuera a meterse en un lío.

—¿Y después?

—Oh, después de eso, las habituales alabanzas por mis servicios al país y apelaciones a mi patriotismo. Ya sabes de qué va. Después me dijo que tiene veinticinco mil dólares para mí en ese momento, y otros setenta y cinco mil cuando termine, si realizo este pequeño servicio que el Tío Sam me pide.

—¿Y qué dijiste?

—Le dije que, por supuesto, sería un honor servir a mi país en esta feliz ocasión. Me dio una llave para una taquilla, me dio la mano, me dio las gracias, ¡otra vez!, por mi patriotismo, y se largó. Fui a la taquilla, y ¿quién resulta ser ese agente que se ha vuelto loco? Bueno, no es otro que mi amigo en los viejos tiempos en Afganistán, el inteligente y encantador señor John Rain.

Asentí pensativo, y después dije:

—¿Por qué me estás contando esto? ¿No dijiste que la oportunidad sólo llama a la puerta una vez? ¿Por qué no hacer el trabajo y llevarse la pasta?

Me sonrió. La sonrisa decía: «Sabía que ibas a decir eso». Supongo que le hizo sentir bien demostrar que, al menos en algunas ocasiones, era capaz de adelantárseme.

—Te diré, colega, que hay ciertas cosas que un marine nunca haría, aunque sea contra un tipo como tú. Supongo que los veteranos tenemos que ayudarnos, puesto que nadie más parece dispuesto a hacerlo. Además, no me gustó nada cómo me trató el viejo Crawley. Joder, ese tío me cree un capullo. Como tú, si no te importa que diga las cosas tal como son.

Lo miré.

—No creo que seas ni la mitad de capullo de lo que aparentas, Dox. Y puede que ni siquiera eso.

Se rió.

—Siempre he sabido que me quieres.

—¿Qué hay del dinero?

—Mierda, prefiero llevarme veinticinco mil por nada que cien mil por algo que no quiero hacer. ¿No harías tú lo mismo?

—Quizá. Pero ¿no te va a exigir Crawley que le devuelvas el dinero?

—Bueno, es posible, y puede que se lo dé. El problema es que no me acuerdo de dónde lo he metido. Quizá lo haya invertido en un fondo de valores o algún otro lugar poco escrupuloso. Puede que ya lo haya perdido.

Sonreí.

—Crawley puede enfadarse.

—Se enfadará. Puede que incluso trate de contratar a algún otro «patriota» para «eliminarme» por aprovecharme de él. Pero eso le costaría otros cien mil pavos. No, creo que conozco a los tipos como el señor Crawley. Creo que decidirá que es mejor tragarse el insulto y vivir para luchar otro día. Es decir, si vive un día más. Sé que las noticias que te estoy dando te pueden poner furioso, con todo el derecho del mundo. Yo me pondría furioso.

Cogió su bol de sopa, se lo llevó a la boca y lo vació.

—Aaaah —dijo, dejando el bol en la mesa y recostándose en su silla—. Nada como los hongos de oruga. Pero hay una cosa más. Puede que no te dieras cuenta, pero siempre te mostraste amable conmigo en Afganistán. Yo era el único allí que no había servido en Vietnam, y los otros tipos eran un poco cerrados. Me hacían sentir como si no fuera bienvenido. Tú no eras así. No es que te comportaras como un hermano, pero no parecías tener ningún problema conmigo.

Me encogí de hombros.

—Eras bueno en combate.

Asintió y empezó a decir algo, después bajó la mirada y tragó saliva. Lo que había dicho era para mí tan seco como cierto, y no esperaba ninguna respuesta. Así que tardé un instante en darme cuenta de que Dox estaba reprimiendo sus emociones.

Al cabo de un instante me miró, con una mirada resuelta, casi fiera.

—Y eso es lo único que cuenta —dijo.

Pensé en los rumores que había oído en Afganistán acerca del modo en que había tenido que abandonar el Cuerpo después de llegar a las manos con un oficial.

—¿Acaso alguien te ha dicho alguna vez lo contrario? —pregunté.

Repiqueteó los dedos en la mesa, mientras miraba el poso de su sopa de oruga. Después dijo:

—Soy un buen francotirador, tío. Muy bueno. Nunca había participado en un combate antes de Afganistán, pero sabía que podía hacerlo. Fui el mejor de mi clase en la Escuela de Francotiradores de Quantico. Pero había un instructor que iba a por mí. Porque, a pesar de que mis cualidades eran de primera (visión y detección de objetivos, seguimiento y movimiento, puntería), no siempre actuaba como se supone que debe actuar un francotirador.

No pude reprimir una amable sonrisa.

—Eres un poco más reservado que la mayoría de francotiradores —dije.

Me devolvió la sonrisa.

—Sí, los francotiradores suelen ser gente que habla en voz baja, es cierto. Empiezan así, y su trabajo refuerza esa tendencia. Pero yo no soy así, nunca lo he sido. Cuando estoy en la zona, soy tan sigiloso y mortal como todo el mundo. Pero cuando no estoy en la zona, necesito soltarme el pelo de vez en cuando. Soy así.

Asentí, sorprendido por la simpatía que yo estaba sintiendo.

—Y eso no le gusta a todo el mundo.

Se encogió de hombros.

—Ya lo sabes, la mayoría de militares no se sienten cómodos con los francotiradores. Creen que son asesinos a sangre fría, sicarios, lo que sea. Claro, está bien responder al fuego en un tiroteo durante un minuto, o disparar mortero a alguien que está a kilómetro y medio de distancia, pero ¿moverse por los bosques como un fantasma? ¿Apuntar a tu presa como si fuera un cervatillo? ¿Seguirlo, o esperarlo escondido, y después volarle la tapa de los

sesos con una tranquilidad zen? Deberías oír el modo en que los regulares te ruegan que los ayudes cuando tienen un problema que sólo un francotirador puede solucionar. Entonces eres amigo de todo el mundo. Eso, claro, hasta que les solucionas el problema. Hagan lo que hagan los francotiradores, siempre hacen sentir incómodos a los hipócritas.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—Ya sé que lo sabes. La verdad, compañero, es que en muchos sentidos tú actúas más como un francotirador que yo. No sé qué tal puntería tienes, pero tienes esa actitud tranquila. Y ya sabes lo que es cazar humanos. No tienes ningún problema con eso.

Se produjo un breve instante de silencio, durante el cual pensé en sus palabras. No era la primera vez que era objeto de ese particular alabanza, pero quería escuchar la historia de Dox, no contarle la mía.

Al cabo de un momento, dijo:

—En cualquier caso, sí, los marines regulares me consideraban un psicópata, y los francotiradores, un bicho raro. El hecho de que mis puntuaciones fueran más altas que las tuyas les jodía. Pero todos los francotiradores se estresan durante el entrenamiento. Cuando estás intentando disparar, los instructores te gritan, o ponen muy alto música que saben que odias, o tratan de putearte como pueden. Eso está bien, provoca disparos fallidos y mejoras tu capacidad para enfrentarte al estrés si quieres que tu puntería funcione en el mundo real. Pero ese tipo no paraba, porque nada de la mierda que me hacía me desconcentraba. Finalmente, empezó «accidentalmente» a sacudir mi rifle mientras me gritaba, y a pesar de que sus gritos me importaban una mierda, su golpe en mi rifle, obviamente, fue suficiente para que fallara el disparo. Bueno, la primera vez no dije nada. La segunda vez me puse de pie y me encaré con él, justo lo que el muy cabrón esperaba. Escribió en mi informe de capacidad que tenía problemas con la «gestión de la ira» y que, en su opinión, era «*temperamentalmente inaceptable*» para ser un francotirador. Cuando descubrí aquello, le di una buena paliza.

Asentí, pensando en cómo el oficial Holtzer, un joven entusiasta de la CIA, había jugado conmigo de ese modo en Vietnam, y cómo había probado una reacción igualmente estúpida, aunque satisfactoria. Holtzer se había convertido en jefe de la Delegación de la CIA en Tokio y se había llevado el rencor consigo a la tumba a la que finalmente lo mandé.

—¿Te llevaron ante un tribunal militar?

Negó con la cabeza.

—No. Mucha gente sabía que ese tipo era un capullo, así que alguien tocó algunas teclas y me ahorré todo eso. Pero el informe de capacidad era permanente, y mi carrera no estaba yendo a ninguna parte después de aquello. Al menos hasta que los rusos trataron de invadir Afganistán. El Tío Sam necesitaba a gente deshonrosa como yo, y me lo perdonaron todo.

—Siempre me pareció que querías demostrar algo a los demás —dije.

Sonrió.

—Sí, es cierto. Maté a mucha gente en Afganistán, a tres de ellos desde más de mil metros. No está mal para alguien «temperamentalmente incapacitado», diría yo. Carlos Hathcock habría estado orgulloso.

Carlos Hathcock había sido el francotirador más famoso de todos los tiempos, con noventa y tres víctimas comprobadas en Vietnam, una de ellas a doscientos cincuenta metros con un rifle del calibre cincuenta, y quizá tres veces más sin confirmar.

—¿Sabes?, yo conocí a Hathcock —dije, pensando en lo que Dox acababa de decirme acerca de mi frialdad de francotirador—. En Vietnam, antes de que nadie supiera quién era.

—¿En serio? ¿Lo conociste?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué te dijo?

Me encogí de hombros.

—No mucho. Estaba sentado a solas en una mesa, en un bar de Saigón. El único asiento vacío estaba en su mesa, así que me senté. En realidad, sólo nos presentamos; eso fue todo. Me tomé una cerveza y me marché. No creo que intercambiáramos más de un par de docenas de palabras.

—¿No? ¿No te dijo nada?

Me quedé en silencio un instante, recordando.

—Cuando me fui, me dijo que debería ser francotirador.

—Maldita sea, tío. Te vio el alma. Eso es como si te bendijera el Papa.

No dije nada. Mis informes de capacidad del ejército; las observaciones cargadas de humor negro de mi hermano de sangre, Crazy Jake; ese comentario al despedirnos de Hathcock; ahora, los pensamientos de Dox. Deseé poder aceptar sus opiniones, aceptar lo que soy. Aceptarlo, maldita sea. Deseé poder reconciliarme con eso. Otra gente parecía capaz de hacerlo.

Permanecimos en silencio un rato.

—¿Por qué crees que a Crawley se le ha metido en la cabeza tratar de eliminarme? —pregunté.

—No lo sé. Lo único que le pude sacar al señor Crawley fue esa mierda sobre que te habías vuelto loco y que sólo me podía suministrar los detalles imprescindibles.

—Y tú apenas necesitas saber nada.

Él suspiró simulando abatimiento.

—A pesar de que soy un «*patriota*». Cuando pienso en ello, me siento herido. Bueno, ahí están esos veinticinco de los grandes para levantarme el ánimo si me pongo demasiado triste.

—¿De qué modo supo Crawley cómo contactar contigo, o siquiera quién eras?

Asintió como si estuviera meditando la respuesta.

—Estoy bastante seguro de que el señor Crawley está en realidad al servicio de nuestro actual jefe, en calidad de algo. Si es así, puede que tuviera acceso a mis datos biográficos.

—¿Crees que Kanezaki está implicado? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No puedo evitar pensarlo, ¿no te sucede lo mismo? Seguro que está en medio de mucha mierda para ser un tipo tan joven.

—Aprende rápido.

—Sí, he tenido la misma sensación. Pero te diré una cosa, no creo que esté detrás de esto. Esto lo digo desde mi lado sentimental, lo sé, pero creo que ese chaval no tiene mal corazón.

—¿Cuánto tiempo va a poder seguir de este modo, trabajando con quien trabaja?

—Bueno, eso es todo un interrogante, lo reconozco.

Quedamos en silencio unos segundos.

—¿Puedo llamarte al número que tengo? —pregunté.

—Cuando quieras —dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a hacer algunas llamadas —le dije—. Adivinar qué tiene sentido.

Me dirigió una sonrisa.

—Siempre has sido un tipo cauteloso.

—Es parte de la razón por la que he durado tanto.

—Lo sé. —Lo decía como halago.

Me puse en pie y dejé unos cuantos billetes sobre la mesa. Después extendí la mano.

—Eres un buen hombre, Dox.

Él también se puso en pie y sonrió, en una versión menos luminosa pero más genuina que su sonrisa anterior. Nos dimos la mano.

—Cuídate, ¿me oyes?

Asentí y me marché.

Tras asegurarme de que no me seguían, cogí el tranvía de Peak hasta Victoria Peak, y después recorrí Lugard Road entre sus bosques de bambús y helechos. Encontré un lugar tranquilo y me senté a escuchar a las cigarras. La primera cosa que pensé, como siempre, fue: «Es una trampa».

«*Alguien, quizá Crawley, quizá alguien con quien trabaja, va a por ti.*» Le habían pedido a Dox que se inventara una patraña, sabiendo que en consecuencia yo iría a por Crawley. Directamente a una emboscada.

«*No. Demasiado incierto.*» Nadie podía pensar que Dox sería convincente, no hasta ese punto.

«*Entonces, le dieron a Dox el trabajo real.*» El Plan A consistía en que él aceptaba el encargo y me mataba. El Plan B consistía en que él me lo contaba todo, en cuyo caso yo iba a por Crawley. De vuelta a la emboscada.

«*No. Demasiado incierto.*» ¿Cuándo llegaría hasta Crawley? ¿Dónde? ¿Cómo? Además, Crawley tenía que sentirse tremendamente cómodo para arriesgarse a invitarme a tomar represalias contra él.

«*Dox, o quizá algún otro, tiene sus propias razones para sacar de en medio a Crawley, y está tratando de incitarte a que lo hagas.*»

Valía la pena pensar en esta posibilidad, pero al final me pareció improbable. Dox, a su modo, era un tipo muy directo. Si quería acabar con Crawley, él mismo habría apretado el gatillo. Tendría en mente esa posibilidad, pero en ese caso parecía que la explicación más probable era también la más simple: Dox me estaba diciendo la verdad.

Pero ¿qué debía hacer con aquello? El movimiento más directo consistiría en acudir a Crawley, hacerle unas cuantas preguntas, valerme de mi encanto.

Sin embargo, todavía no. Antes, necesitaba descubrir qué tenía que ver todo aquello con Belghazi. Un objetivo medio árabe, un equipo de sicarios árabes, un oficial de la CIA que trataba de ponerle precio a mi vida: incluso para alguien como yo, que se había granjeado nuevos enemigos recientemente, era difícil pensar que todo aquello era una mera coincidencia. Quería más información antes de actuar, y pensé que Kanezaki podría aportarme una poca.

## Capítulo 8

L

lamé a Tatsu desde una cabina.

—*Nanda?* —oí que decía, un típico saludo cortante. ¿Qué pasa?

—*Hisahibuhiri* —dije, dejando que oyera mi voz. Hace mucho tiempo.

Se produjo una pausa. Él dijo en japonés:

—He estado pensando en ti.

Viniendo de Tatsu, aquello era prácticamente un sentimentalismo.

—No te estarás encariñando de mí, ¿verdad?

Se rió.

—Mis hijas dicen que sí.

—Bueno, quién mejor que ellas para saberlo.

—Me temo que sí. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Bastante. Necesito un favor.

—Dime.

—Te mandaré un mensaje —dije, en referencia a nuestro tablón de anuncios electrónico.

Se produjo una pausa, tras la cual dijo:

—¿Te veré?

—Eso espero.

Otra pausa.

—*Jaa* —dijo. Muy bien.

—Cuídate, viejo amigo.

—*Otagai ni na* —dijo. Igualmente.

Subí el mensaje desde un cibercafé. Después me encaminé hacia el Aeropuerto Internacional de Hong Kong. Cogí un vuelo a Seúl y desde allí al Narita Internacional de Tokio. Así, aquella misma noche, ligeramente aturrido, estaba de vuelta en Japón.

Desde Narita, cogí un tren hasta la estación de Tokio, de donde salí para encontrar a mi vieja ciudad acurrucada contra el tiempo característicamente frío y lluvioso de otoño. Me quedé bajo el techo del pórtico de la entrada de la estación de Marunouchi y contemplé la escena. Olas de paraguas negros cabeceaban ante mí. Hojas húmedas eran aplastadas contra el pavimento por

los neumáticos de los coches y las suelas de los zapatos de descuidados transeúntes, por el peso de toda la metrópoli indiferente.

Observé un largo rato. Después me di la vuelta y volví a desaparecer en la estación, aplastado por una sensación de invisibilidad completamente diferente a la que había tratado de cultivar mientras vivía allí.

Compré un paraguas barato por la desmesurada cantidad de mil yenes y cogí un tren de la línea Yamanote hacia Nishi-Nippori, donde me registré en un anónimo hotel de negocios, uno de las docenas que hay en esa parte de Sotomachi, la maltrecha pero siempre inquebrantable ciudad baja de la vieja Edo. Con las luces apagadas, podría haber estado en cualquier parte. Y sin embargo, era plenamente consciente de que estaba en Japón, en Tokio.

Dormí mal y, cuando me desperté, me encontré con un día gris y lluvioso. Me encaminé hacia Sengoku, donde había vivido muchos años antes de que Holtzer me jodiera y tuviera que marcharme en busca de un clima un poco más anónimo.

Junto a la estación de Sengoku, descubrí que las facciones de una zona que recordaba con cierto cariño habían sido borradas. En su lugar, había ahora un McDonald's en una esquina, un Denny's en la otra. Había una parafarmacia de una cadena, una tienda veinticuatro horas de otra cadena, y otras cadenas; todas pensadas, sin duda, para ofrecer más opciones donde elegir, una experiencia compradora más placentera, más eficiente. Las implacables maquinarias del progreso de la ciudad estaban en marcha, como la homogénea expresión de un inconsciente colectivo cada vez más senil.

Me recordé que lo único que tenía de Sengoku eran recuerdos. El vecindario en sí era la ruina de otro.

Abrí mi paraguas, crucé la calle y caminé hasta llegar a mi antiguo apartamento. Y allí, lejos de la nueva y hortera fachada de la estación, me sorprendió encontrar que todo era exactamente como lo recordaba: los jardines con sus plantas cuidadosamente dispuestas, los muros de piedra cubiertos con matas de suave musgo, los edificios de vieja madera y techos de baldosas que se erigían con dignidad y determinación entre sus primos más jóvenes de ladrillo y metal. Las bicicletas de los niños seguían apoyadas junto a las puertas; los paraguas goteaban como siempre en los paragüeros de pequeñas tiendas. Observé que la periferia había cambiado, pero el corazón seguía siendo tozudamente el mismo.

Me reí. Lo que acababa de ver en la estación me había parecido decepcionante, pero también me había dado una sensación un tanto reparadora de superioridad. Lo que había encontrado después me había

parecido un alivio, pero llevaba consigo una profunda sensación de insignificancia. Porque comprendí ahora que en Sengoku la vida... había continuado. El vecindario no se había visto perturbado por mi marcha, al igual que no se había dado cuenta de mi presencia. Cuando vivía allí, me percaté, había osado pensar que quizá aquél era el lugar al que yo pertenecía, que en cierto sentido el hecho de que yo viviera allí importaba. Ahora me daba cuenta de que esos pensamientos habían sido, a su modo, narcisistas. Sin duda eran equivocados.

Pensé en Midori, en lo que había dicho de *mono no aware*, lo que ella había llamado la «tristeza de ser humano», y deseé, por un segundo, poder hablar con ella.

Di un último vistazo, tratando de recuperar la vida que había llevado allí. Había una sensación que permanecía, sin duda, algo insustancial que expresaba su deseo de tener un cuerpo en forma de una serie de largos suspiros, pero nada que pudiera realmente capturar. El interior de la ciudad era el mismo, sí, y sin embargo estaba imbuido del injusto peso de mis recuerdos; todo parecía ahora inquietantemente cambiado. Yo ya no era de allí, y me sentía como una aparición, algo sobrenatural que había hecho bien en marcharse y cometido una estupidez al regresar.

Regresé a la estación y llamé a Kanezaki desde una cabina.

—Iba a subirme algo para ti —dije.

—Bien. ¿Dónde estás?

—En Tokio.

—¿En qué parte?

Se produjo una pausa, tras la cual él dijo:

—¿Estás aquí?

—Sí. ¿Dónde estás tú?

—En la embajada.

—Bien. Ve a la estación de Sengoku dentro de treinta minutos. Coge la línea Mita desde Uchisaiwaicho.

—Sé cómo llegar allí.

Sonreí.

—Camina por el lado oeste de Hakusan-dori, hacia Sugamo. Cuando llegues a la estación de Sugamo, gira y regresa. Repite el proceso si es necesario.

—Muy bien.

—Ven solo. No rompas las reglas. —No hubo necesidad de mencionar las consecuencias de lo contrario.

Esperé en Hakusan-dori al nordeste de la estación de Sengoku, sosteniendo el paraguas a poca altura para ocultar mis rasgos, preparado para perderme por el caos de callejones y calles que había a mi espalda si algo salía mal o Kanezaki violaba las reglas que yo había establecido.

Veinticinco minutos después, salió a la acera y empezó a caminar hacia mí. Parecía ir solo. Cuando estuvo a mi altura, lo llamé. Él miró. Le hice el gesto de que cruzara la calle y me aseguré de que nadie realizara el mismo movimiento tras él.

Durante la media hora siguiente, seguimos caminando, cogimos el metro y un taxi. El detector de micrófonos de Harry seguía en silencio. Acabé la carrera en un lugar llamado Ben's Café, en Takadanobaba, en el relativamente tranquilo nordeste de la ciudad.

Cruzamos el enrejado cubierto de hiedra y la modesta señal exterior. Kanezaki respiró hondo al cruzar la puerta.

—Maldita sea, huele bien aquí —dijo.

Asentí con la cabeza. A mi entender, hay pocos olores tan acogedores como el aroma de la preparación reverencial del café acumulado a lo largo de los años.

—Ya sabes que si alguien descubre tu adicción al café y las cafeterías —dijo mientras nos sentábamos en una de las pequeñas mesas de madera—, probablemente podrá seguirte.

—Probablemente. Asumiendo que tenga recursos suficientes para cubrir las casi mil que me gustan en Tokio.

En realidad, Ben's era una de mis favoritas, y me alegraba estar de vuelta. El lugar tenía el ambiente de una cafetería de una ciudad universitaria, cosa que era en parte, dada su proximidad con la Universidad de Waseda y algunas facultades más pequeñas de la zona. Tiene ese aire tranquilo, el murmullo de las risas y la conversación que siempre acompaña a una música ambiente puesta al volumen perfecto, relajante; los eclécticos clientes habituales, en este caso japoneses y extranjeros, vecinos del barrio, así como visitantes de lugares más distantes de la ciudad; el atestado tablón de anuncios comunitario que anuncia grupos de apoyo y de teatro y lecturas de poesía. Pequeño, pero no agobiante; elegante, pero no engreído; acogedor, pero no totalmente casero. Ben's seguramente merecería la calificación de Remanso Metropolitano si el gobierno decidiera conceder esa designación a los refugios contra el bullicio.

Pedimos el café de la casa, una mezcla de granos brasileños y guatemaltecos tostados por la mañana. No perdimos más el tiempo con

rodeos.

—¿Qué tienes para mí? —le pregunté.

—Esta vez, mucho.

—Bien.

—Para empezar, la mujer. Echa un vistazo a esto. En dos ocasiones anteriores, un agente considerado parte de la infraestructura terrorista, de finanzas y logística, no un soldado de a pie, fue visto con una atractiva rubia. En ambos casos, dos meses después del avistamiento, encontraron al tipo en cuestión muerto de un balazo.

Lo miré.

—¿Por qué no me lo dijiste la primera vez?

—Esta información no está incluida en ningún índice. No puedo buscar en los archivos «rubia atractiva y terrorista dedicada a la infraestructura», ¿de acuerdo? Me encontré con estos hechos al viejo estilo, leyendo muchos ficheros muy gruesos; lo cual requiere tiempo.

Eso era cierto.

—De acuerdo.

—No tenemos nada más sobre esa mujer. Ni un nombre, nada. Nadie ha establecido una relación antes, y yo probablemente no lo habría hecho si no me hubieras indicado en qué dirección mirar.

Mi rostro no traicionó nada, pero pensé: «Esto es lo que Delilah se temía».

—¿Y? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Bueno, no creo que la presencia de esa mujer en la vida de dos, y probablemente tres, tipos dedicados a la infraestructura asesinados al cabo de poco tiempo sea una coincidencia. Creo que trabaja para alguien cazando a esos tipos.

—¿Uno de los Ángeles de Charlie?

Soltó una risotada.

—Más bien un Ángel de la Muerte.

—No lo parece.

Me miró fijamente y me di cuenta de que había protestado demasiado.

—Quizá —dijo—. Pero todos los tipos con los que fue vista fueron asesinados mientras viajaban, no en puntos como sus casas o en compañía de socios conocidos. Uno, mientras pasaba por Viena; el otro, de vacaciones en Belize. Eso significa que alguien los seguía, que seguía sus movimientos. Que los seguía de cerca.

Me encogí de hombros.

—Pudo ser la mujer, pero hay otras formas de cazar a un objetivo en movimiento. No te fue necesario acostarte con Belghazi para decirme dónde podía encontrarlo.

Aquello parecía razonable, pero creí que él se daba cuenta de que estaba llevándole la contraria, y que sospechaba por qué. Tenía que detener esa mierda.

Kanezaki cogió su café y lo miró por un instante. Después dijo:

—Hay más. Ambos tipos murieron de un solo disparo del calibre veintidós en un ojo. Y las víctimas fueron disparadas de cerca, es un disparo impresionante. El hombre que apretó el gatillo tenía la confianza necesaria para utilizar algo con poca capacidad de penetración, porque sabe que puede poner la bala donde es necesario para hacer el trabajo.

«El hombre. Interesante.»

—¿La mujer no es la asesina? —pregunté.

—No lo creo. Creo que es la perseguidora. Es como un topo muy especializado. Es investigada por el objetivo, supera la prueba y entra. El objetivo sigue tomando precauciones, por supuesto, y considera que está a salvo. Pero hay una falla en su seguridad, y se está acostando con ella. Entonces, cuando la mujer considera que ha llegado el momento adecuado, hace una llamada telefónica. Esa noche, el tipo con el que está recibe un balazo. Ella no está allí cuando sucede, y desaparece después. Nadie sabe que ha estado implicada.

Le di un sorbo al café.

—En una ocasión leí un artículo sobre accidentes de coche sin explicación aparente. Parece que un significativo porcentaje de las desgracias automovilísticas se clasifican como «causas desconocidas». A la luz del día, con mucho sol, un tipo coge el coche y se muere. Muchas veces, cuando esto sucede, resulta que las ventanillas estaban bajadas. Así que una teoría es que el tipo está conduciendo, escuchando la radio, disfrutando del hermoso día, y una abeja se mete en el coche. El tipo se pone nervioso, trata de apartar la abeja, se distrae, ¡*bum!* La abeja se marcha volando. «Causas desconocidas». Creo que eso es lo que tenemos en este caso.

—¿Para quién está trabajando, pues?

—No lo sé. Hay muchas posibilidades, porque esos tipos tienen muchos enemigos. Podría ser un competidor en su negocio, alguien que obtiene contratos de armas o transacciones económicas y quiere conseguir mejor acceso al panal. Podrían ser los franceses, tienen los dedos metidos en todas

partes y uno nunca sabe qué diablos están haciendo o por qué. Pero a mí me parece que es una operación israelí.

Asentí con la cabeza. Su intuición me gustó tan poco como me impresionó. Una cosa era que yo tuviera idea de quién era Delilah, con quién estaba. Podía utilizar esa información como quisiera, podía controlar la situación. Otra cosa era que la CIA se interesara.

—¿Por qué? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Porque los israelíes tienen los motivos más constantes e inmediatos para deteriorar las infraestructuras y siempre están intentando hacerlo, como pueden. Porque a los equipos de asesinos israelíes les gusta trabajar con veintidós: son pequeñas, se pueden esconder y son relativamente silenciosas. Y porque el pistolero es bueno. Al igual que la mujer. Los tipos que está siguiendo y eliminando no son pesos ligeros, así que si está haciendo lo que creo que está haciendo, debe de ser muy buena. Calidad Mossad.

—¿Crees que es del Mossad?

Asintió.

—Creo que es parte de la rama Colecciones. Colecciones hace el análisis y la evaluación del objetivo una vez un comité ha decidido el golpe. Los especialistas, llamados Kidon o Bayonetas, que forman parte de la unidad especial Metsada, son los que aprietan realmente el gatillo. Vista la repartición del trabajo, diría que todo esto huele a israelí. ¿Has vuelto a verla?

—No —dije reflexivamente.

Se detuvo un instante y después dijo:

—Esperaba que lo hubieras hecho. No es imposible que haya estado detrás de los que te atacaron en Hong Kong.

Por raro que pudiera parecer, aquella posibilidad parecía menos probable salida de Kanezaki que cuando yo me debatía con ella.

—Eran árabes —dije.

—El Mossad utiliza facciones árabes constantemente. Banderas falsas. Pero de todos modos, no estoy seguro de que sea israelí. Ya te lo he dicho, podría estar trabajando para una facción. O podría andar por libre. —Sonrió—. Ya conoces a esos que van por libre, trabajan para cualquiera.

—Incluso para la CIA —dije, sin devolverle la sonrisa.

—Eso es cierto. Pero ella no es de los nuestros. Lo sabría.

—Yo no sobreestimaría lo que sabes acerca de lo que está haciendo tu organización. Vuestro lema podría ser: «No te preocupes, nuestra mano derecha no tiene ni idea de lo que hace la izquierda».

Soltó una risotada.

—Eso es cierto a veces.

Permanecimos en silencio un momento.

No quería que pensara que estaba protegiendo a Delilah. No quería que pensara que tenía motivaciones personales. A juzgar por mi experiencia, darle información emocional a la CIA era como darle un atizador ardiendo a un sádico. Era mejor que pensara que mis intentos de rebajar la importancia de la mujer estaban motivados por otra cosa.

—De todos modos, no creo que la mujer sea tan importante como pensé en un principio —comenté—. Sólo la vi una vez. Probablemente no es la que encontraste en tus ficheros. Estoy seguro de que podría enfrentarme a Belghazi sin problemas.

Alzó una ceja.

—¿Te preocupa que si creemos que otra persona va a eliminar a Belghazi, te quitemos el caso?

Podría haber sonreído. Era bueno, mucho mejor que cuando lo había conocido, pero se había tragado el farol que me había marcado.

Fruncí el ceño, sobreactuando ligeramente para convencerle de que sus sospechas estaban en lo cierto, para que recordara la impresión. Simulando ignorar la pregunta por enojo, dije:

—Quiero oír lo que sepas acerca del equipo que me siguió.

Se quedó callado durante un largo rato. Después dijo:

—Muy bien. Seré franco contigo. Creo que hay una filtración procedente de los nuestros. Pero no quiero decir más hasta poder dar con ella.

Me estaba llevando esa impresión de él, la impresión de «este tipo es un agente, puedo manejarlo como me enseñaron en la Granja, engatusarlo y llevarlo a donde más me conviene».

Lo miré un largo rato, permitiéndole sentir la frialdad de mi mirada.

—«Seré franco contigo» —repetí, pronunciándolo lentamente—. Nunca me ha gustado esa frase. Para mí siempre significa: «Hasta ahora no he parado de decirte mentiras».

—No, significa: «Hasta ahora, he estado con buen criterio ocultándote algo».

—Si crees que puedo apreciar la diferencia, debes aceptar que soy capaz de las sutilezas propias de la CIA —le dije, sin apartar la mirada de él.

El tono de su piel se oscureció. Estaba recordando a su guardia de seguridad, al que yo le había roto el cuello.

—Mira —dijo, alzando las manos con las palmas hacia delante—. Te he visto actuar precipitadamente antes, ¿de acuerdo? Puedes ser muy directo, y te admiro por ello, ésa es la razón por la que eres tan bueno con lo que haces. Pero si te digo algo de un modo mal concebido que acaba siendo falso y tú actúas a partir de eso, va a haber importantes repercusiones para todos los implicados.

No dije nada. Mi expresión no cambió.

—Además —prosiguió, y su necesidad de seguir hablando me ratificó que su incomodidad era creciente—, no es que tú hayas sido totalmente limpio conmigo. ¿Esperas que me crea que no has vuelto a ver a la mujer? No me lo trago. Quienquiera que sea, la que está en mi fichero u otra, no viajó a Macao con Belghazi para hacer un papel de actriz secundaria. La confianza tiene que ser recíproca, ¿de acuerdo?

Quizá había estado equivocado un momento antes al creer que él seguía siendo un poco inexperto. Era perspicaz, cada vez más. Había errado al subestimarlo.

Pero le daría una amistosa palmada en la espalda más tarde. Por el momento, necesitaba seguir ejerciendo presión.

—¿Acaso tuviste un maldito escuadrón de la muerte pisándote los talones la semana pasada, Kanezaki? —pregunté, con la mirada todavía fría y directa. Como no respondió, dije—: No, no lo creo. Bueno, pues yo sí, por culpa de un trabajo para el que tú me contrataste. Así que ya basta de «el amor es cosa de dos» ahora mismo, o voy a llegar a la conclusión de que has estado ocultándome cosas.

Se produjo una larga pausa. Después Kanezaki dijo:

—Muy bien. Belghazi es parte de una lista. Una lista de objetivos. Obviamente, no se llama «*lista de objetivos*». Ni siquiera después del Once de Septiembre, nadie utilizaría una descripción como ésa.

Alcé las cejas, pensando que quizá los genios que habían bautizado un programa de espionaje de correos electrónicos como «*Carnívoro*» habían hecho un cursillo de mercadotecnia.

Le dio un sorbo a su café.

—La lista se llama oficialmente «*Matriz de amenaza terrorista internacional*», o ITTM. Extraoficialmente, se la llama simplemente «*la lista*». Fue creada y es constantemente actualizada por la Agencia, de acuerdo con nuestra competencia como centro de intercambio de información de todas las agencias de inteligencia. Tiene por fin identificar a los actores principales de

la infraestructura terrorista internacional. Es como la Lista de Más Buscados del FBI, pero más amplia; un «Quién es quién».

—¿Todavía estás siendo «franco» conmigo? —pregunté.

Dejó su café sobre la mesa y miró a izquierda y derecha, como si buscara las palabras.

—Mira, de eso es de lo que te estoy hablando, de tu tendencia a precipitarte —dijo—. ¿Me dejas terminar? Porque estoy tratando de decirte lo que necesitas saber.

Era una justa reprimenda. No dije nada, y, después de un momento, él prosiguió:

—La lista existía antes del Once de Septiembre —dijo—, pero ha sido sustancialmente revisada y ampliada desde entonces. Y desde entonces, también se ha convertido en una lista de objetivos, una lista cuya existencia puede desmentirse, porque en realidad es sólo un esquema y hace mucho tiempo que circula de un modo u otro. Así que nadie tuvo que preocuparse de dar la orden de crear una lista nueva que pudiera servir como fascinante testimonio ante un hipócrita comité del Congreso.

—Una lista de objetivos que no es una lista de objetivos.

—Exactamente. —Respiró profundamente—. Hace unos días, recibí la visita de un tipo que trabaja en otra división de la Agencia.

—¿Crawley? —le pregunté, mirándolo fijamente.

Sus ojos se abrieron como platos y él se estremeció sólo un poco, no lo suficiente para hacerme pensar que estaba creando deliberadamente una respuesta para mí. Y se sonrojó, una reacción todavía más involuntaria. Pasaron dos segundos. Después dijo:

—Mira, no importa quién fuera. Ahorrémonos los nombres, ¿de acuerdo?

—Claro —dije, permitiéndoselo por un momento. Su respuesta había sido tan elocuente como esperaba.

—Esa persona... quería ver la lista, lo cual es extraño.

—¿Extraño, por qué? —pregunté.

—En primer lugar, nadie quiere ver la lista. La gente clave sabe que existe, por supuesto, pero no quiere saber más que eso. Quiere tener la posibilidad de negar ese conocimiento llegado el momento. Ya sabes: «Oh, ¿la ITTM? Sí, me suena que en una ocasión oí algo acerca de un "Quién es quién" o algo parecido...».

Cogió su café y le dio otro sorbo.

—La petición de ese tipo, por supuesto, era ajena a los canales oficiales. Sólo una llamada telefónica para acordar una reunión, y después una visita

personal a la embajada en Tokio. Sin rastro documental. Lo cual me indica que se estaba andando con cuidado.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Al principio pensé en la lista. Quería poder negar la reunión si era necesario o, en caso de no ser eso, poder caracterizarla de acuerdo con sus «mejores recuerdos»; lo cual, si te has dado cuenta en todo lo que concierne a las peticiones oficiales, nunca es especialmente bueno.

—¿Por qué has dicho «*al principio*»?

—Me hizo muchas preguntas genéricas, pero vi que la mayor parte de ellas habían sido pensadas para ocultar su verdadero interés.

—¿Que era?

—En primer lugar, si Belghazi estaba en la lista. En segundo, si habíamos mandado a alguien a Macao para acabar con él.

Pensé un momento.

—¿Por qué no me contaste esto antes? Has dicho que esa visita tuvo lugar hace unos días.

—No creía que eso fuera algo que pudiera afectarte. Creía que era sólo la habitual pelea burocrática. Ese tipo forma parte de una división que podía reclamar su responsabilidad sobre Belghazi, de modo que me figuré que habían descubierto que otra división podía estar operando contra él. En el peor de los casos, quizá podían quejarse al subdirector: «Eh, Kanezaki está jugando con nuestra pelota», o algo así. No esperaba que sucediera algo parecido a lo que ha sucedido, ¿de acuerdo?

—¿De qué división estamos hablando?

Hizo una pausa y después dijo:

—La División Oriente Medio.

—¿Qué le respondiste a esas preguntas?

—Que tenía entendido que el acceso a la lista lo concede el Centro Antiterrorista, y que debía acudir a ellos. Por lo que respecta a si estábamos operando contra Belghazi o cualquier otro, en Macao o en cualquier otra parte, esa información también debía obtenerse del Centro Antiterrorista.

—¿Cómo reaccionó?

Se encogió de hombros.

—Bueno, se cabreó, pero ¿qué podía hacer si no?

—¿Qué hizo?

—Creo que se puso en contacto con el Centro Antiterrorista.

—¿Le dieron lo que quería?

—Quizá. Es un tipo muy insistente. Si se quejó por estar excluido de la información relativa a Belghazi, puede que le dieran la información para tranquilizarlo, para hinchar su ego.

—Entonces, ¿por qué no acudió al Centro en primera instancia?

—Creo que por dos razones. En primer lugar, porque quería tratar con la persona de menor rango que pensara que podía darle lo que quería: máxima intimidación, máxima discreción, máxima capacidad de negación.

—¿En segundo lugar?

—En segundo lugar, porque yo soy el responsable de coordinar determinados aspectos de la lista en lo que concierne a Asia. Hong Kong y Macao son parte de mi ámbito. Y, como te he dicho, parece que tenía Macao en mente.

—¿Lo que significa?

—Lo que significa que algo ha sucedido en Macao recientemente que le ha llamado la atención. Quizá algo como que un tipo de nacionalidad francesa que resulta ser un contratista independiente fue hallado muerto allí con el cuello roto; cosa por la que preguntó específicamente.

—Sí, algo me habías dicho de eso. ¿El tipo era un contratista?

—Te lo acabo de decir —dijo, mirándome.

Estaba dándose cuenta del lugar hacia el que yo lo llevaba. Era listo.

Sonreí.

—¿Qué quería saber tu amigo acerca del contratista?

—Si estaba en nuestra nómina.

—¿Lo estaba?

—No.

Lo miré. No supe si estaba mintiendo. Por el momento.

—¿Para quién trabajaba el contratista, si no lo hacía para ti?

—No lo sé.

—¿Qué crees?

Se encogió de hombros.

—¿Qué más me da? Mis corazonadas, como por ejemplo las que tengo acerca de la mujer, son normalmente equivocadas.

Me reí.

—Es verdad —dije—. Pero a mí me resultan divertidas de todos modos.

Sonrió, al parecer tras darse cuenta de que lo más inteligente era no permitirme que le tomara el pelo.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. Y hay muchas otras cosas que no sé. Estoy especulando para completar las lagunas. Creo que lo que sucedió es

que la gente de Belghazi supo de la muerte del tipo francés y se asustó. ¿Quién era? ¿Podría haber ido a por Belghazi? ¿Quién lo contrató? Belghazi es un paranoico profesional. Ya conoces a esa clase de gente. Estoy seguro de que lo habría investigado.

—¿Estás diciendo que existe alguna conexión entre Belghazi y el tipo de la Agencia que te visitó hace poco?

Se quedó en silencio un rato y después dijo:

—Déjame que te cuente acerca de esos números de teléfono que me diste.

—Muy bien.

—En primer lugar, el móvil que cogiste opera con contrato de Saudi Telecom, aunque el titular es una obvia tapadera empresarial que no nos ha llevado a ninguna parte. En segundo lugar, quienquiera que lo estuviera utilizando llamó repetidamente a un tal Khalid bin Mahfouz, que es un general de la inteligencia saudí, Mahfouz se relaciona con miembros clave de algunos grupos financiados por los saudís: Hamas, Yihad Islámica, Hezbollah. Mahfouz controla la financiación de estos grupos, así que si les pide un favor, como por ejemplo mano de obra para un trabajo anónimo en un lugar remoto, obtiene lo que quiere.

—¿Está Mahfouz en la lista?

—Lo siento, pero aparte de lo que tengo que contarte, no tienes por qué saber quién está o no en la lista.

—Entonces dime cómo nos lleva eso a Belghazi.

—Belghazi se asegura de que Mahfouz reciba una comisión de todas las armas que vende. Así que si Belghazi tiene un problema, llama a Mahfouz. Belghazi reparte mucha pasta. Puede pedir muchos favores.

—Todo muy interesante —dije—. Pero por el momento, las conexiones que me ofreces me parecen un poco débiles.

—Sé que son débiles. No tengo todas las respuestas, pero lo estoy intentando, ¿de acuerdo? Y te estoy diciendo cosas que probablemente no debería contarte, en parte porque te lo debo después de lo que pasó en Hong Kong y Macao, en parte porque me preocupa que, si no te satisface lo que te transmito, vas a hacer algo injustificado, posiblemente conmigo.

—Muy bien, pues sigue.

Exhaló audiblemente, hinchando un poco las mejillas.

—Sabes que, a mediados de 2002, se filtró a la prensa que la semioficial Junta de Política de Defensa, que sugiere medidas políticas al Pentágono, había escrito un informe según el cual *«los saudís están activos en todos los niveles de la cadena del terror, desde la planificación hasta la financiación,*

*desde los cuadros hasta los soldados de a pie, desde el ideólogo hasta los simpatizantes».* El secretario de Estado se movilizó en cosa de horas para desmentir el informe y distanciarlo de los supuestos puntos de vista de la administración Bush. Después, el verano pasado, Bush ordenó que se corrigieran veintiocho páginas de un informe del Congreso sobre el Once de Septiembre, en teoría para proteger la seguridad nacional, en realidad porque las partes corregidas incluían detalles sobre la financiación saudí a grupos terroristas.

—¿Una conspiración? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Una conspiración de silencio, más bien. Todo el mundo en Washington sabe qué está pasando, pero sacarlo a la luz es tan incómodo como una conversación familiar sobre el incesto. Pero la falta de discusión no hace que sea menos omnipresente.

Dio un sorbo de café.

—Eso es lo que quiero saber. Primero: alguien en la División Oriente Medio está muy preocupado porque Belghazi pueda estar en la lista, y porque podamos haber mandado a alguien a por él a Macao. Segundo: poco después de que el tipo de la División Oriente Medio me visitara, seis saudís se presentan en Macao y Hong Kong y tratan de eliminarte. Tercero; los seis saudís se pueden conectar con Belghazi a través de Mahfouz. Cuarto: hay elementos en el gobierno de Estados Unidos que tratan de proteger a los saudís.

Nos quedamos en silencio un instante.

—Entonces la especulación —dije— es que Crawley, perdona, el tipo de la División Oriente Medio, descubre mis actividades y advierte a Belghazi, que se pone en contacto con Mahfouz para pedirle ayuda, y éste manda al equipo saudí.

—Sí.

Pensé en ello. Si los hechos eran ciertos, la especulación era razonable. Pero no me sentía del todo satisfecho con la manera en que Kanezaki me lo había presentado. Me había dado algunas jugosas golosinas, después se había interrumpido para que yo llegara a mis propias conclusiones. Lo imaginé tomando notas diligentemente en un curso sobre *«Cómo sacarle partido a tus bazas»* en Langley: *«Que el sujeto llegue a sus propias conclusiones... Las conclusiones a las que llegamos nosotros siempre son más convincentes que las propuestas por otra persona...».*

—¿Cómo llegó Belghazi a la lista? —pregunté—. Varios personajes importantes en la Agencia parecen poco entusiasmados de verlo allí.

Se encogió de hombros.

—Como has dicho, hay ocasiones en que la mano derecha no sabe lo que está haciendo la izquierda. Y como yo he dicho, hay mucha gente que no quiere saber de la lista más de lo necesario. Además, el acceso es duramente controlado por el CAT en todos los casos. La buena noticia es que al estar relativamente oculta, la lista es uno de los pocos elementos de inteligencia que no se ha visto distorsionado por la política y la corrupción. La mala noticia es que a falta del consenso habitual, puede ofender a alguna gente.

Le di un sorbo a mi café y pensé.

—Si Crawley descubrió que Belghazi estaba en la lista y le preocupó, ¿por qué no se limitó a borrarlo?

Esta vez ni siquiera reaccionó cuando mencioné el nombre.

—No estoy seguro, pero probablemente no quiere llamar demasiado la atención hacia su persona o sus motivos, cualesquiera que sean. Belghazi es el rey de la infraestructura terrorista. Es fácil guiñar el ojo, asentir y soltar un montón de mierda sobre las «*relaciones recíprocas*» y la «*seguridad nacional*» para sugerir que no se debería añadir el nombre de una persona en concreto a la lista, que podría haber repercusiones si se incluye. Pero es mucho más difícil explicar por qué quieres borrar un nombre determinado. Tendrías que dar muchas explicaciones. Y la gente lo recordaría después.

—Así que crees que el equipo de Hong Kong procedía de Belghazi.

Se produjo una pausa, tras la cual dijo:

—Creo que hay dos posibilidades. Una es que la mujer te reconoció como un agente y no quiso que interfirieras con lo que esté haciendo, o sea que ella está detrás de eso. La segunda posibilidad es que Belghazi vaya a por ti y que el equipo de Hong Kong lo hubiera enviado él. Pero Belghazi parece el más probable de los dos. No creo que todas esas llamadas telefónicas, o la conexión Belghazi-Mahfouz, sean una coincidencia.

Su análisis de la situación se parecía bastante al mío. Me pregunté si sabía más de lo que decía. En cualquier caso, no lo veía detrás del equipo Hong Kong / Macao. Desde que me había puesto en contacto con él en Río, habría tenido oportunidades mucho mejores para eliminarme si es que eso era lo que se proponía.

—¿Todavía estáis siguiendo a Belghazi? —pregunté.

—Por supuesto.

—¿Dónde está?

—Sigue en Macao.

Lo miré.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Digamos que hay un teléfono por satélite que Belghazi cree que está limpio pero no lo está. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no me parece que tenga sentido que siga en Macao. ¿Por qué crees que sigue allí?

Se encogió de hombros.

—Ya hemos hablado de eso. Tiene negocios en la zona y le gusta jugar. Intuíamos que pasaría mucho tiempo en los casinos. Siempre lo hace.

Asentí con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que sigue ahí para jugar? Estamos hablando de un tipo que descubre que lo han seguido hasta Macao, que han mandado a uno o dos contratistas a por él; está tan preocupado por esa cadena de acontecimientos que llama para pedir un favor en forma de un equipo de seis saudís para eliminar la amenaza, el equipo es eliminado y la amenaza sigue allí, ¿y me estás diciendo que sigue en Macao porque no quiere interrumpir sus vacaciones?

Me miró y se le sonrojaron las mejillas. Después de un largo rato, dijo:

—Tienes razón. Ha sido una estupidez por mi parte no cambiar mi interpretación de su comportamiento a la luz de los hechos posteriores. Es cierto. Déjame pensar un minuto.

—Puedes pensar cuando estés a solas. Si quieres que continúe con esta operación, tienes que compartir la información conmigo, no pasar más tiempo meditando en soledad.

Se sonrojó todavía más y sentí un raro atisbo de comprensión. El tipo se estaba esforzando. Tratar a personajes como Dox o yo tenía que ser duro para cualquiera, no digamos ya para alguien tan joven como Kanezaki. Todavía no era tan bueno como quería, y eso le irritaba. Pero lo acabaría siendo.

—Está bien —dijo—. ¿Qué quieres saber que todavía no te haya dicho?

—Primero, quiero saber cosas acerca de Crawley. Quiero conocer qué interés tiene en esto para entender si, por qué y cómo está relacionado con Belghazi.

—No lo sé —dijo, de nuevo sin molestarse en discutirme el nombre—. Voy a tratar de descubrirlo.

«Yo también —pensé con la mente puesta en las fotografías digitales que Dox me había mostrado—. Y estoy seguro de que conseguiré más

*información que tú.»*

—Hazlo —dije—. Ahora, hablemos de Belghazi. Al principio me dijiste que estaba en el Sudeste Asiático para mejorar su red de distribución, que Macao era sólo para jugar, que no tenía nada que ver con el objetivo real de este viaje.

Asintió.

—Parece ser que eso era correcto.

—Lo es. Así que la pregunta es: ¿por qué Macao?

Se frotó la barbilla.

—Bueno, tiene buenas instalaciones portuarias; cerca de Hong Kong, por supuesto. Así que es un posible punto de cambio de transporte para las armas que vende a Jamaah Islamiah, Abu Sayyaf y otros grupos fundamentalistas de la región.

—Pero hay otros puertos en la zona: Macao, Singapur, Manila...

—Cierto, pero Hong Kong es el de mayor tráfico. El de mayor tráfico del mundo, en realidad.

—¿Y?

—Si estás tratando de ocultar algo, de hacerlo pasar desapercibido, lo mandas por un puerto que gestiona, pongamos, dieciséis millones de contenedores al año. Una aguja en un pajar. Además, esos tipos han aprendido a no confiar demasiado en ninguna instalación en concreto. Hacen envíos pequeños y dispersos. Entonces, aunque un envío sea interceptado, el resultado de la operación puede seguir siendo positivo. Y además, la distribución en pequeños envíos hace mucho más difícil cerrar el grifo, o incluso calcular con precisión su verdadero tamaño. Y Belghazi ha viajado un poco, ya lo sabes. Hemos interceptado llamadas desde Kuala Lumpur y Bangkok.

—Sí, sé que se marchó de Macao —dije, recordando que Delilah me había dicho que tenía reuniones en la región. Pensé por un momento, preguntándome si eso me ofrecía una oportunidad—. ¿Podéis seguirlo de cerca en esas otras ciudades? —pregunté.

—Tan de cerca como en Macao. Es decir, no mucho. Sólo podemos ubicar su localización mientras habla por teléfono, y tiene la costumbre de hablar poco. Una vez ha colgado, sólo sabemos desde dónde se hizo la llamada.

Asentí, percatándome de que nada de eso sería suficiente para mí si las visitas de Belghazi por la región eran breves. Mi mayor oportunidad seguía

siendo Macao, donde parecía estar sucediendo algo especial, y donde ya me había familiarizado con el terreno local.

Kanezaki dijo:

—Quizá está en Macao por las mismas razones de infraestructura que lo han llevado a los demás lugares.

—Quizá, pero el caso es que si Macao fuera sólo uno de los varios lugares de distribución para él, no estaría allí ahora. El beneficio no merecería tanto riesgo, porque él sabe que lo han seguido hasta allí. ¿Por qué? ¿Más reuniones allí, como las que ha tenido en los demás lugares?

Negó con la cabeza.

—Quizá, pero no lo creo. El Sudeste Asiático es grande para él ahora gracias a grupos como Jamaah Islamiah. En Macao no hay cosas así. Los contactos, y del mismo modo las reuniones, deben de ser en otras partes.

—Algo está pasando allí. Si logras descubrir lo que es, qué está haciendo en realidad, con quién se está reuniendo, yo tendré muchas más posibilidades de acercarme a él de nuevo.

—Lo comprendo.

Asentí lentamente y después lo miré. O, mejor dicho, miré a través de él, como si fuera de algún modo inmaterial, una cosa que sólo me importaba un poco, algo que podía abandonar o apagar con la misma facilidad con que podía apretar un interruptor.

—Kanezaki, espero que nada de lo que me has dicho hoy sea falso —dije. Me miró manteniendo la tranquilidad.

—Los hechos son ciertos —dijo—. Las especulaciones son sólo eso. Recuerda la diferencia antes de precipitarte conmigo, ¿de acuerdo?

Volví a asentir, todavía mirando a través de él.

—No te preocupes por eso —dije.

Dejé a Kanezaki y me encaminé hacia la *trattoria* Fiorentina, un restaurante ubicado en el nuevo hotel Grand Hyatt, donde le había pedido a Tatsu que se reuniera conmigo. Llegué temprano, como siempre, y bebí café helado en un largo vaso mientras esperaba. Decidí que me gustaba el restaurante, a pesar de ciertas reticencias. Era elegante sin llegar a parecer artificial, con decoración de cuero, madera y otros materiales naturales, buena iluminación y muchas líneas puras verticales. Sin embargo, había algo un tanto desconcertante en el modo en que, de repente, el restaurante, el hotel y el centro comercial circundantes habían aparecido. Nada de aquello existía

cuando yo vivía en Tokio, y sin embargo era una ciudad virtual dentro de la ciudad, que los planificadores habían bautizado como las Colinas de Roppongi. Uno casi podía imaginar a los dioses titánicos de la metrópolis descubriendo una sábana blanca que cubría su última creación y proclamando con una *fioritura* y una reverencia falsamente modesta que aquello era bueno.

Y quizá lo fuera. Sin duda la gente que me rodeaba parecía estar pasándolo bien. Sin embargo, aquel lugar carecía de historia, de contexto. Era atractivo, sí, pero todo él parecía mirar sin miedo al futuro, milagrosamente indiferente al pasado. Y, por supuesto, parecía raramente americano.

Sonreí. No me sorprendía sentirme ambivalente. Aquello era un trasplante, como yo.

Una hora más tarde, vi que Tatsu avanzaba por el vestíbulo de la entrada, se detenía y escudriñaba la sala. Una camarera se acercó y le dijo algo, probablemente le preguntara acerca de su mesa, y él respondió inclinando la cabeza hacia ella pero sin apartar la mirada de la sala. Entonces me vio. Asintió a modo de reconocimiento y le dijo algo a la camarera, que se alejó arrastrando los pies.

Sonreí mientras él se acercaba y me levanté de la silla. Había algo eternamente atractivo en su característico andar y en los arrugados trajes negros que siempre llevaba. Me di cuenta de lo contento que estaba de que Tatsu y yo hubiéramos podido encontrar el modo de vivir bajo la bandera de la paz. En parte porque él podía ser un adversario formidable, por supuesto, pero mucho más porque había demostrado ser un atento amigo, si bien es cierto que podía disfrazar de «*favor*» lo que era prácticamente una exigencia.

Hicimos una reverencia y nos dimos la mano, después nos miramos de arriba abajo.

—Tienes buen aspecto —le dije en japonés. Y era cierto. Había perdido un poco de peso y parecía algo más joven.

Gruñó a modo de agradecimiento y después dijo:

—Mi mujer ha establecido una conspiración con mi médico. Ahora cocina diferente. Nada de aceite ni de frituras. Tengo que acudir a lugares como éste para satisfacer mi apetito.

Sonreí.

—Lo hace por tu bien.

Él volvió a gruñir y me miró de arriba abajo.

—Estás en forma, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Hago lo que puedo. Cada vez es más difícil.

Nos sentamos. Le dije:

—Tatsu, ésta es la charla informal más larga que he mantenido jamás contigo.

Asintió.

—No se lo digas a mis colegas. Echaría por tierra mi reputación.

Sonreí.

—¿Cómo está tu familia?

Esbozó una sonrisa radiante.

—Todos bien. Seré abuelo el mes que viene. El médico dice que es un niño.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Me alegro, amigo mío. Felicidades.

Él asintió para darme las gracias y se me quedó mirando.

—¿Y tú?

—Yo...

—Tu familia.

Lo miré.

—Sabes que no tengo familia, Tatsu.

Se encogió de hombros.

—La gente funda una familia al encontrar pareja.

Tatsu me había presentado a varias mujeres poco después de mi regreso a Japón, tras la Última Situación Desagradable. No había salido demasiado bien.

—Creo que le he cogido gusto a mi excitante vida de soltero —le dije—. Ya sabes, conocer gente nueva, ver mundo.

Me salió menos burlón de lo que pretendía, y quizá con un cierto regusto amargo.

—Cada vez es más difícil. Tú mismo lo has dicho.

Suspiré.

—¿Todavía estás tratando de liarme con alguna mujer que pese más que yo?

—Lo necesitas —dijo, con una expresión seria.

Cielos, justo lo que necesitaba: a Tatsu en plan maternal.

—Lo que necesito es información —dije.

Asintió.

—¿Significa eso que nuestra charla informal ha terminado?

Me reí, sorprendido.

—No quiero cansarte. Sé que no estás acostumbrado.

—Es sólo un poco de calentamiento.

Me volví a reír, mientras pensaba: «¿Por qué no?».

Acabamos hablando de toda clase de cosas menores: su alegría por el embarazo de su hija, y su miedo de que su esposa pudiera mirar al niño como una especie de sustituto del niño que habían perdido; su frustración ante la inercia burocrática y su incapacidad para hacer más por luchar contra la corrupción que él creía que estaba envenenando a Japón; el modo en que Tokio, el modo en que el país, estaba cambiando ante sus ojos. Y yo también le conté algunas cosas: que la Agencia me había seguido, que finalmente tendría que largarme y reinventarme dolorosamente de nuevo, que trataba de no desesperarme ante la idea de que aquello se mostrara una vez más fútil, en parte porque al final alguien siempre vendría a buscarme, en parte porque alguna cosa impaciente en mi interior parecía insistir en que a pesar de todo siguiera adelante. Recordamos algunas de las experiencias que compartimos en Vietnam, cuando Tatsu fue movilizado a la guerra por el predecesor de Keisatsucho y yo, debido a mi conocimiento del japonés, recibí el encargo de relacionarme con él; la gente que habíamos conocido allí, los amigos que habíamos perdido.

Una vez hubimos empezado, nos costó detenernos. Me di cuenta de lo mucho que echaba de menos esa forma de camaradería, que se había vuelto prácticamente inexistente en mi vida. Y Tatsu era una de las pocas personas, quizá la única que quedaba, que me conocía desde antes de Vietnam y la guerra y la muerte y todo lo que acabaría definiéndome; una época que, en las raras ocasiones en que me paro a pensar, parece tan ajena y remota como un recuerdo de los primeros años de infancia.

También me di cuenta de que aquello era una parte de lo que me hacía echar tanto de menos a Midori. Ella me hacía sentir como esa encarnación anterior, me hacía creer, estúpidamente, que podía deshacerme de mi piel y bautizarme de nuevo en la encarnación de un cuerpo inmaculado.

No era un mal sueño. Así son.

Cuando terminamos con la comida y Tatsu tomaba un té y yo un segundo café, me dijo:

—Me parece que te interesará saber que un caballero llamado Charles Crawley, que tiene una acreditación del Departamento de Estado, estuvo en Tokio hace poco. Se puso en contacto con Keisatsucho e hizo preguntas acerca de ti. ¿Conoces a ese hombre?

Primero Dox, después Kanezaki, ahora Tatsu. Crawley estaba bien fijo en la pantalla de mi radar.

—He oído su nombre —dije—. ¿Qué le dijisteis?

Se encogió de hombros.

—Que teníamos un fichero entero sobre ti.

—¿Y?

Otro encogimiento de hombros.

—Le dimos el fichero.

Lo miré con incredulidad.

—¿Le disteis el fichero de Keisatsucho sobre mí?

Me miró y dijo:

—Por supuesto —dijo, con su característico tono de «¿por qué siempre tengo que explicarlo todo?», después se interrumpió y continuó—: El fichero oficial.

Sonreí un poco ante aquel astuto cabrón; el alivio y una cierta gratitud disminuyeron la irritación que habría sentido contra él por jugar conmigo. El fichero «oficial» debía de estar desprovisto de la información más reveladora, las cosas que Tatsu no le confiaría a nadie, muy especialmente a sus superiores; los datos valiosos que podían revelar demasiado acerca de sus ocasionales recursos a métodos extralegales en su batalla contra la corrupción japonesa.

—¿Qué dice de mí el fichero oficial?

—Que lo más probable es que sigas en Japón. Al parecer, te han visto en algunas ciudades importantes: Tokio, Osaka, Fukuoka, Sapporo.

—¿En serio? —dije.

Se encogió de hombros.

—Obviamente, tengo cierta idea de los lugares en los que has estado en realidad. Pero ¿por qué iba yo a rellenar un fichero con especulaciones?

Me estaba diciendo que tenía un fichero amañado. Y que me había hecho un favor. Supe que tendría que haber un favor a cambio; si no ese día, en otra ocasión, pronto.

Asentí, pensando: «*Muy bien*».

—¿Qué hay de esa maldita red de cámaras que tenéis? —pregunté.

Tatsu tenía acceso a la red más avanzada del mundo de cámaras de seguridad, todas conectadas a un *software* de reconocimiento facial. Se había valido de esa red para encontrarme la primera vez que me había largado de Tokio para instalarme en Osaka.

—Nadie la está utilizando para seguirte. Si eso cambia, te lo haré saber.

—Gracias. Cuéntame algo del hombre del que te hablé en el tablón de anuncios.

—Belghazi.

—Sí.

—Supongo que ya sabes muchas cosas de él.

—Sí. Dame primero los datos más recientes.

Asintió.

—Belghazi provee a determinadas facciones *yakuza* de armamento menor, trabaja sobre todo a través de la mafia rusa con sede en Vladivostok. Últimamente ha estado preguntando a esas facciones sobre ti. Intuí que habías hecho algo que le molestó.

—Es posible.

—No parece la clase de hombre que se irrita por nada.

—Estoy empezando a imaginarlo.

—¿Te importaría decirme qué has hecho para provocar esa animadversión?

—Creo que puedes intuirlo.

Asintió y dijo:

—No es un buen hombre. No parece tener lealtades.

—Mis detractores dicen lo mismo de mí.

Sonrió.

—Se equivocan. Tu problema es que eres incapaz de reconocer a quién eres leal.

—Bueno, te agradezco tus esfuerzos para ayudarme con eso. Sonrió casi recatadamente.

—Somos amigos, ¿no?

Pensé por un instante. Quizá Belghazi contactó con Mahfouz por medio de la inteligencia saudí y mandó a los seis árabes a por mí, como Kanezaki decía sospechar. El equipo es eliminado. Belghazi se da cuenta de que los hombres tenían la desventaja de llamar la atención en aquel lugar. Algo importante está sucediendo en Macao o cerca, y Belghazi no puede largarse por el momento. Ahora se siente vulnerable. Vulnerable ante mí. Decide que necesita a alguien con más experiencia en la zona, alguien que pueda mezclarse entre la multitud y acabar con el trabajo. Acude a la *yakuza*.

Sí, veía la secuencia de acontecimientos. Claramente.

Maldita sea, ese tipo era todo un engorro. Estaba empezando a cobrar conciencia del problema al que me enfrentaba.

—La relación de Belghazi con la *yakuza* —dije—. ¿Es tan estrecha como para que lo ayuden con un problema en otra parte de Asia si así se lo pide?

Tatsu asintió.

—Diría que sí.

«Mierda.»

Me percaté de que iba a tener que eliminar a Belghazi. No sólo por el dinero, sino para sobrevivir. Y entonces me di cuenta: «*Lo sabe. Se está poniendo en mi lugar. Lo cual hace más acuciante su imperativo: eliminarme*».

Un círculo vicioso. El ganador se lo llevaría todo.

Muy bien. Tenía que acabar con aquello y hacerlo cuanto antes. Quería a ese tipo bajo tierra, incapaz de dar órdenes. Por «*causas naturales*» a ser posible, y por otras causas si no era así.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me preguntó Tatsu.

Pensé por un momento y después dije:

—Puedes darme todos los detalles que conozcas de mi nuevo amigo.

—¿Tu nuevo amigo?

Asentí con la cabeza.

—Charles Crawley.

## Capítulo 9

**D**elilah me había dicho que Belghazi estaría fuera de Macao durante un día o dos, y por el momento no había mucho que yo pudiera hacer allí con ella. Decidí que mi breve ausencia sería un riesgo asumible para justificar determinadas ganancias fuera de la ciudad.

Cogí el tren bala de la estación de Tokio hasta Osaka, un origen de vuelos internacionales menos habitual que Narita, en Tokio. Consulté el tablón de anuncios desde un cibercafé. La información que le había pedido a Tatsu me estaba esperando: Charles Crawley III. Números de teléfono de su casa, su trabajo y su móvil; dirección del trabajo, aparentemente el Departamento de Estado, pero en realidad un cuartel de la CIA en Langley y, por lo tanto, poco probable de ser útil; una dirección de su casa: el 2251 de Pimmit Drive, West Falls Church, apartamento 811. Suburbio de Virginia. Probablemente un bloque de pisos de al menos ocho plantas.

Reservé un billete sin escalas de ANA a Washington Dulles para la mañana siguiente. Después me registré en un hotel barato de Umeda para pasar la noche. Me tumbé en la cama, pero no logré dormir. Demasiado café. Demasiadas cosas en las que pensar.

Me levanté, me puse el albornoz *yukata* que hasta el más barato de los hoteles japoneses ofrece y me senté en la única silla de la estrecha habitación. Dejé las luces apagadas y esperé a estar suficientemente cansado para caer dormido. Supe que tardaría un rato.

Las habitaciones baratas siempre son las más duras. Un poco de lujo puede atontar como la anestesia. Renuncia a la anestesia, y el dolor se acumula en su ausencia como agua helada por una cáscara agujereada. Sentí que algunos recuerdos empezaban a apiñarse, agitados, insistentes, como fantasmas recién envalentonados por la oscuridad que me rodeaba.

Tenía ocho años la primera vez que vi llorar a mi madre. Era una mujer fuerte —tenía que serlo para abandonar su vida y su carrera en Estados Unidos para convertirse en la esposa de mi padre— y, hasta el momento en que descubrí lo contrario, creía que era incapaz de llorar.

Un día, la señora Suzuki, nuestra vecina, vino a la escuela y me recogió en mitad de la tarde; sólo me dijo que me necesitaban en casa. Era junio y el aire

en el tren de vuelta a casa era bochornoso, cálido y pegajoso. Miré por la ventana durante el viaje, preguntándome vagamente por lo que estaba sucediendo, pero seguro de que todo iba bien y de que me lo explicarían en breve.

Mi madre estaba esperándome en la puerta de nuestro pequeño apartamento de Tokio. Le dio las gracias a la señora Suzuki, que le dedicó una segunda reverencia antes de marcharse en silencio. Entonces, mi madre cerró la puerta y me llevó al sofá tapizado de la sala de estar. Sus movimientos eran ceremoniales, con una gravidez que a mí me pareció extraña y, de algún modo, un mal presagio. Cogió mis pequeñas manos entre las suyas y me miró a los ojos. Los suyos parecían extraños —débiles y asustados—, y yo miré a mi alrededor, incómodo, con miedo a devolverle la mirada.

—Jun —dijo, con la voz extrañamente grave—. Tengo malas noticias y necesito que seas valiente, tan valiente como puedas. —Asentí rápidamente para mostrarle que podía contar con mi valentía, pero percibí, como lo hacen los niños, que algo iba terriblemente mal y mi miedo empezó a crecer, a expandirse en mi interior.

—Ha habido un accidente —dijo—, y papá... Papá ha muerto. *Nakunatta no*. —Se ha ido.

El concepto de la muerte no me era totalmente extraño. Mis abuelos paternos tenían un perro que había muerto cuando yo tenía cuatro años, y mi madre me había explicado en ese momento que *Hanzu*, Hans, era muy viejo y se había ido al cielo. Pero la idea de que mi padre pudiera haberse ido era demasiado grande para que yo la comprendiera. Negué con la cabeza, sin entender, y fue entonces cuando la compostura de mi madre se vino abajo y las lágrimas le llenaron los ojos.

Así que esa tarde tuve mi primer encontronazo real con la muerte, esa cosa que podía hacer que mi madre, tan fuerte, llorara.

Lloré con ella, terribles lágrimas de dolor, miedo y confusión. Y en el transcurso de las semanas y los meses que siguieron, a medida que la muerte de mi padre, antes una figura dominante en mi vida, empezaba a enraizarse, mi relación con la muerte se profundizó. Llegué a considerarla un imponderable en un universo previamente ordenado, la repentina perturbadora, el lascivo y acechante ladrón.

Tardé unos cinco años más en comprender totalmente que papá se había ido para siempre, que él estaba representado ahora sólo por unos recuerdos cada vez más remotos, como una serie de toscas pinturas rupestres

abandonadas por gentes que hacía mucho tiempo que se habían marchado. Ahora la muerte era un lugar, un lugar en el que la gente desaparecía para siempre al morir, un lugar gradualmente despojado de la claridad del recuerdo al que, más tarde, iría con sólo un billete de ida.

A los diecinueve años, recibí un telegrama militar informándome de que también mi madre había ido a ese lugar. Perderla a ella fue más fácil. Yo era mayor. Y en ese momento había visto y causado mucha muerte como soldado en Vietnam. Y lo que quizá era más importante, conocía el proceso, el resultado de la pérdida. La pena ya no me resultaba un misterio mayor que la sangre, la coagulación y la eventual sanación que acompañaba a una herida a la que se podía sobrevivir.

Pero el conocimiento sólo disminuye el miedo, sin hacer ni mucho menos lo mismo con el dolor.

Midori no estaba muerta. Sólo se había ido. Quizá ésa era la razón por la que pensaba en ella con más frecuencia de la que debía. Imaginaba su rostro, y recordaba el sonido de su voz, el tacto de sus manos, la sensación de su cuerpo. No era capaz de recordar su olor, pero sabía que la reconocería en un instante y deseaba poder olerla una vez más antes de morir. Echaba de menos su conversación. Hablábamos de cosas de las que nunca he hablado con nadie más. Echo de menos el modo en que me besaba, suavemente, en la frente, en los párpados, una y otra vez después de hacer el amor.

Todavía digo su nombre, mi pequeño y triste mantra. Esas sílabas encantadas me parecen lo único que puedo conjurar de ella, por poco que sea. Aunque no puedo dialogar con ella, al menos puedo hablarle. Algo así. Un consuelo así.

No, Midori no está muerta, pero me enfrento a su recuerdo con unos sentimientos muy parecidos a los del duelo. Mi mundo es más pálido y más pobre a causa de su ausencia, pero ¿no es esto lo que sucede siempre que perdemos a un ser amado? Sabía, ya de adolescente, que mi vida habría sido más plena si mi padre hubiera sobrevivido a mi infancia. Aprendí a aceptar ese hecho como algo inmutable y, al final, quizá no del todo relevante. Midori no estaba muerta, pero ella era algo imposible, y, por lo que concernía a mi duelo, ¿cuál era la diferencia?

Me froté los ojos, deseando tener sueño, porque el sueño es el olvido temporal. No llegaba. Tendría que esperar un poco más.

Me quedo sentado en la oscuridad de esas habitaciones vacías y a veces pienso que puedo sentir la presencia de todos los que han hecho lo mismo antes que yo. Las marcas están ahí: la curva en el colchón, la línea gastada de

la alfombra entre el baño y la puerta. O las manchas de sudor o saliva en la almohada, debajo de la funda; o quizá semen, o lágrimas; a veces algo más oscuro, algo parecido a la sangre. Me siento, con la oscuridad a mi alrededor tan cerrada pero también sin límites, y mientras mi imaginación se desliza por la inmensidad de ese combate sin rasgos, me doy cuenta de que esas marcas son señales, obra de vidas y momentos que eran, pero ya no son, como cenizas en una chimenea vacía, o huesos dejados de lado en alguna cena ya muy lejana, o la maltrecha forma que podría haber sido un espantapájaros en un campo lleno de malas hierbas. Sólo una pintada física, dibujada sin quererlo por otros viajeros solitarios, desechos depositados por hombres anónimos de camino a su destinación común, no sólo las marcas del paso de otros, sino augurios del mío.

Las horas pasaron. Una creciente fatiga finalmente interrumpió mis agitados pensamientos. Volví a la cama y finalmente me dormí.

La mañana siguiente cogí el tren al aeropuerto. Llamé a Crawley a su casa poco antes de embarcar en el vuelo de las doce y diez. En Washington, eran las diez menos cuarto de la noche anterior.

Tres timbrazos. Después, una voz nasal. Sí. Parecía que lo había despertado.

—Oh, lo siento —dije con un simulado falsete—. Creo que me he equivocado.

—Cielos —oí que decía. Colgó.

Sonreí. Me hubiera molestado mucho volar hasta Washington y descubrir que no estaba allí.

El vuelo sin escalas era un lujo. Normalmente prefiero optar por rutas más indirectas, pero en esta ocasión me pareció que el imperativo de sorprender a Crawley, mientras supiera dónde estaba, merecía los riesgos propios de una ruta predecible. Asimismo, a pesar de que la clase turista era el compromiso habitual entre comodidad y anonimato, los constantes viajes estaban empezando a cansarme, y esta vez decidí volar en primera. La Costa Este de Estados Unidos estaba a más de doce horas de distancia, y quería estar fresco cuando llegara.

Ya había concebido las líneas maestras de mi plan, y ahora tenía que visualizar los detalles. Una vez el avión hubo alcanzado su altura de crucero y los molestos anuncios de seguridad y ocio hubieron terminado, cerré los ojos y empecé a hacer mentalmente un ensayo general de toda la operación:

acercamiento, reconocimiento, entrada, espera, acción, huida, escapada. Cada nivel de este repaso mental revelaba ciertas herramientas que serían útiles o necesarias para lo que me proponía, y cada una de ellas pasó a formar parte de una cada vez más larga lista. Por supuesto, otros puntos aparecerían durante la investigación real de la ubicación del objetivo, pero esos puntos adicionales sólo se revelarían del todo en el contexto de un plan existente y organizado.

Veinte minutos más tarde, salí de mi estado de profundo ensimismamiento sabedor, en ausencia de más información, de lo que iba a necesitar y cómo funcionaría. Eché hacia atrás el asiento, me tapé con mi manta de primera clase y dormí durante el resto del viaje.

El avión aterrizó un poco antes de las diez de la mañana, hora local. Encontré una cabina en el aeropuerto y llamé a Crawley a la oficina. No me respondió. Ningún problema, probablemente estuviera en una reunión.

Podría haberle llamado al móvil, pero eso no me hubiera dicho lo que necesitaba saber: dónde estaba. Le llamé a su apartamento, pero no me sorprendió que me respondiera un contestador. Era un día laborable y no esperaba encontrarlo en casa, pero una de las cosas que uno aprende en la guerra y en este negocio es a nunca dar las cosas por sentado. El día en que crees que una casa va a estar vacía es el día en que el propietario está enfermo, se ha quedado allí por la llegada del reparador de la lavadora o tiene a parientes de visita. Se aprende a no dejar cosas como ésa al azar.

Alquilé un coche con sistema de navegación por satélite GPS y me dirigí hacia Washington para ir de compras. En una ferretería, compré siete metros y medio de cuerda de tender la ropa, celo, un rollo de cinta aislante y un cúter. Después, en una parafarmacia compré un tubo grande de gelatina, guantes de cirujano de látex y un rotulador. En una óptica, un par de gruesas gafas de sol de plástico. En una tienda de pelucas, un poco de pelo nuevo. En el Centro de Información y Cultura de Japón, me hice con un puñado de octavillas de las actividades del centro. Y una última parada: una tienda de material para espías en Connecticut Avenue, donde compré una porra eléctrica Panther de quinientos mil voltios, del tamaño de un teléfono móvil, por 34,95 dólares más impuestos.

Utilicé el sistema de navegación GPS para volver a Virginia, donde hice un paseo preliminar por el complejo de edificios en el que estaba el apartamento de Crawley. Había una serie de puertas de metal en la entrada al aparcamiento. A pesar de que al parecer las dejaban abiertas durante el día, su presencia me dijo que estaba enfrentándome a un lugar que probablemente tenía un buen sistema de seguridad. Esperaba que fuera necesaria una llave

para entrar en el edificio, y puede que hubiera también un portero. No vi cámaras de seguridad en el garaje ni en el gran aparcamiento al aire libre que había delante de la entrada, pero pensé que tal vez las hubiera en el interior. No iba a poder confirmarlo de antemano, tendría que dar por sentada su existencia y prepararme de acuerdo con ello. Si las cosas resultaban ser más fáciles de lo que mi plan contemplaba, sería una agradable sorpresa.

El edificio estaba rodeado por bosquecillos suburbanos poco densos, entre los cuales había algunas escaleras hechas con traviesas de ferrocarril que llevaban a la calle. La estación de metro West Falls Church estaba a escasa distancia del edificio; presumiblemente los senderos serían utilizados por los vecinos para llegar hasta allí. Servirían también para un visitante no esperado que se largara a hurtadillas tras una operación fracasada. Había una entrada vigilada en la parte de atrás, una sola puerta metálica en la cima de un pequeño tramo de escaleras de hormigón. Y, encima de la puerta, una disuasión para todo aquel que quisiera entrar en el edificio por la menos frecuentada puerta trasera: una cámara de seguridad.

Encontré un Nordstrom en un centro comercial cercano y compré un par de botas de agua, un impermeable gris, un bonito par de guantes de piel de ciervo —suficientemente delgados para tener buena respuesta táctil; suficientemente gruesos para evitar dejar huellas dactilares—, un abrigo de lana negra y un gran maletín negro de piel. Después me detuve en una gasolinera cerca del centro comercial, donde, mientras mantenía una conversación inexistente desde la cabina, arranqué el listado de las Páginas Amarillas en el que aparecían los restaurantes chinos, japoneses y coreanos. Conduje hasta que encontré un lugar, la barbacoa coreana Kim's, que vendía camisetas y gorras con el logotipo del local, una caja roja brillante alrededor de unas letras rojas en coreano. Compré una camiseta y una gorra, además de un gran almuerzo para llevar.

Volví al apartamento de Crawley. Había un supermercado orgánico Whole Foods al otro lado de la calle. Entré y me comí un par de bocadillos vegetarianos y una pieza de fruta, todo acompañado de una gran taza de café. Era agradable comer sano estando en horas de trabajo; normalmente, el menú disponible durante las operaciones consiste en McDonald's y, si tienes suerte, en alguna otra comida basura que normalmente te comes fría y pasada. Disfruté del ágape, sabedor de que podía transcurrir un buen rato antes de poder volver a comer.

A las dos y media, fui hasta una cabina y llamé de nuevo a Crawley al trabajo, un número del Departamento de Estado, pero que sabía que sonaría

directamente en una extensión de la CIA. Respondió al primer timbrazo.

—Crawley —oí que decía.

—Hola, estoy intentando hablar con la oficina de coordinación de prensa de asuntos públicos —dije, con la voz un poco insegura. El título era suficientemente burocrático como para saber que habría docenas de grupos de trabajo con nombres similares, en la Agencia y en cualquier otra parte.

—Se equivoca de extensión —dijo, y colgó.

Sonreí y negué con la cabeza. Hay gente muy maleducada.

Volví al coche y conduje hasta una cercana calle residencial. Aparqué tras otros coches, me puse las botas de agua y coloqué todo lo que había comprado en el interior de la maleta. Me puse la camiseta de Kim's y el impermeable encima, dejándolo desabrochado para que se viera el logotipo de la camiseta. El impermeable, que había comprado dos tallas más grande, me permitiría parecer más pequeño, patoso dentro de su volumen, menos corpulento. Me coloqué la peluca, las gafas y la gorra de Kim's. Miré el retrovisor y me gustó el desconocido que vi allí.

Volví al complejo de Crawley, estacioné el coche en otro pequeño aparcamiento al que sabía que podría llegar a pie por el bosquecillo, si las cosas se torcían y tenía que largarme de allí con una inesperada rapidez. Borré el contenido del sistema de navegación GPS del coche y apagué el motor. Después pasé varios minutos con los ojos cerrados, visualizando los siguientes pasos, metiéndome en el personaje. Cuando estuve listo, salí del coche y me dirigí hacia el complejo de Crawley portando la bolsa de Kim's.

Me acerqué por el gran aparcamiento al aire libre, abrí uno de los dos juegos de puertas dobles de cristal, con el dorso de dos dedos, y entré en un vestíbulo cerrado por otro juego de puertas de cristal ante las que yo acababa de cruzar. Cuando extendía la mano para abrir una de las puertas interiores, sonó un zumbido. Miré a través de los cristales y vi a una chica blanca, con el pelo castaño hasta los hombros y pecas, que parecía una estudiante universitaria que trabajara media jornada de portera para poder seguir echando un vistazo a los libros mientras trabajaba. La media jornada sería perfecta. No conocería a los vecinos, ni a los repartidores ni el ambiente del lugar como un trabajador a tiempo completo, y en consecuencia sería más fácil tratar con ella.

Abrí la puerta y entré en una recepción decorada con una especie de estilo neocolonial, muchas reproducciones de muebles de época, paneles de madera y brillantes lámparas de latón. La chica estaba sentada tras una imponente

mesa, en la cual imaginé que habría controles electrónicos de acceso y las imágenes de las cámaras de seguridad.

—¿Reparto? —preguntó con una sonrisa amable.

Asentí con la cabeza. Tenía muchas historias preparadas para las preguntas y acontecimientos que pudieran seguir. «¿Qué piso? Es curioso, no me han dicho que esperaran un reparto. Espere un momento mientras les aviso. Hum, no responden. ¿Está seguro del número...?» Sin embargo, ella sólo preguntó:

—¿Eres nuevo?

Volví a asentir; no me gustó la pregunta y me pregunté hacia dónde llevaría.

Ella miró por las puertas de cristal al aparcamiento al aire libre.

—Porque puedes aparcar ahí delante para los repartos. A veces es difícil encontrar espacio cerca.

—Oh. Gracias —dije, con un acento inconcreto pero fuertemente asiático.

Miró el logotipo de mi camiseta, luego dijo algo en un idioma que no entendí pero que reconocí como coreano.

«*Joder —pensé—. No lo dirás en serio.*»

—Oh, no coreano —dije, manteniendo mi expresión y mi postura de inseguridad, vagamente servil, sin querer ofender a nadie, sólo un inmigrante recién llegado, no necesariamente legal, que trabajaba a cambio de un sueldo ínfimo y trataba de no meter la pata.

—¡Oh! —dijo, sonrojándose—. Mi novio es coreano, y pensé que, como el restaurante... No importa. Lo siento.

Gracias a Dios, su titubeo por el error cometido y mi reacción avergonzada ante él parecieron combinarse para evitar más preguntas.

—Yo solo —dije, haciendo un vago gesto hacia la zona que quedaba tras el mostrador, donde debían estar los ascensores.

—Sí, por supuesto, adelante. —Sonrió de nuevo, y yo asentí tímidamente en respuesta.

Miré de soslayo al pasar junto al mostrador: un libro de texto abierto en el centro; un monitor de vídeo a un lado. No era difícil saber a cuál de las dos cosas prestaba atención durante su jornada laboral.

Gracias a la posición de la entrada de mercancías en la parte trasera, supe que el punto de acceso estaría a la izquierda de los ascensores, y me encaminé en esa dirección, pasando de camino junto a una escalera interior. Allí estaba, una puerta batiente de madera. Tras ella, un corto pasillo, con el suelo de linóleo, al final del cual estaba la puerta exterior.

Miré la puerta rápidamente. No supe decir si había alguna alarma. Su peso y la presencia de tres grandes cerraduras indicaban que los responsables del edificio podían no haberse tomado la molestia. E incluso en caso de que hubiera alarmas, estarían probablemente desactivadas durante las horas de ajetreo, cuando la puerta fuera utilizada. Había una cuña de madera en el suelo, que apoyaba la posibilidad de que no hubiera alarma o que estuviera desactivada en aquel momento. Los bedeles no podrían utilizar la cuña en caso contrario.

Utilicé el puño del impermeable para abrir los cerrojos y girar el pomo. Abrí la puerta y examiné la jamba. No había alarmas. Miré al exterior. Había varias fregonas apoyadas contra el muro exterior, probablemente para secarse, y un buen número de contenedores de basura de plástico gris de tamaño industrial con ruedas.

Pensé por un momento. La chica de la entrada estaba claramente más interesada en sus libros que en el monitor, y tenía la sensación de que estaría acostumbrada a ver personal de mantenimiento entrando y saliendo por la puerta trasera en el transcurso del día. Parecía posible.

Dejé la puerta abierta, una rendija con la ayuda de la cuña de madera, y volví adentro. Cuando llegué a los ascensores, una anciana negra, que caminaba cojeando con un andador de cuatro patas, salía de uno de ellos. Se detuvo y miró mis botas de agua, después a mí.

—¿Está lloviendo? —preguntó.

«*Por el amor de Dios —pensé—. Tendrían que ponerte a ti de portero.*»

Negué con la cabeza.

—Zapatos nuevos —dije, todavía con el acento fingido. «*Y si tú también hablas coreano —pensé—, me rindo ahora mismo*»—. Todavía no sé si quedármelos o devolverlos, y así no se ensucian suelas. —Me incliné hacia delante y bajé la voz—. No cuente a nadie, ¿de acuerdo?

Se rió, mostrando una reluciente hilera de dientes postizos.

—Te guardaré el secreto, hijo —dijo. Me saludó con la mano y avanzó lentamente.

Sonreí, contento de tener alguna minucia que confesar.

No podía largarme de allí con la bolsa de Kim's después de haber entrado en el edificio con la supuesta intención de entregar sus contenidos, así que la dejé en el fondo de una papelera medio llena de facturas en el lugar destinado al correo, situado a la derecha de los ascensores. Después conté cuatro minutos en mi reloj. No quería adelantar a la anciana: era inteligente y podía preguntarse qué había pasado con la bolsa de Kim's que llevaba hacía sólo

unos segundos. Si me topaba con ella en la recepción, los cuatro minutos podían responder a una rápida entrega a un piso bajo y a haberme encontrado el ascensor en la planta en la que me hallaba. Por lo que respectaba al lapso de tiempo que hacía que había estado junto a la chica de la mesa de la recepción, me parecía aceptable. Lo importante era que me viera salir. No me parecía la clase de persona que prestaría atención a pequeñas discrepancias, como un repartidor que se entretenía en el interior del edificio un poco más de lo habitual en condiciones normales.

Transcurridos los cuatro minutos, salí por la recepción. La anciana no estaba allí. Quizá alguien la había recogido a la salida. La chica del mostrador alzó la mirada de su libro y me dijo adiós. La saludé con la mano y me encaminé hacia el aparcamiento descubierto, después me introduje en el garaje fuera de su campo visual.

De vuelta en el coche, puse la peluca, las gafas y la gorra en la guantera, me abroché el impermeable y me quité los guantes de piel de ciervo. Cogí el maletín y me dirigí de vuelta al edificio, esta vez por la parte trasera. Me pegué al muro exterior, tratando de entrar y salir del campo cubierto por la cámara tan rápido como me fuera posible, y cogí una de las fregonas y de los cubos de basura de camino. Cuando llegué a la puerta, me incliné hacia delante, como si llevara algo pesado en el cubo de basura y estuviera costándome arrastrarlo, y me cubrí con la fregona la cara, que de todos modos mantenía gacha.

Abrí la puerta y entré; en el interior me detuve, esperando. Si la chica de la portería había visto algo y venía a investigar, estaría aquí pronto, y si eso sucedía, quería tener la puerta abierta para desaparecer con la mayor rapidez posible.

Conté treinta tensos segundos, después solté aire lentamente. Bien. Probablemente ni siquiera había percibido el movimiento en el monitor. Quizá estaba tomando demasiadas precauciones.

Como si eso fuera posible.

Cerré la puerta con el cerrojo, dejé la fregona y el cubo de basura junto a ella y me encaminé hacia la escalera que había al lado de los ascensores. Un minuto después, llegué al octavo piso.

Saqué del maletín los programas del Centro Japonés, caminé hasta el 811 y llamé a la puerta. Si alguien respondía, le preguntaría en mi inglés con fuerte acento japonés si estaba interesado en las fantásticas actividades culturales programadas por el Centro para el invierno y dejaría una de las

octavillas para apoyar la historia. Después haría una reverencia, me largaría e inventaría otro modo de llegar hasta Crawley.

Pero nadie respondió. Llamé al timbre. De nuevo, no hubo respuesta.

Me giré y pegué uno de los programas en la puerta que quedaba enfrente de la de Crawley para cubrir la mirilla. Era mediodía y el complejo estaba tranquilo; sin duda, la mayoría de los residentes estarían en el trabajo. Con todo, era mejor no arriesgarse a que alguien mirara por la mirilla durante el minuto que podía tardar en entrar.

La puerta tenía dos cerrojos: el pomo y un pestillo encima de él. El pomo sería una broma. El pestillo era un Schlage. Parecía una unidad ordinaria de cinco dientes, nada de alta seguridad.

Volví a meter los programas en el maletín y saqué mi llavero. En él, como siempre, había varias hojas de metal muy finas que sabía por experiencia que funcionaban bien como ganzúas en la mayoría de puertas de casas particulares y cerraduras de baja seguridad. Después, saqué el rotulador de plástico que había comprado en la tienda. Rompí la pinza de metal del capuchón y la metí en la cerradura del pomo, girándola ligeramente para alzar el tensor. Después abrí uno de los pasadores. Tuve el cerrojo abierto en menos de diez segundos.

El cerrojo superior me costó un poco más, pero no mucho. La clave es la práctica. Puedes comprarte todos los libros y vídeos sobre apertura de cerraduras que quieras —hay muchos en el mercado—, pero si quieres empezar con buen pie, cómprate las herramientas: guarda, clavija, palanca, borne, gacheta, candado y carrete. Tienes que hacerte tú mismo las ganzúas porque el material ya montado es ilegal si no eres cerrajero. Imita las condiciones reales: guantes, oscuridad, limitaciones de tiempo; haz ejercicio para acelerar el pulso, te temblarán un poco las manos. Es mucho trabajo. Pero vale la pena cuando llega el momento.

Cuando hube abierto el cerrojo, me metí las ganzúas en el bolsillo y abrí la puerta.

—¿Hola? —grité.

No hubo respuesta.

Arranqué el folleto de la puerta de delante y entré en el apartamento de Crawley. Cerré la puerta tras de mí.

Me adentré. Hice un rápido repaso visual: paredes beis, alfombra beis, suelo de linóleo en la cocina a mi derecha, gran ventana panorámica parcialmente oculta por persianas venecianas blancas, muebles a juego de estilo Ikea (sofá futón, sillones, una mesilla de café negra con ejemplares de *Forbes* y *Foreign Affairs*), estanterías llenas de libros serios sobre historia y

ciencias políticas, un escritorio y una silla de cuero negro, un gran televisor y altavoces, un par de macetas.

A mi izquierda había un par de puertas correderas. Las abrí y vi una lavadora y una secadora.

La cocina estaba a mi derecha. Entré y miré a mi alrededor. La nevera tenía un cartón de leche desnatada de cuarto de litro, algunos yogures, una fiambarrera con pasta, un tarro con salsa de espaguetis. Todo limpio, ordenado, eficiente. Un lugar funcional, utilizado para preparar e ingerir comidas sencillas y nada más que eso. Parecía que Crawley vivía solo. Soltero, o divorciado sin hijos. Los niños, con los derechos de visita, habrían requerido un lugar más grande.

El dormitorio y el lavabo eran más de lo mismo. En el dormitorio había una cama inmensa sobre una plataforma, pero sólo una mesilla de noche con una lámpara de lectura y despertador digital. En el baño, artículos para hombre colocados ordenadamente alrededor del lavamanos. Una toalla blanca colgaba de la puerta de cristal de la ducha, plegada en ángulos rectos. Me quité el guante un momento y la toqué. Estaba ligeramente húmeda, sin duda de la ducha de aquella mañana.

Imagué a Crawley regresando por la tarde. Cómo se moviera por la habitación determinaría el lugar en el que debía esconderme. ¿Dónde miraría primero? Va, entra, deja el correo en la mesilla de café. Fuera hace frío; probablemente lleve abrigo. Siguiendo paso: ¿el armario?

Había un gran armario junto a la sala de estar. Lo miré: cajas de un equipo de música, un aspirador, un juego de pesas bajo una gruesa capa de polvo, y un colgador de madera recia para colgar la ropa, alargado, con un puñado de perchas de plástico sin utilizar. El colgador se sostenía por el centro con una alcañata clavada en la pared. Tiré hacia abajo y me pareció suficientemente resistente. Perfecto.

Sin embargo, no había abrigos. Ese armario parecía ser utilizado para el almacenaje a largo plazo. Volví al dormitorio. En la pared adyacente al baño había un armario tras un par de puertas correderas. Las abrí. Sí, aquél era el armario de la ropa: cuatro trajes y una percha vacía para un quinto, cinco camisas, cinco perchas vacías más (una camisa puesta, supuse, y cuatro en la tintorería), una docena de corbatas, un abrigo, una chaqueta corta de cuero, una percha vacía más.

Me di cuenta de que era un hombre ordenado, un hombre al que le gustaba que las cosas estuvieran en su sitio. Muy bien, deja el correo, después viene directamente al dormitorio, cuelga el abrigo en el armario. Probablemente

haga lo mismo con el traje, quizá use el baño y después vuelta a la sala de estar para ver el correo, enciende la CNN o C-SPAN, quizá va a la cocina para comer algo. Perfecto.

Regresé al armario de la entrada y saqué la porra eléctrica. Ya la había probado durante el trayecto desde Washington y había funcionado tal como se anunciaba, trazando un bonito arco azul de electricidad entre los electrodos al pulsar un discreto gatillo lateral. Extendí parte del plástico sobre el suelo del armario, saqué otros objetos del maletín, me quité el impermeable, lo plegué y lo dejé con el resto de cosas de la maleta sobre el plástico. No quería partículas de la alfombra en mi ropa. Las botas de agua que llevaba sobre los zapatos protegerían mis pies. Después me senté en una de las sillas de cuero y esperé.

La sala se iluminó brevemente cuando el sol se puso al otro lado de la ventana panorámica, después se oscureció gradualmente cuando se hizo de noche. Encendí las luces del armario. El modo de visión nocturna no sería útil en aquel caso; Crawley encendería las luces cuando entrara, y yo no quería tener que adaptarme.

Cada media hora me levantaba y me movía para seguir ágil. El café estaba haciendo su presencia ahora, y tuve que orinar tres veces. Utilicé el lavamanos del baño con el agua encendida para que el lavabo no estuviera en marcha cuando Crawley entrara y le alertara de la presencia de un intruso.

No tirar de la cadena sería inaceptable por razones similares.

A las ocho, justo después de una de esas rápidas visitas al baño, oí el sonido de una llave en la cerradura. Me levanté sin hacer ruido y me dirigí al armario. Mantuve la puerta entreabierta, apagué la luz y sostuve la porra eléctrica en la mano derecha.

Un instante después, oí que la puerta del apartamento se abría. Las luces no se encendieron. Suaves pisadas en la alfombra. Ahí estaba, pasando junto a mí. Advertí el cabello rizado, rubio, los rasgos delgados que había visto en las fotografías que Dox había tomado. Vi que caminaba por la sala de estar. Tiró el correo a la mesilla de café. Sonreí. Soy adivino.

Se quitó una gabardina color aceituna, cogió una revista y pasó de nuevo ante mí hacia el dormitorio. Pasó un minuto, después otro. Y otro.

Estaba tardando más en regresar a mi posición de lo que esperaba. Después me di cuenta: estaba en el lavabo, probablemente leyendo la revista. Había planeado esperar hasta que regresara a la sala de estar, pero aquella era una buena oportunidad de adelantarme. Cogí el plástico que me había sobrado y la cinta aislante y salí del armario.

Entré en el dormitorio y me quedé junto a la puerta abierta del baño. Vi la gabardina, un traje, una camisa y una corbata sobre la cama. Puse el plástico y la cinta sobre la alfombra.

Pasó otro minuto. Oí que se levantaba. Sonó la cadena. Sostuve la porra eléctrica en la mano derecha a la altura de la cadera, con el pulgar en el gatillo. Respiré superficialmente por la boca.

Oí pasos sobre las baldosas, después vi su perfil cuando salió del baño, vistiendo sólo una camiseta y calzoncillos a juego. Di un paso adelante. Su cabeza empezó a volverse hacia mí, y su cuerpo vaciló de sorpresa y alarma. Lancé la porra contra su torso y apreté el gatillo. Sus dientes castañetearon y se cerraron, y él cayó hacia atrás contra la puerta.

Después de cuatro o cinco segundos, tiempo suficiente para asegurarme de que su sistema nervioso central estaba adecuadamente desactivado, solté el gatillo y le deposité en el suelo. Estaba gruñendo como lo hace quien recibe un fuerte golpe en el plexo solar. Parpadeaba rápidamente.

Extendí el plástico en el suelo y le hice rodar hasta él. Le puse los brazos a los lados, después le envolví el cuerpo con el plástico y lo aseguré con cinta aislante, primero a la altura de las muñecas, después de los tobillos. Empezó a recuperarse, de manera que volví a sacudirlo con la porra eléctrica. Cuando los efectos empezaron a desaparecer por segunda vez, lo tenía perfectamente momificado en plástico y cinta aislante. Aparte de la cabeza y los dedos de los pies, estaba inmovilizado.

Cogí una almohada de la cama y se la puse bajo la base del cráneo para que pudiera verme mejor. Además de eso, no se haría daño en la nuca si se convulsionaba. Mi preocupación tenía menos que ver con la consideración por él que con lo que pudiera mostrar en un examen forense.

Me puse de cuclillas a su lado y lo miré a los ojos. Primero parpadeó y apartó la mirada. Después, su mirada se estabilizó y recuperó la claridad. Al final, se le salían los ojos de las órbitas al reconocermelo aterrorizado. Intentó moverse y, cuando descubrió que no podía, empezó a hiperventilarse.

—Cálmate —le dije, con la voz baja y tranquilizadora—. No voy a hacerte daño. —Lo cual, en cierto sentido, era cierto.

La hiperventilación prosiguió.

—Entonces... ¿por qué me has inmovilizado? —dijo entre jadeos.

No era una mala pregunta. Decidí ser franco con él, al menos en parte.

—Tienes razón —le dije—. Déjame corregir lo que he dicho. No voy a hacerte daño si me dices lo que quiero saber.

Tragó saliva con dificultades y asintió. Todavía tenía los ojos abiertos de par en par, pero vi que hacía un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Muy bien —dijo—. De acuerdo.

Hice una pausa para darle tiempo de comprender su nueva situación. Ese tipo, obviamente, no era un caso especialmente difícil. Sí, trabajaba para la Agencia, pero era un chico universitario, no uno de los paramilitares. La última violencia que había visto en persona probablemente había tenido lugar en el patio del instituto. Y ahora, de repente, estaba atado e indefenso, con un reconocido asesino acuclillado a su lado, mirándolo como si fuera una rana a la que va a disecar. Claro que estaba aterrorizado. Y eso era bueno. Si yo gestionaba ese terror adecuadamente, había probabilidades razonables de que me dijera lo que yo quería saber.

—Muy bien, Crawley —dije—. Supongo que el tema sobre el que debemos hablar es por qué un buen tipo como tú quiere que me maten.

Frunció los labios y volvió a tragar saliva; la respiración le silbaba por la nariz. Vi que estaba tratando de decidir cómo hacer frente a aquello. ¿Negándolo todo? ¿Culpando a otro? ¿Confesando y pidiendo piedad? ¿Una mezcla de todo?

Al observar cómo trataba frenéticamente de llegar a alguna conclusión, sopesando los pros y los contras del escaso número de posibilidades que tenía ante sí, percibí que se daba cuenta de que yo sabía lo que estaba pensando, que ya lo había visto antes y sabría cómo tratarlo independientemente de la ruta que decidiera tomar. Así que probablemente no lo negaría todo desde el principio. No, parecía sensato, hasta astuto. Probablemente estaba pensando: «No lo niegues, no estaría aquí si su información no fuera buena. Y si no lo niegas, si confieras hasta cierto punto, estará más inclinado a creer lo que siga». Sería una variación del juego de las botas de agua que acababa de jugar con la anciana del caminador. Y él probablemente haría un buen trabajo. Muchos de esos tipos que trabajan para el Gobierno son hábiles mintiendo.

«Veamos —pensé, haciendo una apuesta mental conmigo mismo—. Probablemente dirá algo así como: "Sólo estaba siguiendo órdenes".»

—No soy yo —dijo. Gané la apuesta—. Es otro.

—¿Quién?

—Es... Por el amor de Dios, ¡no puedo decirte estas cosas!

—Pero no eres tú.

La esperanza brilló en sus ojos.

—Sí, eso es.

Suspiré.

—¿Hay otro Charles Crawley por ahí que es como tú y huele como tú? — pregunté.

—¿Qué?

—Un gemelo. ¿No tienes un gemelo?

—¿Qué? No, no.

—Eso me parecía. Pero veamos, es raro. Porque un tipo que es exactamente como tú, y también se llama Crawley, aunque se hacía llamar Johnson, acudió a un agente especial recientemente y le ofreció cien mil dólares a cambio de eliminarme. Acudió a él personalmente.

Miró a su derecha, un signo neurolingüístico de imaginación, no de recuerdo. Estaba tratando de inventarse algo, de encontrar una salida del callejón en el que se acababa de meter él solo.

—Quizá, no lo sé —dijo—. Quizá hay alguien que utiliza mi nombre, que me tiende una trampa.

Volví a suspirar.

—El agente en cuestión llevaba un teléfono móvil con cámara digital — dije—. Te sacó media docena de fotos.

Sus pupilas se dilataron. Se lamió los labios.

—Me temo que esto no va a acabar del modo que ambos queríamos.

—Muy bien, muy bien, lo siento, sólo tenía miedo. Era yo. Pero no quería hacer lo que hice, sólo... No tenía otra opción.

—Te escucho.

Respiró profundamente.

—Te contrataron para... para seguir a alguien recientemente. El problema que tienes es con esa persona.

Negué con la cabeza, asqueado. Sé por experiencia que los burócratas son al asesinato lo que los victorianos al sexo: no pueden llamarlo por su nombre.

Esperé, dejando que la presión del silencio le acuciara. Pero se mantuvo tranquilo, resistiendo el impulso a hablar. Muy bien, plan B.

Cogí la porra eléctrica y la sostuve a un centímetro de sus ojos, después apreté el gatillo. Afilados zarcillos azules de electricidad caracolearon entre los electrodos, y el acre olor del ozono prendió el aire. Él trató de apartar la cabeza, pero no podía ir a ningún lado.

Solté el gatillo.

—Recuerda, Crawley, mi compromiso de no hacerte daño iba acompañado por una condición. No nos carguemos la condición, ¿de acuerdo?

Lo cierto era que no quería hacerle daño. El miedo es un motivador más potente que el dolor. El miedo es pura anticipación, imaginación. El dolor es real y cuantificable. Una vez empieza el dolor, la persona deja de tenerle miedo, porque está allí, sucediendo. La persona puede pensar: «Muy bien, esto es malo, pero puedo soportarlo». Y puede tener razón. Así que cuando estás interrogando a alguien, una vez has empezado a hacerle daño, ya has perdido parte de tu ventaja. Quería evitar eso si podía.

Bajé la porra electrónica.

—Es importante que no nos escondamos tras eufemismos, vagas referencias y pronombres indefinidos, ¿de acuerdo? —dije, como si fuera un niño y yo estuviera explicándole las reglas de la clase—. Es importante que me digas exactamente quién iba a por mí y por qué. Si resulta que tú eres sólo un simple eslabón de la cadena, sobrevivirás a esta conversación.

Ahora le había dado un poco de esperanza. Lo único que tenía que hacer para salvar el culo era traicionar a unas cuantas personas.

«Miedo al dolor, esperanza de liberarse. Cuatro de cada cinco interrogadores interrogados recomiendan esta combinación para...»

—De acuerdo —dijo, asintiendo contra la almohada—, de acuerdo. Si te cuento todo lo que sé, ¿me prometes que me soltarás?

Negación. Algo patético, en realidad. Pero hay gente que lo necesita en tiempos adversos. Crawley, al parecer, era uno de ellos.

—Sí —dije—. Pero recuerda que yo ya sé muchas cosas. De otro modo, no estaría aquí. Así que sabré si te estás dejando algo.

—Lo entiendo —dijo, asintiendo, mientras veía que la puerta se abría un poco más—. No me dejaré nada.

No añadí ningún comentario más. Después de un momento, volvió a respirar hondo y dijo:

—El hombre al que debías... seguir. Descubrió tu presencia. Así es como empezó todo esto.

—Di su nombre.

—¿Su nombre?

—¿Qué te acabo de decir acerca de la vaguedad? ¿Estás tratando de comprobar cuánto estoy dispuesto a soportar? Di su puto nombre.

Se produjo una pausa, durante la cual pareció marearse.

—Belghazi —dijo.

—Muy bien. ¿Cómo «descubrió» Belghazi mi presencia?

—Alguien fue enviado a Macao para matarlo. Al menos, eso cree. Un francés llamado Nuchi, un contratista independiente con muchos contactos en

el Medio Oriente. Apareció muerto en Macao hace menos de una semana con el cuello roto, al mismo tiempo que el hombre..., que Belghazi resultaba estar allí. Belghazi quiso saber qué sucedió. Si sabíamos que habían mandado a ese tipo, cosas así.

—¿Qué le dijisteis?

—Que no sabíamos nada de eso. Lo que resultó ser cierto. Con la salvedad de que, cuando empecé a investigar la situación, descubrí que nosotros habíamos mandado a alguien, aunque no a Nuchi. Te habíamos mandado a ti.

—¿Pero no mandasteis al otro?

—¿Quién puede estar seguro? Esta mierda obviamente está siendo organizada por canales externos, de lo contrario nunca te habrían mandado a ti. Pero no creo que ni siquiera los idiotas que decidieron mandarte fueran tan estúpidos de enviar a dos agentes a la misma operación sin informarles antes.

Le estaba cogiendo gusto a hablar, lo que era bueno. Quería que siguiera, que continuara fomentando su recién descubierta locuacidad. De ese modo, estaría acostumbrado a la dinámica cuando llegáramos al centro del asunto, momento en el que el acto de traicionar secretos no le parecería mucho más de lo que ya había hecho y dicho. En contra de lo creído popularmente, un buen interrogatorio es mucho más una seducción que una tortura.

—¿Quién crees que mandó a Nuchi? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe. Nuchi trabaja por contrato con varios gobiernos y grupos terroristas árabes, así que la explicación más probable es que estaba trabajando para uno de sus clientes habituales: quizá alguien que había sido engañado por Belghazi, quizá alguien que quería meter la mano en las fuentes o las redes de Belghazi. En realidad, es bueno que el tipo esté muerto. Si lo hiciste tú, tendrían que darte una medalla.

—Pero en lugar de una medalla, tú avisaste a Belghazi de que yo iba a por él.

Se produjo una pausa durante la cual él forcejeó en silencio con la idea de que yo ya sabía aquello. Siempre que sea posible, tienes que darle la impresión al interrogado de que ya sabes todo lo que va a decirte. Eso le hace temer guardarse algo, y le ayuda a tener una excusa para contar todo: a fin de cuentas, no está diciendo nada que tú no sepas.

—Sí —dijo después de un momento—. Le avisamos.

«*Le avisamos. Nosotros —pensé—. Otra vez.*»

—Me gustaría saber por qué —dije.

Cerró los ojos, de nuevo con el aspecto de estar enfermo.

—Hay... una relación ahí —dijo, al cabo de un momento.

«Otra vaga referencia», pensé. Pero esperé si encontraría un camino que lo llevara más allá del atolladero provocado por su deseo de proteger la información, por un lado, y por el deseo de seguir con vida cuando yo me marchara de su apartamento, por el otro.

—Nos da información —dijo finalmente—. Y nosotros... lo protegemos.

—Así que Belghazi es un colaborador de la CIA —dije, con un tono que indicaba que aquello no era una gran revelación para mí, aunque en realidad estaba sorprendido.

Palideció al oírlo en voz alta.

—Más o menos. No es un colaborador oficial, no ha sido entrenado para ello, como fuente es demasiado sensible y no podemos arriesgarnos a que la relación sea conocida fuera de la división. Pero nos da información.

—¿A la División Oriente Medio? —pregunté, demostrándole que ya sabía muchas cosas.

—Cielos —dijo—. ¿Cómo lo...? Sí, a la División Oriente Medio.

—¿Y la información que os da es relativa a...?

Suspiró, quizá tratando de racionalizarlo en cierta medida. «Bueno, he llegado hasta aquí, qué mal puede hacer, y además probablemente lo sabe casi todo...»

—Relativa al tráfico de armas, especialmente material para la fabricación de armas de destrucción masiva, con grupos que podrían utilizarlas contra Estados Unidos.

—¿Materiales?

—Materiales para la fabricación de armas de destrucción masiva: uranio enriquecido, diseños centrífugos nucleares, ántrax, EMPTA (un elemento químico utilizado en la producción de gas VX), etcétera.

—Estoy confundido —dije—. Creía que Belghazi estaba muy implicado en todo eso.

Negó con la cabeza.

—Belghazi vende material de la vieja escuela: pistolas, C-4 y RPG; material al que ya estamos acostumbrados y con el que podemos convivir.

—No sabía que la CIA podía ser tan acomodaticia.

—Mira, ¿de dónde crees que sacamos información sobre las armas de destrucción masiva? ¿De niños que cantan en coros? ¿De ganadores del Premio Nobel de la Paz? Sí, Belghazi es malo, pero es un ángel comparado con alguno de los personajes que estamos tratando de detener.

—Así que os da información sobre algunos de los tipos realmente malos...

—Y a cambio lo protegemos, le dejamos continuar con su negocio. —Se detuvo y me miró—. Oye, estoy cooperando. ¿Puedes desatarme? Creo que me está cortando la circulación.

«*Buen intento*», pensé. Lo até de tal manera que la presión de las ataduras quedara extremadamente distribuida y no le dejara marcas. En consecuencia, a su circulación no podía pasarle nada.

—Lo estás haciendo bien —dije—. Si sigues así, te desataré lo suficiente para que puedas quitarte el resto de ataduras tú mismo y yo me marcharé.

—De acuerdo —dijo, sin duda reconfortado por nuestra racional conversación, el civilizado estira y afloja del regateo. De nuevo, negación. Un tipo entra en tu apartamento, te espera, te deja sin sentido, te ata, pero (¡claro que sí!) confías en que cumplirá su palabra. Al menos si desesperadamente quieres creer que puedes confiar en él. El atronador triunfo de la esperanza, como sucede con frecuencia, imponiéndose al gris sentido común y el instinto.

—Así que Belghazi os da información y vosotros le dais protección —dije, tratando de obtener información adicional repitiendo lo que ya había dicho.

—Sí. No es un sistema infrecuente. Los departamentos de policía lo hacen constantemente. No podrían combatir el crimen sin eso.

—Belghazi es un chivato.

—Exactamente.

Me di cuenta de que había pasado de los detalles de la relación de la CIA con Belghazi a una conversación más general sobre esa clase de relaciones por parte de las fuerzas de seguridad. Un buen intento, pero estéril.

—Dices que «*protegéis*» a Belghazi —dije—. Cuéntame más de eso.

Se le dilataron las pupilas y la mirada se dirigió a la derecha. No quería decirme la verdad y estaba tratando de improvisar algo.

—Veo que no quieres hablar de esto, Crawley —dije— y que estás tratando de inventarte algo. Así que antes de que digas nada, debes saber que si percibo que me estás mintiendo, o siquiera que no me lo estás contando todo, voy a sacarte esa almohada de debajo de la cabeza y a asfixiarte con ella. Imagínatelo. —Sonreí como si sólo le estuviera deseando que tuviera un buen día.

Palideció y asintió rápidamente.

—Muy bien. A veces compartimos información con él; es decir, acerca de un traficante rival, otro trato que se está negociando. Belghazi puede utilizar esa clase de información para sabotear el otro trato, o hacer una oferta mejor. En dos ocasiones ha utilizado la información que le hemos dado para eliminar un rival, cosa que nosotros consideramos un desenlace indeseado. O si sabemos que está siendo observado por un servicio de inteligencia rival, o por los cuerpos de seguridad, le avisamos.

Asentí con la cabeza.

—Pero eso no es lo que querías decirme hace un momento —dije con el tono apesadumbrado, como si viera lo que iba a hacer después.

—No, no es cierto —dijo rápidamente—. También, a veces..., a veces, nosotros situamos a gente en el terreno. Supervisamos una entrega.

«*Muy bien, allá vamos. El momento de la verdad.*»

—Todo el rato hablas de «nosotros» —dije—. Dime quién más está implicado.

Cerró los ojos y asintió durante un largo rato, como si tratara de reconfortarse. Después dijo:

—Hay un viejo agente de la División Oriente Medio. Es un agente encubierto, con base en Hong Kong, vinculado al Centro Antiterrorista. Tiene mucha autonomía y mucha autoridad. Los otros agentes establecidos allí le dan mucho margen y mantienen una gran discreción.

—¿Por qué?

Suspiró.

—Los tipos del CAT se asustan fácilmente. El personal de la división en la zona no sabe qué hace el CAT. Cielos, normalmente ni yo sé qué hacen; mira cómo el CAT en Langley decidió que eliminaran a Belghazi, yo no tenía ni idea de eso. En cualquier caso, la filosofía es que esos tipos del CAT se dedican a la magia negra, creo que ni siquiera quiero saberlo. No hablan mucho de lo que hacen, pero están haciendo el trabajo de Dios, no hay que preguntar ni que decir nada, sólo dejarlos en paz e ir a tomar una copa con los sospechosos diplomáticos de costumbre, escribir un informe posterior a la acción y si te he visto, no me acuerdo.

—Ese tipo en Hong Kong...

—Conoce a Belghazi de su época en la División.

Finalmente, el vínculo que había estado buscando: Belghazi con el agente encubierto de Crawley.

Sin embargo, Hong Kong... Algo en la conexión de Hong Kong me inquietaba. No estaba seguro de qué era.

—¿Fue gracias a ese tipo, el agente encubierto, como supiste de mí? — pregunté.

Asintió.

—Cuéntamelo —dije.

Tragó saliva.

—Belghazi llamó al agente encubierto preguntándole por el francés muerto. El agente encubierto se puso en contacto con el cuartel general del C AT. Descubrió que Belghazi estaba en la lista de objetivos en infraestructura terrorista, que habíamos mandado a alguien a por él a Macao.

—¿A quién?

Asintió.

—Sólo tu nombre. Pero la Agencia tiene todo un fichero sobre ti. Una vez tuve tu nombre, no me fue difícil obtener el fichero en Documentación Central.

—¿Qué decía en el fichero?

—Ya lo sabes, tu historial: una biografía, ubicación sospechada y actividades.

—¿Qué más?

—Sólo una vieja foto. Eso es todo.

Pensé en la fotografía, en cómo Belghazi se había percatado de mi presencia en el Lisboa. Si la fotografía era de mi época militar, y di por hecho que así era, estaba desfasada desde hacía tres décadas y no tendría en cuenta la cirugía plástica que me había hecho. Sin embargo, debió de ser suficiente para que Belghazi confirmara mi identidad. O puede que la digitalizaran y la pusieran al día. «Sí, era él —lo imaginé diciendo—. El cabrón se sentó a mi lado en la sala VIP del Lisboa, la misma noche en que me puse enfermo. Maldita sea, seguramente me envenenó.»

Después debieron de repartir copias entre el equipo saudí en Hong Kong y Macao. Estuve en lo cierto sobre la forma en que aquel observante me escudriñaba.

—¿Con quién más te pusiste en contacto? —pregunté, ocultando la irritación que estaba sintiendo al pensar en esos idiotas que implacablemente, por inercia, arruinaban la pequeña paz que de otro modo hubiera podido tener.

Me miró, y me percaté de que se preguntaba cuánto sabía yo, cuánto iba a poder callarse.

—Gente en Japón —dijo—. Uno de los oficiales de la Delegación de Tokio. Porque el fichero decía que estabas instalado allí.

—¿Kanezaki?

Sus ojos se abrieron como platos.

—Por el amor de Dios —dijo.

—¿Qué te dijo Kanezaki?

—No mucho —dijo, recuperando un poco la compostura—. Es un capullo.

Casi sonreí. Desde mi punto de vista, era la mejor referencia al carácter de Kanezaki que podía haber recibido jamás.

—¿Quién más?

—El enlace japonés, Kay-kay no sé qué.

—Keisatsucho. —El disfraz de Tatsu.

—Sí. Ellos también tenían un fichero sobre ti.

—¿Qué sabes de una mujer llamada Delilah? —pregunté, tratando de cogerlo con la guardia baja, para ver si reaccionaba.

—¿Delilah?

—Mujer rubia, cosmopolita, probablemente israelí, quizá europea. Está con Belghazi.

Negó con la cabeza.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Es israelí y está con Belghazi?

Lo miré, ignorando la pregunta. No me pareció que sus ojos ocultaran nada.

Miré mi reloj. Llevábamos hablando cinco minutos.

—¿Qué está haciendo Belghazi en Macao? —pregunté.

—Lo que hace siempre: reunirse con clientes, comprobar que la infraestructura de transporte está en su sitio, supervisar una entrega, cosas así. Negocios en Hong Kong, juego en Macao. Le gusta jugar.

Asentí, pensando. Muy bien, la historia de Dox, la historia de Kanezaki, la historia de Tatsu: las cosas estaban cuadrando.

Un momento. Dox. Ésa era la conexión en Hong Kong, la cosa que me había fastidiado hacía un instante. Dox había utilizado una fotografía para encontrarme allí. Y al parecer, tenía algunos contactos locales, suficientes para conseguir toda la cooperación del personal de un hotel en un «*asunto policial*».

—¿Quién es el agente encubierto? —pregunté.

—Te lo he dicho, un antiguo oficial de la División Oriente Medio, ahora unido al CAT.

—Su nombre.

Su respiración se entrecortó y se aceleró.

—Por favor, no me pidas que te diga eso. ¿Para qué lo necesitas, de todos modos? Por favor, no puedo decirte algo así. Te he dicho todo lo demás, ¡en serio!

Había creído que, a esas alturas, ya llevaríamos suficiente impulso para evitar esa clase de frenazo. Al parecer, estaba equivocado.

—¿Crees que si él estuviera en tu lugar, moriría antes de dar tu nombre? —pregunté—. Porque eso es lo que has elegido hacer.

—No sé qué haría. No puedo... No puedo darte el nombre de otro oficial. Lo siento, no puedo.

—Dos cosas —dije—. En primer lugar, estoy seguro al ochenta por ciento de saber quién es, sólo quiero una confirmación. —Eso era mentira, por supuesto, pero quería que a Crawley le fuera más fácil hallar una excusa si es que optaba por decírmelo—. En segundo lugar, sólo estoy interesado en él porque puede acercarme a Belghazi. Así que, si no me dices su nombre, vas a morir para proteger a Belghazi, no para proteger al personal de la Agencia.

Cerró los ojos y las lágrimas empezaron a llenarle los ojos.

—Lo siento —dijo a la vez que negaba con la cabeza—. Lo siento.

Mierda, su esperanza, real o falsa, se estaba desvaneciendo. Mi influencia en él se estaría desvaneciendo con ella.

—El agente al que acudiste —dije, ahora tentativamente—, para que me eliminara. Se hace llamar Dox. ¿Es él el agente encubierto?

No respondió, y me di cuenta de que ni siquiera podía oírme. Había tomado una decisión y ya había aceptado sus consecuencias. Podría haber tratado de torturarlo, pero no quería hacerlo. Los beneficios de la información obtenida gracias a la tortura son normalmente mínimos. Los costes para la mente suelen ser importantes.

Sin embargo, el siguiente paso no iba a ser agradable. Había hablado con él, interactuado con él, visto sus lágrimas, su miedo y su insensata lealtad. Todo garantizaba penetrar a través de décadas de un endurecimiento emocional para recordarme que era otro ser humano cuya vida iba a sesgar.

Pero no tenía otra opción. No podía dejarlo vivo después de nuestro encuentro. Advertiría a Belghazi, advertiría al agente encubierto en Hong Kong. Y había mencionado a Delilah. Si le hablaba a Belghazi de ella, estaría muerta aquella misma noche.

Me pregunté brevemente si le había mencionado el nombre para forzar la mano, para aclarar si, al perdonarle la vida, estaría acabando con la de ella.

Me recordé que había intentado que me mataran, y que, si podía, volvería a hacerlo.

«No pienses. Hazlo.»

Sentí una válvula cerrarse sobre mi empatía como la tapa de un compartimento estanco. La tapa se abriría más tarde, lo sabía, a medida que la presión creciera debajo de ella, pero se mantendría en su lugar el tiempo suficiente para que yo acabara lo que tenía entre manos.

Cogí la porra eléctrica y volví a soltarle una descarga. Él se sacudió violentamente a causa del choque, pero la almohada impidió que se golpeará la cabeza. Al cabo de unos diez segundos, solté el gatillo y dejé el arma a un lado.

Lo senté y me coloqué tras él. Engarcé mis piernas con las suyas, le pasé los brazos alrededor del cuello con un *hadaka-jime* de estrangulación y me eché hacia atrás sobre el suelo cubierto de plástico para que mi cuerpo quedara debajo del suyo. Lo estrangulé cuidadosamente, utilizando sólo la fuerza necesaria para cerrarle las carótidas, pero no lo suficiente para dañarle la tráquea o dejarle moratones. No hizo ningún sonido y quedó inconsciente al cabo de segundos. Lo sostuve de esa forma durante varios minutos, hasta que su inconsciencia se convirtió en la muerte.

Me levanté y lo arrastré hasta el armario de la sala de estar. El plástico apenas oponía resistencia sobre la alfombra, lo cual hacía más fácil el trabajo.

Lo dejé bajo el colgador en el armario de almacenaje y regresé a la sala de estar. Me gusta ir limpiando de camino: a cada paso, recoger una cosa. Repetir. Así es más fácil no olvidar nada.

Recogí la cinta aislante, después me di cuenta de algo: una franja en la alfombra en la que las fibras habían quedado aplastadas en la misma dirección tras su recorrido sobre el plástico. Caminé en una y otra dirección sobre la franja hasta que quedó arreglado.

Volví al armario, corté la cinta aislante y le quité el plástico con el cúter. Me di cuenta de que tenía los calzoncillos húmedos: se había meado al perder la conciencia y morir. No es infrecuente. Tenía suerte de que hubiera acabado de ir al baño, pues podría haber tenido mucho más que limpiar.

Abrí las puertas correderas que había cerca de la entrada y puse en marcha la lavadora. Añadí un poco de detergente y después volví al armario, donde le quité los calzoncillos y la camiseta a Crawley. Los metí en la lavadora. Después cogí un par de trapos del baño y lo limpié con ellos. También éstos fueron a la lavadora, junto con los contenidos de una bolsa de tintorería de plástico que estaba sobre la secadora. Era un pequeño detalle, pero no hay que dejar cabos sueltos: «¿Por qué el hombre muerto lavó sólo sus calzoncillos, una camiseta y dos trapos? ¿Por qué no lavó el resto de la colada?».

También me tomé la molestia de colgar su abrigo, traje, camiseta y corbata en el armario ropero.

Me quité los guantes de piel de ciervo que llevaba, fui al armario de los trastos y me puse los de látex. Cogí la gelatina y me dirigí al baño, donde metí la mitad del contenido del tubo en el lavamanos, mojándolo todo con agua caliente. De nuevo en el armario, le puse las manos en el tubo para asegurarme de que estuviera personalizado con sus huellas digitales.

Dejé el tubo en el suelo e hice un nudo corredizo con la cuerda de tender. Le puse el nudo alrededor de la cabeza y pasé el otro extremo por encima del colgador, cerca de la alcayata, donde sería más resistente. Después utilicé la cuerda para ponerlo de rodillas. Se inclinó hacia delante varios grados, pero la cuerda lo sostuvo. Até el extremo al colgador, corté el resto excepto un metro y di un paso atrás.

La disminución del flujo de oxígeno al cerebro, llamada anoxia cerebral, puede intensificar algunas sensaciones, haciéndola, para algunos, un buen acompañamiento para la masturbación. La práctica es conocida como asfixia autoerótica y normalmente es un secreto hasta que el entusiasta muere accidentalmente en mitad de los procedimientos. Las estadísticas hacen que los deportes extremos parezcan bastante seguros en comparación: cada año mueren sólo en Estados Unidos entre quinientas y mil personas.

Miré a Crawley un momento. «*La mil uno.*»

Apliqué un poco de gelatina a su mano derecha y sus genitales, di un paso atrás y observé. Sí, tenía buena pinta. La vida privada de un burócrata del Departamento de Estado. La quintaesencia de la acartonada seriedad de Washington Beltway de día; prácticas de asfixia autoerótica de noche. En realidad, uno nunca sabe qué pasa al otro lado de la puerta de una casa, ni tampoco en los armarios.

Un repentino pensamiento me sobresaltó: «*¿Era diestro, o zurdo?*».

Hum, debería haber pensado en descubrirlo antes. Error. Pero al diablo, no pasaba nada. Quizá a la hora de darse placer era ambidiestro. ¿Quién podría decir lo contrario? Lo importante era que la CIA no querría que se supiera. Querrían manejar aquello rápidamente, en silencio y sin manchar. Lo llamarían una embolia, una pared del corazón débil, algo así, y, queriendo creer que ésa era la verdad, lo repetirían hasta creérselo. Aunque tuvieran sospechas, se mostrarían reacios a hacer algo que pudiera provocar una filtración; lo cual significaría menos presión para mí.

Me quité los guantes de látex, los metí en el maletín y volví a ponerme los de piel de ciervo. Me puse el abrigo. Enrollé el plástico, cogí el resto de

objetos y lo metí todo en el maletín, que llevé a la sala de estar. Miré alrededor.

«*Ahora al revés, empezando por el baño.*» Lo comprobé todo dos veces. Después tres. Nada estaba fuera de lugar. No había signos reveladores. La lavadora estaba en el ciclo de enjuague. Las cosas de Crawley estarían limpias pronto.

Una última comprobación del armario. Todo en orden, Crawley incluido. Estaba inclinado hacia delante, la cuerda impedía que cayera de cara, y tenía los nudillos apoyados a ambos lados sobre la alfombra. «*Bueno, hay maneras peores de palmarla*», pensé. Y yo había visto muchas de ellas.

Normalmente, trabajo con importantes limitaciones temporales y no tengo la oportunidad de comprobarlo todo tres veces, y mucho menos para pensar una vez he hecho el trabajo. Pero esta vez sí la tenía.

Observé el cuerpo sin vida de Crawley, pensando en todas las muertes que había visto, en todas las muertes que había provocado, empezando por la de aquel desafortunado vietcong cerca del río Xe Kong hacía tantos años. Me pregunté qué estaría haciendo hoy aquel pobre desgraciado si nuestros caminos nunca se hubieran cruzado.

«Probablemente estaría muerto de todos modos —pensé—. Un accidente, una enfermedad o alguna otra cosa lo habría matado.»

Sí, quizá. O quizá habría vivido y hoy estaría casado con una hermosa chica vietnamita: un luchador; como en el pasado. Y tendrían tres o cuatro hijos, que venerarían a sus padres por los sacrificios que habían hecho durante la guerra. Quizá su primer nieto habría nacido recientemente. Quizá habría llorado a causa de una terrible alegría al abrazar al hijo de su hijo contra su delgado pecho, pensando en lo extraña que era la vida, en lo preciosa que era.

Quizá.

Suspiré mientras observaba el cuerpo raramente inclinado de Crawley. Parecía relajado, tranquilo, como con frecuencia les sucede a los cadáveres.

En los países desarrollados, la mayor parte de la gente se pasa la vida entera sin ni siquiera ver un cadáver o, si lo hace, es en un ataúd abierto, donde tiene un contexto y sólo ve la fachada pacífica y rubicunda del artificio de un trabajador de las pompas fúnebres. Cuando mueren mamá y papá, se encargan de ellos los desconocidos que trabajan en una residencia a dos pueblos de distancia. Los niños no tienen que ver su despedida. Ni siquiera tienen que verlos después. Sólo reciben una llamada —«sentimos tener que informarle»— a última hora de la noche de parte del director de la residencia, para quien esas llamadas son tan rutinarias como sacar la basura. La funeraria

recoge el cadáver. El cementerio lo entierra. A menos que seas un profesional, puedes pasarte toda la vida sin ver a alguien en el momento de abandonar la suya.

La gente no sabe. La gente no sabe que la mandíbula se queda flácida, que la piel se vuelve al instante cerosa y amarilla, que los párpados se cierran fácilmente cuando les pasas la mano por encima. No conoce el horrible olor de la sangre y las entrañas, ni sabe que, aunque puedas lavarte el hedor de la piel, nada puede eliminarlo jamás de la memoria. No sabe otro centenar de cosas. También puedes preguntar por el mecanismo mediante el cual se sacrifica a los animales que se convierten en la carne de la mesa en que cena. Tampoco quiere saber nada de eso. Y las cosas están montadas de tal modo que no sea necesario.

A veces olvido la división que ese conocimiento produce, olvido que me distingue de los que no cargan con su peso. Pero, en realidad, eso no sucede casi nunca. Midori lo percibió desde el principio, creo, aunque no fue hasta más tarde cuando comprendió su esencia.

Sí, a veces olvido, pero nunca por mucho tiempo. Miro a los ignorantes que me rodean con desdén. O resentimiento. O envidia, cuando soy franco conmigo mismo. Siempre con distanciamiento. Siempre con una distancia que no tiene nada que ver con la geografía.

Me encaminé hacia la puerta y miré por la mirilla. No había nadie al otro lado.

Salí, asegurándome de que la puerta se cerraba tras de mí. Salí por la entrada principal, como cualquier otro vecino, que va a pasar la noche fuera. En el mostrador de la portería había otra persona. Aunque la chica universitaria hubiera estado allí, no me habría reconocido. El pequeño disfraz que había llevado antes había desaparecido, por supuesto; pero más que eso, yo era ahora una persona distinta. Entonces, había sido un tímido inmigrante con un impermeable barato que me sentaba mal, un visitante al edificio. Ahora caminaba como si aquel lugar fuera mío, un vecino con su abrigo de aspecto profesional, de camino a un coche extranjero y, por lo tanto, a un importante trabajo en la oficina, una posición responsable que sin duda requería, en ocasiones, trabajar por las noches.

Salí del edificio y crucé la calle. Me quité las botas de agua, las metí en el maletín y entré en el coche. Conduje varios kilómetros hasta otro centro comercial, donde me puse la ropa con la que estaba viajando: pantalones grises de estambre y un jersey ligero de lana merina con el cuello redondo color aceituna. Me volví a poner el abrigo y agradecí su calidez.

Durante la hora siguiente conduje por la Virginia suburbana, deteniéndome en gasolineras, tiendas y lugares de comida rápida, tirando cada vez una o dos reliquias del trabajo hecho con Crawley hasta que el maletín estuvo vacío y, también, lo dejé en el contenedor de un Roy Rogers. Lo tiré entre los otros restos y vi una pequeña avalancha de envoltorios de comida rápida caer sobre él y enterrarlo.

Volví caminando al coche. Los árboles sin hojas que había junto a la carretera parecían esqueléticos contra el cielo nocturno. Me detuve y contemplé un largo rato ese cielo, cualquier cosa que pudiera haber tras él.

*«Oh, ¿te he ofendido? —pensé—. Adelante, pues. Mándame tu mejor disparo. Estoy aquí.»*

No sucedió nada.

Pasó un minuto. Empecé a temblar.

De repente, estaba exhausto y hambriento. Necesitaba comer algo y encontrar un hotel.

Me metí en el coche y volví a salir a la carretera. Me sentía solo y muy lejos de casa.

Dondequiera que ésta estuviese.

## TERCERA PARTE

Ella da cuando nuestra atención está distraída,  
Y lo que da, lo da con tan sutiles confusiones  
Que el dar reduce al hambre al desear...

T. S. ELIOT,  
*Gerontion*

## Capítulo 10

**E**l billete que había comprado para ir de Osaka a Washington era de ida y vuelta. Los billetes de ida atraen una atención innecesaria, especialmente después del Once de Septiembre. Cuando partí, no estaba seguro de si utilizaría la vuelta, pero sin duda ahora tenía razones para hacerlo, y la mañana posterior a mi charla con Crawley cogí un vuelo de retorno en Dulles.

Dormí bien sobre el Pacífico, durante los anuncios previos al aterrizaje; las azafatas habían respetado amablemente mi deseo de que no me despertaran, ni siquiera para el champán y el caviar. Ah, la primera clase.

Cogí el *rapito*, el tren de transporte rápido desde el Aeropuerto Internacional Kansai hasta la estación de Namba en Nankai, en el sur de Osaka. Tenía asiento de ventanilla, y durante el viaje de treinta minutos desde el aeropuerto hasta la terminal de la estación me quedé sentado, mirando a través de mi reflejo en el cristal. Una franja de sol había salido entre las nubes en un extremo del horizonte, brillando como un reflector sepia por entre un firmamento por lo demás gris y monótono, y en los últimos momentos del día contemplé esas escenas del exterior, escenas que pasaban ante mí tan inconexas e inexpresivas como imágenes de una película muda: un arrozal en la distancia, atendido por una mujer solitaria que parecía perdida en aquella extensión inundada; un hombre que pedaleaba cansinamente en una bicicleta, con un traje negro que parecía combarse sobre su cuerpo como si no quisiera nada más que cesar ese movimiento hacia delante sin sentido y sucumbir al pesado abrazo de la gravedad; un niño con una mochila amarilla detenido ante el paso subterráneo del ferrocarril *rapito*, quizá de camino a un *juku*, o escuela de la memoria, que llenaría su cabeza con hechos durante los doce años siguientes hasta que llegara el momento de verterlos en los exámenes de entrada a la universidad, observando el tren con un raro estoicismo, como si fuera concierne de lo que el futuro le deparaba y ya se hubiera resignado a su peso.

Llamé a Kanezaki desde una cabina en Namba. Le dije que debíamos reunirnos aquella noche, que encontraría los detalles en el tablón de anuncios. Subí la información necesaria desde un cibercafé. El tren bala Nozomi hacía

el viaje en unas dos horas y media, y esperaba que partiera inmediatamente después de recibir mi mensaje.

Visité el tablón de anuncios que había creado para Delilah y apenas me sorprendió encontrar un mensaje suyo: «Llámame». Había un número de teléfono.

Lo marqué. Es posible que localizaran la llamada en Osaka, pero no iba a estar allí mucho tiempo, de modo que no importaba.

—*Alló* —oí que decía.

—Hola —respondí.

—Hola. Gracias por llamar.

—De nada.

—Quería decirte que casi he terminado. Te pido que seas paciente sólo un poco más.

Aquello era inteligente. Debía preocuparle que, si yo no tenía noticias tuyas, me impacientara, decidiera que estaba jugando conmigo y fuera una vez más a por Belghazi unilateralmente. Y era mejor oír mi voz, y dejar que yo oyera la tuya, que un seco mensaje de texto flotando en el ciberespacio.

—¿Cuánto tiempo?

—Un día. Quizá dos. Valdrá la pena, ya lo verás.

Una vez más, me pregunté por el ascensor del Macao Mandarín Oriental. Después de lo que había sucedido posteriormente, y después de lo que había descubierto, mi instinto me decía que ella no había formado parte de ese intento de acabar conmigo, que en realidad ella había tratado de advertirme, como aseguraba. Lo que no podía entender era por qué. Desde su perspectiva, desde el punto de vista de su operación, un aviso podría haber sido contraproducente.

Odiaba tener un cabo suelto como ése. Pero no lograba encontrarle un sentido. Pensaría de nuevo en ello.

—De acuerdo —dije.

—Gracias.

—¿Puedo llamarte a este número?

—No. No después de esto.

Me detuve y después dije:

—Muy bien. Buena suerte.

—Igualmente. —Colgó.

Poco menos de cuatro horas más tarde, Kanezaki y yo estábamos sentados en un Ashikam, un restaurante indio perteneciente a una cadena, en el centro comercial subterráneo de Umeda, al que yo había tomado cariño durante el tiempo que pasé en Osaka. Había realizado los usuales procedimientos de seguridad antes y no había tenido ningún problema.

—Tenías razón —le dije mientras comíamos *tandoor murgh, keema naan* y *panjabi lassis*—. Había una filtración en tu lado: Crawley.

—¿Cómo lo sabes?

La pregunta fue directa y no encontré ninguna señal de sospecha tras ella. Al parecer, todavía no tenía noticia del reciente fallecimiento de Crawley. Cuando lo hiciera, llegaría a sus propias conclusiones. No me pareció que contárselo yo mismo tuviera ningún sentido.

—Vuestra División Oriente Medio mantiene relaciones con Belghazi —dije—. Belghazi les da información acerca de los negocios de otra gente, especialmente en el comercio de armas de destrucción masiva, y a cambio lo protegen de muchas maneras, también supervisando envíos a través de Hong Kong.

—Joder, ¿cómo demonios lo has sabido?

Me encogí de hombros.

—¿Me estás diciendo que no lo sabías?

—He descubierto algunas cosas desde que hablamos por última vez —dijo, mirándome—. Pero tengo acceso desde dentro, y tú no. Por eso te lo pregunto.

Sonreí.

—Olvídate del cómo. Llámalo «*fuentes y métodos*». Lo que importa es qué y quién.

—¿Quién...?

—Hay un agente encubierto de la CIA establecido en Hong Kong, vinculado al Centro Antiterrorista, anteriormente con la División Oriente Medio. Es el contacto entre Belghazi y Crawley.

Lo observé atentamente en busca de una reacción.

—¿Sabes lo del agente encubierto? —pregunté.

Asintió.

—Por supuesto.

—Muy bien. Creo que es parte de la razón por la que a Belghazi parece gustarle tanto Macao. A Belghazi le gusta hacer las entregas en Hong Kong, donde la CIA puede ayudarlo con los pesos pesados. Macao está justo al lado.

—¿Me estás diciendo que no es por el juego?

Me encogí de hombros.

—Estoy seguro de que le encanta jugar. Pero también sabe que los analistas prestan mucha atención en cosas como el juego cuando crean un perfil. Sabe que si se siguen sus movimientos hasta Macao, los analistas dirán: «Ah, *está jugando*», sin buscar más allá. Está utilizando vuestras expectativas acerca de sus costumbres conocidas para ocultar su objetivo real.

Nos quedamos en silencio un largo rato, durante el cual Kanezaki repiqueteó los dedos sobre la mesa e ignoró la comida. Después dijo:

—Tienes razón.

—Lo sé.

Negó con la cabeza.

—Lo que quiero decir es que la última vez que nos vimos, cuando sugeriste que Macao podía no ser sólo el destino de las vacaciones de Belghazi, sino la sede principal de sus negocios, me diste que pensar. Hice algunas investigaciones. Te dije que teníamos pinchado el teléfono por satélite de Belghazi. Los aparatos que utiliza forman parte de una red que orbita cerca de la Tierra. A la gente le gustan estas redes porque la recepción es clara y porque la proximidad de los satélites a la Tierra significa una reducida transmisión de la señal, pero las redes son menos seguras.

—¿Porque muchos satélites reciben la señal?

—Exactamente. Así que siempre puedes triangular. Se supone que no es posible, porque las señales se digitalizan y encriptan; sin embargo, saber que hay una aguja en el pajar es muy distinto de ser capaz de encontrarla. Pero créeme, si usas uno de esos teléfonos, te encontramos.

Pensé por un momento.

—Has dicho «*teléfonos*». ¿Ha cambiado Belghazi de teléfono hace poco?

—Sí.

—Me parecía posible. Debí de decidir que el teléfono vía satélite era el modo mediante el cual lo habían seguido a Macao. ¿Qué debí de decirle el agente encubierto?

—Probablemente que se comprara un teléfono nuevo.

—¿Sois capaces de seguirlo igualmente?

Sonrió.

—Sí.

—¿Cómo?

Negó con la cabeza.

—Me temo que eso está bajo el rótulo de «*fuentes y métodos*».

—¿Tienes a la Agencia de Seguridad Nacional escuchando una grabación digital de voz?

Volvió a negar con la cabeza. Estaba claro que no iba a conseguir los detalles.

—¿Todavía me consideras un paranoico por no utilizar teléfono móvil?

Sonrió.

—Quizá no. De cualquier manera, he trazado las coordenadas de todos los lugares de Asia hasta los que hemos seguido el teléfono de Belghazi durante los dos últimos años. El resultado parece una colección azarosa de puntos. Excepto un lugar.

—¿Sí?

—En el último año, Belghazi ha estado tres veces en Kwai Chung, en Hong Kong.

—¿El puerto de contenedores?

—Sí. Siempre en la terminal de contenedores número nueve, la nueva en la isla de Tsing Li. Llama desde allí, siempre entre las dos y las cuatro de la madrugada.

—¿Cómo llega hasta allí? —pregunté, pensando en voz alta—. Debe de ser una instalación segura.

—Yo me pregunté lo mismo. Quizá tiene un cómplice allí, un tipo de Aduanas sobornado, un vigilante nocturno, algo así. Por eso es siempre en la misma terminal. Investigué un poco. Y encontré una cosa interesante.

—¿Sí?

—Hay un agente de acceso: un chino hongkonguense que vive en Nuevos Territorios y trabaja en Kwai Chung. Lo transfirieron a la terminal nueve cuando se puso en marcha en julio de 2003. La primera visita de Belghazi fue en agosto del mismo año.

—¿Quién era el encargado de personal?

Me miró.

—El agente encubierto.

Lo miré un momento. No vi a Dox en ese papel. Él era un francotirador, no un responsable de personal. Pero no podía estar seguro.

—Así que el agente tiene relación con el empleado del puerto —dije—. Le dice a Belghazi: «*Eh, puedes hacer tus envíos a través de Hong Kong. Tengo conexiones locales que me permiten asegurarte que todo irá como la seda*». Un pequeño servicio de tu amable vecino, que es agente de la CIA, a cambio de información sobre materiales de fabricación de armas de destrucción masiva.

Asintió.

—Es probable.

—¿Qué crees que hace el tipo del puerto?

—No estoy seguro. He estado investigando mucho en los envíos de contenedores, pero creo que ese tipo le da a Belghazi el acceso físico, le muestra a él y al comprador o vendedor la mercancía en uno de los contenedores, y después se encarga de que la información IDE necesaria oculte los verdaderos orígenes y la naturaleza de la mercancía que va en el contenedor.

—¿IDE?

—Intercambio de Datos Electrónico. Kwai Chung es la terminal de salida de contenedores más informatizada del mundo.

Si el tipo del puerto tiene acceso al sistema IDE y los contenedores, presumiblemente podría cambiar los imprescindibles códigos de identificación, los códigos país/tamaño/tipo, etcétera, y asegurarse de que la mercancía del contenedor sea enviada a donde quiera Belghazi.

Pensé un momento.

—¿Dónde está Belghazi ahora?

—Todavía en Macao. —Me miró—. ¿Has sabido algo nuevo de la mujer?  
¿La rubia?

Delilah. Bueno, estaba ese mensaje que me avisaba de que la espera casi había terminado. Pero, por supuesto, eso no podía decírselo a Kanezaki.

—Nada —dije—. ¿Y tú?

Negó con la cabeza.

—¿Qué hay de Belghazi? —pregunté— ¿Alguna llamada desde la terminal nueve?

—Todavía no.

—Muy bien, entonces quizá todavía tengamos una oportunidad. —Sin interrumpirme, con un tono de petición tan suave y obvio como me fue posible, dije—: Necesito los nombres y los detalles del agente encubierto y del agente de acceso.

Negó con la cabeza.

—No. Imposible.

No funcionó. Lo miré.

—¿Te estás arrepintiendo de esta operación?

Volvió a negar con la cabeza.

—Ya sabes que hay personas en tu misma organización que consideran que Belghazi es útil, que quieren que siga con vida.

Se encogió de hombros.

—No sé qué juego están jugando. Yo tengo mis órdenes, y mi orden es eliminarlo. Y sabiendo quién es, la orden me parece lógica. Si alguien quiere sacarme de mi error, va a tenérmelo que explicar con pelos y señales.

—Bien. Por un momento, creí que te echabas atrás.

—No me echo atrás. Es sólo que...

—Mira, ya no puedo acceder directamente a Belghazi, ¿de acuerdo? Ha visto mi cara, sabe que van a por él, tomará precauciones extraordinarias. Mi única esperanza realista de acercarme a él es a través de una tercera persona, como uno de los que acabas de mencionar.

—Entiendo lo que dices. Pero no puedo darte el nombre de un agente de la CIA, especialmente un agente encubierto, ni el nombre de una fuente. Me he saltado muchas reglas contigo, es cierto, pero ésta no me la voy a saltar.

Supe por su voz y su expresión —y por mi reciente experiencia con Crawley, que se había negado a hablar incluso en una situación extrema— que no iba a decirme lo que yo quería saber. Sería inútil preguntarle por Dox. Aunque lo hiciera, no podría confiar en su respuesta.

Pensé por un momento, y se me ocurrió que todavía había un modo de llegar hasta Belghazi incluso sin la información que Kanezaki estaba resuelto a ocultarme. Implicaría no respetar la espera que Delilah me había pedido, pero los negocios son los negocios.

—Muy bien, volvamos al principio —dije—. ¿Cuál es el objetivo de que la muerte de Belghazi parezca por «causas naturales»?

Se encogió de hombros.

—Bueno, en un principio, me dijeron que tenía que parecer natural porque Belghazi tenía protectores en otros servicios de inteligencia. Pero ahora...

—Ahora parece que el objetivo más importante es evitar ofender a sus protectores de tu propio servicio de inteligencia.

—Sí, lo sé. La vida en la CIA es muy divertida.

—Vuestra mano derecha e izquierda no están trabajando con perfecta armonía.

—Estoy de acuerdo con eso.

—Y ahora parece que la mano derecha ha descubierto que la izquierda ha encargado la eliminación de Belghazi.

Asintió.

—Eso parece.

—Pero no te han transmitido sus quejas. No han utilizado los canales. Has sugerido que eso les daba miedo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Me encogí de hombros.

—Quizá estás siendo exageradamente estricto en tu interpretación de lo «*natural*» que tiene que ser la muerte de Belghazi. Porque si por alguna razón no estáis en condiciones de quejaros por el encargo de liquidar a Belghazi, quizá no estáis en posición de quejaros si ese encargo se lleva a cabo.

Apartó la mirada y asintió, frotándose la barbilla.

—La exigencia de que parezca «*natural*» es para evitar la inculpación, ¿no es así? Un desmentido evidente, o algo así —dije.

—Lo que tú y yo acordamos implicaba algo más que un desmentido evidente —dijo, negando con la cabeza—. Era más bien que la muerte de Belghazi tendría lugar de tal modo que las preguntas incómodas nunca llegarían a hacerse. Que no habría nada que negar.

—Sí. Pero desde esa conversación hemos descubierto muchas cosas, ¿no crees? Por ejemplo, hemos descubierto que Belghazi parece estar en Hong Kong para supervisar sus entregas de armas. Tienes a muchas partes implicadas: comprador, vendedor, intermediario, agente portuario sobornado, supervisor de la CIA, y un montón de dinero cambiando de manos.

Me miró y sus labios empezaron a esbozar una sonrisa.

—Sí, es cierto. Muchos actores, mucho dinero.

—Muchas posibilidades de... complicaciones.

Su sonrisa se ensanchó todavía más.

—Y de que la gente se vuelva ambiciosa.

—Cierto —dije—. ¿Qué gana un guardaespaldas al año? No mucho, te lo aseguro. Y se pasa todo el día con Belghazi, vigilando las *suites* de hotel de Belghazi y después volviendo a su pequeña habitación; es como ver *La vida de los ricos y los famosos* en una chabola. Se vuelve un resentido, se pone celoso. Se vuelve...

—Ambicioso. Y mientras tanto, conoce los planes de Belghazi, con quién se reúne, dónde y cuándo.

—Quizá incluso cuánto —dije, alzando las cejas ligeramente.

Asintió.

—Sí, también podría conocer eso.

—Es el guardaespaldas, acompaña a Belghazi a todas partes, incluidos esos viajes a la terminal de contenedores número nueve de Kwai Chung. Y el dinero cambia de manos...

—Le pega un tiro a Belghazi, quizá a otros, coge la pasta y se larga de allí.

—¿Lo ves? Hoy en día no puedes fiarte de nadie, ni siquiera de tus guardaespaldas. Y según parece, han desaparecido tanto el guardaespaldas como el dinero. Es obvio lo que sucedió y quién lo hizo. No hay preguntas incómodas para nadie.

—¿Qué pasa con el guardaespaldas?

Me encogí de hombros.

—Dudo que lo encuentren después. Se supone que... desaparece.

—¿Y el dinero?

Sonreí.

—Dudo que lo encuentren.

Negó con la cabeza.

—Eres un cabrón malvado.

—Gracias.

—No era un piropo.

—¿Y? Si las cosas suceden así, ¿es suficientemente natural para tus objetivos?

Se produjo una pausa, tras la cual dijo:

—No es lo que acordamos.

Cerré los ojos un momento, cansado de esa respuesta refleja: «Esta concesión es complicada».

—Tampoco acordamos que tu gente trataría de eliminarme —dije, sintiéndome un vendedor de alfombras—. En estas circunstancias, debería cobrarte el doble del precio original. En realidad, creo que lo haré.

—De acuerdo, te entiendo.

—¿De acuerdo? ¿Lo que te he propuesto es suficientemente natural?

Se detuvo un momento, después dijo:

—Es suficientemente natural.

Todavía tenía mis dudas acerca de Dox, acerca de su papel en todo aquello, y acerca de quién era el agente encubierto. Pero sabía que ya no podía acabar con Belghazi solo. Delilah había estado en lo cierto. Para hacer ese trabajo, necesitaba ayuda, y no tenía a nadie a quien acudir. Y tampoco podía largarme de allí. Belghazi tenía demasiados incentivos para ir a por mí hasta asegurarse de que me había eliminado.

Y tener a Dox cerca me daría la oportunidad de sondearlo, quizá respondería mis preguntas indirectamente. Si veía algo que no me gustaba, siempre podía abortar la misión, reevaluarla y trazar un nuevo plan.

Le llamé al móvil.

—Hola —dijo, y me reconfortó extrañamente oír su voz estruendosa. «*Está bien*», me dije, y quizá lo estaba.

—¿Sigues por aquí? —pregunté.

Se produjo una pausa durante la cual lo imaginé sonriendo. Oí que decía:

—Depende de a qué te refieras por «*aquí*». Vuelvo a estar en la zona, si es eso a lo que te refieres.

—¿En cuánto tiempo puedes estar en el lugar en el que nos vimos por última vez?

Otra pausa.

—Puedo estar allí mañana si me necesitas.

—Te necesito. ¿A la misma hora que la última vez?

—Hasta entonces.

Colgué y, por costumbre, froté el teléfono. Después fui a un cibercafé para investigar un poco sobre el envío de contenedores en Hong Kong.

La mañana siguiente cogí un avión a Hong Kong. Me senté en la cafetería que daba sobre el restaurante donde Dox y yo habíamos comido la última vez. Se presentó una hora más tarde, solo. Esperé diez minutos y después me uní a él.

—No esperaba volver a verte tan pronto.

—Te echaba de menos —dije.

Se rió.

—¿Te cargaste a mi amigo Crawley?

Lo miré.

—No sé de qué estás hablando.

Volvió a reírse.

—Está bien, está bien, sólo preguntaba. Que descanse en paz.

Vino una camarera.

—¿Sabes lo que quieres? —le pregunté.

—Repetiré con la sopa de oruga.

—Me alegro de que te hayas aficionado a ella.

—Está buena, eso seguro. Pero lo que admiro son sus efectos. La última vez que comí aquí, enseñé a dos damas tailandesas cómo es el sexo con Dox. Cuando salió el sol, estaban casi pidiendo piedad.

—Seguro.

Pedí la comida y lo miré.

—¿Qué tal sigue tu talento como francotirador?

Frunció el ceño como si se ofendiera.

—Joder, tío, ahora vas y hieres mis sentimientos preguntándome algo así. Sabes que los francotiradores de la marina son los mejores del mundo.

—Lo que quiero decir es si sigues en forma.

Sonrió.

—Digamos que nuestros amigos de Cristianos en Acción no me contratan solamente por mis encantos, pese a ser considerables.

—¿Tienes acceso a un rifle?

—¿«Acceso»? En el último trabajo que hice, quise probar el nuevo M-40A3. Tenía uno esperándome al día siguiente, con una visión nocturna ANPVS-10 a juego, sin preguntas.

—¿Te gustó?

—Me encantó. Es un poco más pesado que el M-40A1, pero me gusta la pieza ajustable de la mejilla y la almohadilla de la base.

—¿Lo utilizaste en condiciones de campo?

Sonrió.

—Con balas M118LR, en una cámara de 7,62 milímetros. Atravesé a un determinado malhechor por el ojo a media noche y a trescientos cincuenta metros. Nada como ver la niebla rosa para que un francotirador se sienta vivo, te lo aseguro. Aunque con la mirilla nocturna, era más verde que rosa.

Asentí satisfecho. Había visto alguna de las hazañas de Dox en Afganistán. Sabía que le gustaba exagerar sus proezas con las mujeres, pero cuando se trataba de disparar, era tan bueno como decía.

—He estado haciendo un trabajo que se ha ido complicando a medida que avanzaba —dije—. Para terminarlo, voy a necesitar ayuda. Si te interesa, me dividiré la pasta contigo: doscientos mil dólares norteamericanos, cien mil para cada uno.

—¿Doscientos mil? ¿Tanto te pagan? Joder, a mí me han estado estafando. Tengo que hablar con el maldito Kanezaki.

—Y puede que haya un poco más de pasta, aunque no creo que lo sepamos hasta llegado el momento.

—Me interesa, adelante. Cuéntame más.

Le dije lo que necesitaba saber acerca de Belghazi, el agente encubierto y la conexión del puerto de contenedores. No reaccionó de ningún modo que indicara conocimiento o implicación anteriores, pero no se puede probar una negativa.

—Bueno, lo primero es que necesito ver el terreno —me dijo—. Dices que sólo hay una entrada a la terminal, ahí es donde vamos a dispararle, perfecto. Pero ¿puedo colocarme en posición sin que me vean? ¿Tendré algún lugar en el que ocultarme? ¿Puedo disparar sin que detecten mi presencia? ¿Habrá una línea clara de visión hasta el objetivo?

Asentí y saqué un fajo de papeles del interior de la chaqueta.

—Esto son listados de la empresa que gestiona la terminal de contenedores número nueve —le dije—. Debería ser un buen principio.

Le di los papeles y él empezó a ojearlos.

—Cielo santo —dijo, deteniéndose en una de las páginas—. ¿Es esto un mapa de la terminal?

Sonreí.

—Es increíble lo que uno puede conseguir en internet.

Asintió.

—Bueno, esto es un muy buen principio, eso seguro. Pero sigo necesitando conocer el lugar en persona.

—Ya he alquilado una furgoneta. Iremos hacia allí en cuanto hayas recuperado las fuerzas con las orugas.

—Sería menos llamativo si hiciera el reconocimiento yo solo.

—Sí, tienes razón, en Kwai Chung hay muchos tíos cachas blancos con perilla. Estoy seguro de que te confundirás con los demás.

Sonrió.

—Tío, ésa es una idea muy persuasiva.

Kwai Chung y su inmenso puerto de contenedores están en Nuevos Territorios, nombre concebido por los británicos cuando «alquilaron» la zona en 1898 y que permaneció tal cual tras la devolución a China casi un siglo más tarde. A pesar de que sus ondulantes colinas están ahora oscurecidas por bosques de hormigón armado de rascacielos residenciales, en ese lugar hay un ambiente ajeno al tiempo, un ritmo más lento que el de la isla de Hong Kong, unos pocos kilómetros al sur, a medida que la zona va saliendo gradualmente de su prolongado letargo agrario, todavía rodeada de los sueños de lo que vio allí.

Cogimos la Autopista 3 norte hacia el puerto de contenedores. Dado que no podíamos permitirnos pasar varias veces por las instalaciones del puerto para evitar que alguien nos viera y sospechara, nos detuvimos a mitad de camino y compramos una cámara de vídeo.

Yo conducía; Dox grababa. Cuando llegamos a la carretera de Cheung Fi, una vía que llevaba a la entrada de la terminal nueve, Dox miró la zona que quedaba delante y dijo:

—Bueno, parece buen terreno para un francotirador. Bien, bien, bien.

Miré de soslayo para ver qué había provocado esa reacción y vi una serie de colinas con terrazas que se alzaban hasta lo que calculé unos ciento cincuenta metros por encima de la carretera y que dominaban la entrada de la terminal. Algunas de las colinas eran boscosas, otras eran de prados, algunas habían sido edificadas y albergaban lo que parecían bloques de pisos a medio hacer. Dox podría elegir el camino de llegada y el de salida, la cobertura y un campo de tiro sin obstrucciones. Tenía razón. Era perfecto.

Fuimos a una tetería en Tsim Sha Tsui para hablar. A Dox le gustaba el terreno, pero yo estaba intranquilo.

—El problema es que nuestra información es limitada —dije—. Kanezaki dice que sabrá, gracias al satélite, cuándo estará Belghazi de camino a Hong Kong, de modo que estaremos sobre aviso. Y el intervalo de tiempo también parece asumible; al parecer, Belghazi lleva a cabo sus negocios en Kwai Chung entre las dos y las cuatro de la madrugada. Pero no sabemos qué conducirá. No sabemos si se bajará del coche junto a la puerta o se quedará en el coche y entrará con él.

—¿Qué crees que ha estado esperando? Lleva en Macao, según dijiste, una semana.

Me encogí de hombros.

—En parte, probablemente se deba al juego. En parte porque ésa es la imagen que quiere dar a quien esté tratando de imaginarse qué hace aquí: «Oh, sólo estoy allí por el juego». Y quizá en parte tenga que ver con el cargamento que se va a mandar desde Kwai Chung.

Se quedó en silencio un instante, después dijo:

—Hay otra cosa. Dijiste que es un hombre que se anda con cuidado, y que sabe que vas a por él, por lo que está más nervioso de lo normal. ¿Y si alquila un vehículo blindado para su viaje al puerto? En un lugar como Hong Kong, con todos sus magnates, debe de haber Mercedes y Beamers blindados disponibles, estoy seguro.

Era un buen comentario. Pensé por un momento.

—¿Qué hay de la munición contra blindaje?

—Sí, podría utilizarla, es cierto. Una 7,62AP penetraría quince milímetros de blindaje a trescientos metros y se llevaría por delante ciento veinte milímetros de plexiglás. Pero si empiezo a disparar a esos tipos con esa clase

de munición, no parecerá exactamente que ha sido un guardaespaldas que ha decidido abrir fuego desde cerca. Y dijiste que si no parece un trabajo hecho desde dentro, no nos pagarán.

—Tenemos cierta flexibilidad acerca de lo mucho que debe parecer un trabajo hecho desde dentro. Lo importante es que debería parecer menos un asesinato por encargo que un trato de armamento que se ha ido a la mierda. Tendremos que improvisar algunos detalles.

—Muy bien. Sólo estaba pensando en voz alta.

—No, está bien, tienes razón con lo del blindaje. —Pensé un momento, después dije—: ¿Qué te parecen dos recámaras, una con munición antiblindaje y otra normal? Sólo necesitarías unos segundos para cambiar según dictaran las circunstancias, ¿no es así?

—Es cierto, sí. Podemos hacer eso.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien, sigamos adelante. Sabemos que, una madrugada, pronto, Belghazi va a ir a visitar el terminal de contenedores número nueve. No se puede llegar allí en tren ni, normalmente, a pie; el puerto cercano está patrullado, de modo que un barco es poco probable. La única vía de aproximación es por el sur, por la carretera de Cheung Fi. Valiéndonos de esa información, ¿qué necesitamos saber para asegurarnos de que éste es el último viaje de Belghazi?

—Bueno, lo primero que tenemos que hacer es parar el coche. Una vez esté dentro de la terminal o haya salido de Cheung Fi, habremos perdido nuestra oportunidad.

—Cierto. ¿Cómo podemos obligar al coche a detenerse ante la puerta?

Asintió unos instantes como si estuviera pensando.

—No creo que la puerta esté abierta a media noche. El coche tendrá al menos que frenar ante ella.

—Probablemente, pero no es seguro. Belghazi podría llamar desde el coche. Su contacto lo estaría esperando con la puerta abierta; en cuyo caso, podría entrar sin detenerse. Además, una vez el coche entre, estarás viendo sólo la parte trasera del coche. Si empiezas a disparar pero no le das al conductor, apretará el acelerador, pasará volando por la puerta y los habremos perdido.

—Sí, es verdad. Bueno, está la posibilidad de disparar a lo largo de Cheung Fi. Son ciento cincuenta metros, así que tendría quince segundos para cargarme al conductor allí. El problema es...

—Cómo vas a saber que es el coche adecuado.

—Sí, no me gustaría cargarme al repartidor de *pizzas*.

—Entonces, yo soy el vigilante, posicionado en la ladera sobre Cheung Fi, pero cerca de la carretera. Tengo prismáticos, veo el coche acercándose. No habrá mucho tráfico a esa hora, y te garantizo que Belghazi llegará en un coche elegante, sea blindado o no. No creo que me cueste mucho confirmar si es él.

—¿Y si los cristales son ahumados?

—Podría ser, lo sé. Pero si veo un coche así acercándose a la terminal nueve a doscientos por hora el mismo día en que Kanezaki me dice que Belghazi va a venir, tendré la tranquilidad de disparar a las ruedas, y quizá a las ventanillas, y ver qué pasa después. Además, es posible que se detengan ante la puerta, incluso que bajen una ventanilla; en cuyo caso, aunque no pueda ver lo que tengo que ver, quizá lo oiga. Voy a pedirle a Kanezaki que nos mande un micrófono parabólico compatible con el resto del equipo de comunicaciones que quiero: auriculares y micrófonos de solapa.

—Nunca he utilizado uno de esos micrófonos parabólicos —dijo—. ¿Funcionan?

Asentí con la cabeza.

—Uno bueno intercepta una conversación desde casi trescientos metros de distancia. Los nuevos son muy pequeños. Podré hablar contigo por un canal antes de abrirlo y escuchar a quienquiera que llegue, y después apagarlo.

—Muy bien, de modo que visual, auditivamente o de ambas formas podrás identificarlo.

—Te lo haré saber desde mi micrófono de solapa hasta tu auricular.

—Y en ese momento...

—En ese momento tienes tu primer disparo despejado, en cualquier lugar entre donde yo te confirme que el objetivo haya llegado y la puerta de entrada. De hecho, cuanto antes mejor. Si esto sucede justo en la puerta de entrada, tendremos también que enfrentarnos al personal de seguridad de la terminal. No quiero que haya nadie más allí, y cuantos menos testigos, mejor.

—Sí. Empezaré por el conductor y avanzaré a partir de él.

—Bien. Cuenta con al menos tres: Belghazi, un guardaespaldas conduciendo y otro de pasajero, pero quizá más. Y mientras tú estés disparando desde arriba, yo les atacaré a pie con otra arma. Si fallas con alguno, yo le dispararé de cerca.

Se rió.

—Colega, los francotiradores de la marina no fallan. Cuando llegues al coche, lo único que te quedará por hacer será sortear los cristales hechos

añicos y coger la bolsa llena de pasta, ¿de acuerdo?

«Y a ti lo único que te quedará será disparar un último tiro —pensé—. Entonces toda la pasta será para ti y te podrás largar de allí sin despertar sospechas.»

Tenía que encontrar la oportunidad de ponerlo a prueba antes del acontecimiento final. Por el momento, no lo había conseguido.

Asentí con la cabeza y dije:

—Esto tiene toda la pinta de ser un plan.

Nuestro equipo llegó al día siguiente. Nos habíamos puesto en contacto con Kanezaki por separado con nuestras peticiones de material, parte del cual era un equipo de asalto. Todo nos fue enviado a Hong Kong. Kanezaki debió de sospechar que estábamos trabajando juntos, pero en cualquier caso no hizo preguntas. La Agencia lo había enviado todo por valija diplomática y lo había dejado en una bolsa de golf en el lugar que habíamos acordado. Debo reconocer que se mueven con rapidez cuando quieren.

Dox pidió un Heckler & Koch PSG/1, semiautomático, con un cargador de veinte balas, trípode, mirilla iluminada de 6 x 24 milímetros y supresor integral. En el mismo paquete había un Tokarev de 7,62 milímetros para mí. Quería que ambos utilizáramos la misma munición para dificultarle a las autoridades la reconstrucción de lo sucedido, de dónde procedían los disparos, qué clase de arma había disparado, incluso si había habido más de un arma. A menos que Dox tuviera que utilizar la munición antiblindaje, estaríamos utilizando balas frágiles, de poder de penetración relativamente escaso pero consecuencias devastadoras desde la distancia a la que estaríamos trabajando.

Dox estaba tan entusiasmado como un niño con zapatos nuevos. Se llevó el rifle al desierto extremo meridional de Hong Kong para cogerle la medida. Me uní a él con el Tokarev y el equipo de asalto. Todo funcionaba. Me cuidé de no darle la oportunidad de abatirme con el rifle. Todavía no confiaba en él.

Visité el tablón de anuncios cada hora, pero no recibí ningún mensaje de Kanezaki. Ni el primer día ni el segundo.

La noche del tercer día, había un mensaje esperándome: «*Está de camino. ¡Llámame!*».

Me pregunté si había llamado antes al móvil de Dox. Quizá yo había estado equivocado y él no se había dado cuenta de que estábamos trabajando juntos.

Le llamé. Me respondió al instante.

—*Moshi-moshi* —dijo.

—Soy yo.

—Has recibido el mensaje.

—Por supuesto.

—«Por supuesto.» ¿Cómo iba a saberlo si no me llamaste para confirmarlo? Te juro que me encantaría que tuvieras móvil. En serio.

—¿Vamos a mantener esta conversación de nuevo?

Se produjo una pausa, y me pregunté si Kanezaki estaba sonriendo.

—No, claro que no —dijo.

—Te llamaré cuando haya terminado.

Se produjo otra pausa. Después dijo:

—*Ki o nuku na yo.* —Ándate con cuidado.

Sonreí.

—*Arigatou.* —Colgué.

Recogí a Dox y fuimos en coche hasta Kwai Chung. Dejamos la furgoneta en un aparcamiento cerca de un rascacielos residencial, a una distancia corta de las colinas que dominaban la puerta de entrada de la terminal. Si las cosas se torcían y sólo uno de los dos regresaba a la furgoneta, podría huir en ella. Repasamos nuestros planes una última vez y nos separamos para colocarnos en posición. Dox estaba a unos treinta metros al sur de la puerta, a unos ciento cincuenta metros de distancia y quizá setenta de altura. Yo estaba treinta metros al norte, mucho más cerca de la carretera. Dox haría el trabajo a distancia; yo sería el observador, después me acercaría. Yo estaba en un conducto subterráneo, ubicación que me protegería de la posición de Dox en caso de que me hubiera equivocado con él. Pero seguía siendo peligroso. Era un francotirador, perfectamente capaz de alcanzar a hurtadillas una nueva posición.

Un poco después de las dos, vi un sedán oscuro que se acercaba por la carretera de Cheung Li. Alcé los prismáticos —unos Zeiss 20 x 60 preciosos, estabilizados mecánicamente y con lentes antirreflectantes— y miré a través de ellos. El coche que se acercaba era un Lexus LS430. Delante iban dos hombres blancos. El asiento trasero parecía vacío, pero el interior del coche era demasiado oscuro para saberlo a ciencia cierta.

Casi esperaba ver a Delilah en el coche, aunque sabía que era una posibilidad remota. Puede que ella ni siquiera supiera que esa reunión iba a tener lugar aquella noche. Y por su papel, tal como lo entendía yo, probablemente Belghazi querría mantenerla al margen de sus transacciones empresariales. Además, sabía que ella era un operador demasiado valioso y

especializado para arriesgarse en una operación como la eliminación directa de un terrorista.

—¿Es él? —Oí la voz de Dox claramente por el auricular.

—Todavía no estoy seguro —dije—. Hay demasiados reflejos en las ventanillas por culpa de las farolas, y el interior del coche no está iluminado. Espera.

El coche siguió y pasó ante mí. El asiento trasero estaba vacío.

—Todavía no lo he identificado —dije—. Espera.

El coche se detuvo en el espacio que había frente a la entrada, giró para quedar de cara a la calle y retrocedió un par de metros por la puerta. El motor se paró; observé por los prismáticos tratando de intuir quiénes eran y entender por qué no estaban entrando.

Las puertas de delante se abrieron, y salieron dos hombres. Me parecieron eslavos: mejillas anchas, cabello pajizo cortado corto, piel blanca reluciendo con aspecto malsano bajo la luz que desprendía la instalación de carga y descarga que había tras ellos. Parecían incómodos en sus trajes oscuros, ninguno de ellos estaba especialmente en forma, y ambos llevaban una corbata roja. Ex militares, pensé, hombres no acostumbrados a ningún uniforme que no sea el traje de batalla y que eligen sus corbatas como reacción a una vida anterior marcada exclusivamente por el soso color verde. Decidí pensar que eran rusos. Miraron alrededor tras salir del coche, y me pareció por su expresión que estaban tratando de orientarse. Sin duda, no eran del lugar.

—Parece un trato de drogas —oí que decía Dox, y estaba en lo cierto, pues la escena tenía ese aire ilegal. Esperaba que entraran con el coche en el puerto de contenedores, pero parecía que la fiesta iba a celebrarse fuera. Lo que no tenía por qué ser malo.

—Creo que van a hacer el intercambio aquí mismo —dije—. Veamos si aparece nuestro amigo. Mientras la puerta esté cerrada, voy a dejar que pase ante mí. Si sale del coche como esos tipos, tendrás un objetivo inmóvil y un disparo más sencillo. ¿Llevas la munición frágil?

—A menos que digas que cambie a antiblindaje.

—Bien. Presta atención.

—Recibido.

Cinco minutos después, dos coches más entraron por la carretera de acceso: una camioneta blanca, seguida por un Mercedes negro clase S. Eché un vistazo a los que habían llegado antes. Los rusos, que estaban hablando, fumaban sendos cigarrillos. La puerta seguía cerrada.

—Se acercan dos vehículos más —dije.

—Recibido.

Vi a dos árabes en los asientos delanteros de la furgoneta; ninguno de los dos era el objetivo.

En el Mercedes había tres hombres. El conductor era árabe, y lo reconocí como uno de los guardaespaldas de Belghazi en Macao. Parecía haber dos hombres detrás, pero no podía verlo con claridad. Dadas las circunstancias, sin embargo, estaba bastante seguro de quiénes eran los pasajeros. La adrenalina afloró en mi corriente sanguínea.

—Creo que es él —dije—. En el Mercedes. Dejémosle llegar hasta la puerta, como hemos acordado.

—Recibido.

El Mercedes se detuvo delante de la puerta y retrocedió en paralelo al Lexus. La furgoneta realizó idéntico movimiento y aparcó de tal modo que el Mercedes quedó en el centro.

—Tienen buen gusto con los coches —oí que decía Dox.

Las puertas de la furgoneta se abrieron, y salieron dos árabes. Tres hombres salieron del Mercedes: un árabe, un blanco y uno mitad francés, mitad argelino. Este último era Belghazi. Bingo.

—Ahí está —dije—. El que acaba de salir por la puerta trasera del Mercedes.

Belghazi estaba hablando con el ruso. Observé que se daban la mano.

—¿El que le está dando la mano al primero?

—Ése es.

—Cuando tú digas, disparo.

—Démosle algunos segundos más. No veo el dinero y no quiero tener que sacarlo de un maletero cerrado o algo así.

—Recibido.

—Espera un segundo, voy a ver si puedo oírles. Mantenlo en tu mirilla.

—No va a ir a ninguna parte.

Cambié los canales del auricular para recibir la frecuencia del micrófono parabólico. La recepción era buena. Los hombres estaban intercambiando formalidades en inglés: «*Me alegro de verte, gracias por venir hasta aquí*». Los que me parecían rusos tenían fuertes acentos que podían ser rusos. No estaba seguro.

Belghazi le dio la mano al otro ruso. Le hizo un gesto al tipo blanco para que se acercara. Incluso antes de que Belghazi lo presentara, yo ya sabía perfectamente quién era.

El agente encubierto. El protector de Belghazi. Solté una larga espiración mientras eliminaba ese dato como causa de potencial desconfianza hacia Dox. Sin embargo, sólo se trataba de ese dato. Todavía estaba el dinero que esperábamos que estuviera en juego, la oportunidad que, como él había dicho en Río, «sólo llama a la puerta una vez».

—Permíteme que te presente a nuestro amigo norteamericano —dijo Belghazi a los hombres—. Éste es el señor Hilger. Está aquí para asegurarse de que no tenemos que preocuparnos por problemas con las autoridades.

Hilger encajó la mano de los rusos.

—¿Y cómo hace eso, señor Hilger? —dijo uno de los rusos.

Miré alrededor. Los rusos iban por su tercer o cuarto cigarrillo. El conductor árabe de Belghazi acababa de encender uno, al igual que los otros dos árabes de la furgoneta. Estaba claro que todo el mundo estaba un poco nervioso. Todo el mundo, excepto Belghazi y Hilger.

—Tengo la suerte de contar con algunos contactos útiles tanto en el Gobierno de Estados Unidos como en el de Hong Kong —dijo Hilger, con la voz baja y tranquilizadora. No parecía una fanfarronada, sino tan sólo una respuesta tranquila a una pregunta razonable—. Cuando es necesario, pregunto a esos contactos si tendrían la amabilidad de mirar a otra parte mientras yo hago algunos negocios. Ésta es una de esas ocasiones.

El ruso podría haber insistido, pero el autocontrol de Hilger pareció dar por terminado el asunto.

El ruso asintió.

—¿Un cigarrillo? —dijo, ofreciendo un paquete.

Hilger negó con la cabeza y dijo:

—No, gracias.

Quería oír más. ¿Qué estaban intercambiando? ¿Era ése el momento que Delilah había estado esperando, después del cual, me había asegurado, yo tendría luz verde para acercarme?

¿Y quiénes eran esos rusos? ¿Estaban relacionados con Nuchi, el francés que me había cargado en Macao, del que Kanezaki decía no saber nada?

Pero, sobre todo, ¿dónde estaba el dinero?

No obstante, en algún momento, la búsqueda de la información perfecta se convierte en una excusa para la incapacidad de actuar. La situación parecía asumible por el momento, pero podía cambiar fácilmente. No quería retrasarme más.

Respiré dos veces y volví al canal de Dox.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Claro que sí. Te estoy esperando.

—Empieza por Belghazi. Después el tipo blanco que va con él. Después los dos blancos del Lexus. Creo que podrían ser rusos. Me parecen militares, objetivos más difíciles que el séquito normal de Belghazi.

—Recibido.

—Cárgate a tantos como puedas. Los que no caigan van a intuir de qué dirección proceden los disparos. Su única cobertura son los coches. Cuando rodeen los coches para esconderse de ti, me estarán dando la espalda. Yo cerraré la pinza.

—Parece que tenemos un plan, colega. Allá voy.

En ese momento, Belghazi, Hilger y los rusos se dirigieron a la parte trasera de la furgoneta. Oí que Dox decía:

—Mierda, lo he perdido.

—Espera, yo todavía lo veo. Están hablando. Belghazi está haciendo un gesto hacia el interior de la furgoneta. Creo que están hablando de los detalles de la mercancía. Dame un segundo, voy a pasarme a su canal.

—Recibido.

El ruso estaba asintiendo como si estuviera satisfecho con lo que Belghazi le estaba explicando. Vi que Belghazi sacaba su teléfono por satélite. Cambié de canal para llegar a oírle decir:

—Estamos listos para el cargamento, por favor. Gracias.

Debía de estar hablando con su contacto en el interior. Aquello no era lo que me esperaba. Había creído que la reunión era sólo para inspeccionar el cargamento, confirmar su contenido e intercambiar el dinero. El tipo del puerto se encargaría del papeleo del cargamento y las certificaciones del país de origen y otras minucias del IDE de Kwai Chung, después mandaría el cargamento a su comprador último. Pero parecía que la mercancía iba a cambiar de manos allí mismo.

Y Belghazi había llegado con la furgoneta. Había dado por hecho que él era quien vendía el cargamento, pero ahora me pregunté si no era el comprador. No importaba. De todas maneras, lo que quería saber era dónde estaba el maldito dinero.

Los rusos, al parecer, compartían mi preocupación.

—¿Tienes el dinero? —preguntó uno de ellos a Belghazi.

Belghazi asintió. Dijo algo en árabe a su conductor, que se encaminó hacia el maletero del Mercedes, de donde sacó una gran bolsa de tela negra. La llevó tras la furgoneta, la dejó en el suelo y la abrió. Estaba llena de billetes verdes.

—¿Quieres contarlo? —preguntó Belghazi.

El ruso sonrió.

—Se tarda mucho en contar cinco millones de dólares.

«*Joder —pensé—. ¿Qué están vendiendo estos tipos?*»

—Dudo que te aburrieras —dijo Belghazi, y todos rieron.

«*Venga, cabrones, salid de detrás de esa furgoneta*», pensé. Sin embargo, allí siguieron.

Pasaron cinco minutos. Todos observaban la puerta. Nadie hablaba. Volví a Dox.

—Siguen detrás de la furgoneta —dije.

—Lo imaginaba. Los habría visto si hubieran ido a algún lado.

—¿Has visto la bolsa negra? —pregunté.

—Claro. ¿Qué hay dentro?

—Preferiría no decírtelo. Podría afectar a tu puntería.

—Compañero, nada afecta a mi puntería. Cuando estoy mirando a través de esta mirilla, dos gemelas enanas podrían estarme haciendo una mamada y un masaje en el perineo y ni siquiera me daría cuenta.

—Perdóname un segundo. Tengo que quitarme esa imagen de la cabeza.

Se rió.

—Venga, ¿qué hay en la bolsa?

—Parece que cinco millones de dólares.

—Genial —dijo. Su tono era tranquilo y estable, y me di cuenta de que estaba diciendo la verdad: cuando estaba en el modo francotirador, no le distraía nada que no estuviera relacionado con lo que se tenía entre manos.

Un hombre chino con un toro estaba llegando a la puerta. En el toro había cinco grandes cajas metálicas.

—Van a abrir la puerta —le dije a Dox—. Pero no creo que entre nadie. Van a cargar esas cajas en la furgoneta. Después los rusos cogerán la bolsa y todo el mundo volverá a su coche. Ése es nuestro momento.

—Recibido.

La puerta se abrió y el toro la cruzó. El conductor bajó la carga y la metió en la furgoneta, retrocedió y salió del vehículo. Belghazi y uno de los rusos se metieron en la furgoneta.

—Creo que están inspeccionando el contenido de las cajas —dije—. No veo dentro de la camioneta. No pueden tardar mucho.

—Recibido.

Un minuto más tarde, Belghazi y el ruso salieron de la furgoneta. Estaban sonriendo. Belghazi se metió una mano en la chaqueta y le dio al conductor

del toro un sobre. El hombre hizo una reverencia, se subió al toro y regresó por la puerta, que se cerró detrás de él.

Uno de los rusos cogió la bolsa y la cerró. Se la puso al hombro y después le extendió la mano a Belghazi. Sonrieron y se dieron la mano. Todo el mundo parecía relajado: el trato, dinero a cambio de mercancía, se había cerrado sin ninguna sorpresa desagradable.

Todo el mundo, esto es, con la excepción del conductor de Belghazi, el guardaespaldas que había sacado la bolsa del Mercedes. Estaba inquieto y miraba una cara tras otra. A pesar de la frialdad de la noche, vi perlas de sudor en su frente gracias a los prismáticos Zeiss.

Nadie pareció darse cuenta. Todos habían estado preocupados por demasiadas cosas —traiciones, la ley, problemas con la mercancía, problemas con el pago— que al final no habían sucedido. Era normal que tuvieran la guardia baja, aunque fuera por un momento.

Belghazi fue el primero en darse cuenta. Miró de soslayo al guardaespaldas y frunció el ceño. Dijo algo. Con el auricular en la frecuencia de Dox, no pude oírle. Por un segundo, menos quizá, pareció surgir una tensión eléctrica.

Vi que Belghazi se preparaba para hacer algo, con el centro de gravedad cada vez más bajo y las piernas dobladas. Sus instintos eran excelentes, quizá algo más lentos en esta ocasión porque la fuente de problemas era un guardaespaldas, de quien no esperaba que vinieran problemas.

Hilger miró al guardaespaldas, también con buenos instintos y, sin la relación personal que tal vez había ralentizado décimas de segundo la reacción de Belghazi, se metió la mano rápidamente en el interior de la chaqueta.

Pero era demasiado tarde. El guardaespaldas había empezado un segundo antes. Cuando la mano de Hilger desapareció bajo su chaqueta, el guardaespaldas ya había puesto la mano en la cartuchera que llevaba en la parte posterior de la cintura y desenfundado una pistola. Apuntó a Hilger y dijo algo.

Todo el mundo se quedó inmóvil. Hilger sacó lentamente la mano del interior: vacía.

Belghazi estaba mirando al guardaespaldas con una expresión de incredulidad.

—Joder —le dije a Dox—. El guardaespaldas está apuntando a Belghazi con una pistola.

—¿Perdona?

—Creo que el trabajo desde dentro que íbamos a simular está sucediendo de verdad.

—Joder.

—Quiero oír lo que dicen. Pero si Belghazi saca la cabeza, mávalo. No tendremos más oportunidades.

—Recibido.

Cambié de frecuencia. Belghazi le estaba gritando al guardaespaldas en árabe, insultándolo, a juzgar por el tono.

El guardaespaldas también le gritaba, mientras hacía gestos con la pistola y apuntaba a un hombre tras otro. Todos los demás parecían helados.

—Achille, ¿puedes decirme lo que está diciendo, por favor? —dijo Hilger a Belghazi, lentamente y con tranquilidad—. No hablo árabe.

—¡Sí, qué coño está pasando aquí! —añadió ruidosamente uno de los rusos.

—¡Sacad las armas! —gritó el guardaespaldas—. ¡Lentamente! ¡Dejadlas en el suelo! ¡Despacio, despacio, u os disparo!

Belghazi no apartó en ningún momento la mirada del hombre. Tenía los labios fruncidos entre los dientes y el cuerpo encogido como una pantera dispuesta a atacar. Parecía que sólo el arma se lo impedía.

—Dice que va a robar la mercancía —dijo. Después soltó otra letanía en árabe.

—¡Armas al suelo! —gritó el guardaespaldas—. ¡Es la última vez que lo digo!

Los hombres obedecieron. Todos ellos se sacaron una pistola de la cintura o el hombro y lentamente la colocaron en el suelo.

—¡Ahora manos arriba! ¡Manos arriba! —gritó el guardaespaldas. Todo el mundo obedeció.

—Ahora dadle una patada a la pistola. ¡Dadle una patada! —De nuevo, todo el mundo obedeció.

El guardaespaldas giró la cabeza hacia los rusos, pero no quitó los ojos de Belghazi.

—Siento mucho esto —dijo en un inglés con fuerte acento—. Lo siento. Intentamos compraros los misiles. Pero no nos los vendisteis.

—¿Quién coño sois? —espetó el ruso.

—No importa —dijo el guardaespaldas—. Lo que importa es que os ofrecimos dinero y que vosotros nos dijisteis que ya teníais un comprador, Belghazi. ¡Os ofrecimos pagar más! Pero no nos escuchasteis.

—Porque conocemos a ese hombre, tenemos negocios con ese hombre — dijo el ruso—. Con capullos a los que no conocemos, ¡todo acaba yéndose a la mierda como ahora! ¿Lo ves?

Belghazi soltó otra retahíla de insultos en árabe. Hilger dijo:

—Achille, por favor, tengo que saber qué está pasando. ¿Ha dicho «misiles»?

Belghazi abrió las palmas de las manos y las cerró, como si tratara de quemar un exceso de energía que de otro modo le hubiera consumido.

—¿Mandaste a ese francés de mierda a Macao? —le dijo al guardaespaldas—. Fuiste tú, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Lo siento, señor Belghazi, lo siento mucho. Pero usted era la única razón por la que esos hombres no querían vendernos los Alazans.

«¿Alazans?», pensé.

—¿A quién?

El hombre negó con la cabeza.

Belghazi bajó los brazos y se rió. La risa sonó peligrosa, casi demente.

—¡Tienes razón, no importa! ¡Porque yo os habría vendido los Alazans! Sólo me lo teníais que haber pedido.

El hombre volvió a negar con la cabeza.

—Éstos son especiales, usted lo sabe, habría cuadruplicado el precio. Los habría vendido en pequeñas entregas a muchos compradores. Pero nosotros los necesitamos todos. Teníamos que comprarlos directamente, pero usted estaba en el camino. Lo siento.

Belghazi dijo:

—¿Cómo vas a sacar esta mercancía de Hong Kong sin mi ayuda?

El guardaespaldas asintió casi comprensivamente, como si lamentara haber puesto a su jefe en una posición embarazosa.

—Ya hemos tomado medidas para los Alazans. Nos hemos encargado de todo.

Hilger dijo:

—Achille, ¿qué son los Alazans, por favor? ¿Hay misiles en esa caja?

Belghazi se encogió de hombros.

—Jim, no me hagas preguntas que no quieres que te responda, por favor.

—Me dijiste que éste era otro envío de armamento menor —dijo Hilger, más para sí mismo que para Belghazi. Me imaginaba lo que estaría pensando: «Cinco millones parecían una cantidad algo excesiva, debería haber

*imaginado que algo olía a podrido en Dinamarca. Maldita sea, estos tipos están tratando de transportar mierda muy mala. Me han pillado».*

El guardaespaldas giró la cabeza hacia los rusos y, con la mirada puesta en Belghazi, dijo:

—No queremos el dinero. Podéis quedároslo, es vuestro. Es lo mismo que os habríamos pagado si hubierais confiado en nosotros. Quizá la próxima vez confiaréis en nosotros, porque ahora ya *«hemos hecho negocios»*, como dices.

—¿Nos quedamos el dinero? —dijo uno de los rusos.

El hombre asintió.

—Lo único que queremos son los Alazans. Y, para la próxima vez, vuestra confianza.

Me pregunté si el hombre estaba diciendo la verdad. Podía ser sólo un farol, para mantener la esperanza de los rusos como forma de convencerles de que transigieran ante lo que estaba sucediendo. Aunque fuera sincero en ese momento, sin embargo, los rusos serían idiotas si confiaban en él. La psicología de un criminal que de repente se da cuenta de su total dominio sobre la vida de otro humano casi nunca es estable. Sus ambiciones crecen; sus objetivos iniciales cambian. Un ladrón armado nervioso, al ver que sus víctimas se amedrentan ante él, se da cuenta de que no sólo puede robar a esa gente, sino que puede hacer cualquier cosa con ellos, y lo que empezó como un simple robo a mano armada se convierte en un acto de sadismo, con frecuencia en una violación. Así que si esto seguía un minuto más, podía imaginar al guardaespaldas pensando: *«¿Por qué no voy a llevarme los cinco millones? Es por una buena causa...»*; momento en que pensaría que era mejor no dejar testigos, ni a nadie que pudiera guardarle rencor.

Hilger observaba al guardaespaldas cuidadosamente, con la expresión reservada, y me pareció que conocía los aspectos menos elegantes de la psicología humana tanto como yo. En cuyo caso, dudé de que permaneciera pasivo por mucho tiempo.

Además, también me pareció nítidamente irritado al descubrir que aquel cargamento contenía algo que no era precisamente armamento menor. Me pregunté si había decidido tratar de hacer algo al respecto.

Los rusos empezaron a hablar entre ellos, y me di cuenta de que estaba en lo cierto. Pero seguía sin estar seguro del acento. ¿Eran ucranianos? ¿Bielorrusos? ¿O algún otro grupo de la región?

Observé por los prismáticos, alucinado. Con un poco de suerte, aquello podía ir perfectamente. El guardaespaldas ejecuta a los seis hombres. Dox lo mata mientras se sube a la furgoneta. O todos ellos empiezan a dispararse

entre sí, y Dox y yo eliminamos a los «*supervivientes*». Cojo la bolsa con la pasta y nos largamos de allí.

Pero mientras lo imaginaba, sabía que aquello era demasiado bueno para ser verdad, porque vi una nueva complicación: un Toyota Camry plateado que se acercaba por el extremo sur de la carretera de acceso. «*¿Y ahora qué?*», pensé.

El guardaespaldas miró de soslayo al coche, después volvió a los hombres que tenía ante sí. No parecía sorprendido; en realidad, me pareció ver un cierto alivio en su expresión.

Tuve la sensación de que los ocupantes del coche eran compañeros suyos, quizá habían recibido alguna señal electrónica del guardaespaldas de que había llegado el momento de aparecer.

Hilger estaba mirando atentamente. Me lo imaginé pensando: «*No puede empezar a disparar ahora porque son seis contra uno. No nos mataría a todos antes de que alguien le diera a él. Pero si los hombres del coche están con él, cuando lleguen aquí estaremos todos muertos*».

Iba a actuar antes de eso. Lo percibí.

—Muy bien, caballeros —dijo uno de los rusos—. Nosotros hemos traído los Alazans, ¿verdad? Ahora son vuestros. Esto... no es problema nuestro.

Inteligente. Tampoco él iba a esperar al coche. Cogió la bolsa y asintió a su compañero. Empezaron a encaminarse hacia su coche. El guardaespaldas retrocedió algunos pasos para mantener la capacidad de observar a los seis hombres, pero no hizo nada para detener la partida de los rusos. El que llevaba la bolsa sonrió. Después su cabeza explotó.

Quizá el guardaespaldas estaba dispuesto a dejar que se largaran con los cinco millones, pero Dox no.

El guardaespaldas se quedó boquiabierto. Y en ese instante de sorpresa y distracción, Hilger se arrodilló, sacó una pistola que llevaba en el tobillo y le disparó en el estómago. El hombre retrocedió dando tumbos y se giró. Hilger volvió a dispararle, una vez más. El guardaespaldas cayó sobre el lateral del coche, y no supe si los siguientes disparos de Hilger alcanzaron su objetivo.

Al parecer, no. Vi fuego procedente de debajo del coche, desde la posición del guardaespaldas.

El segundo ruso cogió la bolsa y empezó a correr hacia el Lexus. Dio exactamente dos pasos antes de que Dox le volara la tapa de los sesos con total tranquilidad.

Belghazi saltó a la parte trasera de la furgoneta. Oí que las puertas se cerraban tras él.

Hilger se dirigió a la parte delantera de la furgoneta y apuntó con la pistola al lado del conductor. Pensé: *«Mierda, va a cargarse a Belghazi, que es de los suyos. Que alguien me recuerde que no me cruce con ese tipo a menos que sea imprescindible»*.

El Toyota derrapó en el asfalto. Oí disparos y vi estallidos en la ventanilla del asiento del copiloto, explosiones, polvo en el suelo alrededor de Hilger y los otros hombres de Belghazi. Los dos árabes se lanzaron bajo la furgoneta. Hilger, todavía con una rodilla en el suelo, le dio la espalda a la furgoneta, cogió el arma con la mano que tenía libre y disparó con total frialdad media docena de disparos, todos los cuales impactaron en el coche. O bien le dio al conductor, o bien éste fue presa del pánico ante aquella ráfaga de disparos, porque un segundo más tarde el coche giró y chocó contra el contrafuerte de hormigón que tenía a la derecha. Giró ciento ochenta grados y derrapó hacia atrás junto al contrafuerte; salieron chispas del lateral. Un segundo después de que se detuviera, la puerta del conductor se abrió y un hombre salió de un salto: otro árabe. Se arrodilló tras la puerta y empezó a disparar con una pistola contra Hilger.

Hilger saltó hacia la furgoneta para cubrirse. Pero no lo logró. El motor de la furgoneta se encendió con un rugido y arrancó. Belghazi debía de haber llegado hasta el asiento del conductor. Hilger disparó al costado, pero al parecer sin efecto.

Pasé al canal de Dox.

—¡Dispara! —grité.

—Está agachado. No puedo darle —dijo Dox. Entre el tiroteo y la confusión, su voz parecía sobrenaturalmente tranquila. Estaba ejerciendo de francotirador.

—¡Pues dispara a las ruedas! —dije.

Pasó un segundo. La furgoneta estaba llegando a mi posición. Iba a tener que tratar de disparar a los neumáticos yo mismo. Desde esa distancia y con sólo una pistola, no era muy optimista acerca de mis posibilidades. Y mis disparos alertarían a todo el mundo de mi posición.

Sin embargo, no fue necesario.

La rueda delantera derecha explotó, y la furgoneta viró hacia la izquierda. La trasera explotó un segundo después, y la furgoneta viró con fuerza hacia la derecha. Impacto contra la valla de protección del puerto y dio contra un grupo de contenedores que estaba unos diez metros más allá. Los contenedores, apilados en columnas de cinco, cayeron sobre el techo y fueron a dar al suelo tras la furgoneta y a su lado.

—He perdido el blanco —oí que decía Dox—. No veo al otro lado de los contenedores.

—Cúbreme —dije. Dudé que nadie enfrascado en el tiroteo me viera corriendo por la carretera treinta metros al norte de su posición, pero quería protegerme por si acaso. Me puse en pie y corrí agachado por el embarcadero con la pistola en la mano. Crucé la calle de cuclillas y me colé por el agujero que la furgoneta había hecho en la valla.

Una vez dentro, me moví con más cautela. Tenía la pistola en la mano derecha, con el cañón ligeramente inclinado hacia abajo y la muñeca apretada con fuerza contra el plexo solar. Tenía la mano izquierda a la altura de la barbilla, un poco por delante de mi cuerpo, donde podría detener un ataque y mantener a Belghazi a distancia del arma si aparecía de repente.

La calle estaba bien iluminada, pero la zona de contenedores estaba oscura en comparación. Mis ojos todavía no se habían adaptado del todo. La furgoneta estaba oculta por los contenedores que habían caído a su alrededor. No veía la puerta del conductor.

Avancé lentamente, inclinado hacia delante, escudriñando a derecha e izquierda, acompañando mi mirada con la pistola. *«Mira y respira. El pie delantero a tierra. Deslízate. Detente. Comprueba tu posición. Una vez más.»*

Los ojos de Belghazi no estarían más adaptados a la oscuridad que los míos, pero sabía que las farolas me iluminaban por detrás, delatando mi posición. Tenía que adentrarme en la oscuridad. Empecé a trazar un arco hacia mi izquierda.

Algo me impactó contra la parte izquierda del costillar como un martillo, y encontró su objetivo entre la mano libre a la altura de la barbilla y el arma a la altura del estómago. Sentí una explosión de dolor y salí volando hacia atrás. Cuando caí al suelo, oí la voz de Delilah: *«Puede romper una costilla de una patada»*.

O quizá tres o cuatro al mismo tiempo.

Mi cuerpo hizo una caída de *judo ukemi* instintivamente; un cuarto de siglo de memoria muscular retuvo cualquier orden de mi cerebro concierne. La caída distribuyó el impacto y me evitó sufrir más daños. Tendido de espaldas, traté de recoger la pistola de donde creía que debía de estar, pero él ya había llegado hasta allí. Su pie impactó contra la pistola en una especie de *fouette* o patada en espiral, y la pistola salió volando de mi mano. Sentí el impacto hasta el hombro.

Retrocedió y se metió la mano en la chaqueta. Lo que salió refulgió a la luz de las farolas, y me di cuenta de que era una navaja, como Delilah me

había advertido.

Alcé las piernas y traté de darle una patada, y me sorprendió verle dar un paso atrás. Pensé: «*Conoce tus técnicas, está tratando de no acercarse, ni siquiera con la navaja en la mano*», pero después vi que se frotaba sangre de los ojos y me di cuenta de que la pausa era más debida a la necesidad que a la estrategia. Debió de resultar herido cuando la furgoneta chocó contra los contenedores.

Se balanceó un instante, y aproveché para dar una voltereta hacia atrás y ponerme en pie. Sentí un golpe de calor en las costillas, donde me había golpeado, y pensé: «*Si salgo de ésta, llevaré conmigo una navaja, por muchos inconvenientes que tenga*».

Di otros dos pasos hacia atrás para ganar un poco de distancia, después miré de soslayo al suelo. No vi la pistola. Había demasiadas sombras, y demasiada basura: palés de madera partidos, compuertas de contenedor, partes de la valla metálica. A la derecha había un montón de lo que parecían tapacubos de metal. Cogí uno; me gustó su peso. Si hubiera tenido una especie de mango, podría haberlo utilizado a modo de escudo. Pero lo lancé como un disco volador. Siseó por el aire directo al torso de Belghazi. Saltó a la izquierda y lo esquivó. Maldita sea, incluso con la herida en la cabeza era ágil, más como un bailarín que como un luchador de *kickboxing*. Empezó a avanzar hacia mí, y yo cogí otro de los discos de metal, dándome cuenta de que si lo hacía dos veces más, me quedaría sin munición. Se lo lancé. Volvió a esquivarlo. Cogí el tercero y el cuarto y los lancé seguidos. El primero salió alto y le dio la oportunidad de agacharse. Pero la postura le redujo la movilidad y no pudo esquivar el siguiente, que iba dirigido directamente a su cabeza. Levantó la mano en que llevaba la navaja para protegerse, y el disco se la golpeó, arrojándosela contra la cabeza. Vi que se le escapaba la navaja y me sentí satisfecho por un instante.

Se levantó y miró a sus pies, e inmediatamente yo di dos largos pasos hacia él. Alzó la mirada hacia mí, sabedor de que no iba a tener tiempo para agacharse y recuperar el arma; nos quedamos mirándonos un instante, respirando con fuerza. Se tiró de los pantalones un poco, dando un poco más de libertad de movimientos a sus piernas. «Eso es —pensé—. Dame una de esas putas piernas. Te prometo que te la devolveré cuando acabe con ella.»

Tenía que andarme con cuidado. Su agilidad y fortaleza eran obvias, pero más que eso esperaba que sus tácticas fueran inteligentes. Los *savateurs* del viejo estilo practican lo que llaman *malice*, o juego sucio, utilizando armas improvisadas, engaños, cualquier cosa para terminar el trabajo. Se convierte

en un modo de pensar; un modo de pensar que yo conozco de primera mano. Esperaba que Belghazi hiciera lo mismo.

Giré a la izquierda a la vez que formaba con las manos la guardia tradicional del boxeo. Belghazi hizo lo mismo, con las manos más bajas, la posición más relajada, meneándose fluidamente, ligero. Por supuesto que no tenía la intención de boxear con él ni de provocarle a distancia. Pero si ofrecía un aspecto familiar, como por ejemplo el aspecto de los oponentes a los que estaba acostumbrado a enfrentarse en el gimnasio y en el *ring*, su cuerpo podía responder automáticamente a estímulos reconocibles, tal como el mío había hecho un momento antes cuando había caído con un *ukemi* de *judo*. En cuyo caso, empezaría a acercarse a mí como si yo fuera otro *savateur*, y por lo tanto, esperaba yo, dándome la oportunidad de acercarme a él. No le sería totalmente desconocida la pelea cuerpo a cuerpo —los *savateurs* llaman a su variante de esa lucha *lutte*, una derivación de la lucha grecorromana diseñada más para lesionar que para contener—, pero no tenía ninguna duda de que, si podía llevarlo al suelo, sería yo quien tendría ventaja.

Arqueó la pierna hacia la derecha, hizo una finta y después volvió a bajar el pie. Una vez más. La pierna alzada empezó a regresar al suelo y vi mi oportunidad. Me lancé adelante. Pero la tercera vez no fue una finta, o en realidad había sido la finta real, y la pierna se desplegó y me golpeó en el costado izquierdo. Me cubrí con el codo izquierdo, y la punta de su zapato me dio entre los bíceps y los tríceps. Sentí como si me hubieran golpeado con un martillo. Retiró la pierna y después volvió a golpear, esta vez en mi rodilla más adelantada. Levanté la pierna justo cuando el talón aterrizaba y, a pesar de que me dolió, el impacto se disipó lo suficiente para evitar daños mayores.

Bajó el pie derecho al suelo y yo le di una patada, una patada básica frontal dirigida a su rodilla. Se giró en el sentido de las agujas del reloj para apartarse de la línea de ataque y la detuvo con la mano izquierda. Estiré los brazos y logré asirle la manga izquierda con la mano derecha. Me giré en el sentido contrario de las agujas del reloj a la vez que tiraba de su manga hacia abajo y en círculo, lo cual le hizo perder el equilibrio y obligó a su cuerpo a seguirme. Mientras caía al suelo trazando una espiral, cambié de dirección y coloqué la mano izquierda debajo de la suya. Hice un barrido con la pierna derecha sobre el suelo y tiré de su brazo hacia atrás, tratando de rompérselo. Incluso en desequilibrio sus reflejos eran rápidos. En lugar de resistirse a la llave de muñeca, lanzó su cuerpo hacia ella, aprovechándose del impulso de la llave y salvando su brazo.

Cayó al suelo de espaldas e inmediatamente me arrojé sobre su plexo solar, con la rodilla por delante. Él rugió y oí el aire que salía de su interior. Lo seguí agarrando del brazo y tiré de él hacia arriba, deslizando al mismo tiempo el pie izquierdo bajo sus costillas, preparando el contraataque con una llave de brazo *juji-gatame* para romperle el codo. Pero una vez más mostró rápidos reflejos y mucho entrenamiento: mientras yo golpeaba con la pierna derecha su cara y practicaba la llave, él giró el cuerpo en mi dirección y tiró el brazo hacia atrás como un hombre que tratara de sacudirse la manga de una camisa de fuerza. Su reacción me costó parte de mi equilibrio, pero seguía teniéndolo cogido el brazo y podía herírsele. Estiró la mano izquierda y se cogió la muñeca derecha para evitar que lo tirara del brazo. Levanté la pierna izquierda y le di una patada en la muñeca con el talón. Se soltó. Yo me eché hacia atrás y le doblé el brazo contra el movimiento natural del codo. Sentí un instante de resistencia de los ligamentos, después sentí que la juntura se rompía con un sonoro crujido. Gritó y se revolvió debajo de mí.

Y en ese instante me di cuenta de que le había perdido el rastro a su otro brazo. Había desaparecido de mi vista. Se me revolvió el estómago al percatarme. Entonces, mientras esa sacudida recorría mi interior, su mano derecha apareció ante mi vista; la luz refulgía en la quirúrgica hoja que sostenía en ella: una segunda navaja, sólo mostrada una vez, cuando el atacante se había tranquilizado tras despojarle de la primera. *Malice*.

Le sujeté la cabeza más fuerte con la pierna derecha y apreté las rodillas, aumentando la presión sobre su codo roto. Volvió a gritar, pero ahora estaba peleando por su vida y no iba a detenerlo el mero dolor. Me rajó el muslo con la navaja. Traté de cogerle la muñeca, pero no lo conseguí, y la hoja me hizo un corte profundo en el cuádriceps. Apartó la mano y volvió a cortarme de nuevo. No sentí dolor, puesto que la adrenalina se ocupó de eso de momento, pero un borbotón de sangre me salió de la herida. Volvió a clavar. De nuevo, no conseguí detenerlo, y en esta ocasión me cortó en la muñeca. La siguiente vez lo cogí. Inmediatamente, aparté la pierna de la cabeza y le di un puñetazo en la cara, lanzando mi cuerpo hacia delante para generar impulso. Una vez. Dos. Una vez más.

Sentí que su cuerpo se movía con dificultad, y la navaja le cayó de la mano. Me pasé su muñeca a la mano izquierda y busqué la navaja con la derecha. Allí estaba, en el suelo, junto a su muslo. La cogí cuidadosamente y la alejé de él. Tenía la cara ensangrentaba y estaba gruñendo, al parecer semiconsciente.

Me arrodillé a su lado y le clavé los dedos de mi mano libre bajo la mandíbula. Le eché la cabeza hacia atrás y alcé la navaja.

Una voz gritó con fuerza en japonés a mi espalda:

—*Yamero!* —¡Detente!

Me quedé inmóvil, pensando: «¿*Qué diablos?*».

Miré por encima de mi hombro. Dos japoneses con el semblante serio me miraban, ambos con una pistola apuntando a mi cabeza.

—*Yamero!* —volvió a decir uno de ellos—. *Kamisori otose!* —¡Suelta la navaja!

Obedecí y empecé a ponerme en pie. La pierna derecha me temblaba y después me falló. Bajé la mirada y vi por qué. Tenía el muslo derecho abierto y manando sangre. Mi muñeca estaba igual.

Me puse de rodillas y los miré.

—Debéis de ser los nuevos amigos *yakuza* de Belghazi, ¿verdad? —les pregunté en japonés.

Me ignoraron. A mi lado, Belghazi se revolvió.

Debió de colocarlos más arriba en la carretera como precaución, y habían acudido al empezar el tiroteo. Quizá lo acompañaban desde Macao. Claro, sabía que yo estaría buscando árabes de nuevo, y él había traído unos cuantos, distracciones en la periferia, para distraerme de los verdaderos artífices. Tatsu tenía razón.

Belghazi gruñó y se incorporó, después se puso de pie trabajosamente. Lo miré con el rostro impávido. Yo ya estaba de rodillas y me puse las manos lentamente sobre los muslos ensangrentados, con los dedos ligeramente apretados y colocados en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Alcé la cabeza y los hombros en *seiza*, o postura natural, la actitud formal de la cultura japonesa tradicional, un elemento integral de las artes marciales, la ceremonia del té y, quizá por encima de todo, de los dignos momentos antes del *seppuku*, el suicidio ritual.

Belghazi logró ponerse en pie, acunando su brazo roto, con la cara cubierta de sangre que manaba de un corte en la frente. Parecía que uno de los puñetazos de acero le había roto la nariz. Su cuerpo sufrió una convulsión, después se inclinó hacia delante y vomitó. Sus hombres observaron y no dijeron nada.

Escupió unas cuantas veces y se frotó la cara con la mano buena. Por unos instantes se quedó así inclinado, recuperando el aliento. Finalmente se enderezó y me dijo en inglés con la voz rota:

—¿Cómo me has estado siguiendo?

Le ignoré. Parecía que al final se me había acabado la suerte. No esperaba que Dox me ayudara. Había una bolsa con cinco millones de dólares por la que se estaban peleando delante de él. No podía esperar que la abandonara. Ahora estaba solo, y no tenía muchas posibilidades.

—Dime cómo me has estado siguiendo y te prometo que te mataré rápidamente. Si no lo haces, te haré sufrir.

Mi cerebro empezó a nublarse. Apenas oía sus preguntas. La urgencia de su tono me parecía extraña, irrelevante. Me pregunté si estaba sufriendo los efectos de la hemorragia.

—Te lo preguntaré una última vez —decía. Me di cuenta de que había recogido la navaja—. Después te arrancaré la cara.

Levanté la mirada hacia el puerto y tuve la extraña sensación de que algo me conectaba con él, que mi espíritu estaba abandonando mi cuerpo y expandiéndose hacia fuera. Me sorprendió el poco miedo que tenía. La muerte sorprende a todo el mundo al final, y nunca había albergado ninguna ilusión acerca de su capacidad para sorprenderme. Que hubiera esperado durante tanto tiempo parecía más debido a sus ganas de reírse de mí que a un verdadero deseo de demorarse. La muerte se había cansado de ese juego, y finalmente había acudido a recoger lo que todos le debemos.

*«Bueno, ven y cógelo —pensé—. Adelante, quédate con lo que es tuyo. Hártate de ello.»*

Se produjo un extraño sonido, más suave que el descorche de una botella de champán, más alto que el siseo de una botella de gaseosa. Levanté la mirada y me sorprendió ver una delgada bruma que emergía de una de las cabezas de los *yakuza*. Probablemente debería haber hecho algo al respecto. Pero aquello parecía tener poco que ver conmigo.

El otro *yakuza* se volvió para mirar a su compañero, cuyo cuerpo estaba cayendo al suelo como un helado que se derrite súbitamente.

El *yakuza* tenía la boca abierta, de miedo o incomprensión; pero sólo por un segundo, porque también su cabeza explotó.

Incluso en su maltrecho estado, Belghazi se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Pudo procesarlo y, de algún modo, reaccionar. Se dio la vuelta y empezó a correr. Pero algo invisible lo abatió. Cayó sobre su cara, e inmediatamente volvió a ponerse en pie. Dio tumbos un instante, después tropezó. Algo volvió a darle. Esta vez no se levantó.

Volví a mirar el puerto. Adondequiera que estuviera yéndome, ya estaba a medio camino. Toda la conmoción que me rodeaba me parecía trivial, incluso estúpida. Deseé que terminara y me dejara en paz.

Oí débiles pasos a mi derecha. Suspiré y miré hacia allí. Era Dox. Se había acercado a través del agujero de la valla y se movía con cautela hacia nosotros, con el rifle apoyado en el hombro y apuntando hacia abajo.

Quizá había recuperado los cinco millones. En ese caso, sería momento de acabar con el trabajo: primero, Belghazi; después, supuse, yo. Fin de partida.

Volví a mirar el puerto, sintiendo que me deslizaba hacia él, hacia su interior. El agua estaba caliente. La sensación no era en absoluto desagradable.

—¿Estás bien? —oí que preguntaba Dox. Alcé la mirada. Vi que sus ojos se dirigían hacia la figura abatida de Belghazi y después escudriñaban a izquierda y derecha; luego, vuelta a empezar.

No respondí. La pregunta podría haber sido cruel, dado lo que iba a hacerme, pero me pareció casi divertida. Lo miré y sonreí.

—¿Eso significa que sí? —me preguntó, agachándose a mi lado. Alzó al rifle a la altura de sus ojos. Se produjo un suave estallido y un refulgir en la punta del silenciador.

Miré a Belghazi. Estaba totalmente inmóvil. Dox le había puesto una última bala en la cabeza.

Me sentí cansado, muy cansado. El suelo debajo de mí estaba empapado y era cálido, y por un momento pensé que volvía a estar cerca del río Xe Kong, donde había matado al joven vietcong. También él había quedado tendido sobre un suelo encharcado en su sangre, y en ese momento fue como si estuviera viendo el mundo a través de sus ojos, como si me estuviera llamando desde el pasado, desde la tumba.

Dox me miraba ahora. Vi preocupación en su mirada. Había bajado el rifle.

De repente, me sentí confundido.

—Creía que me había muerto —le dije, tratando de explicarme. Mi voz me sonó extraña, lenta y raramente grave.

—Bueno, no tienes muy buen aspecto, pero estoy bastante seguro de que no estás muerto. Yo diría, sin embargo, que deberíamos largarnos de aquí.

—Hum —dije, mirando tras él una figura oscura que retrocedía repentinamente y parpadeaba en un extremo de mi campo visual. «*Sólo bromea —parecía estar diciendo la muerte por encima de su hombro con una sonrisa gélida, de buen humor y con una afección raramente paternal—. Cuídate, ¿de acuerdo? Volveremos a vernos.*»

Dox se agachó y puso la cabeza debajo de mi brazo. Empezamos a caminar hacia la valla.

—¿Qué hay... qué hay del dinero? —pregunté sin comprender lo que estaba sucediendo.

—La verdad es que era tentador, no lo negaré, pero tuve que abandonar la pasta y venir a rescatarte. Me habría gustado llegar antes, pero estaban pasando muchas cosas ante las puertas y tenía mucho terreno que cubrir. Además, estos PSG/1 pesan mucho, incluso para un tipo tan fuerte como yo.

—¿Lo has... dejado escapar? —pregunté, tratando de asimilarlo.

Sentí que se encogía de hombros.

—El dinero me la suda si mi colega está en peligro, tío, y sé que tú opinas lo mismo.

No respondí.

—¿Qué... qué ha pasado ante la puerta? ¿El otro coche?

Perdí el paso por un momento, pero el brazo de Dox, que me sostenía con fuerza por la cintura, me mantuvo en pie.

—Nadie me creería si se lo contara —dijo—. No sé quién diablos es el colega de Belghazi, el tipo blanco, pero es un fenómeno. Se cargó a uno de los tíos del Toyota, y después, cuando los dos árabes se subieron a la furgoneta, se agachó y se los cargó a quemarropa. Parecieron un poco sorprendidos. Él y el otro tío del Toyota se apuntaron mutuamente después de eso. Tenían buena cobertura, y no pude esperar a que se dispararan porque me pareció que necesitabas mi ayuda. Ha sido una pena. Si hubiera podido cargármelos a los dos, esa bolsa habría sido para nosotros. Bueno, todavía puede que sea así. Lo veremos ahora mismo.

—Hilger... ¿se los ha cargado a todos?

—¿Hilger? Ah, el blanco. Sí, seguro. No creo que ese tipo quisiera que quedara nadie con vida para contradecir su versión sobre esta carnicería y su papel en ella. Es un tipo con recursos, tiene la sangre fría. Cielos, Kanezaki tendría que contratarlo para hacer la mierda que hacemos nosotros.

Llegamos a la calle y nos detuvimos. Oí disparos delante de la puerta de entrada, después disparos en respuesta desde el Toyota.

—Joder, esos tíos no se han matado entre sí —dijo Dox—. Parece que no tenemos suerte. Allá vamos.

Me arrastró rápidamente para cruzar la calle. Si Hilger o el árabe se dieron cuenta, no lo demostraron. Bastante tenían con cuidarse de ellos mismos.

Unos pocos segundos más tarde, estábamos al otro lado, caminando hacia arriba, rodeados de oscuridad. Volví a perder el paso y esta vez no lo recuperé. Por un momento, me pareció que estaba flotando en el agua, que alguna criatura marina se había levantado y me había alzado con su hocico.

Mi mente se aclaró y me di cuenta de que Dox me había cargado sobre su enorme hombro y me estaba llevando.

—Espera —dije—. Déjame. Si te cargas a esos dos, tendremos el dinero.

—Colega, estás perdiendo mucha sangre —oí que decía debajo de mí. Ni siquiera parecía notar mi peso—. No te preocupes por el dinero. Tendremos otra oportunidad.

Volví a perder la conciencia. Cuando la recuperé, estábamos de vuelta en la furgoneta que habíamos alquilado. Dox me tendió en el asiento trasero y cerró la puerta. El motor se puso en marcha y nos largamos de allí. Un momento después, oí que hablaba por su teléfono móvil. Su tono era urgente, pero yo perdía y recobraba la conciencia y no supe comprender lo que estaba diciendo: algo acerca de un médico, quizá.

—Venga ya, tío —oí que decía en algún lugar frente a mí. Me pareció que su voz me llegaba desde una gran distancia—. Escúchame. Kanezaki está buscando un médico y me dice que tiene que saber tu grupo sanguíneo.

—AB—dije, con los labios espesos—. AB negativo.

—Bueno, ¡gracias a Dios por los pequeños milagros! ¡Un receptor universal! ¡Allá vamos!

Estuve inconsciente mucho tiempo. Cuando me desperté, estaba en la cama de una deprimente habitación. Miré a mi alrededor: cortinas con topes marrones de otro milenio, un viejo televisor en un tocador barato, una puerta de metal con mirilla. Estaba en una habitación de hotel.

Dox estaba en una silla junto a la cama, mirando hacia la puerta, con la cabeza caída hacia delante y el rifle sobre el regazo.

Aparté la sábana y me miré el muslo. Lo llevaba vendado, al igual que la muñeca. Me dolían ambas cosas, pero lo peor eran las costillas, aunque nada era insoportable. Estaba un tanto mareado y me di cuenta de que me habían dado algo para el dolor.

—*Eh* —dije.

Los ojos de Dox se abrieron y su cabeza se alzó.

—Hombre, qué tal —dijo a la vez que esbozaba una sonrisa—. Me alegro de verte. Me has tenido preocupado.

—¿Dónde diablos estamos?

—En un pequeño motel de mala muerte, en la isla de Lantau. No quería que nadie nos molestara mientras te recuperabas.

—¿Quién me ha vendado?

—Tu tío Kanezaki hizo algunas llamadas y se hizo cargo de todo. Trajo a un médico aquí enseguida. Te cosió, pero habías perdido mucha sangre. Por suerte, yo estaba aquí para prestarte un cuarto de litro. Así que no te sorprendas si la polla te ha crecido hasta el doble de lo que recuerdas.

Me reí débilmente.

—¿Voy a empezar a mirar de una manera distinta a las cabras también?

Volvió a sonreír.

—Ojalá tengas esa suerte. Pero en cualquier caso, celebra tener un cuarto de litro de Dox fluyendo por tu interior. Hay gente que pagaría mucha pasta por ese privilegio, y a ti te ha salido gratis.

Asentí, asimilándolo todo.

—Gracias —dije mientras lo miraba.

Él negó con la cabeza.

—Olvídate. Como te dije, fuiste bueno conmigo en Afganistán. Yo no olvido.

—Bien, entonces estamos en paz, colega —dije.

Alzó las cejas.

—¿Has dicho «*colega*»? ¡Dios mío, ya ha empezado a hacer efecto!

Llamamos a Kanezaki al día siguiente, después de cambiar de hotel. Hablamos con él con la función manos libres del móvil de Dox.

—Siempre me temí que los dos pudierais unir vuestras fuerzas.

Dox sonrió.

—Bueno, alguien tiene que salvar la civilización occidental de las fuerzas de la oscuridad —dijo.

—Estás más cerca de la verdad de lo que crees —respondió Kanezaki.

—¿De qué estamos hablando? —pregunté.

—No puedo detenerme en ello. Pero todo estará en las noticias mañana. Hablaremos después de eso.

—¿Los doscientos mil? —pregunté.

—Ya se ha hecho la transferencia. Enhorabuena.

Aquello estaba bien. Con nuestras prisas para marcharnos, Dox y yo nos habíamos dejado los prismáticos y el micrófono parabólico, y me preocupaba un tanto que Kanezaki dijera que esas pruebas hacían que todo pareciera demasiado planeado para tratarse del supuesto trabajo desde dentro que habíamos acordado. Al parecer, no era un problema. Tenía ganas de saber por qué.

—Hablando de los doscientos mil —dijo Dox—, has estado estafándome, hijo. Mi precio acaba de subir.

—Eso es lo que me temía —dijo Kanezaki—: una maldita unión.

Todos nos reímos. Kanezaki preguntó:

—¿Qué tal el médico? —dijo, recordándome que había acudido en mi ayuda cuando le había necesitado.

—Bueno, me inyectó un cuarto de litro de la sangre de Dox —dije—. Eso debería ser suficiente para denunciarlo por negligencia médica.

—¡Viagra roja! —gritó Dox, y todos nos volvimos a reír.

—Echad un vistazo a los periódicos —dijo Kanezaki—. Veréis lo que habéis hecho. Joder, podéis estar orgullosos.

Salió en la CNN aquella noche. Una operación compartida por la policía de Hong Kong y la CIA había impedido un intercambio de misiles con cabezas atómicas en el puerto de contenedores de Kwai Chung. Los terroristas árabes habían resultado muertos en el tiroteo. Un agente de la CIA, cuya identidad no podía ser revelada, resultó herido en la operación. Todos los misiles fueron recuperados. Nadie mencionó nada acerca de la bolsa con los cinco millones de dólares.

Así que Hilger debía de haber sobrevivido. Quizá al final había logrado acabar con el último árabe. No me sorprendió que Kanezaki no le hubiera dado importancia a los prismáticos y el micrófono parabólico. Al parecer, su presencia no era incoherente con la versión oficial.

La mañana siguiente comprobé la cuenta corriente en un paraíso fiscal. Los doscientos mil estaban allí, tal como Kanezaki había prometido; cincuenta mil habían sido pagados antes, ciento cincuenta mil el día anterior.

Dox me había dado el número de su cuenta. Le transferí los doscientos mil enteros. Era mi forma de darle las gracias.

Llamé a Kanezaki desde una cabina.

—Vi las noticias —dije—. Otro éxito heroico para los defensores del mundo libre.

Soltó una risotada.

—Alégrate. La versión oficial le conviene a todo el mundo. Especialmente a ti. Nadie la está poniendo en cuestión. Todos tratan de figurar en ella, en realidad. Así que nadie discute por la definición de «natural».

—¿Qué son esos misiles?

—Se llaman Alazans. Son cohetes tierra-tierra con un radio de quince kilómetros. Fueron originalmente diseñados por científicos soviéticos para experimentos climáticos, pero parecieron funcionar mejor como arma terrorífica. Las versiones convencionales fueron utilizadas por fuerzas de Azerbaiyán en la guerra contra Armenia por el enclave en disputa de Nagorno-Karabakh, y por los separatistas de Osetia del Sur contra tropas georgianas.

—Las noticias dicen que los encontrados tenían cabezas atómicas.

—Sí, hace dos años desclasificamos unos documentos que demostraban que una de las baterías de Alazan fue equipada con cabezas atómicas, convirtiendo los cohetes en «bombas sucias». La batería radiológica fue almacenada en Transdniestar, un enclave separatista que se separó de Moldavia hace doce años. Transdniestar no es actualmente reconocida por ningún gobierno, y, con sus grandes reservas de armas de la era soviética, se ha convertido en un almacén de armas ilegales.

—Esos dos tipos —dije, pensando en voz alta—. Los rusos. ¿Eran de Transdniestar?

—Sí, la junta militar que dirige Transdniestar es ahora prorrusa. El resto del enclave habla moldavo, que es en realidad rumano. Es complicado.

—Lo parece.

—En todo caso, lo que ahora tenemos es un pequeño grupo que dirige el «país» de Transdniestar con sus propias reglas. Buena parte del comercio del enclave lo controla una sola compañía, Sheriff, que es propiedad del hijo del presidente de Transdniestar. El hijo también dirige el Servicio de Aduanas de Transdniestar, que supervisa todas las mercancías que entran y salen del país. Los cargamentos se mueven por el aeropuerto de Tiraspol; por tierra en camiones hacia Ucrania y Moldavia; y en ferrocarril hasta el puerto de Odesa.

—O por Hong Kong.

—No es una ruta probable si miras un mapa, pero genial si tienes los contactos locales que tenía Belghazi. Convenció a sus colegas en la División Oriente Medio. Creían que era un «buen» traficante de armas que estaba informando sobre «malos» traficantes de armas. En realidad, estaba informando sobre sus competidores, y mientras tanto comerciaba con lo que le diera más dinero. Los Alazans probablemente eran solamente un ejemplo. Quién sabe qué estaba haciendo justo ante las narices de la Agencia.

—Pero ya no lo hará más.

—Eso es. Te decía en serio que podéis estar orgullosos. La gente a la que le hubiera vendido esos misiles los habrían utilizado donde hubieran podido.

Si hubieran logrado meterlos en Estados Unidos, habría sido una catástrofe.

—Los dos que murieron en Kwai Chung —dije—. ¿Cuál era su relación con el presidente de Transdnier? ¿Y con su hijo?

—¿Por qué?

—Me gusta llevar la cuenta de las personas que quizá quieran borrarme de su lista de felicitaciones de Navidad.

Se produjo una pausa.

—Sobrinos del presidente. Primos del hijo.

Pensé un momento en ello.

—Probablemente la familia no esté muy contenta con su pérdida —dije.

—No tienen ninguna manera de establecer una relación entre lo que pasó en Kwai Chung y tú.

—¿Qué hay de Hilger?

—¿Hilger?

Puede que Kanezaki se estuviera haciendo el loco, o que «Hilger» fuera un apodo utilizado en las operaciones que Kanezaki no conocía. En realidad, no importaba.

—El agente encubierto —dije.

Se produjo una pausa durante la cual digirió el que yo conociera la identidad del agente encubierto, o al menos su seudónimo operativo.

—Sin confirmar nombres —dijo—, puedo decir que todo el mundo tiene razones para apoyar la versión oficial. Fue una operación conjunta de la CIA y Hong Kong para imponer la ley.

—Parece que Dox y yo deberíamos recibir un extra —dije—. Tienes mucho más de lo que me pediste.

—No puedo hacer eso —dijo—, pero puedes cobrarme más en tu siguiente trabajo. No creo que nadie se queje.

—¿Adónde fue a parar el dinero?

—¿El dinero de los misiles?

—Sí.

—Fue recuperado en la escena.

—¿Cuánto se recuperó?

—Unos tres millones.

Me reí.

—¿Unos tres millones? ¿Alguien se ha preguntado por qué esa cifra?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vuestro hombre, Hilger, se quedó con dos millones después de cargarse a la gente que quedaba en la escena. Era oscuro y tenía

prisa, así que no podía contar todos los billetes de cien dólares.

—No. ¿Por qué no iba a quedárselo todo?

—Aquello era una venta. Habría parecido sospechoso que no se encontrara dinero en el lugar de intercambio. Hilger es mucho más listo que avaricioso.

Se produjo una larga pausa.

—Permíteme que te pregunte una cosa —dijo—. ¿Crees que sabía qué había en esos contenedores?

Pensé por un momento.

—Creo que no lo sabía de antemano. Pareció sorprendido cuando oyó la palabra «misiles». Y Belghazi le dijo que no hiciera preguntas cuya respuesta no quería oír.

—Sí, pero a pesar de todo, quedarse sin hacer nada ante algo así...

—Tengo la impresión de que decidió evitar el intercambio cuando se dio cuenta de qué iba aquello. Pero ¿y si lo sabía de antemano? Podría ser, si se hubiera molestado en descubrirlo. Cielos, sí. Hasta que las circunstancias hicieron imposible asumirlo y negarlo, probablemente le pareció bien mirar hacia otro lado, porque estaba recibiendo valiosa «información secreta» de Belghazi.

Se produjo otra larga pausa mientras él lo asimilaba todo.

—Eso es lo que me pareció. En cualquier caso, no puedo hacer nada acerca del dinero que se llevó. No esta vez.

*«Muy bien —pensé—. Ahora sé quién es. He visto su cara, en primer plano gracias a los prismáticos Zeiss. Y sé que utiliza el nombre de Hilger, al menos en las operaciones. Dox y yo podemos ir a charlar con él un rato, a decirle que es bonito compartir.»*

—Deberías pensar en el acuerdo que la División Oriente Medio tenía con Belghazi —dijo—. Dudo que sea único.

—No lo es.

—Entonces, ¿os están tomando el pelo otros chicos «buenos»?

—Mira, la gente perversa es perversa. Belghazi fue una mala decisión, pero eso no significa que el concepto en sí sea malo.

—Si pasas todo ese tiempo con gente perversa, ¿en qué te conviertes?

—Si no quieres ensuciarte, mejor que no bajas a la arena.

Me reí.

—Estaba jugando con vosotros.

—Claro que sí. Las partes enfrentadas siempre juegan con la otra. Eso no significa que no pueda hacerse un trato. Mientras haya algo que beneficie a

todo el mundo, acaba saliendo bien.

—Increíble.

—No tanto. Así es el mundo. Mira Estados Unidos. Todos los grupos de intereses dan dinero a los dos partidos políticos, sabiendo que, gane quien gane, el ganador estará en deuda con ellos.

Me detuve a pensar y después dije:

—Hay algo que quiero que hagas.

—Di.

—Tienes un fichero sobre mí. El fichero menciona Río de Janeiro y a Naomi Nascimento.

—Sí.

—Quiero que se borren esas referencias.

—De acuerdo.

—Bien —dije—. Voy a decirte una cosa. Y la información acarrea una responsabilidad. Una importante responsabilidad.

Se produjo una pausa.

—Muy bien —dijo.

—Esa mujer me importa. Lo nuestro ha terminado, pero me importa. Le debo algo. Si alguien de tu organización, o a través de tu organización, le hace daño o trata de seguirla para llegar hasta mí y yo lo descubro, te lo haré pagar.

—Lo entiendo.

—Bien —repetí.

Se produjo otra pausa.

—Espero que me hagas saber cuándo estás listo para el siguiente trabajo —dijo—. Hay muchas cosas que hacer.

—Siempre hay muchas cosas que hacer —dije, y colgué.

Antes de marcharme de Hong Kong, Dox me dijo que no podía aceptar el dinero. Me dijo que un trato era un trato, y que habíamos acordado repartírnoslo al cincuenta por ciento. Le dije que no podía darle menos del ciento por ciento después de lo que había hecho por mí, después de lo que había abandonado para hacerlo. No logré convencerle.

—Tendremos otra oportunidad —me dijo, y me dio una palmada en la espalda, mostrándose paternal de repente—. Espera y verás.

—Creía que decías que sólo llama a la puerta una vez.

—Así es. Ésta no era nuestra ocasión, eso es todo.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien. Tú ganas. Mándame la mitad de vuelta.  
—Lo haré. Dame tu número de cuenta.  
Me rasqué la cabeza.  
—Maldita sea, no me acuerdo.  
—Venga, eso no es justo.  
—Si me acuerdo, te la escribiré.  
—Maldita sea, eres terco, eso seguro.  
Sonreí.  
—Gracias, Dox. Eres un buen hombre.  
Me devolvió la sonrisa.  
—Sólo lo dices porque es cierto.  
Extendí la mano. Me la encajó. Después me dio un tirón para abrazarme.  
«*Cielo santo*», pensé. Pero le devolví el abrazo.

Volví a Río. La ciudad estaba cálida. Era verano allí, al sur del ecuador, y era agradable estar de vuelta, caminar por las playas, por el agua, y escuchar *choro* y beber *caipirinhas* y vivir, durante un tiempo, de nuevo como Yamada.

Sabía que ahora había gente que podría buscarme en Río. Pero no es fácil dar conmigo aunque se sepa en qué ciudad estoy. Y, por raro que pudiera parecer, cuando pensaba en la gente que lo sabía, no me sentía amenazado.

Por supuesto, un secreto deja de serlo cuando otra gente lo conoce. Creía que podía confiar en que Kanezaki alterara el fichero tal como le había pedido, pero uno nunca sabe. E, incluso aunque lo hiciera, podía haber otras copias. Me había hecho unos cuantos enemigos en mis últimas operaciones. Si buscaban bien, quién sabe lo que podrían encontrar.

Pero por el momento me sentía bien. Seguiría alerta para ver qué podía saber de Tatsu y de Kanezaki, y para pensar en lo que debía hacer después.

Mi muslo y muñeca tardaron en sanar. Mis costillas, más. Los batidos de proteínas y otros suplementos no parecían ayudar como era de prever. Quería volver a entrenar, a hacer *jiu-jitsu* en Barra. Pero por un largo tiempo lo único que pude hacer fue pasear lentamente al aire tropical del atardecer.

El largo proceso de curación fue probablemente positivo para mí. Me recordó algo que tenía que ir aceptando: me estaba haciendo viejo. En el pasado, me habría cargado a un tipo como Belghazi antes de que pudiera herirme. Pero ahora, a pesar de mi habilidad, de que mis tácticas eran mejores que cuando era joven, mi rapidez y mi resistencia estaban en declive. Si

aquella noche en Kwai Chung hubiera estado trabajando solo, como de costumbre, habría muerto allí.

Intenté convencerme de que estaba bien, de que no había sido mala muerte, dado que de algo tenemos que morir. Pero no lo logré. Estar a punto de morir me había recordado que quería seguir vivo. No hubiera sabido decir exactamente por qué. Pero no era sólo la contemplación de las puestas de sol, el sonido del *jazz* o el sabor del *whisky*.

¿Qué había dicho Delilah, con desdén y comprensión, al mencionar yo aquello? «*Todas las cosas.*»

Y: «*Si vives sólo para ti, morir es una posibilidad especialmente aterradora.*»

Los paseos se hicieron más largos. Empecé a complementarlos con paseos en bicicleta. Mis heridas cicatrizaron, pero su presencia siguió sirviendo para recordarme, paradójicamente, tanto la mortalidad segura como la continuidad de la vida.

Mi ciudad junto al mar seguía siendo hermosa. Pero con el tiempo, me di cuenta de que Río ya no me relajaba como en el pasado. En realidad, en un sentido extraño, me sorprendí echando de menos Tokio, algo que había tenido allí, a pesar de que en su momento no lo había apreciado adecuadamente.

La repentinamente renovada presencia de Tokio en mis pensamientos me sorprendió, porque nunca me había parecido que aquella ciudad fuera mi casa mientras viví allí. Era extraño, también, porque a pesar de una infancia transcurrida parcialmente en la ciudad y de veinticinco años como adulto allí, las asociaciones que me habían asaltado al regresar a Tokio tenían todas que ver con Midori.

Bueno, quizá eso era lo que mi casa había sido siempre para mí: el lugar que echaba de menos cuando tenía que irme de él. El amor también parecía eso. Porque la mujer que amaba era precisamente la que no podía tener.

Lo que más había definido Tokio para mí, me percaté después de Kwai Chung, era que siempre me hacía sentir como si hubiera algo allí, algo que podía encontrar y que me realizaría, alguna respuesta a alguna pregunta que no sabía formular. Lo que quiera que fuese esa cosa, si existía, siempre me eludía, me frustraba. Me quitaba sin darme nada a cambio.

Pero me di cuenta de que la fugacidad de esa cosa no significaba que debiera dejar de buscarla. La vida después de Kwai Chung era como un aplazamiento, una segunda oportunidad. Sería un desperdicio no hacer nada con ella.

No estaba seguro de cuánto tiempo iba a pasar en Río. Pero estaba igualmente inseguro acerca de dónde ir si no. Era como una cometa a la que de repente se le rompe la cuerda: por el momento, excitadamente libre; pero condenada a perder el viento que la había levantado y a caer hacia la tierra.

Tenía que encontrar esa cuerda de nuevo. Pero no sabía dónde buscarla.

Estaba Naomi, por supuesto. A veces pensaba en ir a verla. Pero no lo hice. Quizá estaba asimilando que todo había terminado entre nosotros. Quizá ya lo estaba olvidando. No quería interferir en nada de eso. Pero sobre todo no quería que pensara en mí como la persona que le había hecho daño o incluso algo peor.

Sin embargo, había noches en las que me tumbaba en la cama, escuchando *De mais ninguém*, la canción que sonaba en el Scenarium la noche en que había ido a verla, o escuchando muchas otras de las canciones que ponía en su apartamento mientras hacíamos el amor, y la idea de lo cerca que estaba me resultaba casi insoportable.

Pensé también en Delilah. Me pregunté cómo las cosas se le habían girado en contra. Me pregunté cuánto de lo que me había contado era cierto. Me hice inanes preguntas sobre lo que podría haber sucedido en otras circunstancias. Me sorprendí queriendo creerla, queriendo creer que allí había habido algo, o que podría haberlo habido, y esa reacción me pareció débil y en cierta medida estúpida.

«Sí, pero mira a Dox. Te sorprendió.»

Sí, lo hizo. Pero no lo suficiente para cambiar mi percepción de la naturaleza humana.

Hacía dos meses que había vuelto cuando encontré un mensaje en uno de mis tablones de anuncios. El mensaje decía: «*Estoy de vacaciones en una ciudad maravillosa. Cada mañana nado en la playa más famosa de la ciudad; la playa más antigua, la que está más al norte. Me gustaría que vinieras conmigo*».

Era el tablón de anuncios que había utilizado con Delilah, con la contraseña Península. Nadie más la conocía.

Me quedé mirando el mensaje un largo rato. Después, sin siquiera ser consciente de la decisión que había tomado, me preparé la bolsa.

Aquella noche me inscribí en el Copacabana Palace Hotel, el mayor hotel de Río, situado en la playa de su mismo nombre. Pedí una habitación con vistas al mar en el quinto piso. Me había traído un par de prismáticos, no tan buenos como los Zeiss que había utilizado en Kwai Chung, pero suficientes para mirar el océano. O la playa.

Dormí mal. Empecé a despertar con la salida del sol. A las diez, apareció ella.

Llevaba un oscuro bikini con tanga, azul marino, casi negro. Decidí que sería un crimen que llevara cualquier otra cosa.

Nadó veinte minutos y después se tendió en una toalla para tomar el sol. Parecía estar sola, pero la playa se estaba llenando. No tenía modo de saberlo.

Me dije que no tenía razón para tratar de tenderme una trampa. Y era cierto. Pero lo curioso era que me daba igual. Por el momento, ni siquiera me importaba saber cómo había sabido dónde encontrarme.

Me puse un bañador y un albornoz del hotel y fui a la playa. El sol calentaba con fuerza y entrecerré los ojos contra la luz procedente del mar y la arena. Dejé el albornoz junto a ella y me senté en él.

—¿Está ocupado este lugar? —pregunté.

Abrió los ojos. Eran más azules de lo que jamás los había visto, del color del cielo.

Sonrió, se sentó y me miró un largo rato. Después dijo:

—Has recibido mi mensaje.

Asentí con la cabeza.

—Ha sido una sorpresa. Una agradable sorpresa.

—Quieres saber cómo te he encontrado.

Era preciosa; simplemente... preciosa. Dije:

—Quiero saber dónde has estado.

No dijo una palabra. Me miró a los ojos, se inclinó y me besó. El gusto de ella, la sensación de su boca, su presencia, todo era como despertar de un sueño.

Me eché hacia atrás y miré a nuestro alrededor.

—Muy bien —dijo—. Yo también lo haría si nuestras posiciones fueran inversas.

La miré un momento. Era agradable estar con alguien que entendía mis costumbres y las compartía.

Me miró el brazo y el muslo. Las vendas habían desaparecido, y los lentos resultados de la curación de la obra de Belghazi eran claramente visibles. Quienquiera que me hubiese atendido debía de estar más preocupado por cerrar las heridas que por su aspecto posterior. Parecía como si me hubiera atacado un cortacésped enfadado.

—Sé lo que hiciste en Kwai Chung, en Hong Kong —dijo.

Me encogí de hombros.

—¿El qué? Leí que fue la CIA y la policía de Hong Kong. Se rió.

—¿Sabes adónde iban esos misiles?

Negué con la cabeza.

—Los grupos financiados por los saudís los habrían utilizado contra Jerusalén, Haifa y Tel Aviv. Los misiles tienen un alcance de quince kilómetros. Israel está a trece por la parte más estrecha. Podrían haber llegado a cualquier parte.

—¿Así que ibas a por los misiles?

Asintió.

—No teníamos localizado al vendedor. Pero seguíamos a Belghazi de cerca, como sabes. En cuanto la tuviera, la información del envío estaría en su ordenador. Lo guarda todo en él. Encriptado, por supuesto, pero tenemos gente que podría haberlo descifrado.

—¿Y entonces?

—Habríamos seguido el barco que transportaba los misiles. Es casi seguro que éste hubiera estado destinado a un puerto saudí o de Dubai. Así que en el mar del Sur de la China, el barco hubiera sido abordado por comandos navales, y la mercancía confirmada y decomisada.

—Hay muchos piratas en esa parte del mundo —dije.

—Y no toda la actividad «pirata» se da a conocer. Algunas empresas navales prefieren mantener en silencio el robo. Dependiendo de la mercancía, por supuesto.

—Así que era la transferencia, y la información del envío, lo que estabas esperando.

—Sí. Si algo le pasaba antes a Belghazi, perderíamos el rastro de los misiles. Habría habido otro comprador.

Asentí, pensando.

—No creo que Belghazi pensara en mover esos misiles a través de un puerto de contenedores normal. Por lo que sé, uno de sus últimos actos fue dejarlos cargados en una furgoneta.

—Eso dice la información que hemos logrado recopilar. Los Alazans eran un envío inusual para todas las partes implicadas. Estaban utilizando medios de transporte inusuales.

—Ésa fue mi sensación.

—Lo que quiero decir es que si hubiéramos procedido de acuerdo con nuestro plan original, habríamos perdido el rastro del envío. Eso habría sido desastroso. En este momento, tienes muchos admiradores entre la gente con la que trabajo.

Sonreí, pero mi sonrisa era triste.

—Tengo la sensación de que detrás de eso hay una oferta de trabajo.

—La hay.

Me reí y aparté la mirada. Lo había estado esperando, por un instante. Una mirada a un tanga, y mi cerebro se había convertido en papilla. Era ridículo.

—Al menos no estás cabreada porque no esperé tu señal —dije.

Oí que decía:

—No. Pero nada de eso es la razón por la que estoy aquí. No me lo iba a creer.

—¿Ah, no? —dije.

—Me estoy tomando unas largas vacaciones, una larga descompresión, una costumbre habitual después de vivir encubierta y en peligro de ser descubierta durante tanto tiempo. Mi organización es generosa en ese sentido. Comprenden mi estrés.

Parecía deprimente, como el discurso de un vendedor.

—Claro.

—Normalmente me vuelvo un poco loca cuando termino una misión. Viajo, me enrollo con algún hombre guapo, intento borrar recuerdos recientes con mucho vino y mucha pasión. Nadie sabe adónde voy, y nadie pregunta. Vuelvo cuando estoy lista.

—¿Y esta vez?

—Esta vez pensé en pasar un tiempo con un hombre al que conocí. Si está interesado.

Miré el agua. La brisa estaba levantando olas. Refulgían bajo el sol.

—Dime cómo me has encontrado —dije tras esperar lo suficiente.

—Después de Kwai Chung, se dio prioridad a tu seguimiento. Reunimos mucha información rápidamente. Cuanto más sabíamos de ti, más capaces éramos de descubrir más cosas. Y logramos acceder a los archivos de Aduanas de Hong Kong, hasta un año atrás. La gente inteligente llega a conclusiones, los técnicos introducen datos en superordenadores. Te siguieron hasta Sudamérica. Después de eso, desapareciste.

—No lo suficiente, al parecer.

—Olvidas que te conozco. Estuvimos juntos. En el café Oparium, en Macao, pediste *caipirinhas*.

Me encogí de hombros.

—Son populares en todo el mundo.

—Dijiste *por favor* en portugués al pedir las.

—No.

Asintió.

—La camarera era portuguesa, así que en ese momento utilizaste algún conocimiento casual del idioma. Pero cuando los técnicos dijeron que te habían seguido hasta Sudamérica, empecé a pensar en lo que habías pedido, en cómo lo habías hecho, en tu acento, en la comunidad japonesa de Brasil...

—Ése es el problema de ser políglota —dijo—. Te olvidas de qué idioma estás hablando.

Se rió.

—Qué me vas a contar —dijo—. ¿Te puedes imaginar qué habría dicho Belghazi si lo hubiera saludado diciendo *Shalom*?

Ambos nos reímos.

—De todos modos, Río me pareció lógico —dijo—. En parte por lo que habías dicho acerca de retirarte a un lugar soleado, un lugar con playas. Pero en parte porque... me parecía lógico. Decidí intentarlo. São Paulo habría sido mi segunda opción. Pero las *caipirinhas* deben de estar casi igual de buenas aquí, ¿no?

—¿Quieres una?

Sonrió.

—Son las diez de la mañana.

Me encogí de hombros.

—Tengo una habitación en el Copacabana Palace, justo detrás de nosotros. Podríamos matar el rato antes.

Su sonrisa se agrandó.

—Me parece bien —dijo.

Quizá todo era parte de un plan, alguna maquinación. Quizá ésa era su oferta de trabajo y ella era mi paga extra.

Supuse que nunca lo sabría. Sus motivos, comprendí, seguirían siendo un misterio; el tiempo que pudiera pasar con ella, un espejismo, un calidoscopio animado por el motor de mis propias esperanzas estúpidas, una atractiva ilusión, una proyección.

Por otro lado, me había advertido del tipo que me estaba esperando en mi habitación de Macao. Ésa era la única cosa que se negaba a encajar, el único detalle revelador. Porque, basándome en todo lo que había descubierto desde entonces, desde el punto de vista de su misión no veía qué beneficio habría podido ella obtener de ese aviso. Y si los imperativos de la misión no podían explicarlo, tenía que ser otra cosa.

Mirándola en la arena, me di cuenta de que la había juzgado de un modo sesgado, quizá como un inconsciente y poco halagüeño reflejo de cómo me veía a mí mismo. En ese momento, se había negado a responder cuando le

había preguntado por qué me había avisado. Quizá ni siquiera lo sabía ella misma. Pero ahora creía que lo sabía. Era el deseo, en mitad de un horrible entorno lleno de engaños, muerte y arrepentimiento, de no ser responsable de una muerte más, para así expiar los pecados del asesinato justo a través de la salvación de una sola vida.

Podía entenderlo. Incluso podía esperarlo. Era una rama muy delgada sobre la que tratar de construir la confianza, pero era algo.

Era un principio.

La miré y le pregunté:

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Río?

Sonrió.

—Bastante, espero.

Le tendí la mano. Me la cogió y se puso en pie. Después nos encaminamos hacia el hotel.

## *Nota del autor*

Los locales de Hong Kong, Macao, Río, Tokio y Virginia que aparecen en este libro son descritos, como siempre, tal como los encontré.

## *Agradecimientos*

Muchas gracias:

A mis agentes, Nat Sobel y Judith Weber de Sobel Weber Associates, por la concepción; a mi editor, David Highfill de Putnam, por la ejecución; y a Michael Barson y los barsonianos de Putnam, por la diseminación. ¡Menudo equipo!

A Lori Andreini, por sus prolongadas intuiciones acerca de lo que una mujer sofisticada y sexi como Delilah llevaría puesto y cómo pensaría, y por útiles comentarios sobre el manuscrito.

A mi pasado y futuro *sensei* Koichiro Fukasawa de Wasabi Communications, por años de ideas, humor y amistad y, como siempre, por útiles comentarios sobre el manuscrito.

A Doug Patteson, por señalarme sistemáticamente la dirección adecuada, por refinar numerosas ideas de la concepción original del libro, y por su entusiasmo por John Rain en general.

A Evan Rosen, médico, doctor en medicina, y Peter Zimetbaum, médico, por ofrecerme de nuevo (a regañadientes) expertos consejos sobre algunas técnicas de matar que aparecen en este libro, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

A Ernie Tibaldi, agente del FBI durante treinta y un años, por seguir compartiendo generosamente su conocimiento enciclopédico en el mantenimiento del orden y cuestiones de seguridad personal, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito; a Michael Stapleton, agente especial del FBI durante treinta y tres años, por compartir su experiencia en ciencias forenses sobre huellas dactilares y ADN, y a un cierto agente activo del FBI, que debe permanecer anónimo, por compartir sus conocimientos acerca de la defensa contra improvisados artefactos explosivos.

A Amelia Chan, Monica Chan, Norman Chan, Daniel Fok y Kai Cheong Fok, por ser maravillosos anfitriones y guías durante mis visitas de

documentación a Macao: por enseñarle a Rain cómo parecer un lugareño y, por lo tanto, a mezclarse con ellos; y por compartir sus muchas ideas acerca del territorio y la región.

A Alike Yamamura, *carioca* y *edokko*, por transmitirme su conocimiento de primera mano sobre lo que significa ser de etnia japonesa y nacionalidad brasileña, y por mejorar mi comprensión de Brasil y los brasileños.

A Bob Baer, por su excelente *Sleeping with the Devil: How Washington Sold Our Soul for Saudi Crude*, al que Kanazaki debe algunas de sus ideas acerca de la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudí, incluyendo sus comentarios acerca de una conspiración de silencio e «incesto».

A Gavin De Becker, por su *The Gift of Fear*, que ha ayudado a Rain (y a incontables otros) a detectar sutiles señales de peligro y a tratar de forma efectiva con la violencia potencial.

Al teniente coronel Dave Grossman y a Loren W. Christensen, por *On Combat*, que ha ayudado a Rain —y, lo que es más importante, está ayudando a innumerables militares y personal de fuerzas de seguridad— a enfrentarse con éxito a encuentros con fuerzas mortales. Gracias también a Dave por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

Al mayor John L. Plaster de la USAR (en la reserva), por *The Ultimate Sniper: an Advanced Training Manual for Military & Police Snipers* y por sus otros excelentes libros y vídeos sobre francotiradores, todos los cuales aportaron un conocimiento de valor incalculable sobre el pasado y las tácticas de Dox; y por *SOG: The Secret Wars of America's Commandos in Vietnam*, que sigue aportando conocimientos de gran importancia en el combate crucial que formó el carácter de Rain.

A Paulo Rocco y Ana Martins de Rocco, mi editor brasileño, por mostrarme Río y responder pacientemente a todas mis preguntas, y por introducirme en el placer de la *caipirinha* (aunque sin advertirme, debe decirse, que más de dos por comida pueden ser peligrosas). En particular, mis agradecimientos a Ana por darme a conocer el maravilloso bar restaurante Scenarium en Lapa y la música de *choro*, que aparecen en el libro.

A Ralph Gracie, Sandro *Batata* Santiago, Dave Camarillo, Cameron Earle, Misho Ceko, Tom Cicero, Alan *Gumby* Marques y mis otros instructores, formales e informales, y compañeros de entrenamiento en Ralph Gracie Jiu-Jitsu Academy, por enseñarme algunos de los ejercicios que ayudan a Rain a mantenerse en forma. Agradecimientos especiales a Misho por ayudarme a coreografiar la técnica de agarre *sambo* que aparece en el

combate de Dox contra Rain, y por ser un paciente profesor y completo *ii hito*.

A Carlinhos Gracie y todo el mundo en Gracie Barra en Río, por una bienvenida tan cálida para que me entrenara con ellos mientras visitaba Brasil para documentarme, por enseñarme algunos movimientos mientras estaba allí y por cubrirme de amabilidad y buen humor; y a Scottie Nelson de OnTheMat.com, por mostrarme la ciudad.

A Randy Adams, por enseñar bacará a Rain, y a Allaji Murphy, por dar a conocer a Rain Ben's Café en Takadanobaba, Tokio.

Al doctor Wolfgang Gilliar, doctor en Osteopatía, por superar sus náuseas provocadas por mis preguntas y explicar exactamente qué le sucedería a una rodilla víctima de una llave de *sambo*.

A Tom Hayse, por ayudarme a comprender cómo funcionan los teléfonos por satélite y cómo se interceptan sus señales, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

A Seb Belisarius, ex SEAL e instructor de fusileros y combatientes; Craig Douglas, antiguo Ranger de la Armada, agente de narcóticos e instructor de combatientes; y Dennis Martin, protector de VIP e instructor de combatientes hombre a hombre, por compartir sus increíbles conocimientos sobre vigilancia, combate hombre a hombre y alerta táctica, y en particular por asegurarse de que Rain incluya en su equipo diario una linterna Ele SureFire, un reloj Traser, cinta aislante, un bolígrafo que puede ser utilizado como desgarrador y algunos otros objetos prácticos y arteros.

A Tony Blauer, por compartir sus décadas de investigación y experimentación en violencia efectiva, y en particular por sus conocimientos sobre el estado mental y las tácticas de Rain en la última confrontación del libro.

A Matt Furey, por concebir el sistema de Acondicionamiento para el Combate que Rain utiliza para mantenerse en forma, y por compartir parte de su incomparable experiencia en la lucha para hacer de las llaves de cuello de Rain las armas mortales que son.

A Marc MacYoung, Dianna Gordon y el resto de moradores de Animal List que se reúnen en [www.nononsenseselfdefense.com](http://www.nononsenseselfdefense.com), el más ecléctico y excéntrico grupo de expertos en cualquier cosa que alguien pueda imaginar. En particular, gracias a Dave Bean, científico loco y filósofo moral, por compartir su conocimiento sobre armas de fuego y los resultados de sus experimentos sobre lo que realmente funciona y cómo utilizarlo; a Alain Burrese, antiguo francotirador del ejército, por ayudarme a comprender a Dox

y a refinar sus tácticas; a Ed Fanning, por sus pensamientos sobre artes marciales y autodefensa y las diferencias entre ambas; a Jack *Spook* Finch, veterano de la ofensiva de Pascua de la guerra del Vietnam, la Operación Causa Justa, la Operación Tormenta del Desierto y medalla Estrella de Plata, por compartir su conocimiento sobre armas de fuego y sus ideas sobre vivir con la experiencia del combate y la muerte; a Frank *Pancho* Garza, por sus frecuentes elucubraciones filosóficas sobre la violencia, la etiqueta callejera y las cabras; a Montie Guthrie, Peter Huston, Michael *Mama Duck* Johnson y Justin Kocher, por compartir sus fundadas ideas sobre cómo se comportan los «asesinos sin escrúpulos»; a Marc, por su observación de que los francotiradores tienden a ser gente de palabras amables y por sus continuas ideas sobre seguridad personal, violencia y etiqueta callejera; a Kevin Menard, Guante de Plata Savate, por ayudarme a concebir cómo pelean los *savateurs* y, por lo tanto, a concebir a Belghazi; a Slugg, por compartir su conocimiento sobre armas de fuego, sus ideas sobre invisibilidad entre masas y su receta de sirope para la tos; a Tristan Sutrisno, antiguo Fuerza Especial del ejército, veterano de Vietnam, y guardián de la temible Nessie, por compartir sus ideas sobre vivir con la experiencia del combate y la muerte.

A Naomi Andrews y Dan Levin, Eve Bridberg, Alan Eisler, Judy Eisler, Shari Gersten y David Rosenblatt, Joe Konrath, Matthew Powers, Owen Rennert, Ted Schlein, Hank Shiffman, Pete Wenzel y Jonathan Zimmerman, por sus útiles comentarios sobre el manuscrito y muchas valiosas sugerencias e ideas.

A mis amigos en el café Borrone de Menlo Park (California), por servir los mejores desayunos —especialmente el café— que cualquier escritor puede desear.

Y por encima de todo, siempre, para siempre, a lo mejor de todo, mi esposa, Laura.



BARRY EISLER nació en 1964 en Nueva Jersey, Estados Unidos. Licenciado en Derecho por la Cornell Law School, trabajó para la CIA durante tres años y posteriormente ejerció como abogado especializado en tecnología antes de dedicarse exclusivamente a escribir.

Eisler saltó a la fama de la mano de su peculiar personaje John Rain, un asesino a sueldo de padre japonés y madre americana, protagonista de sus cuatro primeras novelas: *Rain Fall* (2003), *Hard Rain* (2004), *Rain Storm* (con la que ganó el Premio a la Mejor Novela de Suspense del Año 2005) y *Killing Rain* (2006). Fiel al género policiaco y de espionaje, en 2007 publicó *The Last Assassin* y en 2008 *Requiem For an Assassin*.

De su personaje John Rain, en España se han publicado las tres novelas previas a *Un último asesinato: Sicario*, *Sicario: La venganza* y *Contrato para matar*.

Su última novela, *Fault Line*, publicada en España bajo el título *El agravio*, ha vuelto a situarlo en la lista de los más vendidos en EE. UU.

Sus novelas han sido traducidas a cerca de veinte idiomas y han sido escogidas para ser llevadas a la pantalla por Barrie Osborne, el oscarizado productor de la trilogía *El Señor de los anillos*.

Actualmente Eisler vive y trabaja entre la bahía de San Francisco y Tokio.



**Barry Eisler**  
**CONTRATO**  
*para* **MATAR**

«Eisler combina la despreocupación de Ian Fleming, el detalle realista de Tom Clancy, el hastío de Graham Greene y la fuerza de la prosa de John le Carré.» *The New York Times*

**Lectulandia**